Sta. Gema Galgani

Sor Gesualda

Ediciones Paulinas S. A.

SOR GESUALDA DEL ESPIRITU SANTO

SANTA GEMA GALGANI

Tercera Edición

EDICIONES PAULINAS, S. A.

Título original:
SANTA GEMMA GALGANI
Edizioni Paoline - Roma
Versión por **Eleuterio de la Inmaculada, C. P.**

Nihil obstat
Ex parte Societati S. Pauli
FRANCISCO ZECCHINATI. Sup.
México, D. F. 8-VII-1964.

Nihil obstat
FRANCISCO SIRITO
Censor deputatus
México, D. F., 22-VIII-1964.

Copyright by EDICIONES PAULINAS, S. A. — (1964) — México, D. F.

Avenida Taxqueña No. 1792 — Impreso en México — Printed in México

PROLOGO

He aquí, querido lector, depositada en tus manos, para que te aproveches de su lectura, la presente maravillosa Vida por la que tanto has suspirado.

El bien espiritual que su lectura produce en las almas es notorio, según numerosos testimonios llegados a nuestros oídos por distintos conductos. Así es que, en lugar de decrecer, la ansiedad de las gentes ha ido en aumento. El núcleo de los devotos de Santa Gema se ensancha de día en día.

Las personas que han oído alguna referencia de su vida, quisieron tener la satisfacción de poseer la obra, seguras de que sólo de esta manera podrán gustar la intensa emoción espiritual que producen sus cuadros de luz y de sombra, de alegrías y de tristezas, en cuyo conjunto destaca la personalidad de Santa Gema Galgani aureolada de un impulso generoso que le lleva a la práctica de todas las virtudes.

Para satisfacer tan justas y legítimas ansias, te ofrecemos hoy esta edición con virginal y castísimo interés: A mayor gloria de Dios y bien de tu espíritu.

El mérito de esta obra no estriba en los afeites y aderezos literarios sino en el fondo, heroico y sublime, que constituye la mejor semejanza de un alma con nuestro modelo divino, el adorable Redentor Crucificado.

Esta Vida respira, ante todas las cosas, el buen olor de Cristo. La protagonista llámase Gema Galgani. Y tan bello nombre lo dice todo. El delicado perfume que exhala esta nueva y más reciente flor del Calvario, sus sublimes y heroicas virtudes, hablan lo suficientemente claro, con la irrebatible elocuencia de los hechos, que la misericordia divina no ha olvidado todavía al mundo. Y que la salvación y la santificación de nuestras almas están íntimamente ligadas a los méritos de la Pasión de N. S. Jesucristo y a la moral que inspira el misterio de la Redención.

Sólo el sublime ascetismo de la Cruz puede salvar al individuo de nuestra sociedad, sustrayéndolo de la triple concupiscencia de los ojos, de la carne y de la vida, que podría resumirse en una sola frase: la de gozar sin freno ni ley, con absoluto olvido de los postulados de sacrificio y de abnegación.

Cuanto las almas se hallan más necesitadas de los ideales de la Redención, con tanta mayor abundancia surgen del seno fecundo e inagotable de la Iglesia los santos, como verdaderos elegidos del Señor. De costumbres angélicas, de vida inmaculada, y, al propio tiempo, crucificada por un esfuerzo constante en superarse a sí mismos en el cumplimiento de los deberes y obligaciones de su estado.

Esta es justamente la sabiduría de la Cruz de la que se gloriaba el Apóstol de las Gentes. Los cristianos deberíamos también orgullecernos de poseerla, y, sobre todo, de ajustar a ella nuestra conducta. Es la única línea recta, ascendente, que conduce a las cumbres de la perfección.

En la Cruz cimentó SANTA GEMA GALGANI *su vida entera. Cumplimiento estricto del propio deber bajo la sombra austera del signo augusto de la Redención. Piedad a toda prueba. Sacrificio y abnegación hasta el heroísmo.*

Cierto que su existencia se halla esmaltada de una serie de prodigios que han llamado enormemente la atención de las gentes, y que constituyen el primer reclamo sensacional de esta obra: visiones, éxtasis, locuciones con Nuestro Señor Jesucristo, con la Santísima Virgen, con San Gabriel de la Dolorosa —estudiante pasionista—, con el Santo Angel de la Guarda...; impresión en la carne viva de su cuerpo de las sagradas Llagas de N. S. Jesucristo, etc., etc.

Sin embargo, estos fenómenos, enteramente sobrenaturales, eran dones gratuitos de Dios, que así mostraba su predilección y su amor a una criatura como Gema. Se podría afirmar que Dios la distinguió tan singularmente, porque era Santa. No, a la inversa, que se santificó mediante tales fenómenos.

La santidad es el camino de la cruz del deber. Es la mortificación de los sentidos. Es la renuncia diaria de lo ilícito. Es el amor del prójimo elevado hasta la propia inmolación. El amoldamiento de toda nuestra conducta a la moral austera del Divino Enamorado de la Humanidad que, al proclamar el triunfo del espíritu sobre las cenizas de la materia, abre en perspectiva eternos horizontes al alma.

Quiera Dios que los lectores en cuyas manos vaya depositándose esta obra, sientan en sus almas la acción de la secreta llama precursora de los grandes incendios de amor divino en que ardía y se consumía el corazón de Santa Gema Galgani.

ELEUTERIO DE LA INMACULADA
Pasionista.

I.

¿LUCA O CAMIGLIANO?

Luca... Camigliano... Dos puntos casi imperceptibles de la geografía política de Italia, que en estos momentos atraen toda nuestra atención.

Luca es la expresión de una urbe moderna; capital de la provincia de su nombre, limítrofe de Carrara, célebre por sus mármoles, y de Pisa, que lo es por su famosa torre inclinada.

A Luca se trasladaron los señores Galgani, progenitores de nuestra Santa, a los pocos meses del nacimiento de Santa Gema Galgani. En Luca transcurrió el resto de sus días hasta su muerte. Los sagrados restos de su cuerpo descansan en el Monasterio de las Religiosas Pasionistas de Luca.

La figura de Gema se halla unida, anillada con lazo indisoluble, a la ciudad de Luca. Cuando señalamos a nuestra Santa por medio de una expresión algebraica, Luca hace de denominador. Santa Gema Galgani o simplemente la virgen de Luca, son sinónimos.

Pero no nos olvidemos de *Camigliano...* Gracioso pueblecito provinciano: verdes campiñas, cielo azul mediterráneo, arroyos fertilizadores que recorren alegremente su camino sombreado de árboles, recitando con sus murmullos la eterna canción de amor a la vida.

Inconsciente de la celebridad que pronto había de atribuirle la historia de una hija privilegiada, don Enrique Galgani, de profesión químico-farmacéutico, sentó al azar sus reales en una acogedora casa del lugar, sin otras pretensiones ni otro afán que el de ganarse la vida honradamente. Hacía algunos años llevaba unidos sus destinos a los de una hacendosa y cristiana mujer, doña Aurelia Landi, y la primavera del matrimonio sonreía a los jóvenes esposos con destellos de bonanza.

Era el 12 de marzo de 1878. En una alcoba de la casa, envuelta todavía en la penumbra como el amanecer de un misterio, nacía al mundo una niña.

En torno a la nueva criatura hubo explosión de músicas y parabienes, alegrías y cantares, como alrededor del modesto pesebre de Jesús en la noche gloriosa y radiante de su Nacimiento. Entonces, como ahora, el cielo y la tierra parecían querer mostrar juntamente su gozo.

A las veinticuatro horas, el sólido templo de la iglesia parroquial de Camigliano era un hervidero de personas amigas que acudían a presenciar el solemne acto de la administración del Bautismo a la niña. ¿Qué nombre le impondremos?..., fue la interrogante que formuló el ministro sagrado. No es tarea fácil acertar la elección cuando Dios ha señalado ya con su nombre a la persona. El caso del Precursor halló su segunda edición. ¿Qué nombre le impondremos a la niña...?

Se hizo singularmente notable la discrepancia entre la madre de Gema y un cuñado suyo, capitán-médico. Este defendía a capa y espada que se le impusiera el nombre de Gema. Se resistía a ellos la madre de la criatura.

Entonces terció en la cuestión un virtuoso sacerdote, párroco de Gragnano, allí presente: "¿Por

qué —exclamó, dirigiéndose a la señora— le desagrada que su hija sea bautizada con el nombre de Gema?"

La oposición manifestada por la buena madre descansaba sobre el pedestal de una duda ingenua e inocente en sí misma, si se quiere; pero de muchísimo peso, sin duda, para una madre como la de nuestra Santa, que ponía preferentemente los ojos en la felicidad eterna de sus hijos. "Pero, ¿podría entrar en el Paraíso —objetó— no habiendo allí hasta la fecha ninguna santa que se llame Gema?"

"Precisamente el cielo está lleno de *gemas* —le respondió el venerable sacerdote—, y esperamos que esta niña será una *gema* más del Paraíso".

En realidad, el nombre, verdaderamente profético, impuesto a Gemita fue el de *Gema del Paraíso.* ¿Mera casualidad? El tiempo se ha encargado de dar la razón por entero al capitán-médico, tío de nuestra Santa. Gemita resultó una Gema del Paraíso. Y abrigamos la firme esperanza de que este nombre, tan poco en uso en aquel entonces, llegará a ser en breve plazo muy popular, generalizándose tanto como el de los santos y santas que más privan.

II.

EL DESPERTAR

Hace poco más de 80 años, la ciudad de Luca, en Italia, fue teatro de la siguiente escena que tan al vivo transparenta la fisonomía religiosa de aquellos buenos tiempos de fe profundamente sentida.

Madre e hija, de un mismo hogar, eran las protagonistas.

La madre unía a la juventud los honores de la maternidad. La niña era un capullito. Tierna en años y delicada de sentimientos.

Conocedora la mamá de la trascendencia que encierran para la futura formación del corazón las primeras lecciones de la infancia, toma en las manos un Crucifijo en ocasión en que la niña descansaba sobre su regazo. Y con santo orgullo se lo muestra a la hijita. Esta lo contempla con curiosidad, fijando sus inquietos y bullidores ojos tan pronto en la Imagen como en el rostro materno. A esto siguió un breve silencio de ansiedades. Por fin, entreabre su boca la buena madre, y, con voz que delata acentos de misterio, dice a su hijita: "Mira, Gema: este Jesús ha muerto en la Cruz por nosotros..."

En el mismo tono, con la nota de elocuencia que imprime el corazón cuando palpita al unísono con la fe, con ese don particularísimo que tienen las madres de adaptarse a la capacidad de sus hijos, le

refería la historia de la Pasión... "El buen Jesús amaba tanto a la pobre Humanidad, que, exclusivamente por nuestro amor, se revistió de la naturaleza humana, haciéndose niño y criatura quien era Dios...

"La justicia del Eterno Padre, irritada por el pecado de desobediencia de nuestros primeros progenitores Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, exigía una víctima divina como Redentor... Jesucristo se ofreció generosamente a ello... Para cumplir su cometido, hubo de recorrer toda la vía dolorosa de la Pasión... Fue preso..., azotado..., maltratado cruelmente de palabra y obra hasta quedar todo su cuerpo convertido en una llaga... Por último, le crucificaron... Todo esto Jesús lo sobrellevó por nuestro amor".

Gema escuchaba ingenuamente. Sus ojos, humedecidos por unas lagrimitas que asomaban furtivas y temblorosas, iban posándose indistintamente ora en la Imagen del Santo Crucifijo, ora en el rostro de su madre. En seguida, con inenarrable expresión, hacía además de acercar sus labios puros a la dolorida Imagen, y estampaba en ella su primer beso de reparación prometiendo ser buena y no hacer sufrir a Jesús. ¡Candorosa expresión!

Cuando la mamá hubo hecho el silencio, Gema suplicaba aún con santo atrevimiento: "Mamá, háblame más". Clara muestra de la ardiente sed de las cosas sobrenaturales que comenzó a devorarla desde aquel mismo momento. Dicha sed divina llegó a experimentarla lo mismo al escuchar las piadosas meditaciones de su madre, que cuando ésta le hacía recitar alguna oracioncita mientras la estrechaba en sus brazos.

Aquella frase que la pequeña Gema comenzó a balbucear con ocasión de las primeras lecciones de

su madre, es el fiel reflejo de la efectividad de su unión con Jesús. Unión que, si tuvo subidos tonos a través de toda la vida de Gema, se hizo más estrecha y, por decirlo así, perfecta, hacia su ocaso. "Que mi vida, Jesús, sea un continuo sacrificio; acrecienta Tú mis dolores y mi humillación... Quiero sufrir contigo... No, Jesús mío, no quiero morir... Quiero vivir, vivir siempre, por sólo sufrir, por amarte tanto..." [1].

Gema tiene cuatro años, y ya se muestra extraordinariamente inclinada a la piedad.

Confiada por algún tiempo al cuidado de su abuela paterna, ésta la solía llevar a dormir a una cama contigua a la suya. Un buen día la señora, después de haberla conducido como de costumbre a descansar, a la vuelta de unos minutos quiso, no se sabe por qué motivo, volver a la habitación. Desde el umbral de la puerta notó que Gema se hallaba inmóvil en oración. Presurosa salió en busca de su hijo, invitándole a que subiera con ella a la habitación donde se hallaba la pequeña, para paladear el placer de contemplar aquel cuadro tan interesante, que ofrecía la niña en oración.

Gema estaba de rodillas delante de una Imagen del Sagrado Corazón, acrecentados si cabe, sus atractivos de criatura angelical y sonrosada. Tenía las manos juntas y los ojos fijos en alto, tal que parecía uno de esos angelitos, en actitud de adoración, que admiramos en los frescos y cuadros de nuestros grandes artistas. Tanto la abuela como el tío la contemplaron por unos instantes con viva curiosidad. Fue el tío quien primeramente se decidió a romper el silencio. "¿Qué haces, Gema?" "Rezo el Ave María". Y añadió: "Sí; yo quiero orar".

---

1. Extasis XVI y XVII.

Respetándola en su deseo de soledad, se retiraron ambos. Ya aparte, dijo el capitán-médico: "¡Qué ocasión he perdido! Si llego a tener conmigo la cámara fotográfica podía haber obtenido una bonita instantánea..."

Este atractivo por la oración y el recogimiento, inspirado por Jesús a una con su madre, fue en Gema siempre en aumento.

Sobre todo era digno de verse cuando madre e hija, de rodillas y al calor de la devoción, se fundían en una sola plegaria. Nota a todas luces destacadísima la de aquellas dos almas. La una —la de la madre— se hallaba, pese a su juventud, próxima al ocaso. La otra —la de la hija, Gemita— todavía en los primeros rayos del amanecer.

Cinco años más tarde —aunque sea doloroso consignarlo— la señora Aurelia Landi, madre de nuestra Santa, bajaba a la tumba, minada lentamente en su salud por la tuberculosis.

"He pedido a Jesús con tanta insistencia que me diese la alegría de tener una hija —decía entre caricias a Gema—, que al fin me ha complacido. Pero ya un poco tarde. Estoy enferma, y presto moriré... Aprovéchate, hija, de las lecciones que te doy..." [1].

¡Qué fondo de tristeza y de santa resignación no encierran estas palabras...! ¡Y a través de ellas, cómo se transparenta la solicitud maternal por el alma de su adorada hija!... Aquella lenta agonía, presagiando a la muerte cada vez más próxima, venía a ser para la madre de Gema un martirio prolongado. Es terrible para una madre la perspectiva de verse precisada a separarse de una hija, todavía en edad tan tierna.

---

1. Autobiografía de Gema Galgani.

Aurelia Landi, tan cristiana y buena madre, daba muestras de una elocuencia extraordinaria, acrecentada indudablemente por la crudeza de tales circunstancias, para pintar a los ojos de Gema, niña, con los más negros colores, la fealdad de toda transgresión moral. El corazón de la madre se hallaba desligado por completo de la tierra. Y cuando tomaba por tema asuntos de fondo espiritual, como son el inestimable precio de nuestra alma rescatada por la Sangre de Jesucristo, la soberana grandeza de Dios o la sin par hermosura del cielo, su boca, convertida en oráculo, prodigaba los adjetivos más elogiosos.

Siendo niña, Santa Teresita de Lisieux, en los transportes de amor divino, se complacía en augurar el cielo a su mamá, a su papá y a todas las personas que hallaba alrededor indistintamente. En el caso de Gema, era la madre la que, en cierto modo, trataba de arrastrar al cielo a su hijita.

"...Gema, ¿podrías venir donde Jesús me llama? ¿Querrás venir conmigo...?" —"¿A dónde?" —inquiría Gema con ansiedad—. "Al Paraíso, hija, con Jesús y los ángeles". Al oirlo, la angelical niña batía las manos y se entregaba ingenuamente a vivos transportes de alegría. Desde entonces el cielo fue su continua ilusión [1].

Ella misma nos lo confiesa dieciséis años después, ante la prohibición de pedir a Dios la muerte... "Fue, siendo yo todavía niña, cuando mi mamá me obsesionó con las ansias de ir al cielo... Sí; la nostalgia del cielo me atrae y quiero volar allí... La obediencia, no obstante, me obliga a contener mis sentimientos... En el diálogo que yo propia

1. Autobiografía de Gema Galgani.

me formo debo responderme que no... A mi madre dije que sí, y, precisamente por haberme comunicado este secreto del Paraíso, no quise separarme de ella, ni apartarme un momento de su habitación..."

¡Qué secreto encanto no encierran estas palabras! Gema, siendo niña, quería volar al cielo con mamá. Por este motivo se resistía a separarse de ella en su última enfermedad. Por no perder el momento de partida. Por temor a que mamá volase sola al Paraíso. Y día tras día se entretenía con ella, gozosa, en la habitación, incluso saltando a su lecho. Cercaba con sus manecitas el cuello de su madre, y la besaba y la volvía a besar un sin fin de veces.

Pero la Providencia tenía dispuesto que primero pasase por el crisol de la prueba. La pequeña Gema, antes de remontar el vuelo a la patria eterna y bienaventurada, debía hacerse copia viviente de Jesús Crucificado. Debía experimentar en sí, en su espíritu y en sus miembros, el cruel estremecimiento de las angustias y sufrimientos de Jesús...

"Señor mío —debía exclamar—, cuando mis labios se acerquen a los tuyos para besarte, hazme sentir tu hiel. Cuando mis espaldas se apoyen en las tuyas, dame a sentir el rigor de tus azotes. Cuando tu carne se comunique con la mía, hazme sentir tu Pasión. Cuando mi cabeza se acerque a tu cabeza, hazme sentir tus espinas. Cuando mi costado se acerque a tu costado, hazme sentir la herida de tu lanza..." [1]

Después... ¡Es tan breve el camino del Calvario al cielo!...

---

1. Extasis XXIX.

III.

EL CRUCIFIJO

La devoción a Jesucristo Crucificado ha sido a lo largo de los siglos la devoción preferida de las almas cristianas. Ante el Crucifijo se postraban indistintamente los reyes y los guerreros, los grandes y los humildes, fraternizando en Aquel que dio su sangre y su vida por todos.

En siglos de fe era corriente que los cristianos llevasen consigo el Santo Crucifijo. En las empresas de universal renombre sirvió con frecuencia de guión y de estandarte. Las Santas Cruzadas, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la fundación de grandes ciudades y erección de notables templos se hicieron al amparo de esta gloriosa enseña.

La imagen del Crucificado constituía el mejor ornato de las casas. En torno suyo se reunía la familia. Su vista le era familiar al niño. Al despertar su inteligencia, preferentemente escuchaba el relato de la historia de la Pasión y Muerte de Jesús. Luego, a medida que la vida y la mente se iban madurando, la comprensión de los infinitos dolores de un Dios hecho hombre por la Humanidad les daba la medida y el valor exacto del precio de la redención de su alma. De esta suerte nacía en

sus espíritus, como en terreno abonado, la semilla de la fe, del amor divino, de la esperanza en la eternidad.

Jesús les hablaba desde la cátedra de la Cruz con elocuencia muda, pero inteligible, impregnada de fuerte realismo. Tenía la actitud de un enamorado de las almas, asaeteado y alanceado por la locura de haber amado a la Humanidad, ávido además de mayores dolores y sacrificios. Y ellos le comprendieron y supieron interpretar cabalmente sus lecciones.

Pero insensiblemente aquella fe se fue apagando. Unas veces arrancada violentamente por el huracán de una revolución, o perseguida con saña por poderes hostiles. Otras, por la común desidia de varias generaciones, como lámpara privada del alimento necesario. Lo consignamos con pena. El Crucifijo fue desterrado de la familia; del hogar. Poco menos que proscrito del mundo. Descartado el Crucifijo, el espíritu del mal se adueñó de la tierra. Al enfermo faltaba en el lecho del dolor la dulzura de la Cruz, que es resignación y consuelo. Faltaba la causa emotiva que había de excitar arrepentimiento en el pecador y claridades de cielo en los entendimientos extraviados. Los espíritus comenzaban a languidecer, y el heroísmo de los antiguos tiempos de fe se fue alejando.

Pero Jesucristo reclamaba imperiosamente sus derechos. Quiere reinar con la plenitud de su poder, porque es Rey y no de burla, como pretendía Herodes. Posee además un corazón amante, es Amor, y busca correspondencia. Sufrió lo indecible, derramando toda su sangre por la Humanidad, y quiere, justamente, que el signo de su Pasión sea adorado y venerado. Y que se haga un culto de sus dolores.

Nada más emocionante y simbólico que un Cru-

cifijo. Se nos muestra con la cabeza inclinada, como para darnos a un tiempo el beso de perdón y de amor. Para abrazarnos contra su pecho, muestra los brazos extendidos. "Cuando fuere elevado sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas..." —dijo.

Estas palabras se han cumplido. Después de las tristezas, negaciones y abandonos de la Pasión, ha vuelto la gloria de la Resurrección. El Crucifijo vuelve a ser honrado. Los niños lo contemplan con veneración en las escuelas y en el hogar. Se va generalizando el piadoso ejercicio del Vía Crucis. Despierta la devoción hacia las Santas Llagas y la compasión de los dolores infinitos de Cristo comienza a hacerse más intensa.

Santa Teresita del Niño Jesús se transformó en ardiente apóstol con la sola contemplación detenida y fija de una mano llagada de Jesús Crucificado. De los abismos de humillación y de dolor, ocultos en la sagrada Imagen, fue entresacando lecciones de humildad y de mortificación.

Casi en nuestros días, en el monasterio de la Visitación de Chambery, apareciόse Jesucristo a una humilde Hermana, Sor María Marta Chambón, pidiéndole fomentase la devoción del Santo Crucifijo y diese a conocer al mundo sus aspiraciones, sus amorosas quejas y las promesas encerradas en esta devoción.

"No me contempláis bastante —le dijo— en el más expresivo de mis misterios. Los mismos sacerdotes no me miran con la frecuencia que debieran en el Crucifijo. Yo quiero ser honrado plenamente. Hija mía, ven a Mí y yo te daré de beber un agua que te quitará la sed... Hallarás en el Crucifijo un remedio universal, aplicable a todas tus interiores necesidades... hay en el cielo muchísimos santos que profesaron una señalada devoción a mis santas

Llagas... Pero hoy en el mundo casi nadie las honra... Sufro al ver que las almas por las cuales padecí mi Pasión tengan a menos la devoción de mis Llagas.

"Por eso cae en el olvido la tal devoción... Sin embargo, por la Pasión redimí al mundo y mis Llagas son su precio... Solamente la devoción a esas fuentes de dolor puede servir de eficaz remedio en estos tiempos de iniquidad... Mis Llagas curarán las vuestras... El alma que expirare encerrada espiritualmente dentro de mis Llagas, no conocerá la muerte eterna, sino que entrará inmediatamente en la posesión de la verdadera vida".

Mientras Sor María Marta Chambon recibía de Dios, del modo explícito qúe acabamos de ver, la misión de restaurar en el mundo la devoción a las Santas Llagas y de conducir de nuevo a las almas a los pies del Crucifijo, en otro punto geográfico de Europa, en Luca (Italia), ciudad eminentemente pasionista, llamada por antonomasia la ciudad del VOLTO SANTO, de la *Santa Faz* de Nuestro Señor, vivía una enamorada del Crucifijo, la angelical Santa Gema Galgani, denominada con entera razón *"La Flor de la Pasión"*, Porque de la ardiente devoción a las Llagas de Jesús nació toda su santidad.

Jesús Crucificado celebraba frecuentes coloquios con su alma.

"...Por el afecto grande que demuestras de aprisionarme en tu corazón, quiero que lleves esculpida en ti mi sagrada Imagen..."

"Mírame; me verás llagado, menospreciado de todos, muerto en una Cruz. Te invito a que mueras crucificada por Mí". Y se le aparecía totalmente cubierto de llagas, la acercaba a Sí, permitiendo que la Santa fuese besándoselas una por una. Santa Gema inflamada en amor, formula mensajes dirigidos

a todas las almas, diciendo: "El Amor no es amado"; e invita a las almas a esconderse en las santas Llagas para depositar sus penas en aquel Corazón, abrasado en incendios de amor a la Humanidad.

Exclamaba con fuerza: "Venid todos, pero *¡todos!* a compadeceros de Jesús... Adoremos a Jesús en su Pasión... Contemplemos a Jesús en la Cruz... ¡Ea! ¡De prisa! ¡Que no se malogre la sangre benditísima derramada en tanta abundancia por la humana redención...¡

"¡Oh, si todos los pecadores se acogiesen a la Cruz...! Venid, pecadores, que no está aquí la espada de la justicia, sino la de la misericordia... ¿Por qué Jesús ha de sufrir por más tiempo el tormento de las almas ingratas a su corazón tan bueno, tan santo...? ¡Oh, es tan bello y seductor el corazón de Jesús...! Yo quisiera que mi voz resonase hasta los últimos confines de la tierra... Llamaría a todos los pecadores, y les diría a voces que entrasen todos en tus llagas..." [1].

Los votos de Santa Gema se han realizado. Su voz, tan débil en un tiempo, ha llegado hasta los países más apartados del planeta. La vida de Santa Gema, traducida casi a todas las lenguas, se ha difundido con un rapidez maravillosa. Es voz que se escucha, que convierte a las almas, que las estimula a la virtud, que las conduce a las sombras de la sagrada Imagen del Crucifijo.

1. Extasis XV.

IV.

LA SANTA FAZ

Uno de los bellos rincones de Italia donde se halla más profundamente enraizada la devoción a Jesús Paciente es Luca. Conserva como un timbre de gloria el ser apellidada la *Ciudad del Santo Rostro.* Y quizá sea éste uno de los motivos porque se ha conservado allí el verdadero sentido de la Redención pujante y vivo, sin haber sufrido la menor sombra de herejía, o de adulteración, a través de tan tos siglos, de tantas generaciones y del turbión de acontecimientos de que ha sido testigo en las últimas centurias.

Al lado de sus características murallas altas y de sus frondosos bosques verdegueantes que vienen a constituir como la lujosa guirnalda de sus antiguas glorias, la vieja ciudad toscana se ha conservado fiel a su tradición, a sus usos peculiares, a cuanto ofrecía tinte de sabor local. El verdadero luqués es aficionado a la veneración de la preciosa Imagen. No en balde se la legaron sus antepasados como valiosa reliquia e insigne don de Dios.

Esta simpatía data del tiempo en que la pequeña república de Luca eligió, con extraordinaria solemnidad y aparato, al Crucifijo por su Rey, convirtiendo su festividad en fiesta nacional, y conside-

rando los homenajes dirigidos al Crucifijo como tributo de vasallaje al Estado.

En las monedas y sellos fue acuñada la imagen del Santo Rostro. Y puede asegurarse que no existía en Luca manifestación alguna de actividad que no llevase invariablemente aneja la señal del hondo cariño que sus habitantes profesaban a la antigua y siempre popular Imagen.

Aun hoy todo buen luqués guarda la Imagen en su casa. Y más todavía la lleva en el corazón. Cuando el Santo Rostro que se guarda en un artístico templete, obra del artista Civitali, se expone a la pública veneración, una riada de gentes, de la ciudad y de la campiña, corren a venerarlo a manera de un jubileo. Por lo general, esta ceremonia tiene lugar una vez al año.

Indudablemente, Gema Galgani la presenciaría alguna vez. Pero, por ser ella de un carácter más bien reservado, acostumbrada a guardar en el secreto de su corazón las corrientes emotivas..., no nos ha transmitido ningún recuerdo de lo que presenció y sintió en su alma.

A la vista de la sagrada Imagen, Santa Gema gustaba las emociones y luces reservadas a las almas amantes y puras. La milagrosa efigie es a un mismo tiempo majestuosa y terrible para los pecadores obstinados, y dulce y sumamente amable para las almas buenas. Algo parecido al famoso Cristo de Limpias. De los ojos profundamente expresivos del Santo Rostro parece descender un rayo de la infinita misericordia de Dios y un pregón de aquel SITIO (sed tengo) del Salvador que llama a los corazones al amor.

Durante toda su vida se mostró Santa Gema como buena hija y amante apasionada del Crucifijo. En una de sus cartas hallamos una invitación

dirigida a una amiga suya de Roma para que fuese a venerar el Santo Rostro. Con este dato queda a salvo su cariño a esta reliquia. La carta, por una natural asociación de ideas, nos hace recordar las palabras de Santa Catalina de Sena, que había depositado su corazón a los pies del Santo Rostro. "Visitad —decía— aquella dulcísima imagen y nos encontraréis a Cristo y a mí".

El Santo Rostro tiene una antiquísima y conmovedora historia. La palabra alada y profunda del sabio y piadoso Obispo dominico Monseñor Pío de la Corona, lo califica, en un discurso pronunciado el 10 de septiembre de 1882 en la iglesia de San Martín, de dicha ciudad, como milagroso compendio de armoniosa belleza.

Luca se aprestaba a honrarlo con grandes festejos por celebrarse aquel año el undécimo centenario de la llegada de la milagrosa efigie. Monseñor Pío de la Corona habló con arrebatadora elocuencia. Hizo la historia detallada del Santo Rostro, indicando sus relaciones con el arte cristiano y con la ciudad de Luca.

V.

GEMA, ¿QUIERES ENTREGARME A MAMA?

Tenía entonces cuatro años y medio. No escuchó el maravilloso panegírico de Monseñor de la Corona, ni pudo disfrutar, por su corta edad, de la bellísima fiesta del 10 de septiembre de 1882. Pero conociendo como conocemos los sentimientos de la familia Galgani, podemos creer que la pequeña Gemita sería conducida siquiera ante la imagen del Santo Rostro para unir allí sus manecitas en cálida plegaria. Y, ciertamente, el Señor dejaría caer sobre aquella pura criatura alguna de las gracias que forman a los santos. Toques divinos que espiritualizan las almas.

De aquella imagen copió Gema la expresión angelical que la caracterizó hasta la muerte. Ante los pequeños contratiempos dejaba traslucir cierta sublime resignación. Se veía en ella una obediencia fácil y pronta. En los juegos entre sus hermanitos y compañeras hacía gala de un espíritu conciliador, pronta a ceder y a sacrificarse, no obstante ser temperativamente viva y ardiente. La gracia de Dios que venía moldeando su alma y las tempranas lecciones de su madre le habían comunicado estas virtudes.

Despejada e inteligente, abarcaba pronto y bien las lecciones que se le daban, referentes a las la-

bores o al estudio. Parecerá increíble, pero es la realidad, que a los sólo cinco años recitaba correctamente el Oficio de Difuntos y el Oficio Parvo de la Virgen, y manejaba con soltura el Breviario, que en su concepto era como el relicario de las alabanzas de Dios.

La madre de Gema sentía por ella una predilección especial. Se puede asegurar que no era un vacuo sentimiento de ternura femenina, sino cariño intenso de madre, sobrenaturalizado por un continuo afán de señalar a su idolatrada hija el camino del cielo. También el padre la quería y amaba en grado sumo. Gema que lo sabía, aunque apreciaba muchísimo a su padre, no toleraba que éste la acariciase con demasiada frecuencia, por no despertar los pequeños celos de sus hermanitos.

Enrique Galgani, padre de siete hijos a la sazón, solía decir: "Yo no tengo más que dos hijos: Gema y Ginés".

Prácticamente demostraba que a éstos los quería con preferencia. Al llegar a casa, de regreso de su despacho, su primera pregunta venía a ser casi siempre ésta: ¿Dónde está Gema? ¿Dónde está Gemita?... Frecuentemente, al salir por la ciudad o por la campiña, se hacía acompañar de Gema. Le compraba los vestiditos en los mejores comercios, y, si alguna vez se veía precisado a comer fuera de casa, llevaba a su hijita a los hoteles más rumbosos.

La pequeña Gema era para el señor Galgani la *reinecita de su corazón.* Exactamente igual que Santa Teresita de Lisieux para su padre, el señor Martín. Cuando, tomándola en sus brazos o sobre sus rodillas, la cubría de besos y de caricias, deslizándose Gema con viveza, exclamaba: "Papá, no quiero que me toque". —Pero, ¿no soy yo tu padre? "Sí; pero no quiero que me acaricie nadie".

No se ofendía el señor Galgani por esta delicadeza de su hija, y la dejaba irse libremente por no contristarla. Al tiempo que se alejaba de ella, repetía para sus adentros: ¿Qué será de esta niña? Verdaderamente, Gema aparecía ante sus ojos como criatura angélica.

Todos la tenían en el mismo concepto. Su modestia y reserva eran casi excesivas. En cierta ocasión, un primito suyo se presentó a la puerta, no se sabe con qué objeto, caballero a la jineta. Le sirvió con mucha delicadeza Gema, que entonces tendría como seis o siete años. Queriendo corresponderle, el muchacho alargó la mano para brindarle una caricia; pero Gema apartó con tal viveza su rostro que fue causa de que el muchacho perdiese el equilibrio, cayendo del caballo que montaba, y produciéndose una dolorosa lesión. Gema hubo de pagar los vidrios rotos, porque la tía en cuya casa tuvo lugar el suceso le ordenó estar durante todo el día con las manos atadas.

Esta flor delicadísima que no aguantaba las caricias de su propio padre, debía sufrir muy en breve una prueba dolorosísima. La veremos llorar con amargas lágrimas la pérdida de su adorada mamá, con la que tan compenetrada se hallaba en espíritu y a quien, sobreponiéndose a su corta edad, le servía en ocasiones de cariñosa enfermerita, aunque, sin necesidad de sus servicios, se hallaba siempre bien atendida.

Reconociendo el estado de gravedad de la señora de Galgani, ordenaron los médicos que no se permitiese a los niños permanecer a su lado. Gema rogó y suplicó tanto para no verse comprendida en aquella medida, que hubo de hacerse con ella una excepción. Lejos de mamá, ¿quién me estimulará a orar y a besar a Jesús?, exclamaba con acen-

to preñado de vivo sentimiento. Más tarde, cuando aprendió a abandonarse enteramente en las manos de Dios, hasta hacer de la divina voluntad su única regla de conducta, Gema se mostraba arrepentida de la firmeza de que hizo gala en esta ocasión para no separarse de su madre, y aun se acusaba de ello como de un acto de desobediencia o de capricho.

¿En qué se ocupaba Gema junto al lecho de su madre? Nos lo dirá ella misma con ingenuo candor. "Platicaba con mamá primero; luego me arrodillaba a su cabecera y oraba" [1].

Aquellos dos corazones sentían como una impetuosa necesidad de hallarse unidos para elevarse a Dios en alas de la oración. Nostalgia de las altas regiones sobrenaturales.

La madre era una santa. No obstante la alta fiebre y las continuas molestias de la tos, todas las mañanas acudía, mientras le fue posible, a la iglesia a recibir la sagrada comunión. Era precisamente allí donde hallaba una amplia dosis de voluntad y de decisión para sobrellevar con mérito sus dolores, disponiendo paulatinamente su espíritu al gran sacrificio de su vida.

Mientras le asistieron las fuerzas, conducía ella misma a la iglesia todos los sábados a los niños, y hacía que los mayorcitos se confesaran aun antes de los siete años. Al apercibirse del extraordinario fervor y recogimiento con que Gema se acercaba al Sacramento de la regeneración, más de una vez lloró de emoción la buena madre.

Al correr de los días, llegó necesariamente una fecha que la imposibilitó de seguir desempeñando esta función. Entonces buscó una persona de toda su confianza para que acompañara a los niños al

1. Autobiografía.

templo. Ahora que le restaba poco de vida, le sobrevino una idea luminosa: la de confiar a su querida Gemita al Espíritu Santo. "Cuando yo falte —pensaba ella— el Espíritu Santo será su guía".

Todas las tardes una de las maestras de la doctrina cristiana venía invariablemente a casa a completar la instrucción religiosa de Gema, que la madre había iniciado con tanto acierto, y puede decirse que el 26 de mayo de 1886, el Espíritu Santo se posesionó de aquella alma pura y candorosa.

Después de la sagrada comunión, al tiempo que Gema asistía en unión de sus acompañantes a la misa de acción de gracias, comenzó la acostumbrada plegaria por su madre. Inmediatamente oyó una voz interior que le llegó al alma. —Gema, ¿quieres entregarme a tu mamá? —Sí; pero llévame también a mí con ella. —No; dámela de buena gana... Tú, por ahora, tienes que quedarte con papá... Te la llevaré al Paraíso. —Yo quiero también ir al Paraíso con mamá. —Sí, pero más tarde...

"Fui obligada, nos dice Gema, a responder por último afirmativamente a la voz que me hablaba al corazón. Terminada la Misa, me fui a casa. ¡Dios santo! Llegué a la habitación donde se hallaba mamá y rompí a llorar. No pude contenerme de ninguna forma". La pobre madre de Gema se hallaba en los extremos.

De rodillas, junto al lecho de su madre moribunda, Gema comenzó a rezar con todo el ardor que exigían las circunstancias. Inútilmente trataron de alejarla de allí. Gemita quería recoger al último suspiro de su mamá, y en su inocencia angelical se hacía aún la ilusión de que podría seguirla al cielo, no obstante la voz de Dios que le había hablado en la Misa, y de que ella había aceptado ya aquel sacrificio.

Un leve y pasajero mejoramiento abrió un poco los corazones a la esperanza. Pero ésta se desvaneció pronto. En seguida empeoró nuevamente y quedaron entreabiertas las puertas de la muerte. La vista de aquella niña, con los ojos amorosamente fijos en el lecho de la agonía, enterneció e hirió profundamente a su padre. La retiró de la habitación, confiándola a una tía para que la condujese, hasta nueva orden, a la finca de San Genaro, propiedad de la familia.

Gema obedeció. Pero, ¡cuán desganado se hallaba su corazón! Era el sacrificio completo. ¡El doloroso *fiat* a la voluntad de Dios!

La madre de Gema expiraba, por fin, el 17 de septiembre de 1886. Muerte santa la suya. No contaba más de treinta y nueve años. Sus últimas palabras fueron éstas: "Ofrezco a Dios de buena voluntad mi vida para alcanzar la gracia de volverme a reunir con mis ocho hijos en el Paraíso".

VI.

EL INSTITUTO DE SANTA ZITA

Hacia las Navidades, el señor Galgani volvió a reunir en torno a sí a todos sus hijos. Gema hubo de volver de San Genaro. La tía que la tenía recogida cedió de mala gana a que la llevaran, pues con anterioridad había pedido al señor Galgani que la dejase en su compañía definitivamente. Don Enrique Galgani se encontraba indeciso... Por fin, cediendo a los insistentes ruegos de Ginés, que no podía pasar sin la compañía de Gema, determinó llevársela a casa.

Pronto Gema regresó al seno de la familia.

Mas, ¡qué retorno...! ¡Cuántas lágrimas halló a su alrededor! ¡Aquella primera cena de Navidad a la que faltaba mamá...! Su puesto estaría de hoy más vacío en la mesa a cuyo rededor formaba la familia...

Gema experimentó estas emociones con más intensidad que nadie. Sin embargo, se sobrepuso, y, constituida por imperativo de la caridad en paño de lágrimas, trata de consolar a sus hermanos. "¿Por qué lloráis? —les decía—. Mamá está en el cielo. No sufre ya más. ¡Sufría tanto...!"

Pasadas las fiestas navideñas, Gema fue con-

fiada por su padre a las Hermanas de Santa Zita en calidad de alumna. Las Hermanas de Santa Zita, denominadas también Oblatas del Espíritu Santo, poseían en Luca un acreditado Colegio de educandas. Allí vivió Gema durante algún tiempo feliz y contenta.

La acogió con verdadera ternura de madre la fundadora del Instituto, Sor Elena Guerra.

Vale la pena de que digamos algo de esta segunda madre de Santa Gema, santa religiosa cuyo proceso de beatificación se ha iniciado ya.

De modestísimas apariencias, quien sólo se hubiera limitado a conocerla por su exterior, jamás creería que pudiese ser la confidente e inspiradora de un gran Pontífice, el Papa León XIII, a quien sugirió, por inspiración del cielo, que divulgase por una Encíclica la devoción al Espíritu Santo.

Pequeña monjita, unía en sí belleza de ingenio, tacto exquisito, carácter y una gran santidad de vida, empleada totalmente en inflamar las almas en el fuego sagrado de aquel Espíritu que comunica a los corazones sentimientos de piedad.

"Sin que nadie me lo hubiese recomendado —dice—, sin que ni siquiera se hubiese inspirado mi ánimo en lecturas sobre la materia; en suma, sin aquellos medios que se adoptan entre personas para insinuar otras devociones, se manifestó en mí ésta del Espíritu Santo, honda y pujante. Siendo todavía niña de pocos años, cuando me llevaban a la iglesia para asistir a la novena de Pentecostés, creía hallarme en el cielo. Siempre tuve gran sentimiento de ver que esta devoción del Espíritu Santo, la más importante de todas en mi convento, y que como tal fue considerada por nuestros antepasados en la fe, haya caído tan en desuso, que casi la vemos recluida en el olvido. En el estrecho círcu-

lo de acción que me ha reservado... la Providencia, yo siempre he procurado difundirla..., recomendándola de mil modos".

Lo que ella en su profunda humildad llama *estrecho círculo* fue un vastísimo campo.

"El santo es hombre de una sola idea". Para Sor Elena Guerra esta idea fija era la vuelta del mundo al Espíritu Santo, espíritu vivificador, que renovaría nuevamente la faz de la tierra. Segura de su vocación, ordenó a este fin toda su maravillosa actividad, culminada felizmente en la fundación de sus Hermanas, que tienen la doble característica de educar a la juventud y de propagar, al propio tiempo, el culto y la devoción al Espíritu Santo.

"Veni, Sancte Spiritus" fue su incesante aspiración y constante jaculatoria [1]. "Si en algún tiempo hubo necesidad de la luz y del fuego ardiente que emanan de Ti, ¡oh, Espíritu Santo! —escribe ella—, es ciertamente ahora, que las tinieblas del error oscurecen las inteligencias y una frialdad glacial hiela los corazones. Ven, pues, desciende, oh Espíritu Santo, y con tus divinos resplandores ilumina las almas pervertidas por las falsas máximas del mundo. Ven, y con los ardores de tu amor enciende y derrite en fervores las almas frías. Ven, y con la efusión de tus dones santifica a los redimidos. Ven sin tardanza, para abatir el reino de Satanás y desbaratar sus siniestros planes. Que tu venida sea signo de una nueva era de fe y de bendi-

---

1. Un día explicaba Sor Elena a las que habían de comulgar en qué consistía la Comunión espiritual. Una de las niñas, levantándose, le dijo: "Madre, ¿se puede hacer la Confirmación espiritual?". "Sí, pequeña mía —exclamó Sor Elena—. Cada vez que repetís con amor "Veni, Sancte Spiritus", hacéis la Confirmación espiritual".

ción, y que el santo nombre de Dios triunfe por encima de todo sobre la tierra".

Sor Elena no se limitó a sostener estos amorosos coloquios con el Cielo, sino que, además, trabajó muchísimo con la pluma, que sabía manejar con indiscutible habilidad. El Espíritu Santo, que es luz y amor, como ella misma lo asegura, la dotó de una solicitud viva hacia toda clase de personas, afanosa de dirigirlas a todas a Aquel que es fuente y origen de la luz y del amor. Sus escritos rezuman unción sobrenatural, sabiduría y ciencia profunda en cuanto se relaciona con la vida del alma.

Aun de parte de aquellas personas que, al parecer, debían haber sido las primeras en secundar sus planes, Sor Elena no encontró a su rededor más que frialdad e indiferencia. Quien la comprendió y la secundó fue el gran Pontífice León XIII.

Sentía como una necesidad de comunicarse con el Papa. Ignoraba, no obstante, el medio que debería utilizar para conseguirlo. De modo maravilloso e imperioso, la puso Dios por el mes de noviembre de 1893 en contacto con el Pontífice. Sor Elena hizo llegar a las manos del Vicario de Cristo una copia de la novena que había compuesto para la fiesta de Pentecostés, titulada: *"El nuevo cenáculo"*. El Papa la leyó, la admiró y la bendijo.

Entonces Sor Elena, decidió escribirle. León XIII recibió la misiva muy favorablemente. "Si la Hermana tuviese algo más que manifestar... puede escribirme nuevamente", fue la apostilla que puso a la contestación. Con esto se le abrían a Sor Elena las puertas del Vaticano, benevolencia que ella aprovechó para escribir, con intervalos, hasta diez cartas.

Después de la primera, ya aludida, Su Santidad León XIII publicó un Breve recomendando la novena de Pentecostés y enriqueciéndola con indulgen-

cias. A a la tercera carta de Sor Elena publicó la Encíclica *"Divinum illud Munus"*, dirigida a todos los Obispos del mundo católico, con objeto de que estimulasen en los corazones de los fieles la piadosa devoción al Espíritu Santo.

Más tarde quiso hablar con Sor Elena, y la invitó a una audiencia privada que duró por espacio de dos horas. El Santo Padre debió de usar con ella de una gran bondad: "Es imposible expresarlo todo..." Dejó consignado Sor Elena, de su puño y letra, en un manuscrito, refiriéndose a esta audiencia. Su emoción y alegría debieron de llegar a lo indecible. Tras de escucharla benignamente, el Santo Padre le recordó la Encíclica, y la invitó nuevamente a escribirle cuando lo creyera oportuno.

En la siguiente carta al Papa, Sor Elena le sugería que el nuevo siglo (1900) comenzase con un solemne: *"Veni Creator"*, cantado al principio de la misa de media noche. El Papa aprobó la sugerencia, y en este sentido dictó una orden general a la cristiandad. Nadie habría supuesto jamás que por la boca del grande, del inmortal Pontífice hablaba una humildísima religiosa. Y que este santo Pontífice acogiese su palabra y su consejo con la simplicidad de un niño.

Nada de esto era capaz de engreír a Sor Elena. Los vientos de la vanidad no la levantaron del profundo menosprecio en que se hallaba sumida. Es sistema de Dios valerse de instrumentos, al parecer débiles, para acometer empresas arduas.

El Espíritu Santo se recrea utilizando los más insignificantes granitos de arena para realizar sus mayores obras.

Al pie de su lecho, esta privilegiada alma tenía el simbolismo de una paloma rodeada de rayos de luz y de lenguas de fuego. Se la había pintado una

de sus hermanas. Ahora, cuando la blanca paloma batió sus alas sobre ella para sumergirla en la eterna luz, la encontró en la mejor disposición de espíritu.

"¡Oh eterno y dulcísimo divino amor!, no puedo más...", escribió un día Sor Elena, agotada su naturaleza mortal por una larga carrera de años. "Si no estáis contenta de mí, buscad otro que os sirva mejor..." El Espíritu Santo por respuesta dejó sentir en su carne todavía más el sello del dolor que purifica, y que, aniquilado, eleva y diviniza.

Había llevado durante toda su vida clavado en el corazón el dolor sangrante de no ver amado a su esposo suficientemente. Pero se le exigía más.

Nueva serie de pruebas y de dolores sirvieron para que resplandeciese de forma clara su heroica virtud. Tranquilidad imperturbable, serenidad a toda prueba, profundísima humildad. Estas fueron las flores de virtud de aquella hermosa alma, cuando, en el ocaso de su vida, pasó a ocupar por designio divino el último lugar en la Congregación por ella fundada, dirigida y sostenida con tantos sacrificios y sudores. El Señor le hacía probar constantemente el sentimiento de su inutilidad. Con la calceta en la mano pasaba las horas, solitaria, en un rincón del convento, extraña a todo, desligada de todo. De sus labios sólo salía esta plegaria:

"Veni, Sancte Spiritus".

Cuando el sello del dolor y de la prueba se rompió para ella con la muerte, quedó eternizado el amor. Y las campanas, al igual que a la muerte de Gema, sonaban a gloria. A aleluya.

Las dos tumbas permanecieron durante algún tiempo próximas en el cementerio de Luca.

Esta fue la Madre que acogió a Gema a su ingreso en el Colegio de Santa Zita.

VII.

¡DADME A JESUS!

Gema tiene nueve años. Menudita y tierna como es, no representa, sin embargo, más de los seis. En vano se deshace su alma en deseos de comulgar. Por no hallarse todavía introducida la costumbre de admitir a los niños a la Primera Comunión, vese precisada a sobrellevar las consecuencias del modo de sentir de la época.

Indudablemente, las maestras encargadas de su formación se lo hubiesen permitido; pero la mayor oposición nacía del lado de la familia. Concretamente, de su padre, quien durante largo tiempo se mantuvo sordo a las insistentes voces de la niña, que gritaba, inconsolable: "*¡Dadme a Jesús!* Veréis qué buena me haré entonces... No seré como hasta ahora, no. ¡Dadme a Jesús, que me siento morir y no puedo más!"

Dado el carácter de la piadosa porfía y el abatimiento que las reiteradas negativas ocasionaban al ánimo de la angelical criatura, el confesor de Gema y Director espiritual, a la vez, del Instituto de Santa Zita, se creyó en el caso ineludible de intervenir personalmente. Hizo al señor Galgani una exposición de las ansias que devoraban a Gema, y, como corolario, le puso este dilema: "O da a Gema el sus-

pirado permiso para comulgar, o, de lo contrario, la verá morirse de dolor". Y la autorización llegó.

Aquel sí costó no poco esfuerzo al señor Galgani. Y es que llevaba a Gema tan metida en su corazón que difícilmente se resignaba a pasar un solo día sin su compañía. No obstante, consintió que por la duración de los santos ejercicios preparatorios para la Primera Comunión se quedase, aun las noches, en el Colegio de Santa Zita, y se abstuvo rigurosamente de visitarla para no turbar su recogimiento. Oigamos a Gema referir sus nuevas y puras alegrías.

"...Sería como el atardecer, cuando papá me dio su autorización. A la mañana siguiente, temprano, me dirigí al convento, donde estuve retirada por espacio de diez días. En todo este tiempo no me comuniqué con ninguno de la familia. ¡Qué contenta estuve! ¡Qué paraíso! [1] Apenas traspuse el umbral de la puerta del convento, corrí presurosa a la capilla a mostrar a Jesús mi reconocimiento. Quedaba colmado mi anhelo, largamente acariciado, de recibirle sacramentalmente. Le pedí, emocionada, la gracia de prepararme bien a la santa Comunión".

Una de las primeras aspiraciones que experimentó el corazón de Gema en la soledad del retiro fue la de conocer minuciosamente la vida santísima de Jesús y los pormenores de su Pasión. Así se identificaría de una manera mejor con su Jesús, que, en fecha próxima, sería el Esposo idolatrado de su alma.

Para satisfacer tales deseos, la religiosa que hacía con ella las veces de maestra, le iba relatando día por día algún paso o misterio de la Pasión de Cristo, entrelazado con los hechos más salientes y destacados de su vida. Cuando llegó a la coronación

1. Autobiografía.

de espinas y a la crucifixión, la buena Hermana describió tan al vivo ambas escenas, que el delicadísimo y ultrasensible espíritu de Gema no pudo sustraerse a la dolorosa impresión. La fiebre se apoderó de ella y hubo de acostarse, permaneciendo en el lecho aquel día y el siguiente.

Después de esto hubieron de suspenderse las lecciones.

¿Esta impresión fue efecto de la pintura extremadamente viva y realista de la religiosa, o cabe suponer que el agente de las impresiones fuese el mismo Jesús? Nos inclinamos por lo segundo. ¿No debía sentirse Gema un día crucificada con Jesús? Jesús, en un rapto de amor, le hizo sentir su Pasión, y esta efusión de amor creó en ella la necesidad de asemerjársele para volver amor por amor.

Otra de las cosas que llamó la atención de Gema fue esta frase salida de los labios del predicador: "El que come a Jesús vivirá de su vida". De suerte que, pensaba ella, cuando Jesús esté en mí, no seré más mía, porque Jesús será quien viva en mí. Y se consumía de amor acariciando el deseo de poder afirmar presto: "Jesús vive en mí".

Estas palabras, suspiro vehemente del alma de Gema, se tradujeron en gozosa realidad el 17 de junio de 1891 [1], fecha venturosa de su Primera Comunión. "Son, por fin, colmadas mis aspiraciones —escribió—... Ahora es realidad en mi carne y en mi corazón la promesa de Jesús: *El que me come vivirá mi vida*".

"Lo que pasó entre mí y Jesús en aquel momento no sé expresarlo. Jesús me hizo sentir intensamente mi propia inutilidad... Comprendí que las

1. En ese día cayó aquel año la fiesta del Sagrado Corazón.

delicias del cielo no son como las de la tierra... Me sentí presa de un ardiente deseo de gozar siempre de aquella unión con mi Dios... Sentíame más desasida del mundo y más dispuesta al recogimiento y a la oración" [1].

Aquel día dejó en su espíritu huellas e impresión imborrables. Gema las renovaba cada año. Para ello se asociaba al retiro que practicaban las muchachas de Primera Comunión, y en unión de ellas tomaba parte en los Ejercicios privados y públicos, como si nuevamente hubiera de prepararse para su Primera Comunión. Escribiendo a su Director espiritual, recordábale a menudo con intensa emoción aquella fecha de tan gratos recuerdos. Era para ella fiesta por excelencia la del Sagrado Corazón, su fiesta preferida, día de Paraíso. Reputábase feliz de haberlo pasado con Jesús, hablando con Jesús, gozando y sufriendo a un tiempo con El en íntimo recogimiento; aborreciendo las máximas deletéreas del mundo y sus fríos cálculos egoístas.

A menudo en sus conversaciones volvía Gema a recordar el gran día de su Primera Comunión como un gusto paradisíaco.

"¿Qué vale haberlo gustado un día, exclamaba, mientras que después lo gustaremos por siempre? El día de mi Primera Comunión, puedo bien decirlo, mi corazón se encendió más vivamente en el amor de Jesús. Qué felicidad la mía cuando, habiendo recibido a Jesús, pude yo exclamar: ¡Oh mi Dios!, vuestro corazón se identifica con el mío. ¿Qué me faltaba para ser feliz? Nada. Comparo la paz del corazón experimentada el día de mi Primera Comunión con la que disfruto ahora, y hallo la diferencia" [2].

---

1. Autobiografía.
2. Cartas de la sierva de Dios. Carta 74.

El 16 de junio el señor Galgani, recibió de su hija la siguiente emocionante carta:

"Querido padre: Estamos en la víspera del día de mi Primera Comunión; un día para mí de inmenso gozo. Le escribo estas líneas para testimoniarle mi afecto, rogando pida a Jesús me prepare para las gracias que me tiene reservadas. Le pido perdón de las desobediencias y disgustos que le he ocasionado. Le ruego que esta noche olvide todo lo pasado. Demandando de rodillas su bendición, me declaro su afma. —GEMA".

VIII.

PRIMEROS PASOS

Los primeros pasos de Gema hacia la perfección no se caracterizaron por una gran desenvoltura.

En sus acciones, aun las más ordinarias, dejaba traslucir una excesiva tensión de ánimo que le hacía practicar todas sus acciones como con cierto esfuerzo.

Más tarde supo dominarse, coordinando maravillosamente su natural inclinación por el recogimiento con las exigencias de la cortesía más delicada y exquisita.

El empeño con que se había dispuesto a no permitir que sus sentidos vagasen libremente con menoscabo del recogimiento interior; el deseo de pasar desapercibida e inadvertida al mundo, prescindiendo de cuanto no significase Dios; el afán de no disgustarle ni aun levemente..., la volvían seria y silenciosa en demasiado grado para su corta edad. Pero no todos supieron interpretarla en este sentido, sino que la juzgaban muy diferentemente.

Tenía, además, un modo de caminar a todas luces desgarbado y sin brillo, y hubo quien la juzgó de carácter cerrado. Otros la tenían en concepto de

altanera y soberbia. Los más benévolos la reputaron de ánimo apocado. Y no faltó quien la notara de tonta y ruda.

Gema sonreía cuando la acusaban del pecado de soberbia. "¿Qué quiere decir soberbia? —inquiría—. Ni lo pienso... No respondo a las veces, porque, verdaderamente, no sé qué responder. Y como ignoro si respondería bien o mal..., lo más acertado me parece guardar silencio".

Para Gema —dice su director espiritual—, lo blanco era siempre blanco, y lo negro, negro también. Su carácter rectilíneo no admitía medias tintas.

Se mostraba enemiga declarada de vanos cumplimientos. "¿Qué adelanto con agradar a las criaturas? Soy corta de facultades. ¿Por qué extrañarme de que las gentes me consideren tal cual soy? Quiero ser sincera".

Estas palabras reflejan una gran humildad, firmemente asentada en la superioridad de ánimo que conduce a las almas al desprecio de la vana estimación del mundo.

Con frecuencia la tachaban de soberbia. Como primera impresión, sus labios dibujaban una sonrisa. Luego se concentraba dentro de sí misma para examinarse detenidamente. En realidad, era humilde y dócil. Sin embargo, a pies juntillas daba crédito a cuanto aseguraban de ella y, creyendo ser tal cual la suponían los demás, llegó a experimentar una gran confusión en el fondo de su alma por no poseer, decía ella, el suficiente conocimiento de sí misma.

"Cierto que tuve ese pecado (el de soberbia), declaraba siendo ya mayorcita. Pero Jesús sabe bien si me daba cuenta de ello o no. Muchas veces me postré ante la maestra, ante mis condiscípulas y ante la misma Madre Superiora para implorar per-

dón de ese pecado. En la meditación de la tarde, y durante muchas noches he llorado a solas. Yo ignoraba verdaderamente ese pecado"[1].

Merece consignarse que la primera vez que Gema fue acusada de soberbia ante la Superiora, la acusación partió de una religiosa que todavía no la conocía a fondo.

Al volver del Colegio, dijo Gema a su tía: "Me ha dicho la Superiora: "Gemita, Gemita: has cometido un pecado de soberbia". Tía, ¿cómo son los actos de soberbia? Explíqueme qué cosa es un acto de soberbia, porque yo no conozco este pecado". —Que te lo explique la Superiora —repuso la tía—. A las explicaciones de la Superiora preguntó rápidamente: "Madre, ¿qué es un acto de soberbia?" La Superiora lo comprendió todo. Tanto candor y tanta ingenuidad le ganaron por completo. La tranquilizó, y luego dijo a la tía: "Gema no ha cometido deliberadamente falta alguna. Acude a la clase, es buena y estudia bien".

Por la noche regresó Gema contentísima al seno de la familia. "No me fío nada de mí misma. Estoy satisfecha de conocer esta falta".

Para comprender a Gema era preciso conocerla antes, estudiando su corazón. Allí se encontraría el motivo de su excesiva reserva, de sus respuestas breves y concisas y de su silencio en ocasiones.

Quien la conocía y entendía a maravilla era Sor Julia Sestini, alma de grande espíritu de oración y muy querida de Gema.

Sor Julia había sucedido en el cuidado de Gema a Sor Camila Vagliesi, una de las primeras compañeras de la fundadora, la misma que con su emocionante relato de la Pasión conmovió tanto a Ge-

1. Autobiografía.

ma, obligándola a enfermarse. Al reanudar, después de esto, las lecciones interrumpidas, a menudo entremezclaba la buena Hermana sus lágrimas con las de Gema, pensando en el intenso amor de Jesús y en la serie de sufrimientos que hubo de sobrellevar por nuestra causa.

Solía decirle Sor Camila: "¡Jesús está contento de ti; pero tiene necesidad de tanta ayuda! La meditación de la Pasión debe ser tu devoción preferida. ¡Oh, si ambas pudiésemos estar siempre juntas!" [1]. La buena Hermana, por intuición, penetró en el secreto de la vida de dolor de Gema, y entendiendo las singularísimas gracias que el Señor le había dispensado, parecía haber legado en herencia a Sor Julia su afectuosa solicitud por ella.

Sor Julia acompañó siempre a Gema con afecto. La observaba de cerca y le ayudaba en ocasiones. "Gema, Gema —le decía con acento maternal—, si no leyese yo en la niñita de tus ojos el modo de ser de tu alma, te tendría en el mismo concepto que las demás". Las apariencias son muchas veces fatalmente traidoras y mendaces, y aquella buena religiosa, sin dejarse guiar por ellas, comprendió que Gema era un alma muy querida de Dios. Un alma oculta, de sólida piedad unida a una ingenuidad infantil y gran atractivo hacia la oración.

La veía, en efecto, permanecer en la capilla como un ángel, sin ostentación, en una postura siempre igual, toda absorta y ensimismada en Dios, sin menear la cabeza de un lado para otro, ni cuchichear con las compañeras. Parecía dar a entender: "Para mí, en este mundo, no existe más que Dios. Me basta con tenerlo contento". Sus aspiraciones y su compostura, atestigua Sor Julia, mostraban a las

1. Autobiografía.

claras que en todo momento vivía unida a Dios. La más pura intención de agradar al Señor animaba sus actos. A menudo solía exclamar: "¡Oh, qué feo y prosaico es el mundo!" Y alzando los ojos al cielo, concluía: "¡Cuán hermosa y encantadora es la mansión de los bienaventurados!"

Los santos, muertos en la flor de la edad: Santa Inés, San Luis, San Estanislao, San Gabriel de la Dolorosa, le eran muy queridos. Su vida le sugería un grande amor a la pureza. Prefería esta virtud a las joyas más preciosas. Y sus labios, de niña y adolescente, jamás pronunciaron palabras que implicasen ofensa o menos aprecio a la virtud angélica.

Sor Julia se cuidó muy bien todo momento de llamar a Gema soberbia, porque se hallaba convencida de todo lo contrario. Tenía en su abono multitud de pruebas.

Con frecuencia, algunas de sus compañeras, por evitarse un castigo, inculpaban a Gema su propia falta. El castigo recaía inexorablemente sobre Gema. Sin embargo, se guardaba muy bien de quejarse, contenta de poder ofrecer a Dios aquel pequeño obsequio ignorado a los ojos de los hombres.

Sor Julia no podía menos de sufrir al verla injustamente castigada. Solía decirle: "¿Por qué no te justificas? ¿Por qué no se lo dices a la maestra de labores?" Gema respondía: "Déjelo pasar. Es mejor así". No es éste el lenguaje de la soberbia.

Tampoco se engreía de sus triunfos escolares y buena puntuación en los exámenes, máxime cuando veía que alguna compañera había tenido la desgracia de no sacar lo suficiente para aprobar la asignatura. A este respecto, dijo en una ocasión: "Hubiera preferido que todas, sin distinción, hubiésemos aprobado las asignaturas. En este caso, mi contento sería grande".

Era escrupulosa y exacta. Jamás cometió una falta de desobediencia. Bastaba una simple señal para que inmediatamente se atuviera a su deber.

Durante los carnavales tomaba parte en las comedias y representaciones; pero lo hacía por obediencia y no porque experimentase en ello gusto particular. Representaba con modestia, gracia y desenvoltura el papel asignado.

Sor Julia narra un episodio conmovedor. "Nos hallábamos, dice, ensayando una comedia. De prisa y corriendo, llega la Superiora. Con la voz anhelante, exclama: Oremos todas por un desgraciado que se halla en estos momentos en el último trance de su vida y rehusa recibir los Santos Sacramentos. La dolorosa noticia provocó entre las niñas una risa desenfrenada, propia de su edad".

Sor Julia impresionada, suspendió el ensayo, las mandó arrodillarse y púsolas en oración. El profundo recogimiento de Gema llamó inmediatamente su atención. Terminada la plegaria, se levantó, se acercó a la Superiora, y lisonjeándose, le dijo al oído: "La gracia está obtenida".

La misma tarde cundió la noticia de la sincera conversión del pecador, que expiró, por fin, confortado santamente con todos los auxilios de la religión.

Con motivo de las festividades religiosas eran de ver la actividad y el buen gusto desplegados por Gema en la confección de *floreritos*. El estilo de Gema despertaba la admiración de sus compañeras, especialmente al tratar de honrar a la Virgen Santísima, su "Mamá del Paraíso".

A veces la maestra proponía a las alumnas algunos pequeños actos de mortificación, explicándoles el caudal de merecimientos que implican estos actos. "¡Oh, qué riqueza, qué riqueza! —exclamaba Gema—. Podríamos atesorar en el cielo inmen-

sas riquezas..." Y continuaba: "Gema no es buena para nada; pero Gema lo puede todo con Jesús". Así se animaba a superar todos los obstáculos.

Ponía gran esmero en adornar el altar de la capilla y de la clase.

Durante la santa Cuaresma en el Instituto de Santa Zita las maestras tienen obligación de explicar a los niños la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Gema no se saciaba de oir aquellos relatos tan emocionantes que frecuentemente le hacían llorar. Un día, después de la acostumbrada explicación, púsose en pie con otra niña y preguntó a Sor Julia: "¿Dónde se relatan estas cosas? Quisiéramos comprar el libro para estudiarlo y meditarlo mejor".

Otro día Sor Julia aconsejó a las niñas que practicasen cinco minutos de meditación en la mañana y cinco de examen por la tarde. Una sonrisa significativa dibujaron los labios de Gema, como dando a entender que aquellos cinco minutos le parecían muy pequeña cosa. La interrogaron por este motivo y quedó en evidencia que ella empleaba mucho más tiempo en la meditación.

Como Santa Teresita, a la maestra que le preguntaba: ¿Qué haces tanto tiempo en la habitación?, Gema habría podido responder: "Señora, yo pienso y medito". Y era esta necesidad de pensar, y de pensar en el cielo, la que durante las recreaciones le hacía preferir, al bullicio de las compañeras, la soledad o el paseo tranquilo, hablando de Dios, con la maestra o alguna compañera mayorcita.

Apenas notaban su ausencia las compañeras, la llamaban: "Gema, ¿qué haces? Ven con nosotras". Y Sor Julia, a su vez: "No te singularices". Y Gema accedía contentísima. Sus frecuentes, frecuentísimas miradas hacia la capilla a través de la puerta, hacia el tabernáculo Eucarístico, revelaban bien

claramente dónde tenía depositado el corazón. Si la puerta se hallaba cerrada, decía: "Para la fe no hay cerraduras. Con el amor se está unida a Jesús".

Un día Sor Julia ideó un sorteo original. Recogió un manojo de palillos para ver a qué niña tocaba hacerse santa. El palillo más grande correspondió a Gema que, alborozada en extremo, dio un salto, gritando: "Sí, me haré santa". Y cumplió su palabra.

IX.

¿DONDE TE ESCONDISTE..., AMADO MIO?

Hasta la fecha las relaciones entre Jesús y el alma de Gema era de amor mutuo y recíproco, sin oscuridades ni nubes que las sombreasen. Un estado de apacible bonanza clareaba el espíritu de Gema Galgani.

De ordinario, no es ésta la vida que reserva el Señor a las almas que le son verdaderamente queridas, a quienes en sus profundos y sabios designios quiere elevar a la cima de una profunda y grande santidad. El gozo constante, las continuas dulzuras espirituales no pueden constituir la herencia de los amantes de un Dios Crucificado.

Jesús en el Getsemaní gustó toda clase de sinsabores y de torturas: abatimiento moral, hastío, temores... En una palabra, las agonías y sufrimientos del espíritu y del cuerpo. El alma que le ama de veras debe seguirle por este mismo camino.

Para los más, la hora de la prueba suena de improviso. Una gran obscuridad se cierne sobre el alma. Jesús, que es la verdadera Luz, la única Luz, se esconde. El alma siente su soledad y la lucha se hace intensa. Jesús, aunque oculto, contempla al alma y la sigue. Si resiste varonilmente a la prueba y lucha con éxito y vence, desde aquel momento se inaugura para el alma una era de grandes as-

censiones en la vida de la perfección. Si se acobarda y cede las armas, experimenta un retroceso, y quizá se inicia su ruina espiritual.

Este penosísimo estado, casi nuevo para Gema, duró por espacio de un año entero. Todo lo que hasta entonces había fascinado su voluntad con atractivos irresistibles ahora le repugnaba, le producía fatiga e inspiraba a su ánimo fastidio y disgusto. Por el contrario, cuanto hasta aquel punto había sido para ella objeto de repugnancias y desvíos, ahora parecía lisonjearla y seducirla.

En medio de la prueba, Gema se mantuvo constante e inalterable. La oración y la meditación no le ofrecen el más mínimo atractivo. ¿Qué importa? Como de costumbre, pónese a orar y a meditar, sin acortar en nada el tiempo que venía dedicando a tales ejercicios. Parécele que el Señor no oye su voz... Que no quiere escuchar sus llamamientos... Que se le esconde y se le va... ¿Qué importa? Con el ánimo bañado en angustia, Gema continúa invocándole. Cuando el Señor trata más de huir, le sigue buscando con mayor esfuerzo.

La naturaleza se resistirá, como de costumbre, a gustar el cáliz del sufrimiento. Pero Gema, demostrando una energía que ofrece los mayores contrastes con su carácter, suave en apariencia, sabrá sostener el combate, para vencer por último.

Cuando, con sentimiento para ella, se dé cuenta de que el mundo ya no le inspira aquel horror natural, Gema, en un esfuerzo de la voluntad, se le opondrá virtuosa y voluntariamente, uniéndose en espíritu al desprecio que inspiran a las almas amantes de Jesús aquellas palabras: "Yo no pido por el mundo... Yo no soy del mundo..."

En el transcurso de esta prueba campean maravillosamente en el alma de Gema la fe y el amor.

Unido a ellas voluntad inquebrantable y fidelidad a toda prueba. A trueque de obrar sin gustos de ningún género, sin consuelo alguno, sigue invariable el camino duro y áspero del deber, a despecho de cuanto externamente hubiese podido justificar en ella otro modo de obrar.

En casa, por ejemplo, podía haberse mostrado menos piadosa. Su conducta, recatada y humilde, su asiduidad a la oración, llegaba a irritar a los familiares. El padre no veía con buenos ojos que se levantase por las mañanas tan temprano para ir a la iglesia a comulgar, ni le agradaba que volviera a salir, anochecido, a visitar al Smo. Sacramento. Hubiese preferido que Gema vistiera con elegancia y que frecuentase los paseos públicos.

Una alma menos devota que Gema, en aquel ambiente habría hallado fácilmente algún motivo real o aparente para desviarse del camino emprendido. Gema, no. Cielo y tierra parecían aliarse contra ella. Pero la fervorosa joven no se doblegó, dando a Dios con su heroica firmeza una prueba innegable de amor.

Transcurrido un año, el cielo oscuro de su alma se tornó sereno y claro. Dios la inundó de luz y de los ardores de su caridad. El alma de Gema gustó de nuevo de la unión divina. Ahora se sentía más de Dios. Su voluntad había salido fortalecida de la prueba.

También en casa cambiaron las cosas. Por circunstancias especiales de la vida, fueron a convivir con Gema dos tías suyas, muy piadosas ambas. Experimentaban gran contento acompañándola a la iglesia, y se entretenían a menudo conversando con ella cosas santas. Gema, durante aquel corto tiempo, creyó haberse vuelto a los hermosos tiempos de mamá.

Periódicamente practicaba los Ejercicios Espirituales en el Colegio de Santa Zita, extrayendo de los sermones mucha luz para su alma.

De la consideración del pecado, por ejemplo nacía en ella el amor a los desprecios. En la meditación del infierno formó el propósito de hacer durante el día actos de contrición, especialmente después de la comisión de alguna falta.

La consideración de los ejemplos de humildad, de dulzura, de obediencia y de paciencia de Jesucristo despertó en su alma el deseo de visitarle diariamente en el Tabernáculo, empleando el menos tiempo posible en conversaciones inútiles para no ocupar la lengua más que en las cosas del cielo, a tenor del sabio consejo que nos legó el gran Apóstol de las Gentes: "Vuestra conversación sea del cielo".

No se crea que una vida espiritual e interna tan intensa fuera ni siquiera óbice en Gema para sus progresos en el estudio. Los premios que obtenía todos los años, el Gran Premio de Oro que mereció en la asignatura de Religión en el curso académico 1893-1894, sus composiciones en prosa y verso y otros brillantes ejercicios de aritmética y de francés, que exhibía como pruebas de su laboriosidad, dan elocuente testimonio de su aprovechamiento.

Trece años después que Gema abandonó el colegio, la fundadora escribía al R. P. Germán de San Estanislao: "En medio de las grandes angustias de mi pobre corazón, me alegra sobremanera el saber que V. R. trabaja por glorificar a una santa alumna mía, Gema Galgani. La tuve cerca de dos años en la clase, y puedo atestiguar que siempre estuve muy satisfecha de su conducta. Era muy silenciosa y obediente".

X.

"SI; HE SUFRIDO MUCHO..."

Entre los hermanos de Santa Gema había uno llamado Ginés. Ambos se querían tiernamente. En 1894, Ginés cumplió los dieciocho años. Llamado por vocación al sacerdocio, había recibido las Ordenes Menores, y todo hacía prever que el joven levita llegaría a ser en breve un óptimo y virtuoso sacerdote. Ginés y Santa Gema marchaban en todo de común acuerdo, con inteligencia perfecta. Y no aspiraban más que a servir a Dios. Sus oraciones, fundidas con frecuencia al calor de una sola plegaria, hacían violencia al cielo por la extensión del reinado de Jesús Crucificado sobre la tierra.

Como vamos a ver en seguida, la familia desconocía los planes que la Providencia tenía señalados respecto de Ginés. Los hombres veían en él al futuro celoso sacerdote. Dios Nuestro Señor lo tenía escogido como víctima de expiación. A los dieciocho años, frescos y lozanos, su vida quedó segada en flor cual planta mañanera arrancada por el violento huracán... Falleció de la misma enfermedad que su madre, de la cual heredó, al parecer, el mal.

Mientras duró la dolencia, Gema estuvo cons-

tantemente a su lado. Ni el enfermo podía pasar sin tenerla junto al lecho. Por verlo contento y por sostener el ánimo de su querido hermano en el penoso trance de la muerte, Santa Gema pasaba días y noches a su lado, despreciando el peligro de contagio y sobreponiéndose de buen grado a la fatiga y al cansancio [1].

Al ver cerrarse aquellos pálidos ojos a la luz de este mundo, el corazón de Gema fue muy sensible a la desgracia. Ella misma lo declaró: "Sí; he sufrido mucho..." Fuese consecuencia del dolor que la muerte de su hermano le ocasionara, o bien una secuela del excesivo cansancio, Gema, a su vez, enfermó de cuidado, permaneciendo al borde la tumba, entre la vida y la muerte, por espacio de tres largos meses.

Don Enrique Galgani, que la quería con delirio, no reparó en gastos por conseguir la salud de su idolatrada hija. Y viendo que la curación se retardaba, llegó incluso a ofrecer a Dios el sacrificio de su propia persona a cambio de la salud de Gema. ¡Pobre padre! Dios le reservaba aún una nueva y dolorosa cruz. Padre de una hija crucificada, debía asimismo ser crucificado en espíritu.

Vio, finalmente, a Gema restablecida de su dolencia y el consuelo pareció inundar su corazón. Pero, ¿y el de Gema? Oigámosla: "Desde el momento en que mi madre me inspiró el deseo del cielo, he ansiado irme allí. Si Dios me hubiese dado a escoger, habría preferido mil veces desligarme de estas ataduras del cuerpo que como pesadas cadenas aprisionan mi alma, para remontarme al cielo en raudo vuelo, convertida en angélica mariposa.

"Cuantas veces me sentí a las puertas de la

1. Murió en el mes de septiembre.

muerte, experimenté un gran consuelo... Pero, al recuperar las fuerzas y la salud..., he perdido la oportunidad...

"Un día, después de la sagrada Comunión, pregunté a Jesús por qué difería llevarme al cielo. "Hija —repuso el Señor—, porque en el curso de tu vida te daré todavía nuevas ocasiones de mayores méritos, redoblando en ti, por una parte, el deseo del cielo y comunicándote al propio tiempo la gracia de sobrellevar con paciencia el destierro de la vida..." [1]

En efecto, con el pensamiento constantemente fijo en el Paraíso, Gema debía probar antes todas las cruces de la tierra, para asociarse a Cristo. Obsesionada por la nostalgia de aquella mansión de eternas bienaventuranzas, tenía a su cuerpo en concepto de cárcel; y a la tierra, como el auténtico valle de lágrimas.

Después que sanó de su última enfermedad, Gema quedó en extremo débil. Los médicos la obligaron a interrumpir los estudios, viéndose en el duro trance de tener que abandonar el Colegio de Santa Zita con el pesar que es de suponer. Reintegrada por entero al hogar doméstico, asumió el cargo de educadora de sus hermanitas y de ángel custodio de sus hermanitos. Ambos cometidos los desempeñó con acierto, avalorando su prudente conducta con el mérito de la plegaria. Su modo de proceder, su comportamiento en este oficio, queda reflejado en estas significativas palabras de su hermano mayor: "Gema traía siempre el ramito de oliva..."

Si alguna vez abandonaba la casa, se puede asegurar que era para salir al encuentro de los pobres, a quienes llamaba sus queridos amigos. Los meneste-

1. Autobiografía.

rosos no podían menos de admitir el tratamiento, porque sabían por experiencia que no recurrían en balde a aquella jovencita de porte humilde y carita de ángel.

Gema lo daba todo a los pobres sin tasa ni medida. A no habérselo impedido, a buen seguro habría repartido incluso los vestidos que se hallaban depositados en el ropero de la casa.

Al correr del tiempo, llegó un día en que el padre de Gema se abstuvo de darle cantidad alguna con destino a los pobres. Gema lo ignoraba. Pero el esplendor de la casa había venido a menos. El señor Enrique Galgani, sacrificándose lo indecible, luchaba en vano por sostener su crédito.

Entonces Gema, a falta de riquezas de la tierra, prodigaba entre sus pobres los conzuelos espirituales, mezclando a veces sus lágrimas con las suyas. Los desheredados de la fortuna se despedían complacidos. Aquellas almas, curtidas por todos los vientos de la adversidad, experimentaban en las palabras de Gema un remanso de consuelo y bienestar.

XI.

AÑO DE DOLORES

Estamos a fines de 1895. Gema entreveía próxima en la escena la silueta del Año Nuevo... Con esa intuición que tienen de todo las almas de exquisita sensibilidad, lo sentía venir cargado de no sé qué misterios.

"...Ignoro la consigna de este año respecto de mí... Me abandono en Vos, Dios mío... Todas mis esperanzas y afectos los deposito en Vos... Me siento débil, Jesús mío, pero con vuestra ayuda he resuelto mudar de vida..."

El nuevo año, en efecto, llegó como lo presumía Gema, con la siembra de abundantes desgracias. Gema quedó resignada en las manos de Dios, que sabe ser Padre bondadoso hasta cuando maneja la vara del sufrimiento. Parecía que el mismo Dios trataba de prepararla para la prueba con aquellos ardientes deseos de padecer por El.

El ansia predominante de Gema era el sufrimiento, pudiendo asegurarse que desde la muerte de mamá no transcurrió un solo día en que no padeciese por Jesús alguna mortificación, pequeña o grande. Después de las exiguas crucecitas de la infancia, sobrevinieron las grandes..., la muerte de

su hermano Ginés, su propia enfermedad... No tardarían en llegar mayores.

Abrió la serie una dolorosa caries al hueso con atroces sufrimientos en un pie. Por amor al sufrimiento trató de sobrellevar el dolor en silencio. Pero un incidente improvisto se lo puso en evidencia. Cierto día cayó sobre ella de improviso un banco, teniendo la mala suerte de que fue a dar sobre el pie enfermo. El golpe con su violencia hizo reventar el absceso de las caries.

Fue necesaria una intervención quirúrgica con profunda raspadura del hueso. Gema rehusó ser anestesiada. Todos temblaban de miedo. Sólo ella se mantenía en el equilibrio de una maravillosa tranquilidad. Con el crucifijo delante de sus ojos, su vista le infundió la fortaleza necesaria. En el momento más doloroso y neurálgico de la operación dejó escapar un gemido, de lo que pidió en seguida perdón.

Los médicos mostraron gran admiración por tan extraordinario valor.

A continuación le sobrevino otra cruz de diverso género.

El padre de Gema era farmacéutico. Durante largos años gozó de la bendición de Dios en su negocio. Pero en el reloj de la Providencia había sonado para él la hora de la prueba. El señor Galgani se había ido fiando de todos, juzgándolos por el rasero de su bondad. ¿Cómo habría llegado a suponer jamás en la traición de un engaño? Pero era evidente que existía la mala fe, y en esta ocasión el señor Galgani fue escogido como víctima.

En primer término, la larga dolencia de su mujer, las enfermedades de varios de sus hijos y otras desventuras habían disminuído grandemente el patrimonio... Luego, el vencimiento de las letras de

cambio que se adeudaban... El embargo de sus bienes, muebles e inmuebles... La miseria general en que se halló envuelta la familia...

¿Qué hubiera sido de aquel hombre en su infortunio a no sostenerle la fe?[1]. ¡Qué horas de angustia! Sólo el pensarlo pone horror en el ánimo más esforzado.

No mucho después se le declaró al señor Galgani un cáncer al cuello. Gema, todavía débil y no repuesta totalmente de su última enfermedad, pasaba los días casi de continuo al pie de su lecho, animándole, inspirando valor y resignación a su alma, disponiéndole a una muerte santa mediante oportuna recepción de los sacramentos de la Iglesia.

Como todo lo veía a la luz sobrenatural de la fe, era, se puede decir, la única persona que se mantenía resignada y tranquila en medio de tanto consternación y de tantas lágrimas. Se dedicaba a reanimar el espíritu de los corazones abatidos, a fin de sostenerlos en la durísima prueba. El heroísmo que desplegó en tales circunstancias fue verdaderamente sublime, aunque ella tratase de ocultarlo.

Sigue el rosario de pruebas. "Entramos en el año 1897 —escribe Gema—, de durísima prueba para toda la familia. Solamente yo, que me hallo sin corazón, puedo permanecer indiferente a tanta desgracia. Lo que mayormente entristecía a mis familiares era el verse privados de toda ayuda. La grave enfermedad de papá venía a poner caracteres dramáticos a la situación.

"Una mañana comprendí toda la grandeza del

---

1. Leemos en el proceso de la Sierva de Dios: "El señor Galgani era un hombre bueno, religioso, y todos los días hacía, en unión de su hijo menor, una visita a la Virgen, rezándole tres Avemarías".

sacrificio que en breve me exigiría Jesús. Me puse a considerarlo. Sentí a Jesús en constante unión con mi alma. Esto y la santa resignación con que papá aceptaba la muerte me dieron fuerzas y aliento para soportar tranquila la acerba desgracia..." [1]

Gema no se halló presente a la muerte de su padre. El médico de casa, hombre de gran corazón, fue a buscarla a la habitación y le dijo: "Gema, voy a darte una noticia". —"¿Cómo se encuentra papá?" —interrogó ella con viveza. "Papá está ya en el cielo", fue la respuesta del doctor. Gema, al oir estas palabras, experimentó intensa emoción.

Derramó abundantes lágrimas. Pero el Señor, que la quería verdaderamente heroica, le prohibió entretenerse en lloriqueos inútiles, según lo asegura ella misma. Y el resto de aquel día lo paso entregada a la oración, resignándose al santísimo querer de Dios que en aquel instante asumía las veces de Padre celestial y también terreno.

"Después de la muerte de papá —vuelve a decirnos Gema— quedamos desprovistos de todo, sin cosa alguna con qué atender a nuestra subsistencia".

Gema, tan sobria siempre en sus descripciones, no dice nada de lo acaecido apenas su padre, de sólo cincuenta y siete años, cerró los ojos a la vida dejando en el llanto de una triste orfandad a seis hijos. En aquella hora trágica debió causar en su ánimo vivísima impresión el anticristiano espectáculo que ofrecieron los acreedores y sus agentes, quienes, por la fuerza, se llevaron los pocos enseres que aún quedaban en la farmacia.

La *razzia* debió de ser descarada hasta lo inverosímil. Incluso llegaron a registrar los bolsillos de

1. Autobiografía.

Gemita, a la que desposeyeron de dos miserables liras que consigo tenía. Las torvas fisonomías de los asaltantes se grabaron en su imaginación tan al vivo, que en los momentos de delirio que la asaltaron durante los últimos días de su vida, creía todavía verlos paseándose por la casa, como furias del averno, ajenos a toda conmiseración.

XII.

¿MI ESPOSO? CRISTO

Gema tenía entonces diecinueve años y medio.

Para sustraerla del ambiente de pobreza y de falta de bienes en que se vio sumida la familia a la muerte de su padre, la condujo a su lado una tía suya, la señora Lencioni, persona acomodada de Camaiore.

Si bien rodeada de toda clase de atenciones de parte de la nueva familia, no obstante, el corazón de Gema no podía olvidar a su padre, ni la amarga desolación de la casa nativa. Por otra parte, sufría en la intimidad de su espíritu por las pocas facilidades que hallaba para dedicarse a sus diarios ejercicios de piedad, ahora que tan necesitada se encontraba de los consuelos que proporciona la oración.

Tan silenciosa y retirada como había sido siempre, se le obligaba a comunicarse con la gente, a tomar parte en las visitas, participando de las fútiles conversaciones del mundo.

Gema no era muy alta, pero tampoco baja de estatura. Tenía un conjunto graciosísimo y muy atrayente. Modales finos, ojos grandes y llenos de vida, una sonrisa encantadora. Su rostro, suavemente sonrosado, dejaba traslucir un inefable expresión de dulzura.

Hallándose en la ciudad de Luca, despertó con sus gracias la simpatía de un joven oficial de caballería. Apenas lo supo Gema, se abstuvo en adelante de pasar por las calles donde lo pudiese encontrar.

En Camaiore, a su vez, la pretendían ahora dos jóvenes, uno de los cuales era de muy buena familia [1]. Aquel casamiento pareció providencial, por lo que todo eran presiones cerca de Gema para que

1. El joven de referencia fue un hijo del doctor Bertozzi de Camaiore, quien en unión de su padre fue a la casa del tío de Gema a pedir la mano de la joven.

El otro casamiento no era muy ventajoso. Se trataba de un joven farmacéutico, llamado Romeo Dalle Luche. He aquí cómo refiere el caso la señora Alejandrina Balsuani: "El joven Romeo tenía puestos sus ojos en Gema, llegando al punto de rogarme me hiciera intérprete de sus sentimientos ante ella. Habiéndolo rehusado yo, se atrevió a escribirle una carta, de la que fui portadora.

Gema, al recibirla, hizo un significativo ademán de contrariedad, exclamando: "Guarde para usted esa carta. Espere un momento, pues me propongo contestarle en seguida". Habiendo yo rehusado llevar la contestación, Gema añadió: "Iré en persona".

En efecto, Gema, acompañada por mí, se trasladó al jardín de la señora Chivizzona, contiguo a la farmacia y a nuestra casa. Me adelanté a exponer a la señora Chivizzona que Gema tenía precisión de hablar con el joven de la farmacia, Romeo Dalle Luche, y pedí su autorización para que la entrevista pudiera celebrarse en el jardín ante su presencia. En seguida comuniqué al joven en cuestión: "Gema desea hablarte. Te espera, al efecto, en el jardín de Chivizzona".

El joven salió muy gozoso para el jardín. No asistí a la entrevista por hallarme ocupada. Luego bajé a despedirme de Gema. Había terminado la entrevista y el joven se había reintegrado a su farmacia. Gema, al verme, exclamó: "Hemos resuelto la cuestión. Le he dicho que abandone cualquier pretensión sobre mi persona. Que soy toda de Jesús, sola de Jesús, a quien he consagrado mis pensamientos y afectos".

El joven Romeo desistió definitivamente en sus pretensiones.

lo aceptara. Pero la Santa le quitó toda importancia. La tía en cuya casa se hallaba Gema no se mostraba en situación de comprender los motivos de su negativa, por lo que Gema pidió a Dios que la sacase de allí.

El Señor la oyó.

Inesperadamente se sintió atacada de fuertes dolores a los riñones y a la espina dorsal. Pidió que la condujesen a su casa. La tía opuso resistencia. ¿Mandarla a sufrir el hambre al seno de una familia desolada? Gema insistió, reforzando más de una vez sus ruegos con las lágrimas. Fue complacida. Pero al verla partir, todos los de casa, incluso el tío, se enternecieron hasta derramar lágrimas. ¡Se le quería tanto! Gema tenía el raro don de esparcir a su alrededor corrientes de simpatía.

Llegada a su casa, el mal se agravó. Quiso disimularlo en un principio, pero pronto fue vencida en el empeño.

A los dolores vino a unirse poco después la curvatura de la columna vertebral y fuertes ataques de meningitis. Luego, la pérdida del oído, caída total del cabello, y, por último, parálisis general de los miembros.

Los grandes sufrimientos no le preocupaban a Gema tanto como pudiera creerse; pero sí la visita de los médicos. Jamás había querido descubrir el origen de sus dolores. Por fin, cediendo a la orden de sus tías, se sometió a lo que dispusieran de ella, ofreciendo a Dios aquel sacrificio.

El médico de cabecera en su primera visita le encontró un grande absceso en la región lumbar, que parecía comunicarse con uno de los riñones. Propuso consulta. El diagnóstico fue: tumor en la espina dorsal, muy grave y difícil curación. Al primer absceso siguió otro. Los médicos le sajaron re-

petidas veces el tumor y le administraron inyecciones de glicerina yodoformizada. El médico de cabecera declaró que Gema había superado todos los dolores con mucha paciencia.

Los remedios no parecía que lograban sino empeorarla. Incapaz del más mínimo movimiento sin ayuda ajena, se mantenía en la misma posición hasta tanto que algún alma caritativa fuese en su socorro.

Esta terrible enfermedad le duró cerca de un año. ¡Cuántos sacrificios hubieron de soportar en el seno de la familia para asistirla y curarla! ¡Cuántas deudas de gratitud! Se dice pronto... Llegaron las cosas al extremo de que no había quien prestase una moneda a la familia Galgani.

En más de una ocasión no se le pudieron servir a la enferma ni los alimentos más ordinarios.

Muchísimas personas acudían a visitarla. Buenas y muy ricas señoras... Religiosas... Compañeras de Colegio... Gentes de todas clases que, habiéndose hecho eco de sus heroicas virtudes, venían a edificarse con sus ejemplos... Quizá hubiese bastado una sola palabra...

Entre todas las miserias, la más dolorosa es la pobreza real cuando se esconde en el signo de una aparente prosperidad. Y son más dignos de compasión los pobres vergonzantes que, habiendo disfrutado de posición desahogada, no osan levantar la mano para descubrir su miseria.

En esta ocasión nadie sospechaba que en aquella casa reinase la pobreza más absoluta. Y nadie se adelantaba a socorrerlos.

XIII.

"HERMANA MIA"

Según San Juan de la Cruz, el Señor colma de singulares favores al alma que se adentra en la contemplación a través de la noche o purificación activa y pasiva de los sentidos. Llegado el momento de conducirla a la contemplación del amor, la sumerge en la noche del espíritu, prueba infinitamente más dolorosa que las dos primeras.

Gema ha llegado a este punto, y comienza para ella la serie de grandes y extraordinarios favores: éxtasis, visiones, sublimes raptos de amor, apariciones de ángeles, de santos, de la Virgen Santísima y aun del mismo Jesús.

Sigamos nuestra narración.

Gema sufría grandemente y se preocupaba mucho de su estado, no porque la afectasen sus propios dolores, sino por las continuas molestias que originaba a los suyos con su larga dolencia.

El Señor, queriendo despegarla hasta de este sentimiento, aunque justo en el fondo, una mañana después de la sagrada comunión la reprochó severamente: "Si estuvieras muerta a ti misma, no te turbarías así". Desde aquel punto, Gema se mostró indiferente a cuanto sucedía en torno suyo.

Mas el demonio no se hallaba ocioso. Encontrándose la joven apenada y sola, le asaltó con pensamientos de desesperación y profunda melancolía, pintándole la vida como insoportable.

Oprimida, turbada, agitada, sintió que el astuto enemigo trataba de ganarle el corazón con sus pérfidas sugestiones... "Si me escuchas a mí, te libraré de esas penas, te curaré y te haré feliz..." Cierta turbación interna que no había experimentado hasta aquel día le hizo entrever que se trataba de una sugestión diabólica. Entonces se acordó de San Gabriel de la Dolorosa, estudiante pasionista, cuya Vida se la había prestado una señora pocos días antes. Le invocó fervorosamente, y para oponerse a la tentación, gritó resuelta: "Primero el alma; después, el cuerpo".

Se repitió la tentación. Nuevamente Gema invocó al joven santo pasionista: se armó del signo de la cruz, y volvió a renacer la calma. Pronto se sintió más unida que antes a Dios.

Experimentaba de esta suerte la eficacia de la protección de San Gabriel de la Dolorosa, Gema se acordó de su Vida. La tomó en sus manos, la leyó y la volvió a leer. Aquella lectura ilumina su corazón, despertando una gran confianza en el santo pasionista con cuya alma le unían tantos puntos de contacto. Por las noches, para conciliar el sueño, le era imprescindible colocar su imagen en la almohada. Ni fue esto solo. San Gabriel llegó a constituir para ella una verdadera obsesión.

La señora que le había prestado el libro que refiere las virtudes heroicas del santo, vino a reclamárselo. Gema no quería desprenderse de aquel tesoro que tanto apreciaba. Pudo retenerlo durante algún tiempo más. Pero al fin hubo de hacer el doloroso sacrificio. En compensación, aquella mis-

ma noche se le apareció San Gabriel en sueños, preguntándole por qué había llorado tanto. Luego, amablemente, le dijo: "Sé buena, que volveré a verte". Gema quedó presa de ardentísimo deseo de ir al cielo.

Entre las personas que se mostraban más asiduas en visitarla figuraban las que habían sido sus maestras educadoras, las Hermanas del Instituto de Santa Zita y las Hermanas de San Camilo de Lelis o ministras de los enfermos, conocidas en Luca con el nombre de "Barbantinas", del sobrenombre de su fundadora. Estas buenas Hermanas llevaban casi siempre alguna novicia en su compañía, pensando, con razón, que hallarían un gran motivo de edificación contemplando el admirable heroísmo con que Gema sobrellevaba sus sufrimientos.

La vigilia de la Inmaculada del año 1898 vino a verla una postulanta que aún no había podido vestir el santo hábito por falta de edad canónica. Gema, al verla, se enterneció. Le parecía ver a un ángel, y su presencia despertó en su corazón el deseo de seguirla al claustro. Este deseo se lo hizo presente a Sor Leonilda, quien le prometió que, una vez repuesta de la enfermedad que la aquejaba, sería recibida de mil amores en el noviciado, con lo que podría vestir el santo hábito al propio tiempo que la postulanta en cuestión.

Gema respiró feliz. Habló también del asunto a Monseñor Volpi, que por su suerte vino aquel mismo día a reconciliarla, y no sólo obtuvo con suma facilidad su consentimiento, sino también la concesión de otro permiso que no lograba alcanzar hasta aquel día: el de emitir el voto de virginidad. Aquella misma tarde lo emitió en sus manos para siempre.

"Por fin, llegó a colmar un deseo largamente

acariciado —escribe su primer biógrafo, el P. Germán de San Estanislao, pasionista—. Una calma dulce y suave recreó su ánimo aquella tarde, y con el deseo se anticipaba a la hora de la mañana siguiente que debía unirse a Jesús por la sagrada Comunión. Hallándose entretenida con tales pensamientos, sintió la impresión agridulce de un plácido sopor sobre los miembros enfermos. No tardó en ver delante de sus ojos a su querido protector, San Gabriel de la Dolorosa, quien le dijo: "Gema, haz el voto de entrar en religión, y no te preocupes de otra cosa".

Preguntóle Gema el motivo de aquellas palabras, y San Gabriel, por respuesta, se limitó a llamarla: "Hermana mía". Estas palabras lo decían todo. Y, sin embargo, Gema no las comprendió.

En señal de profundo reconocimiento, Gema le besó el hábito, y San Gabriel, arrancándose con la mano el simbólico escudo que los Pasionistas llevan al pecho, se lo puso al corazón, repitiendo las mismas significativas palabras: "Hermana mía". Quedaba todo el misterio de la vida de Gema contenido en estas palabras. Gema, pasionista de deseo, no pudiendo serlo de hecho por causas independientes de su voluntad, fue verdaderamente hermana de San Gabriel de la Dolorosa. La Pasión de N. S. Jesucristo era el único anhelo de su corazón y la savia que sostenía su vida. La sagrada Comunión que siguió a aquel sueño profético y la emisión del voto constituyeron para Gema una fiesta de cielo.

El 4 de enero de 1899 los médicos intentaron una última prueba: la operación del absceso a los riñones y la aplicación de un botón de fuego en la columna vertebral. Tampoco esta vez quiso Gema ser cloroformizada. El mal no cedió; antes bien, se acrecentó, uniéndosele ahora a la cabeza un tu-

mor que le producía dolores espasmódicos. El estado de extrema debilidad a que se hallaba reducida Gema no aconsejaba una intervención quirúrgica, por lo que los médicos creyeron el caso desesperado.

El 2 de febrero Gema se confesó, recibió el Viático y esperaba tranquilamente la muerte, según el dictamen médico. Creyendo que ya no oía, los médicos se permitieron asegurar en su presencia que no llegaría con vida a la medianoche. Pero falló el pronóstico. Aquel débil soplo de vida debía prolongarse... Gema se restablecía...

XIV.

¿QUIERES CURARTE?

Cierto afamado especialista calificó el mal que Gema sufría en la espina dorsal de parálisis histérica, y confiaba sanarla por las artes de la autosugestión. Cuando menos, habría que intentarlo. Se precisaba para la prueba una persona que, gozando de absoluta confianza de parte de Gema, tuviera sobre ella gran ascendiente. Parecía reunir ambas condiciones Monseñor Volpi, a quien obedecía Gema a ciegas. Quería el doctor que dicho Monseñor intimase a Gema con toda su autoridad la orden formal de llevar a cabo una novena de plegarias, con la promesa cierta, o, por mejor decir, seguridad, de que el último día de la novena obtendría la curación. El médico esperaba con este medio un resultado satisfactorio.

Conociendo a Monseñor Volpi se sabía perfectamente que su estilo y las únicas artes de fascinación que ponía en práctica no tenían otro objeto que el de llevar las almas a Dios por el amor, y que no trataría de imponerse a nadie, ni de sojuzgar su querer enseñoreándose de una voluntad para sustituirla por la suya propia.

"Acepté la propuesta del médico —depone Mon-

señor—, pero no las tenía todas conmigo en que se pudiese obtener tan fácilmente el efecto ansiado. Mas bien me propuse en mi interior conseguir una gracia por la intercesión de la Beata Margarita María Alacoque, cuya canonización esperaba vivamente".

Esta disposición de ánimo es digna de tenerse presente en el curso de este asunto; como también la declaración que hizo Gema y que nos la refiere una persona de absoluto crédito: "Ella (Gema) me decía que no le iba mucho en alcanzar la salud o no; pero que si Jesús se complacía en curarla, que ella se alegraría también".

Para practicar con éxito la autosugestión son cualidades indispensables, tanto de parte del que sugestiona como del que se deja sugestionar, una convicción firme de obtener el fin ansiado y una voluntad tenaz y ardiente por conseguirlo. En nuestro caso fallaban ambas disposiciones en Monseñor Volpi y en Gema; dos almas buenas que, no confiando demasiado en estos recursos humanos, lo esperaban punto menos que todo del cielo. Monseñor Volpi tenía su mira en un milagro, porque anhelaba la glorificación en la tierra de una santa. Gema, que vivía del querer de Dios, se abandonaba enteramente en El, sin desear mayormente ni una cosa ni otra.

El 19 de febrero Monseñor Volpi llegó a decirle a Gema que iniciase una novena en honor de la Beata Margarita María Alacoque, pidiendo al S. Corazón, por intercesión de su discípula predilecta, la gracia de la curación, asegurándole algo superficialmente que al final de ella la obtendría. Gema no se entusiasmó gran cosa ante esta perspectiva. Más bien la esperanza del cielo, que no el pensamiento de quedarse en la tierra, era lo que lograba

poner en vibración aquella alma enteramente de Dios. El pensamiento de quedarse en la tierra la hacía sufrir. Ambicionaba de veras el cielo.

Algo más que la recomendación de Monseñor Volpi le impresionaron las palabras de su antigua maestra en el Instituto de Santa Zita, Sor Julia Sestini, venida casi por el mismo tiempo que Monseñor para inculcarle idéntica novena, añadiendo que sin género de duda alcanzaría la gracia de una curación perfecta, o de volar súbitamente al cielo apenas expirase. Esta segunda perspectiva era capaz de debilitar en Gema hasta los más vivos deseos de curación, si los tuviera. Tanto más cuanto que Sor Julia, más que otra cosa, venía a decirle esto: "Adiós, hasta el Paraíso".

Que en este particular la voluntad de Gema era muy débil, lo prueba también el hecho de que al segundo día de la novena se olvidó de rezar las oraciones. Volvió a comenzarla al tercer día, e igualmente sufrió un olvido al día siguiente. Nuevamente acordó comenzarla al sexto día, el 27 de febrero. Llegada ya la noche, aún no había iniciado las preces. De haber deseado la curación en realidad de verdad, no hubiese precedido con tanta desidia.

El mismo Señor se encargó entonces del asunto.

Faltaban pocos minutos para la medianoche cuando Gema sintió agitarse sobre el cielo de su habitación una corona. Luego, después, una mano invisible se dejo sentir levemente sobre su frente, y una voz misteriosa entonó hasta nueve veces consecutivas el *Padre Nuestro* y el *Ave María.*

Gema, agobiada por su dolencia, apenas respondía.

Díjole la voz: "¿Quieres curarte?" Consecuente consigo misma, Gema, con esa simplicidad propia

de las almas que viven abandonadas totalmente en Dios, exclamó: *"Me da lo mismo"* [1].

El alma de Gema descansaba en el fiel de una paz beatífica. Por eso no tenía deseos propios, sino que descansaba de lleno en la voluntad de Dios.

"...Sí, te curarás; ruega con fe al Corazón Sacratísimo de Jesús... —sugirió el celestial e invisible interlocutor—. Todas las noches, mientras dure la novena, vendré a tu lado..., y rezaremos ambos al Corazón de Jesús..." "¿Es acaso la Beata Margarita?", —preguntó Gema a la voz—. "Añade tres Gloria Patri en su honor".

Quien así hablaba a Gema era San Gabriel de la Dolorosa, estudiante pasionista.

"En efecto —dice Gema—, comenzó a venir todas las noches. Lo primero, posaba su mano sobre mi frente, y enseguida comenzaba a recitar el *Padre Nuestro* en honor del Corazón de Jesús, haciéndome añadir al final tres *Gloria Patri* a la Beata Margarita. Terminamos la novena el primer viernes de marzo en punto. La víspera llamé al confesor y me reconcilié. A la mañana siguiente, hallándome todavía en el lecho, recibí la sagrada Comunión. ¡Qué momentos más felices pasé con Jesús!

"La voz misteriosa me insistía: "Gema, ¿quieres curarte?" La gran emoción me impidió contestar. Repuse con el corazón: *"Jesús, como Tú quieras"*. ¡Pobre Jesús! La gracia está concedida. Me siento curada... Me levanté".

"Todos los de la casa, sin distinción, lloraban de alegría. Yo me hallaba contenta, no tanto por la salud, cuanto porque Jesús me había elegido por hija suya. Antes de ausentarse aquella mañana, me dijo al corazón: "Hija, a la gracia que acabo de dis-

1. Autobiografía.

pensarte esta mañana seguirán otras todavía mucho mayores. Yo estaré siempre contigo. Seré tu Padre, y tu Madre será aquella..." Y me indicó a María Santísima de los Dolores. "A los que descansan en mis manos, jamás puede faltarles mi paternal asistencia. Aunque te prive de todo consuelo y apoyo sobre la tierra, nada te faltará" [1].

1. Autobiografía.

XV.

CONTRADICCIONES

Aunque Gema quedó muy débil, era innegable que su curación había sido instantánea y completa. La ciudad de Luca, al difundirse la noticia del milagro como reguero de pólvora, vibró de entusiasmo. Gema comenzó pronto a ser conocida por la "muchacha del milagro".

El ambiente moderno es ciertamente poco propicio a la admisión de milagros. Personas que son buenas en el fondo se resisten de buenas a primeras en prestar crédito a la intervención del cielo y en admitir cosas sobrenaturales. Conformes en teoría con la existencia de lo sobrenatural. Lo contrario sería un absurdo. Pero en la práctica... Los más tímidos y débiles os lo negarán también por imperativo del respeto humano. Los espíritus fuertes os lo negarán también por convencionalismos de partido, por prejuicios de escuela, atribuyéndolo todo a la autosugestión y al histerismo. Palabras con que los pseudosabios tratan de explicar lo que no tiene explicación, porque, sencillamente, Dios se ha reservado el secreto.

El médico que aconsejó el medio de la novena atribuía la curación al triunfo de la autosugestión. Esta creencia era compatible con su desconocimien-

to de los sentimientos íntimos de Monseñor Volpi y de Gema con relación a la autosugestión. Otro llegó a creer que el resultado se debía a la Ciencia. Pero, ¿puede la Medicina curar instantáneamente una grave afección a la espina dorsal, un absceso, una otitis purulenta aguda?

En cuanto a la afección de la espina dorsal que padecía Gema declara el médico de cabecera: "Son enfermedades que difícilmente se curan; pero, en tal caso, es aún más difícil recobrar el uso normal de las articulaciones. Sin embargo, en Gema el funcionamiento de las articulaciones se muestra perfecto..."

Respecto de la otitis, el especialista doctor Tommasi, que la operó la víspera de la curación, afirmó que se trataba de una otitis purulenta aguda que se extendía hasta el mastoide. Así lo comprobó por la perforación y enrojecimiento de la membrana timpanítica. Y refiere de la enferma el siguiente caso edificante:

"Yo la operé, en efecto. En todo el curso de la operación la enferma no abrió su boca, ni lanzó la más mínima queja. Tenía libertad de mover la cabeza; pero vi que se abstuvo hasta de los movimientos instintivos. Mi impresión era la de que me hallaba operando sobre un cadáver. Debió sufrir... Yo le pregunté: "¿Has sentido mucho?" Y ella, sonriendo y moviendo ligeramente la cabeza, repuso: "Una cosa de nada". Téngase presente, continuó el médico, que no se le hizo ninguna clase de anestesia local".

Gema, a través de las más dolorosas circunstancias, se mantenía serena y heroica. Cuando, después que le fueron aplicados los botones de fuego, le preguntó su tía: "¿Has sufrido mucho?", Gema replicó: "Quizá haya sufrido más usted", aludien-

do con estas palabras a la gran ansiedad de ánimo con que en una habitación próxima aguardaba ella el final de la operación.

A una nueva pregunta del doctor Tommasi, respondió con una sonrisa y un pequeño movimiento negativo de la cabeza.

No es de maravillarse que este óptimo doctor, habiendo venido personalmente a constatar el milagro, le dijese, al tiempo de despedirse: "Gema, ruega por mí".

La curación de Gema fue precedida, acompañada y seguida de comunicaciones celestiales. En el punto mismo en que sobrevino, cierto resplandor celestial inundó la habitación de la enferma. La persona que la asistía en aquel momento, muy impresionada por el suceso, salió corriendo en busca de las demás personas de casa para que, a su vez, gozasen de la maravillosa luz.

"Quien lea estas líneas —escribió la Santa al referir el milagro—, sepa que yo he obtenido la curación del alma y del cuerpo, no por mis merecimientos, sino por las plegarias de tan buenas almas que han tenido piedad de mí..." [1]

"Con el sistema de autosugestión —dice el P. Gregorio de la Dolorosa, pasionista—, ni siquiera se cura un simple dolor de cabeza cuando el paciente no lo desea ardientemente y no se halla persuadido de que debe curarse".

Para terminar. Diga quien quisiera que al organismo humano todo le es posible. Nosotros, que afortunadamente a través de nuestros estudios, no hemos sufrido contacto con el decantado y ruinoso positivismo y materialismo, diremos, en cambio, que sólo a Dios le es posible todo.

---

1. Relación del milagro, escrita por Gema seis días después de su curación milagrosa.

Con la fe del niño, tan ponderada por Jesús, besemos reverentes aquella mano que un día, sobre los caminos de Judea y Galilea, esparcía gracias y bendiciones, y a cuyo contacto los ciegos vieron, hablaron los mudos, abandonaron el lecho los paralíticos y resucitaron los muertos... El poder de este brazo, afortunadamente, no ha disminuido.

XVI.

"...TU MAMA SERA AQUELLA..."

Al pronunciar las palabras que encabezan el capítulo, Jesús hizo ademán de señalar un estatuita de la Dolorosa que se hallaba ocupando una mesilla, frente a la cama de Gema, bajo una campana de cristal, de suerte que la pudiese ver de día y de noche.

Aquella Virgen le era queridísima, porque antes lo fue para su madre. ¿Se la dejaría ésta al morir, o se la llevaron allí como grato recuerdo suyo? Ante aquella imagen aprendió de pequeñita a compadecerse de las tragedias ajenas a través de los dolores de Jesucristo. Aquella Virgencita constituía en la habitación su único tesoro, y a cada momento le hablaba al corazón con esa elocuencia muda, pero sugeridora y fuerte del sentimiento. En otro tiempo la habían adornado sus manos de artista. Precisamente aquellos cabellos largos y flotantes que con tanta propiedad caían sobre el velo negro de la efigie eran los de su queridísimo hermano Ginés; ya fallecido. Aquella Dolorosa era, pues, para Gema un verdadero estuche de recuerdos.

Estando ya descontada la muerte de su mamá, había dicho Gema: "De aquí en adelante mi mamá

será la Virgen". Sobrevenida la fatal desgracia, se confió enteramente a María, escondiéndose bajo su manto y no llamándola más que con las tiernas palabras de *querida mamá mía,* pronunciadas con acento y emotividad arrebatadoras. Con frecuencia, en los momentos de mayor angustia, la invocaba también con el dulce nombre de *"Madre de los huérfanos"*, recordando a la Virgen que, no teniendo ya padre ni madre en este mundo, tenía doble derecho a implorar su protección.

"¡Oh, si yo fuese digna de llevar el nombre de hija suya!... ¡Cuántas veces el corazón de esta buena Madre olvidó mis pecados!... ¡Cuántas se me mostró verdaderamente madre amorosa!... Si Jesús huye de mí, quiero, Madre mía, quiero que me escuchéis siquiera Vos. Si Jesús no me quiere en adelante, deberé vivir sin su compañía; pero separada de Vos, Madre mía, jamás..." [1].

Cuando un día, Jesús, jugando con aquella alma ingenua, se ocultó a su amor dejándola sumergida en el vacío de la oscuridad, Gema se lanza intensamente a buscarlo, lo llama con todas las fuerzas de su alma, y al final de la jornada pronuncia estas candorosas palabras, que ponen al descubierto su inenarrable simplicidad:

"Si Jesús continúa durante más tiempo de esta suerte conmigo, escondiéndose de mí cada vez más, no lo resisto, y moriré... ¡Oh, feliz muerte!... Entonces mi Mamá me conducirá al cielo. Allí no podrá faltarme Jesús".

"Mamá mía —decía en otra ocasión—, decid Vos a Jesús que se digne perdonarme todos mis pecados. Si esto me fuese denegado por mis grandes deméritos, decidle que lo haga por el grande amor

1. Cartas y Extasis de Gema.

que os tuve a Vos. Me es triste, Madre mía, acercarme a Jesús sin vuestra compañía... Es misericordioso; pero sé que he cometido tantos pecados... Sé, además, que Jesús es muy justo en aplicar el castigo. Os pido una gracia muy grande, ¿no, Madre mía? Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer para obtener por vuestra poderosa mediación lo que perdí con mis culpas? Después de todo, bien poco es cuanto os pido en comparación de lo mucho que Vos podéis darme..."

A las veces le parecía contemplar como presente a la Virgen, teniendo sobre sus brazos el cuerpo inerte de Jesús, tal como lo tuvo al bajarlo de la cruz, y que oía de su boca estas palabras: "Tú lo has reducido a este estado". Lo que aumenta en Gema el odio por la más mínima culpa o defecto.

"¡Qué grandes dolores debió sufrir María cuando, al nacer Jesús, pensaba en su mente que lo habían de crucificar! ¡Qué espasmos en el corazón, qué gemidos del alma, cuánto debió llorar! Sin embargo, nunca se quejó de su amarga suerte. ¡Pobre María! Más tarde, en el Calvario, al contemplar de hecho cómo le crucificaban, una extrema aflicción se apodero de su alma... No en balde el mal que se aplica a los hijos en presencia de sus padres hiere por igual la carne y el espíritu de éstos. Así es que María fue crucificada juntamente con Jesús. Y no exhala la menor queja. Después de estas reflexiones, he formulado el propósito de no lamentarme de mi genero de vida".

Repetidas veces fue dado a Gema contemplar la gloria de María en el cielo. Las fiestas de la Virgen constituían para ella, por este motivo, un verdadero ensueño; eran sus fiestas preferidas.

"Sí, sí, lo tengo comprobado muchas veces. Las festividades de María, mi Mamá, son para todos in-

distintamente días de mayor gozo, fuentes de amor y de gracia. El día de la Virgen es sin duda el día más hermoso del año. El alma se siente inundada de serena paz y olvida las alegrías del mundo. Hasta los pecadores se dan cuenta de que tenemos en el cielo una madre solícita y cariñosa que vela por nosotros, sus hijos. En estos días —¿no es verdad?— sentimos más pujante y vigoroso el estímulo y la fuerza de la fe y la necesidad de honrar a María con nuevos y mayores obsequios.

"La Mamá mía es tan hermosa, que no se le puede describir... El Eterno Padre le ciñó la corona del santo amor..., la corona de la sabiduría. Las perlas de esta corona son las virtudes... La adornó de esplendor nunca soñado...; la hizo dispensadora de los tesoros del cielo... Yo la quiero mucho; pero si mi amor no es lo suficiente, que me dé ella un corazón más inflamado y que me conduzca después presto a Jesús, al Paraíso. Aunque deba vivir todavía algún tiempo en la tierra..., no quiero hallarme separada de Jesús. Mañana voy a pedir una gracia a la Virgen... Deseo una cruz, pero una cruz muy grande. Este es el regalo que le pido. Una gran cruz para que pueda seguir con ella a Jesucristo Crucificado. No soy virtuosa para sufrir en silencio. Juntamente con la cruz, quiero que me dé también la paciencia para sobrellevarla.

"¡Cuán bella es la Comunión hecha con Mamá del cielo! La hice ayer, 8 de mayo... ¿Qué me decían todos los latidos de mi corazón durante aquel delicioso momento? Estas solas palabras: "Mamá, Mamá mía... ¡Cuánto gozo en llamarte Mamá!" La Virgen me repuso: "Tú te gozas en llamarme Mamá; yo me gozo en llamarte hija..." Momentos felices, verdaderamente de paraíso, aquellos en que el eco de la dulcísima voz de María llegaba a mis

oídos... Pero ¿a qué referirlo?... No es conveniente que me ponga de nuevo a referir mi historia. El infinito número de mis culpas y defectos va cada día en aumento... Pero la Virgen me ama..."

Verdaderamente que la amaba la Virgen, la Mamá del cielo, como Gema se complacía en llamarla continuamente... Y podía quererla.

El M. R .P. Schryvers, redentorista, en su bellísimo libro titulado *"Ma Mère"*, describe una visión de la Santa, y la denomina *deliciosa.*

Un día, Gema se figuró hallarse en los brazos de María, con la cabeza apoyada sobre su corazón virginal. La Santísima Virgen le preguntó dulcemente: "Gema, ¿amas a alguien más que a mí?" Y Gema le respondió: "¡Oh, sí; hay otro a quien amo con ternura!" A estas palabras la Virgen, estrechándola aún más contra el corazón, le dijo: "Dime quién es". "No, no te lo digo", fue la respuesta de Gema, en su ingenuidad infantil. "Si hubieses venido anteayer por la noche, lo habrías visto —añadió, continuando la broma—. Es muy parecido a ti por su hermosura, y sus cabellos tienen el mismo color que los tuyos..."

La Santísima Virgen, que parecía complacerse en hacer repetir a Gema sus palabras, insistió todavía en la pregunta, y Gema le dijo: "Pues es Jesús, tu Hijo. ¡Le amo tanto!..."

A estas palabras, nuevamente la Virgen apretó contra su pecho a Gema, diciéndole: *"¡Oh, sí; ámalo. Ama a El sólo"!* Y desapareció la visión.

XVII.

SEÑOR, ¿QUE QUEREIS DE MI?

Curada prodigiosamente, Gema declaró en familia su vocación.

No halló oposición. Tan seguros se hallaban en casa de que no llevaría presto a cabo su proyecto. Gema, a su vez, se mostraba segurísima de lo contrario, porque, apenas curada, una voz misteriosa le había dicho al corazón: "Renueva a Jesús todas tus promesas, añadiendo que en el mes de junio, que lo tiene dedicado, te consagrarás a El".

No pudiendo suponer, ni remotamente, a qué consagración aludía la voz misteriosa, creyó en su reconocimiento que Santa Margarita le llamaba a la Visitación, y decidió acogerse allí para practicar una tanda de Ejercicios.

Entretanto, la noticia de la curación de Gema por intercesión de Santa Margarita llegó a oídos de las Visitandinas, quienes sentían grandes deseos de conocer a Gema, de hablar sobre el particular y de escuchar de su propia boca el relato del milagro.

Gema llegó al monasterio, siendo acogida con aquella delicada cordialidad propia de las Hijas de San Francisco de Sales. Las religiosas se mostraban muy felices de poderla abrazar un día como a una

Hermana más, y ya que a Gema se le hacía doloroso el tener que aguardar hasta primeros de junio, la Superiora le prometió que se anticiparía la fecha, haciéndola entrar en el monasterio a primeros de mayo. En el curso de los Ejercicios espirituales la divina voluntad se manifestó aún más visiblemente.

Era todavía el mes de marzo. Gema iba contando las semanas que restaban... Después, los días... Luego, las horas... Por último, amaneció el suspirado día y pudo acogerse al monasterio, recomendando a los suyos que no fueran a visitarla, porque aquellos días, según su expresión, eran todos de Jesús.

El mayor deseo de Gema, y por decirlo así su gran ilusión, era el de gustar del recogimiento que se respira en los claustros, pasando algunos días, cuando menos, recogida en la mística soledad del convento, sola y escondida. Pero la Superiora discurria diversamente.

Monseñor Volpi, director espiritual del monasterio, les había presentado a Gema como un alma privilegiada, y las monjas querían edificarse con su contacto.

Confiada a la maestra de novicias, Gema, debía, igual que las demás, seguir a la Comunidad en todos sus actos: al coro, al refectorio, a la recreación, etc., etc. En el refectorio, la Superiora no podía menos de tenerla a su lado, y a menudo, durante el curso del día, la llamaba para sostener con ella santas conversaciones.

Gema estaba contentísima. Sin embargo, aquella vida le parecía demasiado benigna para los ideales que alimentaba. El Señor parecía que le andaba repitiendo al corazón: "Para ti quiero una regla más austera". De todas formas, el lugar donde se

hallaba era un monasterio, un santo monasterio, y Gema temblaba a la sola perspectiva de tener que verse precisada a volver al mundo. Además, parecía que Jesús se había complacido en derramar sobre su alma, en el transcurso de aquellos días, todos los consuelos del Paraíso.

Para la definitiva admisión de Gema en el monasterio se requería el consentimiento del señor Arzobispo, que a la sazón era Monseñor Ghilardi, hombre esclarecido por su prudencia. Por cierto, no se mostró nada fácil en la concesión del beneplácito. Había oído hablar de Gema, pero no la conocía enteramente. Sabía que, aunque curada, se hallaba debilísima y que todavía llevaba sobre su cuerpo el almilla de hierro que le habían puesto al principio de la enfermedad. Esto le daba que pensar.

La Superiora ordenó a Gema, por obediencia, que se la quitara. Gema cumplió la orden inmediatamente, habiéndose comprobado que no sentía el más mínimo trastorno después de haberse arrancado el aparato.

Referido el hecho al señor Arzobispo, a pesar de todo se mantuvo irreductible en la negativa, inspirado por Dios; como luego se vio por los hechos. El señor Arzobispo autorizó a Gema para que pudiese seguir en el monasterio únicamente hasta la fecha del 20 de mayo, con el objeto de que pudiese asistir a la profesión de algunas novicias.

Gema, verdaderamente ignorante de la suerte que le aguardaba como resultado de todas las gestiones anteriores, pasó el tiempo que duró la ceremonia absorta en dulce contemplación, y lloró mucho, sintiéndose vivamente conmovida.

Las religiosas, dedicadas enteramente a homenajear a las nuevas profesas, se olvidaron totalmente de Gema, siendo causa de que aquel día ni desayu-

nase ni comiese. Gema no dio a esto importancia. Su manjar era el permanecer en íntimo coloquio con Jesús. Pero, llegada la tarde, de resultas de la debilidad que se había apoderado de su cuerpo, se desmayó. Las buenas religiosas, enteradas de lo acaecido, experimentaron gran confusión y repararon en el acto aquella distracción involuntaria.

A la noche le aguardaba todavía otro gran sacrificio. Quizá el más doloroso que jamás pudiese imaginar. Por orden del señor Arzobispo le fue anunciado que debía partir al día siguiente al seno de su familia. No le dijeron que esto sería para siempre; pero por lo pronto se le obligaba a dejar el monasterio. ¡Pobre Gema!

"Eran las cinco de la tarde del día 21 de mayo de 1899 —escribió Gema—, y yo me hallaba preparada y a punto para salir. Llorando, pedí la bendición a la Madre Superiora, saludé a las buenas religiosas y me marché. ¡Dios mío, qué dolor!"

El mundo le parecía feo, muy prosaico, después de haber gustado de las bellezas del espíritu en aquella antesala del Paraíso. ¡Qué golpe para su corazón tener que hacerse nuevamente a la vida de familia! ¡Qué diversas las conversaciones del mundo de aquéllas otras que ella sostenía con las religiosas en el monasterio. ¡Qué disparidad de costumbres! Gema se hallaba acostumbrada al sacrificio. Sacrificarse era para ella su afán cotidiano. Así es que, tranquila y serena en apariencia, se dedicó a sus ocupaciones habituales con entera naturalidad.

Los días festivos, su único esparcimiento consistía en dirigirse con su hermanita Julia al cementerio, un tanto alejado de la ciudad. Allí oraba sobre las tumbas de papá y mamá, a quienes amaba tanto. Clavada de rodillas en el suelo, iba recorriendo por la mente los cuidados y el cariño que en todo tiem-

po le habían dispensado sus progenitores, cuyos corazones parecían latir aún a través de aquellas frías losas de mármol. Cuando se hallaba en Camaiore, en casa de la tía, privada del medio de visitar aquellas tumbas, especialmente la de papá, aquella imposibilidad constituía para ella un sacrificio. A falta de las visitas al cementerio, solía ir a pie, en compañía de una prima, a postrarse ante el altar de la Virgen bendita, venerada en la iglesia de Badia, y allí recitaba sus plegarias por las almas de ambos.

En el cementerio, las horas volaban, se puede decir, para ella. Si por casualidad las puertas permanecían cerradas, aguardaba de buen grado todo el tiempo que fuese menester hasta que se entreabriesen, contra viento y marea, aguantando muchas veces la lluvia o vendaval, satisfecha si al fin lograba asistir al Oficio de difuntos u otros ejercicios públicos que en aquella capilla tenían lugar en honor de los difuntos.

Una buena y caritativa señora, movida a compasión, a las veces ofreció a las dos jóvenes albergue. Frecuentemente la señora de alma caritativa se hallaba ausente, y entonces debían aguardar por necesidad Gema y su acompañante a la intemperie hasta que se declarase franca la entrada al cementerio.

De regreso, sobre la puesta del sol, las campanas de la ciudad anunciaban a sus habitantes la celebración de las funciones dominicales y la bendición con el Santísimo Sacramento. Gema se acogía a cualquier templo indistintamente, y, después de orar ante el Señor Expuesto, presentándole las almas de sus papás, regresaba al hogar, llevándose consigo la bendición de Jesús.

El monasterio de la Visitación no la satisfizo plenamente. Es cierto, porque su ideal, basado en

la mortificación, era darse a un género de vida más austero. Sin embargo, Gema ardía en deseos de abandonar el mundo. Casi diariamente iba al monasterio a preguntar si había llegado el beneplácito del señor Arzobispo, quien para ello exigía, como garantía de su fortaleza para soportar la regla del monasterio, cuatro certificados médicos, difíciles de obtener dada la reciente enfermedad y la debilidad de que todavía daba muestras.

Además, las propias religiosas, que primeramente no se preocupaban de la extrema pobreza de Gema, veían ahora en ello un obstáculo insuperable, y comenzaban a dar largas al asunto.

Era sólo un pretexto para ir quitando paulatinamente a Gema toda esperanza. Por fin se lo declararon abiertamente.

Gema lo comprendió, y vuelto su ánimo a Dios, hízole esta pregunta: *"Señor, ¿qué queréis de mí?"* Y Dios le hizo comprender que no la quería en la Visitación, sino que eran otros sus designios .

No son los caminos de Dios como los caminos de los hombres. Ni su sapientísima Providencia se parece en nada a las trazas humanas.

XVIII.

UNA MIRADA AL ALMA

Dios Nuestro Señor es libre en la distribución de sus dones. Los derrama en algunas almas con verdadera profusión. En otras, en menor escala. Nadie tiene derecho a exigirle el *porqué*. Dios llama también a Sí por medio de la vocación religiosa a quienes le place. A ninguno niega las gracias necesarias y abundantes para obtener la salvación, haciendo de esta suerte con cada alma verdaderos prodigios de misericordia y de gracia. Y de la mayor o menor correspondencia a tales beneficios depende el consiguiente aumento o disminución de nuevos dones.

Se dan también otras gracias especiales, llamadas *gratis datas*, que nadie puede merecer por sí mismo, sino que Dios las distribuye gratuita y espontáneamente a quienes le place. De esta naturaleza son los sublimes favores de éxtasis, raptos, visiones, que no son necesarios a la santidad y que pueden incluso existir sin aquélla.

Generalmente, Dios concede tales favores a las almas profundamente humildes, sencillas y de una pureza angelical. Estas almas viven en estrecha unión con El, y es tan grande su perfección y amor para con Dios, que casi son incapaces de disgustarle. Pe-

ro muchísimas almas, quizá tan humildes y santas, no alcanzaron tales favores. Aún más: de santos canonizados, y grandes santos, por cierto, no se lee en sus vidas que se elevaran sobre la tierra, ni que tuvieran revelaciones del futuro, ni que se sintieran favorecidos de visiones celestiales.

La Iglesia, con esa sabiduría y discernimiento que le vienen de Dios, cuando se trata de coronar a alguno de sus confesores con la aureola de la santidad, repara menos en esos favores extraordinarios que en el modo verdaderamente extraordinario y perfecto con que cumplieron sus deberes ordinarios. Es decir, mira en primer término la perfección en las obras ordinarias. A nadie se declara santo por haber sido favorecido de dones singulares de éxtasis, de raptos, de visiones, sino por haberse mostrado heroico en el ejercicio de la paciencia, de la caridad, del amor; y así de lo demás.

Los dones extraordinarios debemos admirarlos en los santos. Jamás exigirlos ni ambicionarlos; porque sería contrario a la humildad. A fin de cuentas, dichos dones para el alma imperfecta constituyen un grande peligro. Peligro de alucinación, de vanagloria, de engaño diabólico. Envidiemos la virtud heroica de los santos, limitándonos a admirar lo restante. Más de cerca, contemplemos las maravillas obradas por Dios en Gema Galgani, en este "fruto de Redención, nacido de las Llagas del Salvador". Pero sin aumentar ni ambicionar lo que en ella fue puro don, no virtud.

El cielo la favoreció extraordinariamente. Estos favores iban, además, siempre en aumento. Sin embargo, Santa Gema jamás alimentó en su corazón un sentimiento de vanidad. "¡Cómo! —solía decir—, ¿envanecerme yo? Y ¿podría darse mayor locura que ésta?"

Creía Santa Gema, en su ingenuidad, que todas las almas gozaban de los mismos favores que ella. Hasta el final de su vida tuvo la creencia de que todas las almas, en presencia de Jesús Sacramentado, debían sentir en su corazón los santos ardores que inflamaban al suyo. El propio Jesús fue quien le arrebató esta creencia al decirle un día: "No todas las almas me son queridas como la tuya". Palabras que le produjeron gran asombro y extrañeza.

Cuando, más tarde, hubo comprendido que sus dones preternaturales eran un singular favor de Dios, Santa Gema se desahogó así con el Señor: "No merezco estos favores, porque no soy buena para nada. Además, que no sé cómo corresponder a tantas gracias que me estáis dispensando. Buscad otra persona que sepa corresponderos mejor que yo". Jesús le respondió: "Yo me quiero servir de ti precisamente porque sé que eres la más pobre y pecadora de todas mis criaturas". Esta respuesta tranquilizó a la Santa, quien, a su vez, replicó, con la acostumbrada sencillez": "Haz, Jesús, que así lo parezca, que yo estoy en ello muy contenta".

Como Santa Teresa de Avila, que, habiendo observado intacta la estola bautismal, se declaraba la más grande pecadora; o como Santa María Magdalena de Pazzi almirable en su pureza y candor, que se extrañaba de que la tierra no se abriese para tragarla, Gema se creía llena de pecados, merecedora de todos los castigos y sin méritos para nada.

Santa Gema, a la verdad, se mostraba maestra en apropiarse las piadosas exageraciones de los santos. Cuando un alma se halla más en grado de comprender la infinita pureza y santidad de Dios, otro tanto intuye mejor sus piadosas exigencias. Juzgándolo así. Un átomo de polvo, un leve defecto, ofre-

ce a los ojos del espíritu proporciones gigantescas, hasta adquirir las apariencias de una verdadera iniquidad.

"¿Será cierto —escribía la Santa— que Jesús esté contento de mi pobre alma? ¡Cómo me avergüenzo y tiemblo de verme tan impura delante del que es la misma pureza! He traicionado a Jesús muchas veces. Me he negado cuando me llamaba hacia Sí". "Padre mío —escribía también a su director espiritual—, pida, asimismo, usted, misericordia para mi alma. Implore de Jesús el perdón para mis pecados. Diga a Jesús que por reparar mis culpas haré cualquier sacrificio, aunque tenga que sobrellevar mil dolores en el alma y en el cuerpo. Que me castigue enhorabuena; pero a condición de quitarme de encima el peso de mis pecados, porque, realmente, es abrumador para mi espíritu. ¡Ay de mí si, sólo por un minuto, pudiese perder de vista mis culpas e iniquidades! ¡Cuánto me disgusta, Jesús, el contemplarme en este estado! En el cúmulo de tantas miserias, tan sólo me conforta algún tanto la buena voluntad de que me siento animada".

Y proseguía: "Esta tarde, en la meditación, se me han presentado a la mente todos mis pecados; pero tan enormes, que tuve que hacer un esfuerzo para no romper a llorar. El número de ellos sobrepasa en miles mi edad y capacidad. No quiero que este dolor se borre jamás de mi mente, ni siquiera que disminuya un ápice. ¡Dios mío, hasta dónde llega mi malicia!"

El alma de Santa Gema, tan querida de Dios, lo era precisamente porque, según el testimonio de sus directores espirituales, *no cometió jamás en su vida ni pecados veniales advertida y deliberadamente.* Pero, ¿y las expresiones que anteceden? No son exageraciones ni ficciones. Los santos son las al-

mas más sinceras que han existido, porque descansan sobre la verdad. Ahora la verdad es ésta: "No servimos para nada; Dios es el todo".

Santa Gema, tales palabras las había oído durante un retiro en el Instituto de Santa Zita. Comprendió admirablemente bien su espíritu, tanto, que desde aquel instante fueron ellas el faro que alumbró toda su vida. Hallándose sobre el lecho de muerte, le interrogó una de las Hermanas que la asistían cuál le parecía la virtud más importante y querida de Dios. Respondió: "La humildad, que es fundamento de todas las demás".

Había cobrado un gran aborrecimiento a la sola sombra de orgullo. Una vez su director espiritual, para probar su virtud, le escribió, tachándola de orgullosa. Gema corrió al pie del Crucifijo, y con la frente postrada en tierra, comenzó a derramar abundantes lágrimas pidiendo perdón y suplicando al Señor le hiciera morir antes de ofenderle con un pensamiento de soberbia. Ni a Gema ni a su director, les constaba que existiesen tales pensamientos. Pero al decírselo por carta, ella se lo creyó a ciegas.

Sabía que Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. "Temo —escribía a su padre espiritual—, y tengo verdadero miedo de que Jesús me castigue. Y, ¿sabe qué castigo temo, y lo tengo merecido? El de ser condenada a no amar a Jesús, a mi buen Jesús. ¡No, no! Que escoja Jesús otro castigo para mí, pero éste no". "Padre mío —continuaba—, si notáis que todavía quedan en mí resabios de orgullo, no perdáis tiempo, hacedme morir; cualquier cosa, pero pronto".

El Señor, por una parte, la colmaba de favores, y de otra, la mantenía en una constante humildad, dejándole ver su alma privada de toda belleza. De cuando en cuando, mostrábasele serio y disgustado.

A Gema se le antojaba que se hallaba distanciada de Jesús. "Esto es para mí un verdadero tormento —decía—; estoy como abandonada de Jesús por mis pecados. ¿Qué haré? ¿A quién recurriré?"

"Al fin se ha cansado de mí, y tiene razón. Le doy las gracias y adoro su voluntad..."

"Pida y haga rogar a Jesús que me dé en breve las gracias necesarias para reparar mis culpas y me ilumine la mente, haciéndome conocer el abismo en que me hallo. Rogad por mí a todas las almas santas, a fin de que, aunque yo sea indigna, quede Jesús glorificado en mi pobre alma.

Gema llamábase a sí misma *hija y sierva inútil, virgen fatua, miserable criatura.* No osaba firmarse *Gema de Jesús* hasta que le advirtió su director que dicho sobrenombre no quería decir que fuese digna de Jesús, sino simplemente que quería gloriarse en Jesús...

Con el acento pleno de convicción, díjole el director espiritual, al objeto de humillarla: "No entiendo cómo Jesús no tiene dificultad de mancharse las manos en este estiércol". Gema celebró la ocurrencia asegurando que el epíteto estaba bien empleado y era el único que merecía. Dijo, igualmente: "Quiero ser humillada en todo tiempo como criatura vilísima que soy, y aparecer ante los ojos de Dios y de los hombres cual abismo de miserias".

Le causaba extrañeza que las gentes se encomendasen a sus oraciones. Temía engañar y ser engañada... "Si alguna vez, Padre mío, ve hallarse en peligro mi alma, si cree verme en las garras del demonio..., piénselo bien y ayúdeme..., que yo quiero salvar mi alma a toda costa".

"¿Cómo debo portarme para remediarlo?"

Gema no amaba ni deseaba las carismas del

cielo. Los temía... "Tengo miedo y pavor de las cosas extraordinarias que me acaecen. Temo engañarme y engañar a los demás... No lo quisiera... ¡Pido tanto a Jesús que me ayude para que no engañe a nadie...! Bien quisiera algunos días no ser vista de nadie... Quisiera, además, Padre mío, que vos me expliquéis en qué consiste el engaño, porque, a la verdad, yo no quiero engañar a nadie".

Esta es la mejor demostración de que en Santa Gema no había engaño. ¿Puede darse alma más sencilla y cándida que la que transparentan estas palabras?

Vivía en su voluntad muy alejada de todos los favores sobrenaturales. Cuando Jesús le sustraía dichos favores, lejos de turbarse su ánimo, solía exclamar: "Haced, Jesús, lo que queráis. Estando contento Vos, yo me hallo satisfecha. A la verdad, ¿merezco acaso sus consolaciones...? Basta que pueda poseeros en la otra vida, no me importa sufrir en este mundo".

Al director de Santa Gema le parece soberbia la confianza con que trata con el cielo, y le ordena el uso del tratamiento de usted, en lugar del tú, al hablar con Nuestro Señor Jesucristo, con la Virgen, con los santos. Gema obedece. Se confunde muchas veces. Se reprende. Jesús sigue atrayéndola, pero ella resiste... "¡Oh, Jesús!, si yo obro como me decís, el padre me reprende, porque no quiere que use de tanta confianza". Jesús le replicó: "Dile, hija, que la confianza te la doy yo, en prenda de que te amo".

Jesús aprecia muchísimo esta confianza de las almas que le son queridas. Un día declaró a Gema: "Mira, hija, cuando yo me muestro un poco disgustado con las personas, es precisamente porque no ponen en Mí toda aquella confianza que yo deseo".

Sentir esa confianza tal como la sentía Gema, y, sin embargo, contenerse, era para ella un martirio. Pero obedecía. El no tratar a Jesús con confianza lo conceptuaba como un agravio a su infinita bondad. Le parecía, además, que el depositar tanta confianza en Jesús era como hacerle una dulce violencia para atraer sus gracias a nuestras almas.

El grado de simplicidad y candidez llegaba al máximo. Un ejemplo. El director espiritual le había prohibido toda manifestación externa de dones extraordinarios. La Santa se lo dijo a Jesús. El Señor, que gusta de ver en sus criaturas por encima de todo la virtud de la obediencia, hasta el punto de que prefiere la obediencia al sacrificio, aprobó de lleno el querer del director con respecto a Gema.

Hallándose la Santa en íntimo coloquio con Jesús, se dio perfecta cuenta, por cierto fenómeno interior, de que estaba a punto de recibir una manifestación externa del divino amor. ¿Qué hizo Gema? Cumpliendo la orden que le había prescrito el director, huyó, ocupando su mente en otra cosa por distraerse. Luego de algún tiempo volvió a la habitación para observar si Jesús se hallaba todavía allí.

Exactamente igual que haría un niño con su madre.

Puerilidades, dirá alguno. Sí; pero santas puerilidades. Precisamente en estos últimos tiempos, por medio de Santa Teresita del Niño Jesús, ¿no dice y repite el Señor que nos quiere niños en espíritu, y que tenemos en El a la más tierna de las madres? Lo consignó antes en el sagrado Evangelio. Pero, al parecer, no lo comprendieron todos.

La confianza infantil roba el corazón.

"¡Cuánto me tienta mi buen Jesús! —exclamaba Gema—. Pero yo me sacrifico. ¡Oh, hermosa obediencia!"

En cierta ocasión el confesor le señaló el tiempo que debería estar con Jesús cuando viniese a visitarla. Desde aquella hora se encontró con este nuevo embarazo... "Por obedecer, ¿debo mandar a paseo a Jesús...?" —escribía. Díjole Jesús: "Dame una señal que indique el final de la hora señalada". La despedida que empleaba Gema era: "Vete por donde has venido, Jesús, que no puedo estar más tiempo contigo..."

"¡Pobre Jesús! ¡Cuántos desprecios y villanías he cometido con El por obedecer al confesor! Y Jesús me miraba y se sonreía".

"¡Qué consuelos halla mi corazón en la obediencia! ¡Viva la obediencia, fuente de paz para mi alma!... Pondré siempre en práctica, con la ayuda de Dios, cuanto me ordenaren para tener contento a Jesús".

Jesús, en las voces interiores que le dirigía, directamente o bien por conducto del Angel de la Guarda, le decía: "Obediencia, obediencia ciega, obediencia perfecta. Que tú seas como un cuerpo muerto. Ejecuta prontamente cualquier cosa que te ordenaren. Pero si no obedeces hasta el sacrificio total de tu propia voluntad, te dejaré sola en manos de tu enemigo".

El perfecto obediente jamás se engaña.

XIX.

"TE ESPERO EN EL CALVARIO"

"La estampa del Redentor, tal como se mostró al vivo a la multitud de los judíos en Jerusalén durante las terribles horas de la Pasión y Crucifixión, se mostraba ahora a Gema frecuentemente. Es la imagen del Amado, que viene a pedir se le compadezca, a demandar expiación de las faltas que le hieren. Quiere a toda costa que las almas entrevean el triste signo del pecado, que engendra su pérdida eterna" [1].

La primera vez que Gema obtuvo la gracia de la aparición fue la tarde del Jueves Santo del 1899.

Yacía en el lecho del dolor. Sor Julia Sestini, alma caritativa y bondadosa, empleaba todos los medios para confortarla. Le habló del ejercicio de la Hora Santa, exigido por el Corazón atormentado de Jesús a Santa Margarita María Alacoque, y del opusculito compuesto a este propósito por su madre fundadora, intitulado *Una hora de oración con Jesús en Getsemaní.* Poco después se lo compró, y Gema lo había leído con interés. Enferma y todo, hizo, en el grado que su estado le permitía, la Hora Santa, prometiendo repetir el ejercicio con mayor rigor una vez recuperada la salud.

1. Mons. A. Bonardi.

Obtenida prodigiosamente la curación, se dio prisa en cumplir la promesa, y dada su importancia, quiso preparar su alma con una confesión general.

Llegó la noche. Pensando en la cruel agonía de Jesús en Getsemaní, Gema, apenas se había puesto de rodillas en la habitación, sintió de pronto el alma presa de un íntimo y profundo dolor de todas sus culpas. Puédese decir que ni siquiera había tenido tiempo de meditarlo seriamente.

Pero, ¿y qué? Para abarcar el mar de la agonía de Jesús en el Huerto de Getsemaní, basta la sola mirada. Es el peso extraordinariamente grande y abrumador de todas las culpas de la Humanidad en conjunto y de cada uno de los individuos en particular.

Gema lloró. Parecía que las lágrimas producían alivio a su oprimido corazón.

Sintiéndose súbitamente sobrecogida de grande recogimiento, precursor de alguna inminente visión del cielo, no hizo más que levantarse, cerrar la puerta y ponerse nuevamente de rodillas, cuando vio delante de sí a Jesucristo Crucificado sangrando de todas sus llagas conjuntamente.

A lo primero experimentó turbación ante aquella vista. En seguida Santa Gema hizo la señal de la cruz. La visión no desapareció. En cambio, se esfumaron en ella la turbación y el temor primeros. Pensando ahora que aquellas llagas sangrantes constituían el fruto de sus pecados, se postró, con la frente pegada en tierra, no osando levantar la mirada. Había visto lo suficiente. Desde aquel momento vivió íntimamente persuadida de que no existe en la tierra alma capaz de cancelar la deuda de amor que encierran aquellas llagas.

Al día siguiente le fue prohibido a la Santa asistir a las Tres Horas de la agonía. Sintió en lo vivo

esta denegación, y las lágrimas se le asomaron a los ojos. Pero, superándose una vez más, ofrendó a Dios el dolor de aquel sacrificio, contentándose con hacer el ejercicio de las Tres Horas privadamente, y en su casa, dado que la obediencia le impedía irse a la iglesia.

Estaba encerrada en su habitación cuando se le apareció el Angel de la Guarda, reprendiéndola por las lágrimas que había derramado poco antes. Después de haberle dado algunos consejos sogre la generosidad con que Dios quería ser amado por ella, púsose a acompañarla en la meditación de los dolores y sufrimientos de Jesucristo y de su Santísima Madre.

Nuevamente se le aparece Jesús en el día de Viernes Santo. Y esta vez se mostró a su alma de un modo íntimo y real, como no lo había sentido hasta entonces. De aquella participación nacieron en Gema dos ardientes sentimientos. El de amar a Jesús hasta inmolarse y el de padecer toda suerte de dolores por El.

La humildad de Gema se resistía a descubrir al confesor estas apariciones. Para inducirla a ello fueron precisas repetidas y severas órdenes de su Angel de la Guarda. Gema preguntó a su padre espiritual qué debería hacer para amar a Jesús como ella quería, es decir, hasta la locura. La respuesta no la satisfizo. Entonces se volvió al Señor, y he aquí la respuesta:

Apareciéndosele crucificado y con las cinco llagas de su cuerpo patentes, díjole: "Mira, hija mía, y aprende cómo se ama. ¿Ves esta cruz, estas espinas, estos clavos? ¿Ves estos cardenales, estas rasgaduras, estas llagas? Son todas ellas obras de mi amor infinito. ¿Ves ahora hasta qué punto te he amado? ¿Quieres amarme de veras? Aprende a su-

frir. *El dolor te enseñará a amar*". Gema cayó postrada en tierra, sintiendo su alma sumergida en un mar de dolor y de amor [1].

Es verdaderamente hermoso ver que las apariciones terminan siempre dejando en el alma altísimas enseñanzas de virtud práctica y extraordinarios conocimientos de las cosas divinas.

Desde aquella fecha Santa Gema tenía fijo su espíritu en Jesús crucificado. "Mi Amado es para mí un hacecito de mirra, y no quiero ver otra cosa en El, porque El no ha querido otra cosa para Sí. Vaya quien quiera a contemplarle en las glorias del Tabor. Yo le veré siempre sobre el Calvario en compañía de mi tierna Madre, la Dolorosa".

Luego que salió del colegio de las Salesas, una voz secreta y misteriosa excitaba a Gema a hacerse violencia, a entregarse toda a Jesús, amándole sin medida, no oponiendo obstáculos a los designios divinos, puesto que el Señor le había hecho recorrer gran parte del camino de la perfección sin que ella lo advirtiese apenas.

"No temas nada, —decíale la voz—, porque el Corazón de Jesús es el trono y asiento de la misericordia, donde los más pobres y miserables hallan precisamente mejor acogida". Gema exclamó, con acento penetrante: "Jesús mío, quiero amaros mucho, hasta lo infinito, pero no sé amar". "¿Queréis amar siempre a Jesús? No ceséis jamás de sufrir por El. La cruz es el trono de los verdaderos amantes. La cruz es el patrimonio de los elegidos en esta vida".

Finalmente, una mañana, después de la sagrada Comunión, Jesús le dijo: *"Gema, anímate. Te espero en el Calvario"*.

---

1. Autobiografía.

XX.

¡ESTIGMATIZADA!

"Gema, valor; te espero en el Calvario..." En verdad, que la Santa se hallaba necesitada de ánimo.

El convite al que invita un Esposo ensangrentado, necesariamente a de ser doloroso. Jesús sobre el trono del Calvario, no puede consagrar sino víctimas, imprimiendo en ellas sus trazos de dolor y de amor. La extraña ambición de participar en los sufrimientos del Salvador ha sido, de ordinario, la pasión generosa que ha agitado el corazón de los santos. Todos, en mayor o menor escala, se afanaron en pedir a Jesús una participación de sus azotes, de sus espinas, de la hiel, de sus heridas, de sus llagas. Todos probaron esos dolores en espíritu, y no pocos de ellos merecieron llevar impresos en su carne los estigmas de las Llagas.

El Pobrecillo de Asís, consumido por este ardiente deseo, vio impresas las señales de la Redención en sus pies, en sus manos, en su costado. Igualmente Santa Clara de Montefalco, Santa Catalina de Siena y otros. La Serafina del Carmelo tenía el corazón atravesado por la saeta de un ángel.

Santa María Magdalena de Pazzi, contemplando un día el santo Crucifijo, vio cinco rayos de fuego, que, partiendo del Cristo como de su base, llega-

ron hasta tocar sus manos, pies y costado, dejando impresos en ellos los sagrados estigmas. Por humildad obtuvo de Dios que este milagro no fuese visible más que a su persona. Pero, para atestiguar la verdad del caso, el costado de la sublime amante del Crucifijo lleva aún sobre su cuerpo incorrupto la señal de la amorosa herida.

Gema, a su vez, fue también estigmatizada.

Era el 8 de junio de 1899, víspera de la fiesta del Sagrado Corazón.

Después de la comunión, el Señor le hizo saber que le reservaba para aquella misma noche una singularísima gracia. ¿Cuál sería ésta? Lo ignoraba. Para preparar convenientemente su alma, corrió a decírselo al confesor, pidiéndole una absolución general.

Llegó la noche. Gema no había dado todavía principio al ejercicio de la Hora Santa, cuando comenzó a sentir una vivísimo dolor de todas sus culpas. Creyó morirse. A continuación entró en un profundo recogimiento. Durante el mismo, "el entendimiento —decía ella—, no se ocupaba más que en pasar revista a los pecados y ofensas cometidos contra Dios. La memoria me los recordaba fielmente, haciéndome ver que todo cuanto había sufrido Jesús era por salvarme. La voluntad me invitaba a detestar el pecado con horror, prometiendo sobrellevar toda suerte de males para su expiación. Un negro turbión de pensamientos agitaba mi mente. Eran de dolor, de amor, de temor, de esperanza, de aliento".

Al recogimiento del alma siguió muy pronto el enajenamiento total de los sentidos. En un tres por cuatro Gema se encontró delante de la Santísima Virgen María y con su Angel de Guarda al lado. Este le ordenó recitase el acto de contrición. Cumpli-

da la orden, Santa Gema oyó de labios de María esta doble afirmación que hizo palpitar a su corazón amorosos sentimientos de gratitud. "Hija, en nombre de Jesús te sean perdonados tus pecados. Jesús, mi Hijo, te ama tanto que se propone concederte una gracia. ¿Sabrás hacerte digna?"

Gema calló... "Yo seré tu Madre, añadió María. ¿Serás tú verdadera hija mía?" ¿Respondió Gema, o bien, sintiéndose confusa y ruborizada, guardó silencio, como a la primera pregunta? María, abriendo su manto, la cubrió amorosamente bajo sus pliegues [1].

Desde aquel recogedor refugio divisó Gema cómo avanzaba hacia sí el Señor. Como de ordinario, mostraba sus sacrosantas llagas abiertas. Pero esta vez no salían de ellas cuajarones de sangre, sino llama viva. El fuego adquirió tales proporciones, que las llamas llegaron a tocar las manos, los pies y el costado de Gema, que a su contacto, creyó morirse de dolor y de dulzura a un tiempo. Y realmente hubiese fallecido de no sostenerla en su debilidad la Virgen Santísima.

Gema estuvo durante algún tiempo descansando, apoyada sobre el corazón de su Mamá del cielo y resguardada bajo su manto. Al terminar la visión, la Virgen estampó sobre su frente un beso.

Recuperados su sentidos, Gema se halló arrodillada en tierra. Al propio tiempo notaba un gran dolor en las manos, en los pies y al costado. Trató de levantarse, pero en vano. Le era de todo punto imposible. Por fin, lo consiguió, aunque con grandísima dificultad. Sangraba por las heridas. Las vendó como mejor pudo, y ayudada de su Angel de la Guarda, se acostó.

---

1. Autobiografía.

A la mañana siguiente abandonó temprano el lecho, pero el dolor que experimentaba en los pies era tan intenso que se desmayó. Se vistió de la manera que le fue posible, poniéndose los guantes, porque también sus manos sangraban, y tomó el camino de la iglesia para recibir la sagrada Comunión.

Vuelta a su casa, se halló poseída de grande sobresalto y perplejidad. ¿Cómo disimular aquel caso? Quizá no sea una cosa insólita y enteramente nueva, pensaba Gema para sus adentros, sino que muy bien podría ser un don que Dios otorga a todas las almas consagradas con voto. Algo turbada, fuese a preguntar a otras personas si tal vez hubiesen sentido en sí mismas heridas o algo por el estilo... Lejos de ser comprendida Gema, sus preguntas provocaron gran hilaridad.

Y ahora... ¿qué hacer? No había escapatoria posible. Decidió declararse a los familiares, y mostrando las manos llagadas a una de sus tías: "Tía, le dijo con cierta mezcla de candor y de vergüenza, mire lo que me ha hecho Jesús".

La tía que de algún tiempo a esta parte había notado en ella algo de singular y extraordinario, se asombró aún más ante las manos llagadas de la Santa, pero no se hallaba en grado de comprender el secreto...

Desde aquella fecha el fenómeno, digamos la gracia, se repitió todos los jueves por la noche, hacia las ocho, y duraba hasta las tres de la tarde del viernes, hora en que expiró Jesús en la cruz. Tan sólo cesó de manifestarse los últimos tres años de su vida, por habérselo intimado la obediencia.

XXI.

"TU SERAS HIJA DE LA PASION"

Como hemos visto, la Santa, interiormente advertida el 18 de junio de un favor extraordinario que iba a recibir aquella noche, se había apresurado a anunciarlo a Monseñor Volpi, pidiéndole, además, con el objeto de prepararse mejor, una absolución general de todas sus culpas. Ahora estaba obligada a rendirle cuentas... Pero, ¿y cómo hacerlo? ¿Cómo referir a Monseñor lo acaecido?... Después de todo, en su propia opinión se sentía llena de pecados. Jamás habría callado una falta, una debilidad. Ni se hubiera sustraído a los vituperios y a la humillación. Pero cuando se trataba de poner en evidencia los favores que recibía de Dios, en su alma se suscitaba la lucha.

Así pasó todo el mes de junio, a despecho de los frecuentes avisos de su buen Angel de la Guarda, que sin cesar la estimulaba a declararse.

No faltaron a Gema pretextos para paliar o excusar su conducta. En primer término, el confesionario de Monseñor Volpi, en la basílica de San Mi-

guel, se hallaba siempre muy asediado, debido a que las gentes lo conceptuaban como a un segundo San Francisco de Sales en la dirección de las almas.

En calidad de auxiliar del Arzobispo de Luca, estaba igualmente ocupadísimo, por razón de su cargo, siéndole de todo punto imposible dar gusto a cuantos acudían a su persona para sentir el alivio de una buena confesión. Santa Gema podía escribirle, es cierto. Y lo hacía frecuentemente. Pero debía aguardar a que le diese la respuesta en el confesionario, de viva voz, con todo aquel tropel de gentes al lado.

Estas eran las dificultades externas. La mayor la llevaba Gema dentro de sí, no sin misterio. Había de por medio un designio providencial.

En los últimos días de junio, los RR. PP. Pasionistas dieron principio a una Misión en la catedral de Luca. Por orden de Su Santidad León XIII, los habitantes de la ciudad debían prepararse por medio de las Santas Misiones para recibir dignamente al nuevo siglo. La Misión produjo en las almas frutos maravillosos. Gemo sólo participó de ella los últimos días.

El 10 de julio se fue a la catedral.

Apenas divisó allí a los Pasionistas, su corazón dio un salto de gozo. Aquellos Padres, a quienes veía por primera vez, aparecían vestidos exactamente igual que su querido San Gabriel, estudiante pasionista. "Mi impresión fue tal —dice Gema—, que no la podría describir. Experimenté hacia ellos un afecto especial, y desde aquel día no me perdí ningún sermón".

El postrer día de la Misión, a continuación de la comunión general, en la que tomó parte, sintió en el fondo de su corazón que Jesús le preguntaba

si era de su agrado el hábito pasionista. ¡Vaya si le gustaba aquel hábito de color negro, por el luto de la Pasión, con un escudo simbólico sobre el corazón humano! ¡El hábito que vestía precisamente su Santo predilecto (San Gabriel de la Dolorosa), en quien lo había contemplado tantas veces durante los éxtasis!

El corazón de Gema aceleró sus palpitaciones... "¿Te gustaría, continuó la voz interior, ser revestida del mismo hábito...?" "¡Dios mío...!", exclamó Gema por toda respuesta. Jesús le replicó: "Tu serás *Hija de la Pasión*..., y una Hija predilecta; uno de éstos (refiriendose a los PP. Misioneros) será tu Padre".

Siguiendo a la letra la inspiración, se dirigió al confesionario de uno de aquellos Padres, el P. X. "Pero aunque iba resuelta, dice Gema, no acertaba a referir mis cosas..." Entonces se volvió al otro Padre, y con suma facilidad le contó toda la historia de su vida: sus desméritos, las gracias del Señor, sus ingratitudes y el amor de Jesús para con ella. Por último, la relación de las llagas que llevaba en los pies, en las manos y al costado, y la repugnancia invencible que encontraba en manifestar este secreto al confesor ordinario.

El Padre la escuchaba sin alentar siquiera... Aquella simplicidad, tranquilidad, inocencia, la humildad de aquella joven, no admitían duda. Se hallaba en contacto con un alma predestinada, con una criatura más del cielo que de la tierra.

Le recomendó profunda humildad y gratitud al Señor. Que antes de decidirse sobre su estado, lo pensase bien. Por su parte, presto volvería a Luca y podría escucharla de nuevo. Mientras tanto, debía dar cuenta de todo al confesor ordinario.

Le concedió el poder emitir (del 15 de julio al 8 de septiembre) los votos privados de pobreza y obediencia que tanto había anhelado. Se mostró menos fácil en acceder a sus deseos de penitencias especiales. ¿No eran bastante los sufrimientos que le enviaba el Señor?

Gema se sentía feliz, considerándose ya casi religiosa.

La emisión de los votos fue para ella uno de los mayores consuelos de su vida.

XXII.

LA FAMILIA DE ADOPCION

El Misionero Pasionista que oyó en confesión a Gema fue el Padre G. del Niño Jesús, gran predicador, hombre dotado de bellas cualidades. Dios lo cruzó en el camino de la vida de Gema como instrumento de bendición, y lo fue en realidad. Lo veremos en seguida.

Pocos días después de su primera entrevista con la santa joven se halló nuevamente en Luca, dirigiéndose, como de costumbre, a una casa de la plaza de Santa María de la Rosa, donde siempre hallaba benévola y cariñosa acogida.

La casa pertenecía a los Giannini, familia tradicionalmente cristiana, y albergue de almas santas, cuya sola presencia evocaba en la mente del huésped el recuerdo del clásico hogar de costumbres patriarcales.

El señor Mateo Giannini era el jefe y cabeza de familia. Bella estampa masculina. Alto, lleno de dignidad, con luenga barba blanca. Su rostro transparentaba una dulce bondad; atrayente. Alma sincera, recta y muy piadosa.

No menos religiosa que inteligente era su mujer, y solícita madre de familia.

Los once hijos, fruto del matrimonio, formaban

a la sazón una larga escala, desde el estudiante universitario, próximo a discutir la tesis, al pequeñín, todavía en pañales, o a la benjamina de dos o tres años que su padre conducía de la mano cuando salían de paseo.

Completaba el cuadro la tía Cecilia, querida y respetada de todos como una madre. Verdadera providencia para aquella casa. Dado que la señora Giannini se hallaba casi siempre delicada, la tía Cecilia atendía con solicitud a todo, sosteniendo el peso de aquel hogar, y aún le restaba tiempo para poder dedicarse a sus obras piadosas.

Era preciso conocerla para comprender inmediatamente cómo podría atender a tantas cosas a la vez. Esbelta de líneas, llena de fortaleza femenina, como de bondad. Tenía en la mirada algo del fuego de que delata a los genios. Su piedad ni era postiza o de adorno, sino real, sentida y profunda, con raigambre en la fe.

Además de los dichos, había en la familia un óptimo y piadoso sacerdote y algunos criados y domésticos.

Aquel hogar era según Dios. De las entradas que obtenían de una farmacia, de una cerería y de varias posesiones en el campo, repartían una gran parte entre los pobres y las almas consagradas a Dios. Jamás llamó nadie a su puerta en vano. Un departamento de la casa lo tenían constantemente a disposición de los PP. Pasionistas, y sea que descendiesen, procedentes del Retiro del Santo Angel, o que por cualquier otro motivo se encontrasen en la ciudad de Luca, los Giannini los acogían con cariño como en su propia casa. Además de la habitación para descansar, tenían a su disposición un oratorio, y la mesa siempre preparada, y, como en el propio convento, presidida por el Crucifijo, que pa-

recía bendecir aquella pequeña comunidad. La bendición y acción de gracias eran prácticas de ritual, al sentarse y levantarse de la mesa.

El Padre G. habló a la señora Cecilia sobre Gema, recordándole, al efecto, la promesa que tenía empeñada, y su deseo de entrevistarse con ella. Le suplicó la avisase.

La señora Cecilia no conocía a Gema más que de vista. Se había encontrado con ella todas las noches en la capilla de las Salesas durante el Ejercicio del mes del Sagrado Corazón, y conservaba una grata impresión de su persona, principalmente por su angélica piedad. Arrastrada por esa simpatía, llegó en una ocasión a preguntar quién fuese aquella jovencita. Le respondieron que se trataba de la hija del difunto farmacéutico Galgani. Era todo lo que sabía de Santa Gema la señora Cecilia.

Ante las palabras del P. Pasionista, acogió con alegría la ocasión que se le brindaba de conocerla ahora más de cerca. Inquirió su domicilio, la buscó y la condujo consigo a casa. Viéndola, pronto se dio cuenta de que había topado con una preciosísima gema.

En toda la familia Giannini la presencia de Gema produjo gratísima impresión. La invitaron a comer. El señor Mateo le hizo presente que aceptarían como un honor que frecuentase a menudo aquel hogar. La señora Justina le ofreció la compañía y amistad de sus hijas.

Poco después pasó la familia entera a Viareggio, de donde salieron para la casa de campo, no quedándose en Luca más que la señora Cecilia.

XXIII.

ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Así deberá encabezarse esta relación, tan importante en la vida de Gema, y es preciso reconocerlo: el aludido encuentro fue verdaderamente providencial.

Aquella prudentísima mujer, iluminada en los caminos de Dios y tan sensata que sabía dirigirse en todo según la razón, y que reconocía en los sucesos, así grandes como mínimos, la mano de la Providencia, por su interposición en el camino de esta criatura privilegiada, fue el apoyo ideal que precisaba Gema en los casos difíciles en que se vio envuelta.

Por una lógica asociación de conceptos y de hechos nos hace recordar, en cierto modo, a la Venerable Madre Evangelista de Jucundo, santa mujer llamada a coadyuvar con el P. Virgilio Cepari y otros sacerdotes y religiosos en la dirección espiritual de Santa María Magdalena de Pazzi. Es éste un cometido difícil y delicado que, aparte de suma prudencia, requiere grande virtud, reservado por Dios a poquísimas almas.

¡Cómo resplandece la divina armonía en el conjunto de todas estas cosas!

Gema, *Hija de la Pasión,* debía ser orientada hacia el espíritu de los Pasionistas, cuya vida transcurre entre el recuerdo y memoria de los sufrimientos de Jesucristo. Debía hallar su seguridad y defensa en una especie de oasis de paz y de santificación que los Pasionistas mantenían como una prolongación de su religiosa familia. Y tener por madre adoptiva a una enamorada del Crucifijo.

No todos los hermanos de Gema se hallaban educados cual deseara su madre en sus sueños de amor. La santa joven no podía menos de hallarse a disgusto entre alguno de los suyos. Sobre todo desde la aparición en su cuerpo de las sagradas llagas, su convivencia le proporcionó serios disgustos.

Hubiese preferido mil veces ocultarse y ocultar a los demás los dones que Dios había obrado en ella, no revelándolos más que al confesor. Pero en balde.

Sus hermanos comenzaban por seguirla a todo, y no se libraba de las pesquisas de su curiosidad ni aun dentro de su propia habitación. Hacían chacota de los fenómenos extraordinarios, riendo desenfrenadamente, y de todo entresacaban las más disparatadas conclusiones.

Durante una discusión familiar, uno de los hermanos de Gema perdió la serenidad en tal forma que comenzó a blasfemar. La santa joven experimentó al instante un gran dolor que le hizo sudar gotas de sangre.

Una de las tías "la más buena y la que me quiere tanto", escribió Gema a Monseñor Volpi, a la noche la siguió a la habitación, y, sobresaltada enteramente, díjole: "Esta vez no te sales con la tuya (aludiendo al silencio general y absoluto que se imponía Gema por no declarar los favores que

recibía de Dios), ni aunque te defienda tu hermana[1]. Dime sin rodeos de dónde has arrojado toda aquella sangre..."

Gema calló. Su silencio exasperó aún más a la tía, la cual trató inútilmente de desnudarla. En aquel momento sonó el timbre de la casa y la tía hubo de acudir a la puerta.

No se dio por vencida. Más tarde, cuando Gema se disponía para acostarse, penetró nuevamente en su habitación, manifestándole que era llegado el momento de terminar con todas aquellas *monsergas;* que se hacía preciso cortar las habladurías de la gente, y que, si se negaba a descubrir el origen de aquella sangre, jamás le toleraría salir fuera de casa, ni a ninguna parte, sola.

Esta amenaza se extendía a todo, y comprendía, naturalmente, las visitas de Gema a la iglesia y al cementerio... La Santa no pudo resistir más. Con los ojos humedecidos por las lágrimas confesó el secreto. "Son las blasfemias que dijo su sobrino..." "Y las blasfemias te hacen derramar sangre". "Sí; al oir blasfemar veo que Jesús sufre, y yo sufro también con El. Sufro al corazón y me sale sangre". La tía, por el momento, pareció calmarse. Luego continuó: "¿Tan sólo las blasfemias de tu hermano te producen daño, o también las de los otros?" "Todas..., pero con esta diferencia: las de mi hermano me hacen sufrir infinitamente más".

Ciertamente, la ofensa de Dios es siempre la misma; pero cuando la persona que ofende gravemente al Señor nos es muy querida, el dolor adquiere una forma mucho más sensible. En su declaración a Monseñor Volpi escribía Gema: "He llorado tanto, tanto..." Y excusando la conducta

1. Julia, la angelical hermana menor de Gema.

de la tía, concluía: "Lo permitió así el propio Jesús, porque, a buen seguro, de otra suerte ella no hubiese procedido conmigo de aquella forma".

En otra ocasión, al volver de la iglesia, tropezó con su hermano, que se hallaba contrariado, y éste volvió a proferir algunas blasfemias. Gema hubiera querido reprenderle, pero no sintiéndose con suficiente fuerza para ello, se desmayó. Vuelta en sí, se dirigía a casa. En esto, la encuentra una de sus tías. Se hallaba pálida y tenía el rostro manchado de sangre... ¿Qué habría sucedido? La tía la estrechó a preguntas, intimándole que se lo declarase. Gema se sintió confundida, y no pudiendo resistir por más tiempo a aquella presión, comenzó a expresarse con sollozos. "¿Es acaso la primera vez que oyes blasfemar en esta desgraciada ciudad?" le preguntó. "¿Cómo es que hoy te ha producido tanto efecto?" "No es la primera vez, por desgracia, respondió Gema, sino que esto me acontece siempre que no puedo rehuir la presencia del blasfemo, o al menos, distraerme". Habría podido añadir que, a veces (como quedó repetidamente demostrado después), las blasfemias le hacían arrojar de los ojos lágrimas de sangre.

Las reiteradas ofensas contra Dios fueron para ella, hasta su muerte, el máximo tormento... "Todas las gotas de mi sangre las daría con mucho gusto, repetía, por contentar a Jesús e impedir tantas ofensas que se le dirigen".

El estado de Gema era como para inspirar compasión. Escribía a Monseñor: "Tengo miedo... Miedo de que este Angel Custodio (se refiere al ángel que se le aparecía bajo forma humana y con el rostro lleno de luz) lo vean en casa. Si lo viera N. N., ¿qué haría...?"

Y en otra ocasión le decía igualmente: "Mon-

señor, estoy asustada. N. N. sabe, lo sabe todo... Esta mañana hablaba de mis cosas como si tal, y, juntamente con él, se chanceaba mi hermano".

"Desde las once de la mañana hasta ahora, que son las tres de la tarde, no me ha dejado ni un momento sola. Dice que quiere ver todo. Parece un diablillo. Incluso ha invitado a sus compañeros de colegio a venir a casa, y les dice con intención de mofarse de mí: "Venid a ver a Gema en éxtasis". Y estas palabras y otras semejantes las profería a voz en grito".

¡Pobre Gema! ¡Se encontraba sola, sin apoyo, incomprendida, en un ambiente hostil, entre ofensas a Dios, entre sarcasmos y crueles ironías!

En vano pedía a Dios que cesase de enviarle los dones extraordinarios de que la hacía objeto. En vano también trataba de ocultarlos. Gema sentía al vivo cuanto ocurría a su alrededor. En medio de aquel mar de contratiempos, ¡cuántas veces suspiró su corazón al sentirse huérfana, cuántas nostalgias de su queridísima mamá, a la que hubiese podido confiar todo sin miedo, y que, a su vez, le hubiese iluminado y protegido!

Se demuestra verdaderamente admirable la dulce y constante serenidad de Gema. Jamás se le vio alterada. Jamás pronunciaron sus labios una sola queja. Y le sobraban ocasiones para ello. Una vez, por ejemplo, uno de sus hermanos quiso irse al teatro, pero no hallando dinero a mano, montó en cólera. Gema trató de calmarlo, con tan mala suerte, que el infeliz le descargó una violentísima bofetada en un ojo, dejándoselo completamente amoratado. Santa Gema se guardó bien de quejarse. Habiendo ido al día siguiente a las Salesianas, a todas sus preguntas respondía: "Me lo tengo merecido".

¿Todo esto no es heroico? Tanto más que ciertas ofensas llegaban a herirla en las fibras más delicadas del corazón, como se ve a través de sus cartas a Monseñor Volpi. De aquí que su tranquilidad no era fruto de un natural suave, sino conquista de sólida virtud.

La señora Cecilia Giannini fue en tales circunstancias el ángel mandado por Dios.

Gema no le había dicho nada, ni le pidió nada. Mas la señora Cecilia lo comprendió todo con una intuición perfecta.

Aprovechando el viaje de su familia a Viareggio, solicitó de las tías de Gema que le permitiesen irse a su casa durante algunas horas del día para acompañarla. Luego, el ruego se extendió aún para la noche. Las tías, que no podían menos de amar a la sobrina, accedieron a que fuese a casa de la señora Cecilia a pasar alguna que otra noche entre semana. La Santa se aprovechó bien de esta concesión. De esta suerte halló modo de pasar la noche del jueves al viernes sin ser molestada.

A los primeros días, la señora Cecilia, al ver a Gema junto a sí, quedó un tanto perpleja ante los fenómenos extraordinarios de que era objeto. Pero, inteligente y prudente como era, se guardó bien de decir algo, limitándose a observarla con atención. Al notar a la Santa favorecida por Dios, con el don de las Llagas, la buena señora trataba de hacerse la indiferente, por no herir la profunda humildad de la santa joven.

XXIV.

¡VEDLOS COMO SE AMAN!

La familia Giannini se hallaba próxima a volver de Viareggio. Su vuelta planteaba un problema en torno a Gema. ¿Consentirían de buen grado el hermano y la cuñada de la señora Cecilia en que Gema, hija de madre tísica, conviviera con sus hijos? En caso de una negativa, era preciso devolverla a su casa. Pero la señora Cecilia no se sentía con fuerzas para ello.

Gema nunca habló da las molestias de que la hicieron objeto sus hermanos. Hasta parecía que no las tomaba en consideración. La única espina que punzaba en su alma nacía de la imposibilidad de ocultar los dones extraordinarios de Dios y de verlos publicados y puestos en ridículo.

Mas la señora Cecilia, al corriente de todo, se resistía muy justamente a devolverla al seno de su familia. Al retorno de los Giannini de Viareggio, corrió a su encuentro y se apresuró a comunicarles la nueva estancia de Gema: "Hasta ahora teníamos en casa once hijos; ¿qué importa uno más? Dios ha puesto en nuestras manos a este ángel. ¿No podría continuar con nosotros?"

El recibimiento tributado a Gema por toda la

familia Giannini no pudo ser más cordial. "Que sea bienvenida" —respondió el señor Giannini. Y añadió, dirigiéndose a Gema: "Tú serás el duodécimo hijo que Dios me señala. Que toda la familia le reverencie y respete como a hija". Idénticos sentimientos animaban a la señora. Los hijos se regocijaron grandemente por la adquisición de una nueva hermana. El sacerdote don Lorenzo Agrimonti, a quien la familia veneraba como a su segundo padre, se hallaba encantado, y los criados daban también muestras de alegría.

Parece que describimos una de aquellas escenas de los primeros siglos del cristianismo, cuando los gentiles, al ver tanta cordialidad y tan sincero afecto entre los cristianos, se veían forzados a exclamar: *"¡vedlos cómo se aman!"*

La señora Cecilia voló al lado de las tías de Gema para ver de conseguir de ellas que la Santa se quedara definitivamente. Por el momento, sólo en parte fueron atendidos sus deseos, hasta que, finalmente, en el año 1900, quedó Gema de modo estable en la casa Giannini, donde permaneció por espacio de tres años, es decir, hasta la tarde del día 24 de enero de 1903, cuando, habiendo caído enferma, fue diagnosticado su mal por algunos médicos de tuberculosis.

Anticipemos los hechos.

Por temor a un contagio, el Padre espiritual de la Santa aconsejó a la familia Giannini su aislamiento, teniendo presente la circunstancia de que la casa se hallaba llena de juventud. Los Giannini opusieron a esto una larga y afectuosa resistencia.

Finalmente, se vieron precisados a ceder. La tía de Gema alquiló una habitación próxima a la casa, y la enferma fue transportada a este nuevo lugar la tarde del día 24 de enero de 1903.

Siguiendo su línea de conducta, la santa joven aceptó este nuevo sacrificio con inalterable serenidad, dando muestras inequívocas de un perfecto desasimiento, tanto, que la señora Cecilia se sorprendió en parte, interpretándolo como falta de gratitud a los servicios que le venía prestando.

Ignoraba la cristiana señora que el alma plenamente abandonada en Dios y totalmente olvidada de sí, goza de continuo de una paz profunda. Que en tal estado las aspiraciones de su corazón palpitan al unísono con la adorable voluntad, y que no procura, ni desea, ni ama otra cosa, ni inquiere el porqué de los sucesos, pues todos sus afectos se hallan perfectamente sobrenaturalizados. Esta misma elevación de sentimientos acusó la Santa en la muerte de sus queridísimos hermanos Antonio y Julia, acaecida con brevísimo intervalo una de otra. Dios así lo quiso. Sea El siempre bendito.

La señora Cecilia no dejó de asistirla en su nueva morada. Un día, en son de broma, tachó de ingrata a Gema, aduciendo que se mostraba poco menos que indiferente a sus continuos servicios. "He hecho poco por ti —le dijo—; mas Dios premia hasta un vaso de agua dado por su amor...", etc., etc. Gema, por el momento, guardó silencio. Al poco rato: "¿Qué dice? —exclamó—. Si hay en la tierra alguna persona a la que quiera bien, es a usted..."

"Duda la señora Cecilia que la quiera bien —escribía Gema a su director—. Pero, créame, Padre: después de la muerte de mi mamá, Jesús me procuró esta otra, y ahora ha vuelto a dejarme huérfana. ¡Dos veces huérfana sobre la tierra!"

Estas palabras son un exponente de su profundo sentir. Próxima al ocaso, quería desligarse enteramente de los afectos de este mundo. Ya se le

aparecían en lontananza los eternos horizontes, y su alma quería adentrarse en la luz eterna, que no sufre ocaso ni eclipse.

"Ahora no me resta otra cosa que prepararme a la muerte —dijo un día—, porque he hecho a Dios renuncia de todo y de todos". La señora Cecilia le preguntó: "¿También del Padre Germán?" "Sí, también".

Había pedido al Señor que le privase de todo confort humano, y fue escuchada.

En los días en que trataban de buscarle nuevo alojamiento, Monseñor Pablo Tei, Obispo de Pesaro, para probar la virtud de la santa joven, díjole: "Hemos decidido mandarte a la calle, pues dudamos de que estés tísica". "Harán bien —respondió Gema—, porque, en realidad, de verdad, no estoy tísica". Sólo ella sabía la naturaleza de su misteriosa enfermedad. Monseñor Pablo volvió a insistir: "No tienes cinco liras en el bolsillo, ¿y cómo te las arreglarías si te dejásemos al cabo en la calle?" Gema, con una larga sonrisa en los labios, dio ahora la más sublime respuesta que pueda darse, respuesta que a un mismo tiempo la revela y define: *"Padre, ¿no está Dios también en la orfandad de los caminos? Donde se halla Dios se halla todo".*

XXV.

GEMA, HUESPED ENVIDIABLE

Para la familia Giannini fue un inmenso dolor la salida de Gema de aquella casa, por ella santificada. No por esto disminuyó en nada la asistencia que le venían prestando hasta aquel punto. Aun cuando la santa joven fue, por razón de la enfermedad, a habitar bajo otro techo, los señores Giannini, sus hijos y todos los de la casa tenían a gala visitarla, y pasaban a su lado largas horas, encargándose también de proveer a su sustento. Causaba verdadera satisfacción ver cómo los niños eludían, a las veces, la vigilancia que se ejercía sobre ellos, y de rondón, infiltrándose tras de la tía, de la madre o de las hermanas mayores, se llegaban, sin ser notados, a la estancia donde se hallaba Gema para recibir sus caricias o los dulces y caramelos que le regalaban sus amigas. Como a todas las almas santas, agradaba sobremanera a Gema el encanto de la inocencia.

Aquel plebiscito de afecto se lo tenía merecidamente ganado la santa joven. En relación a los tres años que vivió con los Giannini, la señora Cecilia atestiguó lo siguiente: "En casa era como si no existiese, pues jamás se oía su voz, y puedo jurar que

en todo el tiempo que permaneció con nosotros, yo no advertí que ocurriese el menor trastorno en la familia por culpa suya, ni le observé defecto alguno. Digo que ningún contratiempo y ningún defecto, ni siquiera de los más leves".

Así lo atestiguaron también los restantes de la familia. Y no es pequeño elogio.

Admitida en el seno de aquel cristiano hogar, Gema no olvidó jamás su condición de extraña, y se portó siempre con suma prudencia. Llena de tacto y delicadeza, comprendiendo lo difícil de su posición, "Jamás se entrometió en los negocios domésticos, y ni aun por curiosidad trataba de saber o de ingerirse en cosas que no fuesen de su incumbencia. Esta cautela no nacía de motivos humanos, ni podía confundirse en ella con la astucia o el engaño, pues, por el contrario, su natural era de una grande sencillez e ingenuidad".

Apenas oía sonar la campanilla de la puerta, se retiraba, sin pretender informarse de los visitantes. Solamente cuando quien llamaba era algún pobre (y de esto se daba cuenta inmediatamente), bajaba, con el permiso de la señora Cecilia, a entregarle alguna limosna o las sobras de la cocina.

En este punto la santa joven y la madre adoptiva no marchaban de completo acuerdo. La primera, llena de compasión, suplicaba que no se mandase a los pobres a la calle con las manos vacías. La segunda, poseída de un grande sentimiento de desconfianza hacia los vagabundos, se resistía, por lo general, a abrirles la puerta. Cedía a las súplicas de Gema; pero, intranquila en el fondo, espiaba continuamente la puerta desde una ventanilla de la escalera, temiendo siempre que, bajo la apariencia de mendigo, se insinuase en la casa algún malhechor. Más de una vez presenció la señora Cecilia, oculta en su mira-

dor, escenas conmovedoras. Gema, sentada junto al pobrecillo, y mientras entregaba al pordiosero el óbolo de la limosna material, trataba de insinuarse en su alma para dirigirle a Dios. Esto era el fin primario que ella se proponía. La caridad material servía de pretexto para abrir la puerta al espíritu. La clase de los pordioseros es la más desamparada y, moralmente, la más abandonada. Por eso Gema los amaba tanto.

A las veces, la señora Cecilia bajaba a la puerta durante los coloquios, fingiendo reprochar su conducta, y súbitamente, Gema se aprestaba a la defensa de sus pobres. "¿Acaso no soy también yo pobre? —decía—: Jesús me ha privado de cuanto tenía; pero no me falta nada; antes bien, estoy muy bien tratada. Y los pobres, ¿han de estar a falta de lo necesario?"

Toda la vida de Gema en casa de los Giannini puede compensarse así: constante dominio de sí misma, rayano en el heroísmo; paz profundísima y absoluta simplicidad; silencio y recogimiento realmente envidiables.

No se le oyó lamentarse. Jamás salió de su boca una queja, ni siquiera cuando las criadas de la casa, ofendidas por la predilección que le mostraba la señora Cecilia, se la hacían pagar, tratándola con maneras bruscas.

De no haberlo notado los demás, Gema hubiese llevado consigo a la tumba el virtuoso secreto. Aun la más impertinente gozó de su simpatía. Queriendo quitar a aquella desventurada la causa de sus inquietudes, no cesaba de repetir a la señora Cecilia: "Tenga paciencia; el Señor le recompensará cuanto haga por mí. Le recomiendo que me tenga olvidada. Que no me guarde ninguna distinción, y que para ello considere que no soy de casa".

Todo inútil. La señora Cecilia no se daba por enterada. "Con Gema —decía— me siento feliz. Al sólo verla junto a mí, me siento más recogida, más paciente. Me hallo aliviada, y ni me abruma la fatiga, ni el amargor de los sinsabores hace mella en mi corazón. ¡Qué cuentas deberé rendir a Dios si no aprecio debidamente el don dispensado a mi alma al darme esta angelical criatura!"

También la oyeron exclamar: "Dejadme ahora disfrutar de la compañía de mi querida Gema", y la condujo consigo al patio o al saloncito, y allí, al propio tiempo que se entregaban ambas a las labores propias de su sexo, conversaban con la efusión de la más dulce intimidad, hablando principalmente de Jesús, como objeto de su amor. Durante aquellos coloquios la señora Cecilia, muy diestramente, por cierto, sonsacaba a Gema, por consejo de Monseñor Volpi y de su director, sus secretos e íntimas confidencias.

Era la edificación de toda la casa.

Había llegado a ella pobre, y a toda costa quería permanecer pobre. Recibida con todo cariño, como una hija más, se abajó casi a la condición de sirvienta. Poseía en tal grado el sentido de la gratitud, que dio cuanto tenía: sus plegarias, sus sacrificios, sus fuerzas, todo, en una palabra, en obsequio a sus bienhechores. Y esto con la mayor naturalidad, sin ostentación, sin repetidas declaraciones de una gratitud fuertemente sentida, pero que ella gustaba de exteriorizarla más con hechos que con palabras.

Ante todo era amiga del orden. Se levantaba por las mañanas a tiempo, cuando los demás se hallaban todavía entregados al plácido sueño, y, sin ruido, salía de casa, en compañía de la señora Cecilia, hacia alguna iglesia próxima preferentemente a la de

la Rosa para hacer la Sagrada Comunión, y, como ella aseguraba, para participar de la fiesta de amor de Jesús.

Habitualmente oía dos misas: la una de preparación y de acción de gracias la otra. "Se trata de unir dos extremos —son sus palabras—: Dios, que es el todo, y la criatura, que es la nada. Dios, que es la misma luz y la criatura que es la obscuridad. Dios que es perfección, y la criatura, que es pecado. Se trata de participar de la mesa y cuerpo del Señor, y, ¿puede haber para esto preparación suficiente?"

Terminada la segunda misa, a una señal de la señora Cecilia, se levantaba Gema y la seguía. Antes de que despertase la familia, ya las bendiciones del cielo, imploradas por Gema, a una con los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo, habían descendido copiosamente sobre sus almas. Digno coronamiento de aquellos pequeños deberes, cumplidos con fidelidad y amor...

"Cada instante del día, como celestial embajador —dice el Padre Schryvers—, señala a tu alma un deber. Cumplirlo puntualmente, sin ansiedad, pero también sin lentitud, he aquí el primer cometido, que jamás puede ser reeplazado por otro.

"Si el alma se entrega con tranquila perseverancia a esta vida de fidelidad, hallará en esto el mejor medio de probar a Dios su amor. ¡Y qué bien se desenvuelve ella en la oscuridad, en la nada! ¿Quién llegaría a suponer que bajo el velo de esa constante puntualidad en el obrar oculta el alma un inmenso amor a Dios?" [1].

Tal fue Gema. Su vida discurrió solitaria, silenciosa, oscura, formada de pequeños deberes, fáciles de cumplir en apariencia.

1. Schryvers. *El don de sí.*

Viviendo en el seno de una numerosa familia, le había sido asignado el oficio de calcetera, y nunca le faltaba trabajo. Pero ella amaba aquel oficio, porque le dejaba libre el pensamiento y le permitía estarse siempre ocupada, siendo como era enemiga irreconciliable del ocio.

Vuelta de la misa, se le veía en efecto, tomar en la mano la calceta y dirigirse, ágil y ligera, a la habitación donde descansaban los niños de la casa, para ir atendiendo a los que se hubiesen levantado. Era preciso vestir a los más pequeños, peinarlos, hacerles rezar las oraciones de la mañana; preparar a los mayorcitos para la escuela, y, a veces, acompañar a la más pequeñita.

Una vez cumplida su misión con los niños, corría a ayudar a las criadas en los quehaceres domésticos, arreglar las camas, barrer, acarrear el agua. Nada le parecía gravoso. Luego ayudaba a la cocina sin prestar oídos a las afectuosas recriminaciones que con este motivo le dirigía la señora Cecilia. A la hora conveniente, preparaba la mesa.

Como dijimos ya, en el comedor de la casa Giannini figuraba a la cabecera un hermoso Crucifijo de casi naturales dimensiones. La Santa lo apreciaba muchísimo, y durante el día le hacía frecuentemente objeto de sus visitas.

"Sucedíale muchas veces que, poseída de vivísimo deseo de estampar un ardiente beso sobre el Costado de aquel Crucifijo, y sintiendo su imposibilidad, a causa de la altura en que se hallaba colocado, se encontraba súbitamente levantada de la tierra, como una pajita movida por el viento, abrazada al Crucifijo y adheridos los labios a su Costado..."

En cierta ocasión, allá por septiembre de 1901, mientras preparaba la mesa, se paró a contemplar el Crucifijo. "Cuanto más lo miraba —dice el Pa-

dre Germán—, sentía palpitarle con mayor violencia el corazón sobre el pecho. Hubiera querido tener alas para llegar hasta El; y más de una vez hizo ademán de alcanzarlo estirando su cuerpo. Después gritó: "¡Jesús, haced que os alcance, porque siento sed de vuestra Sangre!" ¡Cosa admirable! Al igual que había sucedido con el seráfico San Francisco de Asís y con el Patriarca de la Pasión, San Pablo de la Cruz, la imagen se transformó repentinamente en la persona del Salvador. Jesús destaca su mano derecha de la Cruz, y con una mirada amorosa invita a la Santa al ósculo de sus Llagas. Gema obedece. Entonces Jesús la abraza y aplica la boca de ella sobre su Costado, y Gema, asida con ambas manos al sagrado Cuerpo del Salvador, bebe a grandes sorbos, hasta embriagarse de aquella fuente divina, mientras su cuerpo permanece rígido en pie, como si descansara sobre una nube invisible.

Hoy, a ambos lados de este santo Crucifijo arden de continuo dos lámparas, cuya llama no se extingue jamás, gracias a las donaciones de los piadosos visitantes. ¡Qué cosa más envidiable y conmovedora poseer una imagen así, que bendiga la mesa y sea, al propio tiempo, un estímulo viviente para la debida corrección y templanza!

XXVI.

TODA PARA TODOS

Los dones extraordinarios de Gema no constituían un peso para la familia Giannini. Ni un reclamo. Sea que tornase en sí del rapto, o que con leve suspiro volviera del profundo éxtasis al uso de sus sentidos, con toda humildad y simplicidad, como si no hubiese ocurrido nada, se entregaba Gema a sus ocupaciones. Así es que la mayoría de las personas, aun las de la propia casa, desconocían que tratasen con una joven tan singularmente privilegiada.

Otra de las virtudes características de Gema era la de ser complaciente con todos.

El señor Giannini tuvo conocimiento de que su hija Eufemia se hallaba bastante débil en francés, y, en vísperas de exámenes, confió a Gema el cuidado de hacerle repetir las lecciones. La Santa dijo a esto: "Haré cuando pueda". Y se entregó a la tarea con entera voluntad.

Un día llegó a rogarle Eufemia le dictase un epígrafe para constituirlo como modelo en los encabezamientos de caligrafía. Gema, que no podía menos de transparentar en sus palabras y en sus escritos el grande amor que sentía hacia Dios, le sugirió el siguiente: "Si todos los hombres tratasen de conocer y amar a Dios, el mundo se convertiría en un paraíso".

Pequeñas cosas, de escaso relieve, pero reveladoras de una recia intimidad con el mundo del espíritu. Después de todo, una serie de pequeñas cosas viene a ser lo que une la tierra con el cielo.

De estos pequeños actos hacía muchísimos al día, porque, "Gema aquí, Gema allá", todos recurrían a ella, y su prontitud en corresponder a cuanto se le pedía era extraordinaria. Los niños, que habían comprendido todo el cariño y ternura que Gema les profesaba, permanecían gustosos a su lado. Los instruía, les enseñaba el modo de hacer los cumplidos, y muchas veces llegaba a entretener su atención con relatos de anécdotas piadosas. Hablábales frecuentemente de la Virgen Santísima, de los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, del Santo Angel de la Guarda. Les enseñaba la Doctrina Cristiana, y a las veces, extremando su bondad para con los pequeños se plegaba a sus pequeñas exigencias.

"Su actitud era siempre serena y buena —atestigua un sacerdote que frecuentaba la casa—, aunque tuviese que interrumpir sus ocupaciones. Lo que ocurría con harta frecuencia, principalmente para atender a los niños. Cierto que aquellos ángeles del hogar no eran malos; pero, al fin, no dejaban de ser todavía niños, y era preciso ejercer sobre ellos una tutela constante. Y Gema, de un humor siempre igual, no los perdía de vista".

Pequeñas cosas, repitámoslo. Pero tal igualdad de ánimo y de semblante en una persona sometida a un martirio físico y moral, tanta presteza por someterse al querer de todos, denotan extraordinaria y sólida virtud...

Tan sólo en un caso abandonaba Gema a los niños, alejándose de ellos silenciosamente. Y era cuando se ponían al piano a cantar y a tocar, o cuando se entregaban a otras inocentes diversiones.

Gema llevaba constantemente dibujada la sonrisa sobre sus labios, pero no diríamos que fuese alegre con esa hilaridad de que, a las veces, dan muestras las muchachas jóvenes. Llevaba la mente fija en los crueles tormentos de su adorable Redentor, y en su corazón latía constantemente el cuidado de algún pecador confiado por Dios para que lo condujese al buen camino.

Distinguía entre la paz y la alegría alocada. "¡Oh, si supierais cuánta paz tengo aquí dentro, en el corazón! ¿Contenta? Sí, estoy muy contenta; pero lo estaré más cuando haya convertido a este pecador".

Este sentimiento de discreta reserva lo mostraba hasta con Anita y Eufemia Giannini, con quienes pudiera haberse mostrado más expansiva. Una respetuosa discreción envolvía toda su persona, y se sentía tan recogida, que sólo respondía a las preguntas que le dirigían, y aun esto brevemente. Solía decir: "También de las palabras inútiles deberemos rendir cuentas".

Si la pregunta formulada incluía una petición de consejo, la Santa exigía el plazo de varios días para orar y reflexionar.

En el caso de que hubiese de sugerir alguna advertencia, lo hacía con suma delicadeza.

Un episodio.

Eufemia Giannini salía a paseo en compañía de su padre. Iba elegante y parecía complacerse en ello. Gema, con la sonrisa en los labios, le hizo esta observación, al bajar la escalera: "Quien trata demasiado de agradar a los hombres, desagrada a Dios". Estas palabras hicieron mucha impresión en el ánimo de la jovencita, y las tuvo presentes todo el tiempo que duró el paseo.

XXVII.

GEMA, ENFERMERA

La caridad de Gema brillaba con todo su esplendor cuando se relacionaba con los afligidos y enfermos.

La señora Cecilia solía repetir corrientemente que en sus penas le era suficiente una palabra o un gesto de la Santa para sentirse aliviada. Hay que reconocerlo. Poseía un don particularísimo y único para reanimar los espíritus y levantar los ánimos.

Escribiendo a un Padre capuchino que se sentía oprimido por penas interiores, Gema comienza de esta suerte su carta: "...El temor se vence con el amor..." Tal era su máxima: infundir en todos el amor; vencerlo todo con el amor.

"...Si los atribulados y afligidos pusieran una pequeña dosis de amor en sus pruebas, se les haría infinitamente más llevadero el sufrimiento".

Quienquiera que enfermase en la casa Giannini tenía de antemano señalada a Gema por enfermera. "No usaba preferencias —dice la señora—. Que la paciente fuese mi cuñada, o don Lorenzo, o una muchacha de servicio, o una niña, era lo mismo. Todo el día lo pasaba al lado del enfermo hablaba poco, es cierto. Pero estaba atenta a todo. Imposible legar

al olvido sus modales, llenos de urbanidad y de atención... Todo lo desempeñaba por amor de Dios".

La Santa sabía infundir en las almas paz y resignación. "El bien que reportaba a mi espíritu la conversación de aquella alma privilegiada —depone don Lorenzo—, tan sólo Dios lo sabe. Mi corazón recuerda y recordará siempre la influencia beneficiosa y sedante de sus maneras angelicales, edificantes, puestas en evidencia durante mi enfermedad. Estoy maravillado de su intuición, de su vigilancia, de su presteza verdaderamente maternales".

Este santo sacerdote, después que tuvo a Gema por enfermera, se acostumbró a sobrellevar los sufrimientos con gran paciencia y resignación. Y solía repetir: "Todo se lo debo a Gema".

La señora Justina Giannini declara a su vez: "Gema amaba mucho a los enfermos. Lo he experimentado yo misma. Cuatro largos meses que estuve enferma, no me abandonó ni un instante prestándome una asistencia pronta, precisa, afectuosa, en grado que no se puede expresar con palabras... Duraba su servicio desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, y no daba señal alguna de fatiga. Por el contrario, se mostraba en todo momento tranquila, jovial, y cuando yo, en ocasiones, rehusaba tomar alguna medicina amarga, empleaba tales modales, que, para contentarla, la tomaba. Su sola presencia era ya un alivio para el espíritu".

En el desempeño del oficio de enfermera, Gema evidenció gran inteligencia. Cierto médico, leyendo el diario compuesto por Gema referente a la larga enfermedad de la señora Justina, declaró asombrado: "Parece escrito por un médico".

Además de prestar su valiosa asistencia, llegó a

dar continuas muestras de caridad y de gratitud. Viendo sufrir tanto a aquella señora, se compadeció, y tuvo hacia ella un gesto heroico. Fue a solicitar el debido permiso a su director espiritual, manifestándole que, pues no le era posible hacer otra cosa para aliviar aquella familia, le permitiese al menos pedir a Jesús hiciera recaer sobre ella la enfermedad que venía afligiendo a la pobre madre, cargada de hijos, algunos de los cuales eran todavía muy tiernos, y que, a este efecto renunciaba de buen grado a algunos años de vida.

Dios aceptó este ofrecimiento. La señora Justina Giannini comenzó visiblemente a mejorar, y en breve se halló completamente curada. Gema, a su vez, experimentó horribles dolores, con vómitos, y estuvo así durante largos meses.

Si los santos experimentan en el fondo de su alma un gran reconocimiento hacia las personas que les han favorecido, quizá no lo sientan en menor escala hacia quienes los hicieron blanco de sus maldades.

Aquella criada celosa y llena de caprichos que tanto se revolvía contra Gema, enfermó de una úlcera repugnante en una pierna. Gema aprovechó esta oportunidad para vengarse de ella santamente, sirviéndola con toda puntualidad, como si fuera su criada. Vendaba y curaba sus llagas con mucha delicadeza y caridad. Un día fue sorprendida mientras, inclinándose, estampaba sobre la llaga un largo y afectuoso beso. Acto verdaderamente heroico, porque la enferma, de mala condición, correspondía a sus servicios con repulsas. Pero Gema se mantenía tranquila y serena, y sintiéndose feliz aun en el desempeño de aquellas humildes acciones, redoblaba los actos de amor de Dios.

Sin embargo, Gema, juzgándose gravosa, dijo

más de una vez a la señora Justina: "Tenga un poco de paciencia conmigo. Gracias a ustedes puedo tratar con Jesús. Cuando esté con Jesús en el cielo no cesaré de rogar por ustedes".

Hablando con el Salvador durante un éxtasis, la oyeron exclamar: "Ya no me cabe hacer otra cosa que rezar... Pensadlo Vos... Yo no soy lo suficientemente buena para recibir vuestras gracias... Soy, más que otra cosa, ruin e ignorante... Pensadlo Vos, Dios mío... Dad a esta familia el ciento por uno en prosperidades".

Y dirigiéndose a la Santísima Virgen: "A Ti, Mamá mía, te recomiendo esta casa. Di a Jesús que les ayude en los momentos de prueba... Si Jesús, por cualquier motivo, hubiese de cargar la mano sobre ellos, aquí me tenéis... Que la cargue sobre mí... Esta casa te la recomiendo..." [1]

1. El señor Mateo Giannini depuso lo siguiente en el proceso de beatificación de la Santa: "Por mi parte, creo deber manifestar que, habiendo participado cinco de mis hijos en la Gran Guerra, donde se vieron expuestos a toda suerte de peligros, consiguieron volver todos sanos y salvos. Atribuyo a Gema la buena suerte de mis hijos, que constituyen todo mi consuelo en este mundo. Comulgan todos los días; se ocupan de la Acción Católica, mientras que mis hijas, cinco son religiosas".

XXVIII.

NUEVAS CRUCES

Siguiendo el curso de nuestra narración, digamos que se avecinaban para Gema nuevas cruces, si bien de distinto género que las anteriores.

En su lugar quedó convenientemente registrado el hecho de la vuelta del P. G. del Niño Jesús a Luca. Allí pudo cerciorarse repetidamente de los maravillosos fenómenos de que venía siendo objeto Gema. La contempló en éxtasis, vio y examinó sus llagas, y juzgó prudentemente poner todo ello en conocimiento de Monseñor Volpi.

En su visita al ilustre Obispo fue acogido favorablemente. Monseñor aprobó la línea de conducta que había seguido respecto de Gema. Sobre el hecho de las llagas dijo que no quería pronunciarse, ni adelantar su opinión, sino aguardar al tiempo para ver de examinar y estudiar mejor el caso. Otro tanto repitió a Gema cuando fue a verla en unión del citado Padre.

Antes de marcharse de Luca, este Padre quiso dejar a Monseñor Volpi una relación escrita, muy clara y explícita, de cuanto había visto.

En agosto llegó a la casa de los Giannini el P. Provincial de los Pasionistas, P. Pedro Pablo, hombre santo y muy ilustrado, dotado de grande prudencia, futuro Arzobispo de Camerino.

Todos cuantos conocieron y trataron a este Padre se muestran unánimes en afirmar que bastaba verlo para descubrir en él al asceta y al santo. La distinción de su trato, la amable gravedad en el hablar, la modestia con que ocultaba sus extraordinarios dones, el aire de recogimiento que respiraba toda su persona, íntimamente unida en espíritu con Dios, hacía que la gente, a poco de haber conversado con él, exclamase: "¡Qué hermoso y edificante es tratar con los santos!"

Una estima general rodeaba a aquel hombre de Dios y verdadero pasionista.

Había oído hablar de Gema. Pero parece que no atribuía importancia a cuanto ocurría, creyéndola juguete de alguna alucinación, e incluso hizo suyas las palabras del apóstol incrédulo, Santo Tomás: "Si no veo en sus manos el agujero de los clavos, y si no meto mi dedo en sus llagas..., no creeré".

Dicho Padre llegó a la casa donde se hallaba Gema, un martes.

La señora Cecilia le habló de la santa joven y se la presentó. A juzgar por lo que dijo de ella, se deduce que la impresión obtenida de la entrevista debió de ser mediana.

Permanecieron algún tiempo solos. La Santa aprovechó la circunstancia para suplicar al Padre interpusiera su mediación a fin de que pudiera ser admitida en el Convento de las Religiosas Pasionistas de Corneto. El Padre Provincial, para probarla si realmente poseía el espíritu de humildad, rechazó la demanda, empleando términos que sonaban a desprecio. Gema pareció alegrarse de ser tratada de aquella suerte. Ni se le asomaron los colores a la cara ni en su aspecto mostró señal alguna de la más ligera turbación.

Entonces pensó el Padre "que lo que parecía ser efecto de estupidez lo fuese quizá de verdadera y sólida virtud", y le dijo: "Si quieres que yo me ocupe por hacerte entrar en el Convento de las Religiosas Pasionistas, es necesario que me des a conocer que Dios te llama verdaderamente a ese estado. Pide, pues, a Jesús, que me dé dos señales que en este momento escojo en mi ánimo". Las dos señales eran el poder apreciar en Gema el sudor de sangre y las llagas. Pero se abstuvo de decírselo de viva voz.

Después salió, volviendo para la hora de comer.

Según costumbre, hacia las dos y media de la tarde la Santa se postró a los pies de un Crucifijo, muy venerado en casa de los Giannini, para dar principio a la Hora Santa. Poco después, al acercarse sigilosamente la señora Cecilia a la puerta, pudo observar desde allí que Gema se hallaba ya en éxtasis. Hizo una señal al Padre para que la siguiera, y ambos penetraron en la habitación. Gema tenía el rostro completamente cadavérico, cubierto de sudor de sangre que vertía de la frente, de los ojos, de la nariz, de la boca, de los oídos, de las manos, y, finalmente, de las uñas. La sangre llegaba a coagularse rápidamente, pero sin perder nada de su frescura. Si bien se hallaba la Santa completamente abstraída de los sentidos, se retorcía ligeramente su cuerpo, como si experimentara agudos dolores. Por espacio de cerca de media hora la sangre continuó derramándose. El Padre se retiró vivamente emocionado.

Entre las horas del día dijo Gema a la señora Cecilia: "El Padre ha pedido a Jesús dos señales, y Jesús me ha dicho que una ya se la ha dado, y que la otra se la dará también. ¿Cuáles serán, pues, estas señales?"

Hacia las cinco de la tarde del mismo día, apenas vuelto a su casa, el Padre vio venir hacia sí, llena de ansiedad, a la señora Cecilia, que le dijo: "Padre, la segunda señal que ha pedido, ¿será tal vez la de las llagas?" —¿Por qué esta pregunta?, repuso el Padre un tanto atónito. "Yo le pregunto —continuó la buena señora—, porque he visto que en las manos de Gema han aparecido ya dos manchas muy coloradas, sobre el dorso y la palma de las manos, al igual que le viene sucediendo todos los jueves por la tarde. En este momento Gema se halla totalmente abstraída, y trata de ocultar las manos con la manga mediante unos movimientos indiferentes".

El Padre fue a verla. Le dirigió algunas palabras, y como entretanto puso los ojos fijos sobre sus manos, a un leve movimiento que hizo, pudo apreciar en el dorso de la mano izquierda una mancha rosácea. La epidermis en aquel punto se presentaba nueva y colorada, como suele acontecer cuando, abierta una herida, se extiende sobre ella la piel nueva al cicatrizarse. La herida tendría una extensión de cerca de dos centímetros.

A la cena, Gema comió todavía menos de lo acostumbrado.

Al final pidió la bendición del Padre, y se retiró a su habitación.

La señora Cecilia le siguió con la vista. Transcurridos cinco minutos, llamó al Padre, el cual, acompañado de don Lorenzo Agrimonti, entró en la habitación.

"He aquí lo que vieron mis ojos en aquel momento, —atestigua el Padre—. La cabeza de Gema se hallaba inmóvil, pero no había perdido nada de su flexibilidad. El rostro lo tenía cadavérico. Las manos parecían hallarse encogidas, y a la mitad, tanto en la palma como en el dorso, vi verdaderas

llagas del tamaño de un centímetro, de forma oval.

"Alrededor de su cabeza, diversas gotas de sangre, especialmente sobre las sienes. El espectáculo duró cerca de diez minutos, después de los cuales observé nuevamente sus manos, y ya la epidermis había recobrado su estado natural, y sólo quedaban algunas gotas de sangre. Pasaron otros veinte minutos, se lavó por indicación de la señora Cecilia, e inmediatamente cesó el color cadavérico de la cara, recobrando la Santa plenamente su color natural.

"Jesús me atendió —dice el venerado Padre—. Agradeciendo este beneficio, depuse las dudas desfavorables que hasta aquel momento alimenté en mi ánimo, y me resolví a creer firmemente *que el dedo de Dios estaba allí*".

A la mañana se fue a Monseñor Volpi, y le refirió todo. Hablaron largo y tendido. Monseñor le dio todas las facultades requeridas para examinar detenidamente a la santa joven.

Cinco días después, desde Florencia, escribía a Monseñor Volpi, y terminaba así su relación: "...Yo vi con mis propios ojos las heridas de las manos... Eran verdaderas rasgaduras... Al final del éxtasis todo se había cerrado, y sólo quedaban, como vestigio, las cicatrices... ¿Cómo es posible que naturalmente se cierre una herida en un instante? No me atrevo a afirmar categóricamente que la obra sea efecto de Dios... Pero opino que sí. Y esto, porque la joven es humildísima, obediente, candorosa y sencilla, y amante en modo particular del sufrimiento y menosprecio... Insisto, por lo tanto, en que S. S. I. la encierre provisionalmente en algún monasterio por las muchas razones que sabe..."

XXIX.

EN EL PIELAGO DE LA DUDA

Si para la señora Cecilia la estancia en Luca de los dos Padres pasionistas fue un grande alivio, pudiendo pedirles explicaciones y consejos y sintiendo aprobada su prudente conducta en relación con los fenómenos extraordinarios que descubría en Gema, no lo fue en igual grado para Monseñor Volpi, quien se veía ahora sumergido en un océano de penosas perplejidades.

Los testimonios eran de personas acreditadas... Conocía la doctrina y la santidad del P. Pedro Pablo, C. P.

Conocía igualmente a Gema desde la misma infancia, y la había seguido paso a paso en el camino ascendiente. Sabía que era candorosa, humilde, modesta. Por lo mismo, creía ofender su reputación con sólo pensar que fuera víctima de alguna ilusión diabólica o de un fuerte histerismo. Ni Satanás podía reinar en aquella alma, dado su gran fondo de piedad, ni cabía encontrar en ella síntomas que revelasen la presencia del histerismo. Por todos estos conceptos, el caso era delicadísimo, y si todos se hallaban en el deber de extremar la prudencia antes de pronunciarse, con mayor razón alcanzaba esta obligación a Monseñor Volpi, como Obispo auxiliar

de un prudentísimo Arzobispo. Gravitaba sobre su persona en aquellos momentos todo el peso de la responsalidad más estricta: y de la duda nacía el sufrimiento.

No era prudente el decidirse, a pesar de que en el fondo de su corazón seguía creyendo que el autor de tales maravillas fuese Dios. No osaba afirmarlo, ni podía decirlo. Lo dirá, no obstante, en breve, y de un modo absoluto y categórico.

Principió por prohibir a la santa joven toda externa manifestación de cosas extraordinarias. Con esto dio comienzo para Gema la era de las grandes pruebas, que duró hasta el día en que, apagándose la lámpara de su existencia sobre la cruz y el dolor, pudo verdaderamente exclamar: *"Consummatum est"*.

Obedientísima, accedió con prontitud y sin reservas de ninguna clase a la orden de Monseñor. No dependía, sin embargo, todo de ella misma, y tras un breve período en que creyó haber vuelto a la vida común que tanto envidiaba en los demás, el Señor volvió a reiterarle que quería comunicarse con ella mediante extraordinarias manifestaciones de un amor de predilección. Era terrible deber luchar con Dios, rechazar su amor... Sentirse invenciblemente atraída a participar en los infinitos dolores de Jesús..., y no poder, ni deber, secundar tales sugestiones.

La duda continua, dolorosa, oprimente, de engañar y de ser engañada; el penoso estado de Monseñor, que ella había intuido sobrenaturalmente, y que, asimismo, conocía por medios humanos. Todo esto le era un martirio.

Desde niña, Monseñor Volpi había sido el padre espiritual de Gema. ¡Su alma le debía tánto! Sentía

por él grande deferencia y filial amor. Y ahora, Monseñor, ¿dudaba de ella, creyéndola víctima de Satanás o de morbosas ilusiones? ¡Pobre Gema!

"Estas cosas —escribía Gema a Monseñor— me parecen también a mí imposibles, como le parecerán a V. E. Pero le recomiendo que no me repruebe. Yo no sé, en verdad, qué hacer... Quisiera ser buena y otra de lo que soy... Perdóneme... Me veo obligada a inquietarme con Jesús y decirle: "Ved, Jesús mío, si os hubieseis mostrado conmigo menos amable, no dándome a conocer que me queríais tanto..., os amara menos. Pero habéis hecho tanto por mí, me tenéis tan ligada con los lazos del amor, que ahora ya no puedo estar sin Vos".

"He dicho a Jesús que, si es El verdaderamente quien obra en mí estas cosas, se lo haga ver todo. A la verdad, de no ser otra cosa que delirios de mi cerebro, no estoy dispuesta a soportarlos más".

No es éste, en realidad, el lenguaje del demonio o del histerismo, sino la expresión de una humilde y amorosa conformidad. El alma llora su impotencia frente a una fuerza mayor que se manifiesta en ella por obediencia, y quisiera, sin conseguirlo, sustraerse a su influencia.

No obstante, a despecho de la duda y del íntimo sufrimiento que lacera su alma, Gema se mantiene tranquila. Se da cuenta de que ama a Jesús y que Jesús le ama. Que El es quien obra en ella. Y con justa razón pudo responder: "Yo dudo, porque dudan los demás", cuando Jesús le dijo al corazón "¿De qué temes? ¿Cuántas veces te he hecho conocer quién soy? Me desagradan mucho tus dudas".

En otra ocasión, decíale también a Jesús: "Si sois en verdad Jesús, manifestaos en forma que no haya duda... Así no podemos seguir adelante... Ni yo, ni el confesor, ni quienes saben de estas cosas".

El Señor no podía menos de sentirse atraído irresistiblemente por tanto candor y tanta simplicidad.

Llorando, Gema resistía a los amorosos y fuertes atractivos de Jesús, que sintiéndose glorificado en la obediencia de la santa joven, la ponía de continuo a punto de recibir nuevas pruebas.

Si la conducta de Gema era para Jesús el más sabroso holocausto, el Señor tenía piedad y compasión de los sufrimientos de su pobre criatura. De ahí que en su inmensa bondad le diese una señal para conocer si las visiones procedían de El o del demonio. "Cuando se te aparezca alguien, pronuncia en voz alta estas palabras: ¡Sean benditos Jesús y María! Si te responde, es señal de que viene de Mí. En caso contrario, es el espíritu engañador. Obedece ciegamente, y no temas. Atiende, oh hija, *yo estaré siempre contigo*".

Palabras consoladoras, capaces de compensarla de cualquier amargura.

XXX.

MAGISTERIO DIVINO

"En la cruz está el todo —dice el libro de la Imitación de Cristo— y lo interesante consiste en saber morir en ella. El camino que conduce a la verdadera paz interior no es otro que el de la Santa Cruz y de la diaria mortificación".

"Si hubiese habido otra cosa mejor o de mayor utilidad para la salvación del hombre que el padecer, a buen seguro que Jesucristo lo demostrara de palabra o por ejemplo". Sin embargo, el camino de la cruz fue su vida, y por ella, exclusivamente por ella, ha guiado el Señor a todos los Santos.

Si la Cruz de Jesucristo, posada algunos instantes sobre la espalda de Simón el Cirineo, tuvo bastante virtud para hacer de él un santo y un mártir, ¿qué efecto no cabe esperar que obrará en las almas que la abrazan voluntariamente, la estrechan con cariño y la llevan con amor?

Gema era de este número. Su cruz, pesadísima, le hizo experimentar la exactitud de estas palabras del aludido libro de la Imitación de Cristo: "En la cruz está la salvación, la vida, la defensa contra nuestros enemigos. En la cruz, las efusiones de una celestial suavidad, fortaleza de la mente, alegría para el espíritu. La cruz es la suma de todas las virtudes y la perfección de la santidad".

Lo hemos visto a través de las relaciones anteriores. Gema, desde muy temprano, se encaramó por el camino de la cruz. A lo largo de su vida, el Señor habló claro a su alma. La inició y la educó íntimamente en el misterio de la cruz.

Ya en junio del año 1899, al final de aquella Hora Santa, tan memorable por la aparición de Jesús Crucificado, la Santa vio, como en un cuadro, lo que le reservaba el futuro, y Jesús le dijo que la quería en todo semejante a Sí.

Desfilaron por delante de los ojos de su alma una serie de pruebas dolorosas. Tristezas, incomprensiones, persecuciones, calumnias, abandonos de parte de las criaturas y aun del mismo Dios, profundísimas tinieblas, surcadas de cuando en cuando por algunas ráfagas de luz. Era a un mismo tiempo la agonía del Getsemaní y la agonía del Calvario. Gema hubo de exclamar también como Jesús: "Hágase, ¡oh Padre!, tu voluntad y no la mía". Y desde lo alto de la desnuda cruz en más de una ocasión repitió también: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". *"Sitio"*, tengo sed, sed de almas, de amor.

Jesús la educó para este martirio lento. El fue su único Maestro. Gema escuchaba de vez en cuando algún sermón, pero apenas leía. Cuanto sabía le fue enseñado por el divino Maestro. Recopilemos aquí algunas lecciones.

En su magisterio del dolor Jesús principió por ofrecerle la cruz. Luego el cáliz. La Santa responde siempre: "Que se haga, Jesús, tu voluntad". Gema le ponía delante su miseria, la debilidad de sus fuerzas, el temor de que no pudiese resistir, la natural repugnancia al dolor, a veces vivísima. Mas Jesús la animaba siempre a la confianza. El mismo sería su fortaleza y su ayuda.

"Abraza la cruz, hija mía —le decía—, y está segura de que, mientras no te sacies de padecer, agradas a mi corazón. Cuanto la cruz es más amarga a tu alma, otro tanto se parece más a la mía. Compadezco tu debilidad. Nada más que a gotas te serviré el amargo cáliz de mi Pasión, y te visitaré con una pequeñísima parte de mis dolores".

"No temas. El dolor será a medida de lo que señale la mano de Jesús", le decía al corazón su buen Angel de la Guarda. "El dolor que se adapta a nuestra capacidad —replicaba Gema— no es nada. Seamos nosotras las que debamos conformarnos al dolor. Es nuestra voluntad la que debe plegarse y adherirse".

Encendiéndole en el corazón vivos deseos de padecer, trataba el Señor de prepararla a una grande cruz. Un día le recomendó dijera a su confesor que la aguardaban muchas cruces. A cambio de amor, recibiría odio y desprecios. Jesús mismo la abandonaría. Para colmo, en tales abandonos, en lugar de suspirar porque llegase el final de la prueba, debía preparar su ánimo a otras cruces.

¿Por que este decidido empeño, de parte de Jesús, en enviar cruces a sus amigos más queridos? Porque desea posesionarse del alma. Por esto la rodea de cruces y la encierra, como en una cárcel, en las redes de la tribulación. Planta la cruz en los caminos de su vida, de suerte que, no aficionándose a nada, sólo halle contento en Jesús Crucificado.

"Hija mía —añadía—, a la cruz, si no la sintieses, no se le podría llamar con el nombre de cruz. Está segura de que bajo la cruz no te perderás. El demonio carece de fuerza contra el alma que, por amor mío, gime en la cruz. ¡Oh, hija mía, cuántos me hubiesen abandonado definitivamente a no ha-

berlos sostenido por medio de la cruz! La cruz es un don muy precioso, y en ella se aprenden muchas virtudes".

Cuando el sufrimiento dejaba sentir todo su peso sobre el alma de Gema, obligándola en cierto modo a exclamar: "Jesús mío, no puedo más", el divino Redentor, revelándole su misión, al propio tiempo que le explicaba el porqué de aquellos sufrimientos, la animaba, poniendo en parangón los dolores de Gema con los suyos, infinitamente superiores... "Hija mía, también yo..., no puedo más de los malos tratamientos que recibo de los impíos. Tú, con tus padecimientos, detienes el castigo que mi Padre tiene preparado a tantos pobres pecadores. ¿Y no llenarás ese cometido con gusto? Te haré sufrir, pero comunicándote también la fortaleza necesaria para ello. ¡Oh, hija mía, tú no lo adviertes, pero te ayudo más que antes...! ¡Cuánto más querida eres a mi corazón en estos momentos que cuando nadabas en consuelos...! Mira de qué suerte me tratan hoy las personas del mundo... Estoy fuertemente indignado con los pecadores..."

El amor se prueba en el dolor. Gema sólo ansía una cosa: amar, amar sin medida a Jesús. "¡Oh, alma querida —le dice el Señor—; si verdaderamente quieres amarme, bebe el cáliz! ¿Quieres apurarlo hasta la última gota...? Es el mismo cáliz en que puse mis labios, y quiero que apliques también los tuyos".

"¿No te parece cosa horrenda ver a un padre entre dolores y a la hija entre goces?"

"Soy tu esposo de sangre... Te quiero, pero crucificada. Muestra tu amor hacia mí como yo lo he demostrado hacia ti. ¿Sabes cómo? Sufriendo penas y cruces sin número. Debes sentirte muy honrada de que te trate así, conduciéndote por la vía áspe-

ra y dolorosa. Si permito que te atormente el demonio, que te disguste el mundo, que te aflijan las personas más queridas, es para que este diario y oculto martirio pruebe y purifique tu alma. Hija mía, piensa solamente en el ejercicio de las grandes virtudes. Toma la recta en el camino del divino querer; humíllate y está segura de que, si te tengo en la cruz, es señal de que te amo".

En el camino áspero y doloroso señalado por el Señor, debía hallar Gema sus alegrías.

"'Aunque te parezca que la tierra se hunde debajo de tus pies, y que el cielo se desmorona ante tus atónitos ojos, no pierdas la fe, ni el amor, ni la esperanza. Atiende sólo a ganar méritos con el ejercicio de la virtud. Desprecia los dichos del mundo, y, a despecho de todos tus enemigos, camina según el espíritu del divino querer... Unete fuertemente a mí, humíllate delante de mí, recurre en el peligro a mi infinita bondad. Aprende a sacar provechosas lecciones de estos ardides que el demonio pone en juego para perderte".

"Se deleita el Señor en bromear con las almas que le son particularmente queridas. Unas veces las consuela y las pone en veneración cerca de los hombres. Otras, permite que sean el ludibrio del mundo. Ora las hace animosas para pelea contra todo el infierno. Luego las deja atemorizarse de una nada...

"El creyente se alecciona en el padecer... Quien sufre y cree en la otra vida, dulcifica sus penas. Quien ocupa el primer lugar en la tierra, tiene el último delante de Dios. El que conoce la cruz, la ama. Quien no la conoce, la rehuye" [1].

---

1. Cartas.

XXXI.

"NO QUIEREN CREER"

Monseñor Volpi seguía con sus acostumbradas perplejidades respecto a Gema.

Para proporcionarle una prueba de que los fenómenos tenían origen divino, Jesús se dignó hacerle saber, por mediación de la Santa, que mientras no precediese una orden suya, se abstendría en adelante de provocar los fenómenos de las llagas en su sierva. Así se lo refirió a la Santa. Pero Monseñor le declaró que, si Dios no le hacía comprender más claramente su divina voluntad, no estaba dispuesto a dar crédito a sus *fantasías*.

Gema, humildemente, guardó silencio. Demasiado sabía que su camino era el de la cruz.

Después de haber reflexionado mucho, Monseñor Volpi, para salir de la duda, decidió consultar a la Ciencia.

A la señora Cecilia, que, según costumbre, había ido a darle cuenta de todo, le dijo, confidencialmente, que el próximo viernes esperaba acudir, en compañía del doctor, para ver de examinar las llagas de Gema.

La señora Cicilia quedó con este motivo contentísima. Para asegurar mejor el éxito de la visita, se abstuvo en absoluto de comunicar a nadie el

secreto confidencial. De su parte no abrigaba en la mente la más mínima duda. Se habían pronunciado para entonces varios testimonios muy autorizados en torno del asunto, y, para mayor garantía, Gema presentaba en su alma todas las señales de una verdadera santidad.

Al tratar de ocultar la visita del médico, los hombres daban a entender que querían obrar a espaldas de Gema. Mas Dios mismo la puso al corriente de todo, intimándola que escribiese a Monseñor que *cualquiera señal que pidiese la obtendría con tal de que estuviese solo; pero que en presencia del médico no se haría nada de cuanto deseaba. Que se asegurase, en fin, de que no se trataba de ninguna enfermedad, como habían creído.*

Mientras tanto, Gema, arrebatada en éxtasis, exclama: "Jesús, conténtame. ¿No me has asegurado repetidas veces que me concederías cualquier gracia?... deseo ésta... Yo sí lo creo, pero los hay que no lo creen... No creen que seas Tú quien obra en mí... Les parece que yo estoy enferma... ¿Verdad que no estoy enferma, Jesús?

"Eso lo sé... Me lo dijiste también ayer por la noche: *¡Quién sabe cuántos te hubieran abandonado si no los hubieses tenido crucificados...!* Te agradezco que por tu amor me tengas de esta suerte en la cruz...

"Es verdad que es grande el sacrificio... Cuanto más hondo, me encuentro más cerca de Ti... ¡Quién sabe las veces que te hubiera abandonado para esta fecha, a no tenerme en la cruz!

"Para mí es un sacrificio y una necesidad... Pero piénsalo, Jesús... Si hacen más de lo que deben hacer, castígales... Es también bueno el doctor; me lo has dicho Tú...

"Digo y afirmo, pero no me lo cree nadie. ¿Cuán-

do conocerán que eres Tú?... Tú sabes mejor que yo las siniestras interpretaciones que se dan a todo" [1].

Gema se sintió preocuparse por la guarda de su pureza. Jesús mismo la tranquiliza respecto del médico, diciéndole *que es bueno.*

¿Cuál sería la naturaleza, la duración, la extensión de las pruebas que trataban de llevar a cabo en ella? No lo sabía Gema. Temblorosa, se encomendaba al Señor: "Piénsalo, Jesús".

Cuando Dios dicta una orden, el hombre es libre de aceptarla o no. La voluntad de Dios no violenta jamás a la libertad humana.

A Monseñor Volpi le pareció bien no aceptar el aviso del cielo, no estando suficientemente aclarado, a su juicio, que emanaba de Dios. No cambió, pues, de propósito.

A la pobre Gema, siempre tan humilde y tímida, la perspectiva de tener que estar presente al Prelado le ocasionaba mucha confusión y pena, le atemorizaba, y, por este motivo, rehusaba ponerse en oración, como de costumbre, aquel viernes. Tras de algunos minutos de zozobra, vencida aquella natural repugnancia, a la una y media se retiró a la habitación.

Al poco entró en éxtasis. La sangre comenzó a manar de la frente y de las sienes y a rebosar de las abiertas heridas de la mano, habiendo podido comprobar el hecho, indistintamente, la señora Cecilia, el señor Giannini, su mujer y varios más de la casa.

Cerca de las dos llegó Monseñor Volpi, acompañado del médico. Sus ánimos se hallaban dominados por dos diversos sentimientos. Monseñor, opri-

1. Cartas.

mido por la duda, venía en busca de la verdad. El médico esperaba devolver a Monseñor la tranquilidad perdida, haciéndole tocar con las manos un caso de histerismo.

Con aire de fiesta, la señora Cecilia salió a su encuentro... "Venga, venga pronto, Monseñor, que ahora se halla Gema en el punto más interesante".

Monseñor Volpi entró, seguido del médico.

El doctor miró a Gema. Efectivamente, sobre la frente y sobre las manos aparecían manchas rojizas de sangre. El médico, sin perder ni un punto su serenidad, tomó una toalla, la mojó y fue lavando con ella, sucesivamente, la frente y las manos de Gema... La sangre desapareció, absorbida por el lienzo, no tornando a manar, y, lo que es más, ni siquiera quedó como recuerdo la más mínima cicatriz que denotase la existencia de las llagas. Idéntico resultado dio la prueba, llevaba a cabo privadamente, sobre el costado y los pies de Gema.

"...Vedlo, vedlo —decía el médico—. Todo es efecto del histerismo... Es necesario proceder así en esta enfermedad... Se pinchan con alfileres y agujas..., etc." Suponer una semejante impostura era no conocer el alma y la naturaleza de Gema.

"No admito que la sierva de Dios fuese capaz de recurrir a semejantes medios de simulación" —dijo decididamente, Monseñor Volpi.

Inmóvil, extática, sin pisar el suelo, cual si fuera un cuerpo vaporoso, Gema ni sintió ni vio lo acontecido a su alrededor. Para ella pasaron completamente desapercibidos el descontento y la amarga desilusión de la señora Cecilia, los comentarios que surgieron, tan desfavorables a su crédito, y los largos, oprimentes y dolorosos silencios que siguieron a todo esto. La Santa, toda absorta en la contemplación del drama de la Pasión que se desenvol-

vía ante los ojos de su alma y al que procuraba asociarse, pedía al Señor la gracia de nuevos sufrimientos y sacrificios hasta inmolarse por El.

Monseñor Volpi no podía menos de hallarse turbado. Creyó por un momento haber encontrado la verdad en la prueba practicada por el médico. Pero sentía una grande pena interior.

La señora Cecilia, después de lo que había visto, no podía darse crédito a sí misma... Ella, la madre adoptiva de aquel ángel cuyos secretos más íntimos conocía; ella, que más que nadie creía ver en su protegida la mano de Dios..., ¿engañada de aquella suerte? Eso no podía ser. Se resistía a creerlo. Y para robustecer su dictamen, parecía que el eco de una voz misteriosa le decía, insistentemente al corazón: *"Dominus est"*. El señor es. No temáis Pero, ¡qué batalla la de aquel corazón!

Y ¿qué diría la generosa familia que la tenía recogida en su propia casa?... Ilusiones mentidas. Cruel desengaño. En lugar de una Santa habían acogido a una loca, embustera o enferma... Los hechos parecían hablar claro, y la duda no era admisible.

Hacia el final del éxtasis, Gema llegó a saber, por conducto de Jesús, lo sucedido. La visita del médico; que éste no había visto nada, y que, como consecuencia de la prueba, le aguardaba una grande cruz.

En efecto, vuelta en sí, comprendió inmediatamente la realidad de todo... Las cosas habían cambiado en torno suyo. Frialdad, indiferencia, descontento mal disimulado. Tal vez algún reproche o preguntas humillantes sobre su conducta.

Para colmo de penas, el Señor le revelaba los pensamientos de los que la rodeaban. "El uno —dice ella— me consideraba sonámbula. Otro, que su-

fría alguna enfermedad. Otros, menos piadosos que los anteriores, que las señales de las manos y de los pies me las hacía yo misma..."

Ahora, ¿qué confianza, qué tranquilidad, qué afecto podía esperarse hacia una criatura juzgada de esta forma?

Gema no aspiraba a la estima ni al aprecio humano. Pero sentía en lo vivo la penosa incomodidad del medio ambiente que, por un motivo, al parecer razonable, comenzaba a desconfiar de ella...

Y todo, ¿por qué? Porque no se quiso dar fe al aviso de Jesús...

Pongámonos en el lugar de la santa joven y reconoceremos de plano que su situación era de las más dolorosas. Sin embargo, Gema, superándose cada día con la gracia del Señor a aquellas montañas de dificultades conservaba su aire sobrenatural, lo mismo en la alegría que en el dolor. "Jesús me ha dicho que todas estas cosas las permite El, y que permitirá todavía otras mayores —escribe la Santa—. Pero me ha asegurado que por medio del Padre [1] persuadirá al confesor. Las otras personas quiere que sigan en su opinión". Y así fue.

Al atardecer de aquel día, la señora Cecilia salió de casa con el objeto de tomar un poco de aire, y, para distraerla, llevó consigo a Gema.

Una vez iniciado el paseo, díjole, humildemente la Santa: "¿Quiere llevarme a la iglesia...? Tengo necesidad de Jesús".

¡Qué elocuentes son en su misma sencillez estas palabras! ¡Qué mar de amargura en el fondo del corazón, cuánta confianza en Jesús y qué sublime abandono en las manos de Dios!

---

1. El R. P. Germán de San Estanislao, pasionista, que en seguida fue su director.

"...Teniendo necesidad de Jesús". Porque sólo El podía entonar convenientemente su espíritu en la dolorosísima prueba. Gema sentía la necesidad de Jesús para sostener su fe, su esperanza, su amor, su debilidad.

Sólo un corazón permanecía enteramente de su parte en el doloroso abandono en que se hallaba. Gema lo sabía. Sólo podía contar con un corazón, y éste era el corazón de Jesús, oculto en el sagrario. ¡Tenía tanta necesidad de El!

Se dirigieron a una iglesia solitaria y desierta. Ambas, al igual que Jesús en la hora de la prueba, ansiaban más que otra cosa la soledad. Cerca de una hora duró el secreto coloquio entre Gema y el Amado. La señora Cecilia tenía la vista fija en la sierva de Dios. Gema, a su vez, con los ojos clavados en el tabernáculo, oraba en entera naturalidad.

Al salir de la iglesia, tras de una pequeña vacilación, dijo la Santa a la señora Cecilia: "...Quisiere decirle una cosa, pero siento tanta vergüenza..." En realidad, tenía motivo más que suficiente para mostrarse excesivamente tímida, después de lo acaecido. Invitada a hablar, descubrió las manos de debajo de la mantilla, y con aquel ademán suyo particularísimo, se las mostró a la señora Cecilia. Sobre su blanquísimo cutis se podían apreciar dos heridas, y de ellas manaba sangre.

Nueva lucha en el alma de la madre adoptiva... Remitiré el caso al juicio de Monseñor Volpi..., tal fue su pensamiento. Pero no se sentía con ánimo suficiente para conducirla a su presencia por su mano. Por verdadera suerte, se encontró muy pronto con una buena amiga. "¿Tendría usted la bondad de acompañarla —dijo, señalando a Gema— a casa del Monseñor, pues desea hablarle?"

Maravillosa fue en esta ocasión la sencillez y

humildad de la santa joven. ¿Qué recibimiento podía esperarse en aquellos momentos de Monseñor Volpi, enormemente disgustado y contrariado por el resultado negativo de la prueba llevada a cabo en unión del médico? Una persona menos virtuosa que ella se hubiera mostrado tal vez un poco reacia, en punto a acudir a su presencia, o cuando menos hubiera presentado algunas dificultades. Gema, no. Siguió a la acompañante sin objetar una palabra.

Monseñor se hallaba a pocos pasos, en la escuela denominada "Mateo Civitali", por él fundada. Gema fue recibida en seguida. Durante la visita permaneció a solas con él, circunstancia que aprovechó para hablarle de su alma y mostrarle las manos. Monseñor la miró. No se podía negar la existencia de la sangre ni de las llagas. Ante aquella vista, ¿qué opinión se formó en el santuario de su conciencia? No lo sabemos, pues nada dijo. Juzgó más prudente guardar silencio, no dando tampoco muestras de maravillarse. Afectando gran indiferencia, despidió a Gema, la cual tornó al lado de la señora Cecilia con la misma simplicidad con que había acudido a Monseñor. Interrogada por el éxito de la entrevista, se limitó a responder que le había dado cuenta de todo.

Monseñor Volpi parece ser que experimentó alguna reacción. "Confieso que experimenté la impresión de que se trataba de un hecho preternatural, considerando que esta mañana, según me han asegurado, las llagas estaban enteramente curadas. Hoy, después de algunos años de experiencia, me voy persuadiendo de que tales hechos los permite Dios para dar a los hombres una prueba sensible y externa del movimiento interior y espiritual de la gracia en las almas privilegiadas".

En Gema no había ni sombra de amor propio.

"Jesús me ha dicho —escribió la misma noche a Monseñor con una paz y una tranquilidad que bastarían ellas solas para probar su virtud—, Jesús me ha dicho: "¿No recuerdas, hija mía, que te dije llegaría una fecha en que nadie te creería? Ese día ha llegado... Pero, ¡ah!, y ¡cuánto más acepta me eres así, despreciada...!" Jesús me ha pedido este sacrificio y se lo he ofrecido de buen grado... Sea, pues, como dice el médico.. , que esto es histerismo. En los desprecios me quiere más Jesús... Pero también me ha asegurado que, en comparación de lo que me espera, esto no es nada".

He aquí el único desahogo de Gema.

Ni sombra de turbación, o de resentimiento, o de abatimiento moral. Una dulce resignación y un abandono completo en las manos de Jesús, que en otro tiempo dijo: "No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores. No para los sanos, sino para los enfermos", y se halla siempre pronto para compadecerse y acoger en su misericordia a quienes a los ojos del mundo son despreciados.

Si decís abiertamente a un histérico: tú eres histérico, o simplemente a un nervioso que es nervioso, se le verá resentirse, montar en cólera, o, de lo contrario, abatirse. Entre los enfermos de esta clase son rarísimos los que, aun sabiendo que lo estén, consientan se les diga su enfermedad.

Gema no se altera aunque la hayan tomado por enferma. Acepta y admite el dictamen de los hombres por humildad, a sabiendas de que es erróneo. En la crisis que esto produce en su espíritu, acude a refugiarse al único padre y amigo que le resta, a Jesús, y ni formula quejas, ni desea mal alguno a nadie. En una carta escrita algún tiempo después a un Padre pasionista, le dice, con la máxima humildad: "Por caridad, cuando los otros Padres se

enteren del contenido de esta carta, dígales que no presten demasiada fe a mi relato porque todo debe ser, en expresión del médico, obra de histerismo".

Los acontecimientos demostraron si las cosas a que hacía referencia la carta en cuestión eran efecto de histerismo o no.

Volvamos al período de la grande prueba. ¿Cambió en algo la Santa su programa de vida? ¿Perdió algo de su docilidad, de su piedad, de su espíritu de obediencia? ¿Demostró haber decaído ni un solo momento, no obstante el cruel martirio interno a que se vio sometida, la paz habitual de su alma, aquella inefable serenidad, su dulce complacencia? ¡Jamás...! Quien busque pruebas de virtud heroica las hallará aquí.

La guerra contra Gema ha partido de Luca. Pero, ¿qué representan unas cuantas personas, y no, ciertamente, desapasionadas, en contraste con la admiración profunda que ha despertado en el mundo entero? ¿Y qué maravilla que la hostilidad hubiese partido de Luca? He aquí un pasaje del Evangelio:

"Acabada que hubo Jesús esta parábola, partió de allí. Y, llegando a su patria, enseñaba en la sinagoga, de modo que los oyentes quedaban estupefactos y decían: "¿De dónde le vienen a éste esta sabiduría y estos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? Su madre, ¿no se llama María? Y sus hermanos, ¿no son Jacobo, José, Simón y Judas? ¿De dónde le han venido, pues, todas estas cosas?

"Y se escandalizaban de El. Mas Jesús les dijo: "Ningún Profeta será acepto en su patria" [1].

1. Mar. VI, 1-4.

XXXII.

CONTRASTES

Cuando en la vida de Gema, escrita por el Padre Germán, pasionista, se llega a este punto, el ánimo queda suspenso. Pasado el primer momento de sobresalto, aparece en su plena evidencia el divino *por qué* del misterio. Se llega a comprender que el aparente *fracaso* viene a ser un espléndido triunfo de la infinita sabiduría del Señor, el cual, queriendo que en todo brille su gloria, lo permitió así para la mayor santificación de Gema, y quiso sustraer su obra divina del vano control de la ciencia humana, para que la Gema de su corazón brillase fúlgida y bella, a fin de que un día pudiese brillar en la maravillosa constelación de santos que circunda su Humanidad santísima.

Dios es siempre Dios y obra como tal. No ha necesitado jamás la aprobación de las criaturas. En sus actos, en sus dones, como en las manifestaciones de su amor, permanece siempre infinitamente muy por encima del límite de las exigencias terrenas.

Es verdad. En su misericordia, para evitar el escándalo que podría suscitarse en las almas demasiado simples por las repulsas de la ciencia humana que pretende explicar con su corta visión el misterio, medir lo infinito, comprender lo incompren-

sible y negar y anular lo que a sus menguados alcances no ofrece suficiente explicación, Dios ha comunicado a la santidad actual una forma simplicísima, bien diversa de aquella visible, luminosa y brillante de los siglos de fe.

La actual forma de santidad rehuye los ataques de los escépticos, orgullosos y omniscientes. Pero para afirmar la existencia de lo sobrenatural, suscita Dios de cuando en cuando algunas almas privilegiadas, destinadas a demostrar en sí mismas las pruebas sorprendentes y luminosas de los carismas.

Queriendo conservar fieles a la gracia a tales almas, en el transcurso de la vida terrena extiende una especie de velo entre ellas y la humana crítica que raramente suele actuar en forma enteramente desapasionada.

En los tiempos actuales, la generalidad de los hombres no han aprendido a doblegar la razón ante la fe. En cambio, en los primitivos siglos había mayor ignorancia, es un hecho, pero existía igualmente una fe más acendrada, mayor humildad, mejor sentido de la rectitud. Dios entonces no tenía necesidad de ocultar sus dones y sus prodigios.

"Para todo —dijo cierto día el Santo Padre Pío XI en un discurso dirigido a los estudiantes— la ciencia ha hallado nuevos modos, nuevas vías para apurar los tesoros de la Naturaleza y las energías de la Humanidad. Es preciso que la fe y la religión se valgan asimismo de los recursos, luces y ayudas de la ciencia. Estos tesoros y estas luces no pueden tener otro objeto que el demostrar con mayor evidencia la verdad y la belleza. Abogados por lo mismo que afirmaba Tertuliano: "que nuestra fe no desea más que una cosa: la de no ser condenada, sin ser conocida. *Ne ignorata damnetur*".

El Santo Padre sigue hablando de la ciencia y

de la fe que se armonizan entre sí, y "encuentran su expresión más bella y eficaz en la caridad". Pero prácticamente, ¡qué rarísima es esta armonía en el mundo moderno! La ciencia de los más hace causa común con el materialismo que sólo presta su asentimiento a la razón y constantemente niega lo sobrenatural, o cuando menos, sometiéndolo a la crítica, lo pone en entredicho.

La ciencia a dado en la fatuidad de juzgarse omnisciente, y no repara en salir de los límites que le señaló Dios sembrando el campo divino de oscuridad, de dudas, de verdaderas negaciones. La ciencia sin Dios tiene por divisa: "Abajo lo sobrenatural". La que todavía parece respetar a Dios, esta otra: "De lo sobrenatural, lo menos posible". La una y la otra se avecinan mucho en ciertos casos, y no ayudan a la Iglesia.

Por eso, Dios, que todo lo sabe, ocultó a Gema en el secreto de su corazón, sustrayéndola al parecer y juicio de la ciencia humana.

El médico no observó nada sobrenatural. Debía ser así. No podía no ser así. El Señor lo había dicho. Pero aunque hubiese visto ¿lo hubiese creído? Del ver al creer va un espacio inmenso. De haberlo visto, ¿se lo hubiese sabido explicar? No; lo sobrenatural no se explica. De haber notado algo, y ser su ánimo propenso a creer, es casi seguro que, no fiándose de sí, recurriría a otros médicos; éstos, a su vez, a terceras personas, y la obra de Dios, sometida a tantos juicios, podría haber llegado a ser objeto de escarnio, y quizá en boca de algún incrédulo se hubiese profanado.

Dios no lo quiso, como tampoco que se llevara a cabo el proyecto de poner en manos de un especialista los escritos de Gema.

La Santa tuvo la comprensión de este peligro

durante un éxtasis, y suplicó a Jesús que no lo permitiese. Más bien que por sí misma se lo pedía por El, para que no desmereciese su alto prestigio. Y para poner totalmente a salvo el honor de la Majestad divina, en su confianza ilimitada llega a pedir un prodigio: "Si el manuscrito viniese a las manos del especialista, haced, oh Señor, que vea solamente el papel en blanco".

El manuscrito no fue consignado.

Y ¿a qué objeto ponerlo en manos profanas? Nada hay en él que revele alteración nerviosa o señales de delirio. En sus páginas no se lee otra cosa que el lenguaje puro y simple de la inocencia y del candor. En suma, el lenguaje de una criatura que apenas pisa la tierra y cuya alma vive en espíritu en el cielo. Que sufre mucho, pero que todo lo sobrelleva con una paz encantadora. No todos, sin embargo, se hallan en grado de comprender tal lenguaje, especialmente cuando quien lee está desposeído del hermoso don de la fe.

Si los enemigos de la religión hallaron modo de volcar su odio contra Santa Teresita del Niño Jesús, tratando de denigrarla, aun después de haber sido canonizada, y si esta Santa tuvo contrarios en su patria hasta dentro del mismo clero, tanto que su rapidísima canonización hubo de costar indecibles molestias a su hermana la R. M. Inés, ¿por qué sorprenderse de que Gema cuente con algunos enemigos?

En sustancia, la vida de las dos Santas jóvenes es la misma. Vida de confianza y de amoroso abandono. Son dos niñas inocentes que reposan entre los brazos de Dios, entregadas por completo al Corazón de Jesús en un dulce y tranquilo sueño de amor. Su misión no fue, no obstante, la misma. La de Santa Teresita es más original, más concreta y

más vasta. Tenía el deber de revelar al mundo un fácil itinerario, asequible indistintamente a todas las personas, de cualquier estado o condición.

La misión de Santa Gema, más limitada, es la que nos demuestra prácticamente cómo pueden asociarse la humildad y sencillez de la vida de Teresita con los favores extraordinarios de los antiguos grandes santos.

Con la misma rapidez los nombres de Teresita y de Gema se han extendido por el mundo, despertando iguales simpatías.

Si Santa Teresita deja caer incesantamente sobre la tierra una copiosa lluvia de rosas, no es menos abundante la que atrae Santa Gema.

Una cosa parecida a lo que acaece en el cielo entre Santa Teresa de Jesús y Santa María Magdalena de Pazzi, sucede entre estas dos santitas modernas.

La ilustre Reformadora del Carmelo se le apareció un día a la Ven. Serio, carmelita, y le dijo: "En el cielo, Santa María Magdalena de Pazzi y yo, no formamos más que una sola cosa". También entre Santa Teresita de Lisieux y Santa Gema de Luca existe idéntica fusión.

XXXIII.

SED DIVINA

El médico de cabecera de Santa Gema hizo de ella este bello elogio: "Lo que puedo decir es que yo la conocí como una jovencita piadosísima, muy modesta, reservada y de pocas palabras. Siempre la hallé del mismo ánimo, llena de mansedumbre, sometiéndose de buena gana a las curas prescritas, aunque fuesen dolorosas, las que soportaba con mucha resignación".

Dicha resignación y tranquilidad brillaron igualmente en ella durante las pruebas morales. Al desencadenarse la tempestad después de la infructuosa visita médica, igual que aconteció a Jesús delante de Herodes, Gema aceptó en silencio, no la material, pero sí la moral y burlesca insignia de loca, sin oponer resistencia a quien, maltratándola, llegó a llamarla hija de Satanás e impostora. "Estos padecimientos —dijo— los abrazo muy gustosamente, porque son los mismos padecimientos de Jesús".

"Si por la misericordia de Dios gozo de algunos momentos felices, es cuando me veo despreciada y humillada".

"No, no basta tener ante los ojos la cruz o llevarla encima como mero adorno. Se necesita llevarla

también en medio del corazón. No la rehuso nunca, porque si rehuso la cruz, rehuso igualmente a Jesús. De aquí en adelante todo mi amor se cifra en la cruz. La amo, porque sé que primero la amó mi Redentor Jesús, y porque estoy cierta de que es señal de que el Señor quiere bien al alma cuando la hace sufrir".

El amor la sostiene en el dolor. "El amor de Jesús me da fortaleza para padecer". Y si el amor la sostiene en el dolor, el dolor, a su vez, la refuerza en el amor. "Para la defensa de mi dolor, haz que yo recuerde, ¡oh Jesús!, que me es debido el dolor".

No sufre sola, sino en compañía de Jesús. "Se sufre bien cuando se sufre juntamente con otro. En tu vida Te contemplo siempre, ¡oh, Jesús!, rodeado de dolores, y, por lo mismo, quiero padecer contigo. Precisamente en tu cruz he puesto toda mi fortaleza. ¡Oh, cruz santa, déjame que te abrace!"

De esto nace el reconocimiento. "Te doy gracias, Jesús, porque me tienes clavada en la cruz. Crezcan enhorabuena, sin medida ni límite, mis padecimientos. Se deberá a tu misericordia el que me acumules penas y aflicciones... No merezco ni tanto... Si me quieres añadir nuevos sufrimientos besaré reconocida tu mano".

Santa Gema no ignora el precio del dolor: "Los momentos más dolorosos son los más preciosos... Si yo hubiese de permanecer en el mundo sin sufrir te diría: "Hazme morir inmediatamente..."

Es esto equivalente, en otros términos, al *"padecer o morir"* de Santa Teresa.

Pero Santa Gema llega a más. Llega a hacer suyo el grito sublime de Santa María Magdalena de Pazzi: "Padecer y no morir", y dice: "No quiero morir, no. Quiero vivir siempre para padecer y amarte sin medida".

Resulta verdaderamente admirable este lenguaje, tanto más cuanto que parte de un corazón amargado por el dolor y de unos labios bañados por la hiel.

Desde luego, nada se parece al lenguaje del estoico, jactancioso en su manto del dolor; ni al del egoísta que hace lo indecible por esquivarlo. Es el lenguaje de un alma generosa y heroica que, ahogando los gemidos de la naturaleza, ama entrañablemente, el dolor, porque ama a Jesús, el divino Esposo ensangrentado. Lo ama, porque cruz y martirio fue toda su vida, porque el dolor es la cosa que más le place y le asemeja a El. Porque para aprender a amar necesita sufrir. Porque el dolor es el regalo que se da aquí en la tierra a las almas que se le han consagrado enteramente. Porque la cruz, al par que humilla, ensalza, hace sentir la propia impotencia, comunica la necesidad de adherirnos a Dios, de entregarnos a El. Hace imposible la culpa, y constituye herederos de Jesús en la gloria a los que fueron compañeros suyos en el dolor.

Tales, los motivos de Santa Gema para explicar al mundo su sed de padecimientos. Tal, su lenguaje, enteramente sobrenatural y divino, como se ve.

Esta sed de sufrimientos y este amor a la cruz residió en ella, como en el resto de todos los santos, solamente en la parte superior del espíritu. La frágil condición humana, amiga del regalo y enemiga por naturaleza del dolor, se oponía muchísimo en Gema, y le hacía sentir repugnancia. Algunos santos supieron ocultar esta oposición de tal manera que, en apariencia, todo respiraba en ellos quietud y devoción. Otros, como Santa Teresita del Niño Jesús, la encubrían con el velo de una sonrisa. Así como en los escritos de Santa Teresita se entrevén sus lágrimas y sus tristezas, en las cartas de Gema

a su director y en sus éxtasis, esta lucha, estos gemidos, son evidentes.

"A la vista de la cruz, se estremecen mis sentidos —escribe Santa Gema— (y esto no debe ser pecado, según me dice mi confesor), pero sobreponiéndose a las repugnancias, mi corazón abraza la pena y en ella encuentra sus mejores delicias".

"Jesús tendrá compasión de mí —dice en otro lugar—, porque ve mi corazón y conoce las disposiciones de ánimo en que me encuentro, dispuesta a arrostrarlo todo. Sabe el dolor que me causan mis ingratitudes y la pena que me produce el verlo indignamente tratado... Con el corazón contrito me postro delante de Jesús, pronta a recibir de su mano el castigo que quiera aplicarme por la reparación de tantos ultrajes como recibe de los pecadores... ¡Azotadme sin piedad, Jesús! Bendeciré un millón de veces la mano que descargue sobre mí un castigo tan justo".

"Lo sé. No debiera llorar, sino que debo alegrarme. Queréis que os repita las palabras de San Pablo: *Me glorío, Jesús, en las tribulaciones*... Sin embargo, tantísimas veces me siento abatida y lloro... Mi espíritu está pronto, pero la carne es débil".

"El dolor me aturde —declara en otro lugar—, y tiemblo ante la perspectiva de la cruz".

En la dura lucha triunfa por fin en espíritu, y exclama: "No te preocupes, Jesús, de mi llanto. Crucifícame sin piedad. Mi mayor gloria será padecer por Ti. Estoy contenta de que tus espinas se lleguen a clavar en mi alma. Sí, pido una y mil veces a Jesús la gracia de padecer".

La misma plegaria vuelve a sus labios incesantemente. Y ¿se dirá que esto no es heroísmo? En medio de dos fuegos, en terrible lucha entre la debilidad humana y la fuerza divina del dolor, el alma

de Santa Gema revela a cada momento su heroísmo, la energía de una voluntad toda de Dios y la fortaleza de su grande amor.

Otro ejemplo de natural horror al sufrimiento, heroicamente superado con la gracia de Dios, lo hallamos en un reciente ejemplar de santidad, el P. Doyle, S. J.

Subiendo de heroísmo en heroísmo por el áspero camino de la virtud, primeramente en la vida religiosa, luego en el ejercicio del apostolado, y finalmente, en calidad de capellán militar, cayó sobre el campo de batalla durante la Gran Guerra, víctima de su caridad. Ciertamente, este buen religioso amaba el dolor, buscaba su propia abnegación. Pero la carne, al igual que en el resto de los demás mortales, era débil, y los sufrimientos le repugnaban en tal grado que, para oponerse a este sentimiento de hostilidad contra el dolor, hizo un especialísimo voto de conformarse con la adversidad, y aun de procurarse el sufrimiento por medio de la penitencia.

Estos son los santos que más debieran alentar nuestra debilidad.

Gema, aun sufriendo inmensamente en el alma y en el cuerpo, sonreía siempre, y nos da el secreto de su alegría. "Mi corazón posee a Jesús, y teniendo a Jesús, siento que puedo reír hasta en medio de las lágrimas. Sí, me siento en cierto modo feliz aun en medio de tantos desalientos".

"Dos cosas hallo de infinita dulzura: en el amor eres Tú quien deleita mi alma, y en el dolor soy yo quien alegra tu corazón..."

Ni son vanas palabras las suyas. Magnífico resulta verla sobrenaturalmente despreocupada de cuanto ocurre en torno a sí, reflejando en sus facciones el candor de una niña. No pregunta, ni se

informa, ni se preocupa de nada. Hagan de ella o con ella lo que quieran, siempre será porque Jesús ha ordenado o permitido así.

No se le oye excusarse. No se defiende, no habla, no trata de hacer luz sobre tantas sombras como la rodean.

En su profunda humildad le cuesta enormemente el manifestar por obediencia a la madre adoptiva cuanto Dios le comunica. Pero como tiene obligación de ello, lo hace con tranquilidad y sencillez. Sus revelaciones son siempre o casi siempre acogidas con aparente incredulidad, con simulado desprecio, o con vituperios. (Así lo hacía la señora Cecilia para probarla). Mas Gema permanece constantemente serena y tranquila, formando su conducta el más bello carácter de la infancia espiritual.

Una sola cosa llega momentáneamente a preocuparla: el estado de ánimo de Monseñor Volpi, el temor de perder a su guía.

Mas el Señor le dice que no debe afligirse de perderlo sin culpa, dado que El, Jesús, siempre permanecerá a su lado. Bastan estas palabras para devolver a Gema la paz y desatarla de todo sentimiento humano.

XXXIV.

NUEVOS TESTIMONIOS

Como observa bien el P. Germán, C. P., "la ciencia no puede abrigar la pretensión de explicar lo sobrenatural. A lo sumo podrá afirmar los hechos. Ahora, para que un hecho sea admisible, no es condición *sine qua non* que precisamente haya de ser constatado por los doctos. Cualquiera que tenga ojos para ver y manos para tocar puede atestiguar la verdad. Si, como en el caso nuestro, el fenómeno no es constante, sino esporádico, manifestándose a intervalos, el testimonio de los doctos únicamente podrá limitarse a declarar que en el momento de llevarse a cabo su inspección no se mostró. Para demostrar su existencia basta que testimonios dignos de fe atestigüen haberlo visto certísimamente y repetidas veces".

Entre las personas dignas de todo crédito que atestiguan haber visto con sus propios ojos los prodigios que tenían lugar en Gema, figura el P. Pedro Pablo, pasionista. En una larga relación, escrita después de la muerte de la Santa, refiriéndose a lo que había observado en Gema, asegura que tales fenómenos procedían de Dios, basando su afirmación en la vida de Gema, perfectísima, y en el interior de su espíritu, puro, santo y humilde.

"Por lo que respecta a sus virtudes, pude comprobar en ella —escribe— una pureza verdaderamente angelical. No sólo cabe suponer que mantuvo intacta la primera inocencia, sino que parecía no haber cometido ni una sola falta con advertencia plena en todo el curso de su vida.

"Su humildad fue profundísima. No tenía estima alguna de su propia persona. Ansiaba por ser humillada y despreciada. En medio de las pruebas y mortificaciones de todo género a que se vio sometida, jamás exteriorizó el más pequeño desagrado. Parecía mostrarse contenta, siendo continua la sonrisa en sus labios.

"La obediencia se mostró en ella singular, y diré que admirable. No se oponía, no diré que a una orden, pero ni siquiera a una señal o simple voluntad que le fuese manifestada, tanto de parte de su director espiritual, de la mía o de cualquier otro.

"Obedecía con prontitud y alegría en todo el rigor de la palabra, sea cual fuese la orden.

"Donde mayormente dio a conocer su heroica obediencia fue en el ejercicio de la oración. El Señor la había elevado a un grado altísimo de contemplación tal que bastaba que se pusiera a orar para que inmediatamente se sintiese abstraída de los sentidos. Su confesor le impuso el precepto de atenerse en el ejercicio de la oración al método ordinario de los principiantes. Gema, a tal orden, no opuso la más mínima resistencia, y hacía grandes esfuerzos para cumplirla, no obstante sentirse continuamente atraída por el divino Esposo a contemplar a Dios y sus soberanos atributos. Esta especie de martirio duró en ella, si no me equivoco, cerca de dos años.

"La mortificación de los sentidos era severísima. Se alimentaba escasamente..., pareciendo mi-

lagro el que pudiese vivir. Y aun lo poco que tomaba lo hacía en virtud de obediencia, porque ella, contenta de haber recibido en su pecho a Jesús Sacramentado, no se cuidaba de los alimentos materiales. Además, para ella todo era bueno y saludable. No se procuraba vestidos nuevos, ni diversiones. Sobrelleva, sin quejarse, el frío y el calor. Parecía realmente insensible a todo.

"El amor al sufrimiento debió ser su característica especial. De aquella bendita boca ni uno oyó el más leve lamento o queja, sea en las penosísimas enfermedades que hubo de sufrir, sea en las mortificaciones y humillaciones a que estuvo sujeta, sea en las desolaciones de espíritu o en los crueles ataques del demonio. La memoria continua de Jesús Crucificado la estimulaba a padecer, y puede decirse que lo que sufría le parecía siempre poco.

"Gema se había ofrecido víctima al Corazón Sacratísimo de Jesús por la conversión de los pobres pecadores. Y por conseguir la gracia de que tornasen a Dios, nada le importaban sus penas ni dolores. Deseaba sufrir con Jesús en la cruz, vivir constantemente sobre la cruz y morir juntamente con Jesús en la cruz, sin consuelo alguno, desamparada y sola. El divino Esposo, a fin de complacerla, permitió que en la vida y en la muerte la atormentasen los más crueles martirios de alma y cuerpo.

"¿Qué decir de su unión con Dios? No dudo en afirmar que, si no llegó a ser habitual y continua, fue, cuando menos, casi habitual. Aparecía recogida y con la mente siempre fija en Dios. De esto provenía que su voz no se oyera nunca. Respondía brevemente a las preguntas que se le hubiesen dirigido, y luego guardaba silencio, tan ensimismada en el Sumo Bien, que semejaba una criatura enteramente del cielo.

"He aquí en breves rasgos —así concluye su relación— las virtudes, no comunes, ni ordinarias, por cierto, que descubren en Gema un alma toda llena del amor de Dios. Es por esto por lo que yo fundadamente opino que las señales exteriores que se observaban en ella traían su origen, no de otra causa, sino de la gracia de Dios".

Estas señales jamás desmienten, como lo pondera también otro santo y docto varón, el prelado Monseñor Pablo Tei, capuchino, predicador del Sacro Palacio y después Obispo de Pesaro.

Era natural de Controne, donde los Giannini poseían una villa. Habiendo tratado de cerca a Gema, no dudó en afirmar que había en ella algo sobrenatural. Estimó en mucho su virtud, de la que afirmó en los procesos que era verdaderamente heroica.

Llamado a declarar, se expresó así: "Soy feliz de poder dar a Gema una prueba de mi devoción con deponer la verdad en su favor para verla un día glorificada".

"Mas ni aun los milagros comprobados a la luz del día son suficientes para convencer a los que, sin verlos, no aciertan a creer" —dice el Cardenal Faulhaber.

XXXV.

DRAMA CRUENTO

Los diversos fenómenos examinados repetidamente y a distancia de tiempo por el P. Pedro Pablo, C. P., no se limitaron a las llagas y al sudor de sangre. Gran parte del drama de la Pasión debía renovarse ante sus ojos, teniendo por protagonista a Gema, como lo fueron en distintas ocasiones otros santos, entre ellos Santa María Magdalena de Pazzi, que ofrece muchísimos puntos de semejanza con Santa Gema.

"Jesús, conténtame —había exclamado la joven Gema en el ardor de su inconmensurable caridad—. Jesús, conténtame... No es ya tiempo de que Tú sufras así. Ahora me corresponde a mí".

Y todavía más: "Basta, Señor, con lo que has padecido por mí y por los pecadores. Sí, basta. Mis espaldas se ofrecen a llevar tu cruz".

Jesús la tomó por su palabra. Con el Evangelio a la vista, veremos reproducirse en Santa Gema aquel drama doloroso y terrible que por primera vez se desenvolvió ante la historia hace más de mil novecientos años en la ingrata Jerusalén.

Jesús, durante su Pasión, fue humillado, mofado, ultrajado. A su vez Santa Gema debía ser humillada, escarnecida, rebajada hasta el polvo, durante algunos episodios de su vida.

Jesús guardó silencio ante los tribunales. También Gema calló. No se defendió, ni repuso, ni se excusó. Calló, rogó, perdonó, amó.

Jesús fue flagelado, coronado de espinas, escupido... Gema fue azotada y coronada de espinas, con la particularidad de que el instrumento no fue a mano del hombre, sino la misma mano divina que llegó a poner sobre la cabeza de la Santa su punzante corona, a grabar sobre sus miembros sus propias llagas, y permitió que unos viles hombres la escupiesen moralmente haciendo chacota de sus visiones, éxtasis y demás fenómenos preternaturales.

Gema recibió la corona de espinas de las manos de Jesús la tarde del 19 de julio de 1900. Ya por dos veces le había sido ofrecida. La primera por su buen Angel de la Guarda, quien, apareciéndosele en un éxtasis con dos coronas en la mano, la una de flores y la otra de espinas, le preguntó cuál prefería. Santa Gema respondió rápidamente: "Dame la de Jesús. Yo quiero la de Jesús".

La segunda vez fue el propio Jsús quien le preguntó si quería su corona. Aceptada, se la donó su divino Esposo.

Fue en la tarde del 19 de julio. Gema parecía morirse de la ardiente sed de padecer por Jesús, y el Señor, arrancándose de la cabeza la corona de espinas, la colocó sobre la de la Santa, apretándosela fuertemente sobre las sienes. "Son momentos dolorosos, pero felices" —exclamó Gema.

Al recordar este hecho afluye espontáneamente a nuestra mente el recuerdo de otra amante del Crucifijo, coronada, asimismo, de espinas: Santa María Magdalena de Pazzi. Todavía parecen escucharse a través del espacio y del tiempo los encendidos acentos con que acogió el singularísimo don.

"Qué rey hubo jamás —llega a decir la Santa—

que se arrancase de la cabeza su propia corona y se la pusiera a su esposa para constituirla reina...? La corona es un atributo real y demuestra que quien la lleva es rey. Idéntico efecto debe producir en la cabeza de la esposa, demostrativo de que es reina..."

"Bien está que la esposa participe de los dones del esposo... ¡Oh, bella y preciosa corona, que ha tocado los cabellos del Verbo, que ha sido bañada en la sangre del Verbo, que ha penetrado en la cabeza del Verbo, que dio pena al Verbo, y que ahora, en el Paraíso da grande gloria al Verbo...! ¡Oh, mi Esposo! ¡Oh, Verbo! ¡Oh, Amor! ¡Oh, dulzura del alma mía!"

Hemos consignado que Gema obtuvo de Jesús la gracia de la corona de espinas. Todos los jueves por la noche, aún después que hubieran desaparecido las llagas, la sangre manaba de la frente y de la cabeza, regándole la cara y los vestidos, o empapando las almohadas en caso de hallarse acostada. Este fenómeno cesó sólo cuando se lo ordenó la obediencia.

Pilatos —dice el Evangelio— prendió a Jesús y lo azotó.

El primer viernes de marzo de 1901, en ocasión en que Gema se hallaba contemplando las llagas del Salvador, al tiempo que repetía consigo misma: "Todas son obras de amor...", sintió inflamársele el corazón en un ardentísimo deseo de ser a su vez, llagada con El.

Desde hacía una semana no se manifestaba en ella nada extraordinario, pues el confesor se lo había prohibido. Pero aquella tarde la Santa comenzó a sentirse indispuesta. La señora Cecilia, a todo esto, pensaba que bien pudiera tratarse de la proximidad de algún fenómeno extraordinario. La man-

dó acostarse, aún antes de la noche, y siguió observándola de cerca. ¡Cuál no sería su sobresalto cuando, en una de las visitas que le hizo, la halló en éxtasis, con grandes señales de sangre en las manos, en los brazos y en el cuello! Por vía de ensayo le aplicó un pañuelo, y al retirarlo observó que se hallaba ensangrentado. Pensó entonces que podría tratarse de la flagelación, tanto más, cuanto que a Gema se le oía repetir, sumisamente: "Pero, ¿serán los golpes tuyos, oh, Jesús?"

Sí. Durante los cuatro viernes de marzo de aquel año y algunas veces más, ya fuese de modo cruento o de forma incruenta, Jesús asoció a Gema al tormento de su flagelación. Este tormento en los cuatro viernes fue gradualmente subiendo, hasta hacerse espantoso. En el primero el cuerpo de Gema no presentaba más que manchas rojizas. Al segundo viernes la carne aparecía rasgada. En el tercero, casi los huesos al descubierto. Al cuarto, algo inenarrable: llagas en toda la extensión del cuerpo hasta de un centímetro de profundidad. Por todas partes sangre..., de los ojos, de los oídos, de la frente, de las sienes... Cada cabello dejaba ver una gota. Si la sangre era enjugada con un lienzo, nuevamente volvía a rebosar con fuerza. Y las heridas, lavadas, tornaban también a sangrar.

Gema sufrió igualmente en sí misma la llaga dolorosa del hombro izquierdo, ocasionada a Jesús por el peso de la cruz; los estirones de los miembros y la dislocación de los huesos de la crucifixión; la atrocidad de la sed que obligó a exclamar a Jesús: *"Sitio"*: las terribles horas de agonía sobre el Calvario, y, por fin, una muerte llena de desconsuelo, por el abandono del cielo y de la tierra. Nada faltó a Gema para que fuese una copia perfecta de Jesús Crucificado. Nada. Ni la herida del costado.

"Uno de los soldados —narra de Jesús el Evangelista San Juan— le abrió el costado con una lanza, y súbitamente salió de él sangre y agua. Y quien lo vio da testimonio de ello, y este testimonio es verdadero".

Algo semejante acaeció a Gema. Había sido depuesta de la cruz del dolor, al cerrar los ojos a la vida y bajando su cuerpo al sepulcro, cuando un telegrama del Padre Germán, C. P.., recordó a la familia Giannini el designio concebido de practicar la autopsia del cadáver, para ver si en el corazón de Gema, como en el de otros santos, se hallaba alguna señal extraordinaria.

Transcurrieron varios días en los preparativos, y no se llevó a cabo la exhumación hasta el décimocuarto día de la muerte. Fue requerida la presencia del Padre Germán, C. P., en evitación de posibles errores o de habladurías.

Al ser desenterrado el cadáver, ofrecía leves indicios de corrupción. Hízose la autopsia, y al extraer el corazón se vio que era más ancho que alto, como si algo violento hubiera dilatado sus paredes.

Escuchemos la voz de un testigo:

"Presenciábamos la operación dos monjas de San Camilo de Lelis, el caballero Mateo Giannini, el abogado José y dos médicos —declara Angela Grotta—. Y luego prosigue: "Fui yo misma quien echando la mano a los instrumentos, descubrí el corazón, por orden de los médicos. Al primer contacto sentí en la mano algo así como una sacudida. La sangre corría a uno y otro lado, fresca y hermosa, tanto, que me quedé profundamente maravillada de que en un cadáver que llevaba quince días enterrado pudiese haber todavía sangre en aquella cantidad, teniendo presente, además, el estado de consunción a que llegó Gema en sus últimos días. El

corazón aparecía fresco, fuerte, flexible, rubicundo *y todo lleno de sangre, cual si se hallase vivo.* La sangre que contenían ambos ventrículos y aurículas estaba todavía viva y corría fluidísima".

Lo propio atestiguaron los señores Giannini y las dos Hermanas de San Camilo de Lelis. Sor Michelina Rindi afirma que presenció cómo la sangre llegó hasta la tierra.

Los médicos no se explicaban que la sangre se hallase viva, y quedaron sorprendidos.

XXXVI.

UN GUIA PARA EL CIELO

Volvamos a la vida de Santa Gema, a la encrucijada de sus pruebas dolorosas y humillantes.

En el azaroso y difícil caminar, Gema se halla completamente sola. Es tímida por su natural y carece de apoyo. Ha experimentado, siquiera por un momento, el cambio de opinión de Monseñor Volpi respecto a ella. Se lo dijo resueltamente: "Yo no creeré jamás tales fantasías..." ¿A quién confiará en adelante la Santa sus cuitas y el depósito de cuanto ocurre en ella...? Llena de confianza, vuélvese ahora a Jesús Sacramentado y en sus manos deposita la causa.

Hecha esta oración, se siente recogerse interiormente. Al recogimiento sucede el rapto de los sentidos, y en un abrir y cerrar de ojos, Gema se encuentra delante de Jesús..., quien no se halla solo, si no que tiene a su lado un religioso pasionista de cabellos blancos, que ora ardientemente, con las manos unidas al pecho.

"Hija mía, ¿lo conoces?" —pregunta el Señor a Santa Gema—. La joven responde negativamente. "Este sacerdote será tu director —vuelve a hablarle Jesús—, y reconocerá en ti, pobre criatura, la obra infinita de mis misericordias" [1].

[1] Autobiografía.

Por una natural asociación de ideas, este episodio nos recuerda otro.

Una mañana, la joven baronesa de Chantal cabalgaba por las proximidades de Bourdilly, llevando en el corazón, juntamente con el luto de su precoz y trágica viudez, un ardiente deseo de emprender una vida perfecta. Soñaba con hallar para su espíritu un guía de almas.

Sumergida en tales pensamientos, al tiempo que pasaba por un largo camino flanqueando un bosque, vio a cierta distancia la venerable figura de un Obispo, enteramente desconocido para ella, de rostro angelical y aire de paraíso. Mientras atentamente lo mira, una voz parécele que le dice: "He aquí el guía en cuyas manos debes depositar tu conciencia".

Santa Francisca de Chantal siente inundársele el alma de insólita alegría, concibiendo inmediatamente en su interior la certeza de hallar presto al ignorado personaje.

Efectivamente. Después de algún tiempo lo encontró. Reconocido por el parecido exacto de su semblante, en sus manos depositó el negocio de su alma. Era San Francisco de Sales.

Gema, a su vez, después de la visión en que fue revelado su futuro director, tuvo la completa seguridad de que, tarde o temprano, lo había de encontrar para confiarle su alma.

Habló de esta revelación a Monseñor Volpi, quien se alegró grandemente, porque hacía tiempo que deseaba confiar a Gema a algún guía iluminanado y muy versado en la teología mística, a fin de compartir de esta suerte su responsabilidad.

Antes de permitir a Gema que escribiese al Padre Germán, quiso informarle directamente de todo. Para ello confiaba encontrarle en Roma, pero no le fue posible. Entonces inició con él una corres-

pondencia, que a lo primero no hizo más que aumentar la serie de sus perplejidades. Desconfiando de todo, el Padre Germán hacía presión sobre el ánimo de Monseñor Volpi, a fin de que incluyese a Gema en la vida común. Luego, que la probase con exorcismos. Ante tales sugerencias, Monseñor Volpi, para su mayor tranquilidad, obtuvo del Padre Provincial de los Pasionistas que el Padre Germán fuese a Luca para hacerse cargo de todo.

Gema, que anteriormente le había dirigido una larga carta, el 29 de enero de 1900, volvió a escribir le. Pero el Padre Germán, irreductible, no modificó su plan.

Llegado a Luca, permaneció allí algún tiempo.

"Queriendo cumplir lo mejor posible —escribe— el encargo que se me ha confiado, comencé por hacer un profundo estudio sobre el estado de Gema, debiendo confesar que, aunque inicié mi labor dominado por la duda, pronto sentí la convicción de que se trataba de una obra donde se veía patentemente el dedo de la mano de Dios.

"Con cierta frecuencia volvía a Luca, por razón de mi cometido, alojándome siempre en casa del señor Giannini, bienhechor de mi Instituto, y con tal motivo tuve sobrada ocasión de conocer a fondo, por tratarla tan de cerca, a aquella santa alma, que, por consejo y la aprobación de su confesor ordinario, se puso bajo mi dirección espiritual".

La primera entrevista de estas dos almas se verificó a primeros de septiembre de 1900; un jueves.

Gema, que no sabía nada de la llegada del Padre, apenas lo vio lo reconoció en seguida y se adelantó a saludarle, poseída de grande alegría, bendiciendo a Dios. La impresión que recibió el Padre fue tal, que creyó hallarse ante un ángel. Pasaron en seguida a la capilla doméstica, y, postrados a los

pies de un Crucifijo que Gema cuidaba con muchísimo esmero, tuvieron un coloquio espiritual.

Aquel día fue señalado por una gracia del cielo.

A la mitad de la cena Gema se levantó de la mesa, retirándose a la habitación. En seguida entró en éxtasis.

Llamado por la señora Cecilia, llegó el Padre Germán, quien presenció la grande porfía que la santa joven sostenía con la justicia divina por conseguir el triunfo de su eterna misericordia a favor de cierta alma que le era muy querida y por la que Gema se había sacrificado muchísimo. Era un huésped de la familia, buen cristiano al parecer, pero cuya conciencia se hallaba muy enrevesada.

Gema llegó a nombrarlo en éxtasis, razón por la que el Padre Germán conocía su nombre.

"Ya que has venido, Jesús, vuelvo a suplicarte por mi pecador —decía extática—. Hijo tuyo es, hermano tuyo... Sálvalo, Jesús... Por un alma sola has hecho tanto, tanto..., y, ¿no querrás salvar a ésta? Sálvala, Jesús, sálvala... Tú no has medido la sangre que derramaste por los pecados, y ¿quieres ahora medir la cantidad de nuestros pecados...? La sangre la derramaste al igual por ellos como por mí y ¿me salvas a mí y a ellos no...? No me levantaré de aquí... ¡Sálvalo!

"No quiero tu justicia, sino tu misericordia. ¡Oh, Jesús! Tú no le has llamado, de seguro, hijo hasta el presente... Haz la prueba... Dile que eres su Padre y que él es tu hijo... Verás, verás que a este dulce nombre de padre cómo se ablanda su corazón".

Jesús comunicó entonces a Gema que, respecto de aquella alma, estaba colmada la medida de su misericordia. Y le fue enumerando sus culpas.

Gema lanzó un profundo suspiro... Horrorizada, dejó caer los brazos. De pronto reanimándose, volvió a la súplica: "Lo sé, lo sé —repetía— que te ha inferido tantas ofensas... Mas yo he cometido mayores, y, no obstante, has usado conmigo de misericordia... Lo sé, lo sé, Jesús mío, que te ha hecho llorar...; pero en estos momentos no debes pensar en sus pecados. Piensa en la sangre que has derramado... Además, ¡de cuánta caridad no has usado conmigo! Todas las finezas de amor que me has dispensado, te ruego que las uses con mi pecador. Acuérdate, Jesús, que lo quiero salvar. Triunfa, triunfa; te lo pido por caridad".

Ante la inflexibilidad de la justicia divina, brota cual relámpago por su mente, una idea salvadora. Ella es pecadora, cierto. No merece, por tanto, ser escuchada. Busca entonces otra intercesora, y dice a Jesús: "Es tu misma Madre la que ahora ruega por él. ¿Podrías decirle que no? ¡Oh, de ninguna manera! Imposible negarle".

En efecto, poco después Gema, contentísima, canta victoria y exclama, triunfante: "Ya está salvo, ya está salvo. Has vencido, Jesús. Triunfa así siempre, ¡oh, Jesús!"

No bien se retiró el Padre Germán, todo conmovido y absorto en profundas meditaciones, a su habitación, cuando sintió llamar la puerta, anunciándole la visita de un señor que preguntaba por él. Conducido a su presencia, cayó el visitante de rodillas, diciendo: "Padre, confiéseme". Era el pecador de Gema.

El Padre lo confiesa.

Gracias a lo que había oído a Gema durante el éxtasis pudo recordarle un pecado que se le olvidaba.

Cuéntale el éxtasis de Gema, le anima, pide su

permiso para dar a la publicidad esta maravilla de la gracia del Señor, se abrazan y se despiden.

"El hecho es ya de por sí harto elocuente. —dice a este respecto el Padre Germán—. Con la fantasía o el histerismo no podría llegarse a tanto. El diablo resulta bueno para arrastrar al infierno a los pecadores, pero no para convertirlos, y menos aún en la forma consignada".

Sin detenerse un solo momento, se dio el Padre Germán de lleno, a partir de entonces, a estudiar el caso de Gema con la ayuda de la teología ascética y mística, de las ciencias fisiológicas modernas, sin omitir pruebas de todo género, que jamás —así lo afirma—, le resultaron fallidas.

Como resumen de sus investigaciones y ensayos, escribió a Monseñor Volpi: "Gema es una verdadera gema del Corazón de Jesús. No se ve sombra de engaño en esto... El día de mañana no puedo asegurar lo que será. Pero hoy es todo oro puro.

"Jesús es demasiado bueno para obrar tales fenómenos por el histerismo. Sería caer en absurdo el pensarlo. No, no hay indicios, ni menos pruebas, de nada de esto... Los médicos de nuestros días; aunque católicos en el fondo, se hallan un tanto sugestionados sobre este punto. Si quiere deducir un juicio exacto del conjunto de los hechos externos de Gema, no los examine aisladamente, sino en globo, y hallará entre ellos una uniformidad perfecta.

"El histerismo, por el contrario, tiene por forma sustancial la volubilidad, la extrañeza, la inquietud, etc. Porque el histerismo es sinónimo de locura, y quienes sufren del cerebro no son jamás consecuentes consigo mismos".

Y seguía diciéndole: "V. E. ha conocido y com-

prendido, sin duda mejor que yo, el estado de esta joven, a la que tuvo en sus manos durante tanto tiempo. Me parece casi una temeridad en entremeterme yo ahora. Sólo me atrevo a insinuarle que, en el estado en que se han puesto actualmente las cosas de Gema, me parece de perlas que se le dejemoverse con mayor desenvoltura y tranquilidad, evitando en su dirección todo cuanto, aun de lejos, pudiera ser oprimente a su espíritu. El resto, Dios lo hará, y sabrá hacerlo. Exija de ella obediencia y desprendimiento. Por lo demás, es mejor dejarla en manos del Espíritu de Dios".

El 4 de marzo de 1901 volvía a escribirle: "Esta bendita alma Dios la ha confiado a V. E. (y no a otro). No piense en médicos, no, por todo lo que ame a Jesús. Las consecuencias yo las veo delante de Dios: serían funestísimas para el espíritu de Gema y para V. E. Dios está obrando verdaderos milagros por tener oculta la cosa. En medio de una familia numerosa, ella pasa desapercibida, y, ¿queremos nosotros sacarla a la luz? El sacerdote se lo dirá (en secreto, sin duda) a otro sacerdote. El médico, a su mujer. Esta lo llevará de boca en boca, de modo que sea comentada por plazas, cafés, etc., etc.

"No se fíe de nadie, Monseñor. Y, a fin de cuentas, ¿qué necesidad hay de nada de todo esto? No diga que quisiera salir de dudas. Pero, ¿es posible que dude todavía? Pues venga y vea con sus propios ojos. La mejor regla para formar un juicio sobre las cosas que tienen lugar en Gema es conocer y ver su interior. Los hechos externos no los cuento para nada. Pero sí tiene extraordinario valor demostrativo su simplicidad, su humildad, su desasimiento de todo, la profunda unión con Dios en que vive sumida, el divino abandono en la Providencia, la inalterable igualdad de espíritu, el deso de sufrir, la des-

envoltura y naturalidad de sus modales y de todo su comportamiento en medio de tantas cosas extraordinarias".

Y escribiendo a la señora Cecilia, el 1o. de julio, le decía así: "Por lo que respecta a esta querida alma, estése tranquila. Ahora he comprendido que la obra es toda de Dios, y el Señor sabrá coronarla, a pesar de la ignorancia y de todas las pasiones de los hombres y de toda la rabia de los demonios. De nuestra parte armémonos de paciencia para soportar las contrariedades y de prudencia para evitarlas en lo posible. Usted, señora, alégrese de haber sido escogida por Dios para el bello ministerio de custodiar y gobernar un alma tan querida de Dios. Algún día será largamente recompensada".

En contra de la dirección del Padre Germán, se desencadenó el infierno, También los hombres. Pero, ¿qué importa? Dios, desde toda la eternidad, ha deparado a cada alma su guía, y la voluntad de Dios triunfa por encima de todos los obstáculos. El guía señalado por Dios para Gema era el Padre Germán, y a despecho del infierno y de la malignidad de los hombres, supo cumplir su cometido.

XXXVII.

INSIDIAS

Las relaciones entre Monseñor Volpi y el Padre Germán, C. P., eran cordialísimas. Sin embargo, el demonio u otro inspirado por él trató de meter baza en el asunto, haciendo llegar a manos de Monseñor algunas cartas, aparentemente del Padre Germán, y cuyo contenido rezumaba desconfianza y recelo. El engaño fue descubierto.

Primeramente el espíritu de la mentira trató de desacreditar a Gema de diversos modos, a fin de privarla de la ayuda del Padre Pedro Pablo y del Padre Germán, C. P.

He aquí lo sucedido.

Cierto día llegó por correo a la casa de los Giannini una tarjeta, rubricada con las iniciales G. V. V., es decir: Giovanni Volpi Vescovo, y concebida en estos términos:

"M. R. P. Provincial.

"Ante la imposibilidad de hablarle nuevamente antes de mi partida, le ruego que en adelante no se ocupe para nada del enojoso asunto de Gema, pues Jesús me ha hecho conocer que cuanto tiene lugar en ella es efecto de artes diabólicas. Le ruego no se ocupe más de ella, ni ahora ni nunca, y que avise

esto al Padre Germán. Siguiendo la línea que hemos traído hasta el presente, corremos peligro de conducir al infierno a esta pobre alma. Gema no tiene necesidad de sus consejos ni de su ayuda, pues, repito, he llegado a saber que vive completamente engañada. Le señalo el nuevo camino a seguir para que pueda volver presto a Dios.

"Le saluda un amigo suyo".

Monseñor Volpi, al tener noticia de lo sucedido, declaró que, desde luego, la carta no era suya, y que el contenido y el hecho de haber querido utilizar falsamente su nombre descubrían la mala fe de su autor. El orgullo, a todas luces evidente, que respiraban aquellas palabras delataban al demonio, cuando menos como inspirador. Por su parte, el Padre Pedro-Pablo, Provincial de los Pasionistas, a quien venía consignada la misiva, no le dio demasiada importancia. Si acaso le desagradó el escándalo que pudiera derivarse de todo aquello, supuesto que la tarjeta pudo ser leída por todos sin limitación.

Algunos días después, de tres cartas que tenía preparadas para el correo, notó la desaparición de una dirigida al Padre Germán, en la que trataba de algunos asuntos de la Provincia, y algo referente a Gema. Por más que indagó, nadie supo darle razón. Al día siguiente encontró el Padre en su valija una carta cerrada con esta dirección: *M. R. P. Provincial.* La firmaba el *P. Germán;* y, al igual que la tarjeta de referencia, respiraba odio y orgullo.

La carta decía así:

"Ayer a mediodía recibí la carta que tenía Vuestra Paternidad preparada para remitírmela por correo, y que, sin que tuviera que llegar a utilizar este medio, me la entregó el Angel de la Guarda.

"Le contesto con mucha prisa, sin tiempo para nada.

"Padre mío, si las cosas se pudieran hacer dos veces... Al fin nuestro Venerable Monseñor Volpi ha llegado a comprender que en esto de Gema todo es trampa, y que la que se creía una santa vive en la higuera... ¡Oh, Padre, no cometamos más errores! No nos ocupemos en adelante de nadie, si queremos evitar el peligro de ir al infierno. Desdígase de cuanto haya dicho referente a Gema para despojarla de la máscara de la hipocresía que durante tantos años la ha tenido embozada. Todo lo sucedido no es otra cosa que mentira y engaño. Todo, todo, sin exceptuar nada. Gema, lo sé, lo sé bien, se halla en las garras del diablo, y no resultará tarea fácil arrancarla de ese abismo. Por el momento es preciso abandonarla.

"Si antes llegué a tenerla en gran estima, ahora, en cambio, la aborrezco. Haga Vuestra Paternidad otro tanto. Yo no escribiré, ni hablaré más de esa hipócrita. Toda la trama de ayer, créame, fue obra suya. La carta la había escondido... Gracias a que mi Angel anduvo listo...

"Me preocupa mucho la señora Cecilia. Le he avisado urgentemente que la despida de su casa, sin guardar para ella contemplaciones que no merece, si es que no quiere exponer a la ruina a los doce angelitos que tiene en el hogar. El V. Gabriel (hoy San Gabriel de la Dolorosa, pasionista) me ha dictado estas líneas.

"He perdido la fe en Gema... Diríjale una buena reprimenda para ver si vuelve en sí, y luego despídala para siempre.

"Podría decirle más cosas, pero creo que me habrá comprendido. Que se vaya donde Monseñor, y que, como primera medida, le retire la licencia para comulgar.

(Firmado): Germán".

"¿Es alguien que se quiere burlar de mí, o es el demonio?", dijo el Padre Provincial, después de haberla leído. Fuese un ardid del demonio o de cualquiera otra persona, lo evidente e innegable era que en la trama llevaba gran parte el diablo, porque no podía concebirse tanto odio ni tanta mentira, si no es pensado que la pluma fuese manejada o, cuando menos, inspirada por el maligno espíritu.

No terminaron aquí los embustes de esta comedia.

Una noche, las cartas que el Padre Germán había ido dirigiendo sucesivamente a Gema, y que la señora Cecilia tenía coleccionadas y cuidadosamente guardadas, desaparecieron, no se sabe a manos de quién, mostrándose a la mañana siguiente esparcidas y en completo desorden por varios puntos de la casa.

Los ánimos, un tanto sobresaltados ya por la historia de la tarjeta y de la carta misteriosa, experimentaron mayor temor. Se pensó en que Gema fuese en realidad una falsaria, pudiendo ser la autora de aquella nueva fechoría.

Doble pesar para la santa joven. Por una parte, sintió vivamente el despecho de Satanás, tratándose de cosa tan delicada, y, por otra, le fue muy sensible la sospecha formada en torno a sí, y que se dejaba traslucir suficientemente en los semblantes de los que la rodeaban.

Bajo la presión de estos sentimientos, escribió al Padre Germán: "Jesús se halla expuesto en el altar. Corra a su presencia y pregúntele a ver quién fue el que se apoderó de mis cartas y las esparció por la casa... Si sospecha de mí, créame que no he sido... Todos se hallan muy serios conmigo... ¿Me comprende, Padre, lo que le digo? Las cartas fueron halladas por los suelos... Jesús le explicará todo...

Se lo he preguntado al confesor y me ha dicho que es el diablo. Y el diablo, Padre, ¿quién sabe lo que hará todavía?

"Ayer hbalé con el Padre Provincial, y ¡qué aliviada me sentí! ¡Cuánto bien me hizo! ¡Qué bellas cosas me dijo! ¡Cuánta resignación me infundió! No es de maravillar que el diablo haya querido meter la pata. Estos días pasados ha hecho jugadas de toda especie. Estoy, Padre, en la persuasión de que sabrá lo acaecido con la tarjeta y todo el resto.

"Sí, sí, ha puesto en juego todos sus ardides para privarme de la ayuda de mi director y del Padre Provincial, porque comprende de sobra el muy maligno que esas ayudas constituyen para mi alma un gran bien. Aun en el terrible supuesto de que el demonio consiguiera apartarme de su consejo y dirección, tendría a Jesús en mi corazón... Puedo dudar de todos..., pero de Jesús, no. Ni por toda la rabia del maldito.

"No quisiera ocuparme más de él. Prefiero hablarle de Jesús. ¡Qué alegría se experimenta en abandonarse por entero en los brazos de Jesús! ¡Se está tan bien con sólo Jesús! El alma fiel es hija carísima de Jesús... Jesús abre sus brazos..., la estrecha... ¡Oh, Jesús, tengo tanta necesidad de vuestro amor!" [1].

El demonio, que no cejaba por nada en sus pérfidos intentos, ahora llegó a inspirar a Gema ligero disgusto y cierta desconfianza hacia el Padre Germán. De ambos sentimientos triunfó la Santa con la gracia de Dios.

El propio Señor había colocado en las manos del Padre Germán la obra de la santificación de Gema. Se lo hizo saber por ella misma en mayo de

1. Autobiografía.

1901: "En sus manos (aludiendo al Padre Germán) tengo puesta una obra grande para que la lleve con todo esmero a feliz término. Esta señalada tarea y grande obra la conoce ya y debe labrarla él. Se lo he confiado todo. Dile que después de la Comunión me pida la explicación, y que a él se la daré; pero a ti no".

La obra aludida y que el Señor encomendaba al Padre Germán no era otra que la santificación de aquella alma privilegiada.

"Jesús me ha prometido manifestar al Padre Germán su divina voluntad respecto de mí, con tal de que yo se lo pida humildemente. Estoy, pues, en completa paz, esperando que la voluntad de Dios se ejecutará cerca de mí", dijo la santa joven.

Los hechos vinieron a demostrar con harta elocuencia que el P. Germán había sido elegido para esta grande obra por la divina misericordia.

Un día Su Santidad Pío X lo admitió a una audiencia privada, después de haber publicado aquél la Biografía de Gema, y habiendo recaído la conversación sobre la sierva de Dios, díjole sonriendo el Papa: "¿Pero es propiamente verdad cuanto ha escrito usted sobre su vida?" Y el P. Germán le contestó con toda humildad: "Santo Padre, lo que he escrito es bien poco respecto de toda la verdad".

Este hecho lo refirió, sonriente, el mismo Pontífice.

Además de director de Santa Gema, el P. Germán fue su primer biógrafo. Resulta de interés lo que depuso acerca de ella en el Proceso Ordinario de Luca. "Como lo tengo atestiguado en mis precedentes declaraciones, yo escribí esta Vida a ciencia y conciencia, a tenor de lo que vi, o, por mejor decir, toqué con la mano en los últimos tres años que

tuve bajo mi dirección el alma de la sierva de Dios...; después de profundos estudios sobre su espíritu.

"Muchas relaciones históricas no podría ciertamente saberlas por propia ciencia. Declaro, sin embargo, que al recogerlas usé siempre de toda escrupulosidad. Por consiguiente, todo cuanto se halla escrito en este libro *puedo asegurarlo con juramente que es cierto*".

XXXVIII.

CORREO AEREO

Aparte de las maliciosas insinuaciones contenidas en la carta dirigida al P. Germán por mano oculta e ignorada, hallamos en la vida de Santa Gema interesantes pormenores de cartas enviadas a su destinatario por mediación del Angel Custodio, y algún caso aislado en que, con sobrada ligereza, se quiso llevar a la práctica cierto pueril experimento.

El P. Germán, en las "Cartas y Extasis de Gema Galgani", hace esta declaración: "Alguien hubo que pretendió llevar a cabo una prueba consistente en secuestrar una carta escrita por Gema a su director, bajo la esperanza de que el Angel viniese a descubrirla para llevársela al destinatario. Como era de suponer, la prueba no resultó, y Gema llevó la peor parte, tanto del experimentador como de los que aguardaban, confiados, el resultado".

Todo esto exige unas palabras de explicación. Antes de nada, digamos algo sobre la extraordinaria devoción y familiaridad de Santa Gema para con su Angel de la Guarda.

A semejanza de Santa Francisca Romana, lo veía continuamente a su lado, y sostenía con él tratos y relaciones, al igual que con un amigo o hermano.

Cierto día en que la Santa fue a la Religiosas Servitas, díjole una de aquellas Hermanas: "Gema, ¿estás sola?" —No, tengo conmigo a mi querida hermana..., y, además, a otra persona. "¿Se puede saber quién es?" —El Angel Custodio. "¿Cómo puede ser así, pues yo no lo veo?" —Sí, lo tengo junto a mí, y lo veo perfectamente y sin ninguna dificultad —respondió Gema.

Certísimo. Santa Gema podía decir con justicia a cada hora del día y de la noche: "Mi Angel está siempre conmigo, a mi lado. Lo veo, le oigo, lo amo, le sigo, le obedezco, lo venero".

Nunca la abandonaba, sea que se diera a la oración, ya se dedicara a sus labores habituales o fuese a prestar ayuda a las demás.

Si llegaba a cometer algún ligero defecto, el buen Angel, cuya vista, por hallarse perpetuamente fija en la santidad de Dios, es susceptible de empañarse con el más leve átomo de polvo, la reprendía con severidad. Aquí Santa Gema llegaba a temer que los circunstantes se dieran cuenta de la escena, pues, al recibir la reprensión, su rostro dejaba traslucir cierta turbación.

La misión del Angel de la Guarda no se límita a pasar a nuestro lado las horas muertas en una forma invisible, como defensa contra los peligros espirituales. Su labor tiene muchísimo más volumen. Ayudarnos en nuestras múltiples necesidades, dirigirnos a Dios, inspirarnos el bien, conducirnos al Paraíso... El Angel de la Guarda es para los mortales el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre lo natural y lo sobrenatural.

Para Gema, que en la casa del Padre Celestial se consideraba como una niña mimada y regalada, pareciéndole todo posible y todo permitido, era ilimitada su confianza hacia el Angel de la Guarda.

Casi desde la cuna se lo había puesto Dios a su lado, y no la dejaba nunca, como hemos dicho. Lo consideraba, por lo mismo, como a su amigo, como a confidente para los mensajes entre el cielo y la tierra.

Al Angel de la Guarda encomendaba con la mayor naturalidad sus comisiones, encargos, deseos, las súplicas a Jesús, a la Virgen Santísima, a los santos y a los ángeles... Le confiaba particularmente los mensajes dirigidos a los pobres pecadores cuyas necesidades le había manifestado Dios y encargado su conversión. Alguna que otra vez llegó a consignarle con gran simplicidad las cartas para su director, especialmente en ocasiones en que carecía de sellos, o bien cuando, por justos motivos, pretendía que nadie se enterase. Todo era consecuencia de aquella ilimitada confianza, de su humildad, del grande amor.

En el seno de las familias humanas, entre los hijos de un mismo padre, los hay quienes aparecen desconfiados y llenos de reserva hacia el autor de sus días. Otros, en cambio, gozan de tal confianza, que no se les pasa por las mentes que el padre pueda negarles algo. Por el estilo acontece en la gran familia del Padre Celestial. Santa Gema era una hija que todo lo esperaba obtener.

Y, ¿por qué no? ¿No ha dicho tal vez el Señor que hasta los cabellos de nuestra cabeza se hallan contados, y que ni uno solo caerá sin su consentimiento y querer? ¡Qué cosa más pequeña es un cabello!

El Señor es providente aun en las cosas más insignificantes respecto de las criaturas. Santa Gema lo sabía y lo comprendía. Las palabras de Jesús para ella no eran letra muerta.

Gema se hallaba reducida a la pobreza, alojada

en una habitación alquilada, privada de libertad. No gustaba de ser gravosa para nadie; e imposibilitada, por otro lado, de procurarse directamente y con sus propios recursos los sellos de franquicia, puso en la Providencia los ojos. A causa de la distancia, érale indispensable comunicarse con el P. Germán por medio de la correspondencia para recabar sus luces y su ayuda en asuntos importantísimos de su alma. Un día, con aquella encantadora sencillez de que hacía gala en los momentos, al parecer, más comprometidos, rogó al Angel Custodio del P. Germán se encargase de llevarle a dicho Padre la carta por ella escrita. Lo llamó, y sin abrigar la más mínima sospecha, depositó el sobre en sus manos. ¿Por qué dudarlo? ¿No son los ángeles gratos mensajeros de bondad, de paz y de alegría? La carta llegó a su destino.

La señora Cecilia temió que Gema fuera víctima de algún engaño diabólico. Monseñor Tei, que participaba de la misma duda, sugirió a Gema que se abstuviera de utilizar dicho medio en tanto no fuese conocida claramente la voluntad de Dios.

"Caso de ser el demonio, V. R. debía haberlo conocido —escribió Gema al P. Germán—. Dígame, pues, si en realidad es él. Mientras tanto, me abstendré de emplear sus servicios".

A su vez, la señora Cecilia le escribía: "No sé qué decirle. A ratos me parece que estoy soñando. Otro tanto le sucede a Monseñor. Ya sé que Dios todo lo puede".

Este recurso de Gema no era continuo. Pero conviene hacer constar que de las cartas confiadas al Angel y a las que el P. Germán les puso el sobrenombre de *cartas angélicas*, llegaron todas a su destino, sin que se extraviase ni una sola.

A lo primero, también el P. Germán era de opi-

nión de que en aquel hecho insólito y desacostumbrado pudiera esconderse alguna intervención de Satanás. Para atar bien los cabos recomendó a Gema que entregase cerradas a la señora Cecilia las cartas que deseaba fuesen llevadas por la mano del Angel. Luego participó a la señora que las guardase y escondiese en lugar seguro, y, por supuesto, ignorado de Gema. Que si el Señor quería llevar a cabo el prodigio, aun así lo haría. Y aquí comienza la serie de pruebas irrefragables de las que no citaremos más que dos.

Es el 12 de junio de 1901. Gema, obedientísima, consigna una carta a la señora Cecilia. Esta la da secretamente a don Lorenzo Agrimonti, que la encierra bajo llave en un armario de su habitación, guardándose la llave en el bolsillo.

Al día siguiente, sobre el mediodía, Gema se hallaba en el jardín entreteniéndose en acariciar al pequeñín de casa. En seguida llama a la señora Cecilia. Ha visto al Angel con la carta en la mano. La señora no acaba de darle crédito. Vanse en unión de don Lorenzo al lugar donde había sido depositada la carta. Lo examinan todo... La carta había desaparecido, sabiéndose después que era llegada con toda exactitud a las manos de su destinatario.

Con el plausible fin de aclarar las dudas que respecto al particular le asediaban, el P. Germán se artevió a pedir al Señor con fe y humildad una señal que le sacase de la incertidumbre. La señal pedida era ésta: Que su buen Angel, *por una sola vez*, le entregase por vía extraordinaria, o sea en propias manos la carta de Gema, en lugar de ser por vía ordinaria, es decir, por el correo.

Dios ha prometido atender nuestras plegarias cuando van acompañadas de grande fe, de profunda humildad y son inspiradas por un sentido de rec-

titud. Y, ¿cómo sospechar siquiera en nuestro caso que el Señor, verdadera Luz, la Luz increada, ha de negar la claridad a quien la implora para gloria suya?

En la fecha de 22 de de junio de 1901, Gema incluyó bajo un mismo sobre, para confiárselo al Angel Custodio, dos cartas distintas: la una para el P. Germán y la otra para la R. M. Josefa, religiosa pasionista de Corneto, donde residía también el P. Germán. En cumplimiento de la orden que tenía recibida, ambas se las entregó a la señora Cecilia. Esta, sin que Gema lo supiese, con la colaboración de don Lorenzo, escondió el sobre primeramente en la habitación de este señor. Luego lo trasladaron al sitio más escondido e impenetrable de la casa, colocándolo entre dos imágenes, una de San Gabriel de la Dolorosa y otra de San Pablo de la Cruz.

Llegó el día siguiente. A eso de las dos de la tarde la señora Cecilia se entretenía en el comedor hablando con su sobrino mayor. Pronto oye la buena señora llamar a la puerta, e inmediatamente se presenta a su presencia Gema, con la nueva de haber divisado en las manos del Angel la aludida carta. Fría e indiferente, como de costumbre, en apariencia, la señora Cecilia no pareció que prestaba importancia al caso... Fue a entrevistarse con don Lorenzo, y ambos acudieron al lugar donde anteriormente quedó depositada la carta. Las imágenes se hallaban intactas ocupando su sitio. Pero la carta... había desaparecido.

El sobre llegó a su destino, con la particularidad de que esta vez el P. Germán, según lo tenía pedido al Señor, lo recibió directamente de las propias manos del Angel. Al notificarlo a la Madre Josefa, le decía: "Ambas cartas, la suya y la mía, me fueron entregadas por el Angel Custodio".

¿Se las dio a la mano, y las dejó simplemente sobre la mesa?... El P. Germán, celosísimo en ocultar cuanto se refiere a su persona, no lo dice claramente. Sábese que habló de una carta que sintió caer sobre su escritorio una noche a la hora en que sus cohermanos se hallaban recitando los Maitines en el coro. Al decir del Padre Superior, durante los Maitines llamó un desconocido a la portería del convento de Corneto, donde a la sazón se encontraba el Padre Germán, pidiendo con urgencia ser introducido en su celda, alegando que era portador de un pliego que lo quería entregar por su propia mano.

Desde aquel día, el P. Germán depuso todas sus dudas, y concedió a su hija espiritual amplia libertad de valerse del Angel de la Guarda.

Contra este prodigio se indignó el infierno y se indignaron también los hombres. Claro indicio de que era cosa de Dios. Mas, ¿por qué maravillarse, ni escandalirzarse? ¿No dice Jesús en el Evangelio que quien tuviere un poco de fe, semejante a un grano de mostaza nada más, y dijese a un monte *apártate de ese lugar*, será escuchado?

Y, ¿no es de los niños el reino de los cielos? Y el reino de los cielos, ¿no es el propio Dios con su omnipotencia, su misericordia, su amor?

Gema era de esas almas niñas que ganan a Dios con su humildad y su simplicidad. La sencillez de Gema llegaba a lo inaudito. Un día aconsejó a su director, P. Germán, se valiese del Angel de la Guarda para la correspondencia; pues siendo religioso ligado a Dios con el voto de la pobreza, ahorraría con mérito los sellos del franqueo.

Queda por aclarar el experimento que se quiso llevar a efecto a expensas del Angel y de Gema.

Algunas almas, sin tener en cuenta que ciertas

gracias y privilegios los reserva Dios sólo a los que quiere, y, sobre todo, a quienes en su conducta no llevan cosa que se oponga a su divina voluntad, pretendieron locamente, secuestrando, al efecto, una carta de Gema a su director, que el Angel Custodio, tan solamente para complacer su vano contentamiento, se hiciese cargo de ella y la entregase a su destinatario.

Empresa inútil. Gema se valía de los servicios de su buen Angel al calor de un impulso sobrenatural. No siempre. Los que trataban de cogerla *infraganti* con fines bastardos, no obraban serenamente, y pretendían un milagro que no debía buscarse.

Delante de Herodes, deseoso de divertirse de los milagros del Salvador del género humano como si se tratara de un prestidigitador, Jesús calló y no reveló su potencia. Algo parecido sucedió en nuestro caso.

Los experimentadores, fiel reproducción del caso de Herodes, en lugar de reconocer su propio yerro, se volvieron contra Gema... "Padre mío —escribía la Santa al P. Germán—, si viera qué cosas... ¡Y todo porque el Angel no se hizo cargo de la carta como pretendían!"

XXXIX.

¿VENGARME? NO, JESUS, CON TU GRACIA

Gema tuvo fieros enemigos. A través de esta narración hemos visto desencadenarse contra ella el odio de Satanás, y volveremos sobre el mismo asunto. En primer término, veamos la guerra que le hicieron algunos hombres.

Sobre esta página que tanto resalta en la heroica virtud de la Santa, señalaremos unos débiles trazos, debido a que infinidad de lances y de episodios descansan en la región del eterno olvido por gracia de Gema, que prefirió cubrirlos con el velo de la caridad fraterna. Tanto el P. Germán como la Santita de Luca, por amor del precepto de Cristo que ordena amar a nuestros enemigos y adversarios, se llevaron a la tumba copiosa arsenal de casos inéditos, fuente de gloria para ambas almas.

A la copia viviente del Crucificado no debía faltar el martirio del corazón, la duda, la negación y el abandono de sus amigos y confidentes. Tales sufrimientos morales los experimentó Gema en el alto grado.

El primero en cambiar de opinión respecto de ella fue el P. G. del Niño Jesús, aquel P. G., a quien en primer término había descubierto y confiado la Santa los favores del cielo.

Dícenos Gema que solamente el día del Juicio se sabrá con claridad el porqué de aquella guerra sin cuartel, para ella tan dolorosa. Indiscutiblemente, una de las razones, mirado el asunto por el prisma de lo sobrenatural, fue el aumento de la santidad de su alma.

A consecuencia de la infructuosa visita médica (véase el capítulo XXX) y de la pesimista impresión de Monseñor Volpi, el Padre, de retorno en Luca, púsose con obstinación a multiplicar las pruebas en Gema. Sobre las llagas y el sudor de sangre tres, cuatro y aun más veces renovó el experimento del médico, mediante el lavado de las heridas, bien que inútilmente, porque la sangre, en brevísimo tiempo, volvía a derramarse. Ya no era posible dudar, cuando menos del hecho en sí. Escribiendo a Monseñor Volpi, hablábale de profundas heridas, etc., etc. Con él había hecho Jesús —dice el Padre Germán— como con Santo Tomás: "Observa mis manos y pies y mete tus dedos... y no seas incrédulo, sino fiel".

En fin, no era solo él. También los Giannini tenían vivo interés en cerciorarse con escrupulosa exactitud del verdadero estado de cosas, y la señora Cecilia, habiendo oído decir, desde luego injustamente, que las heridas se las ocasionaba Gema por sí misma, no se apartaba un punto de su lado desde el comienzo hasta el final de los éxtasis, observándola atentamente durante todo aquel tiempo.

Y, ¿qué es lo que vio? De suyo, sin intervención externa de ninguna clase, la sangre comenzaba a brotar de la piel de Gema, no cesando aunque las heridas se lavaran una y muchas veces. De otro lado, las cicatrices terminaban por cerrarse de por sí instantáneamente. A la luz de su buen sentido natural, la señora Cecilia, mientras mostraba en la

mano el lienzo empapado en sangre, solía exclamar: "Si esto es o no histerismo, yo no lo sé...; pero me parece que han debido de estar equivocados..." Y decía la verdad.

Además, si aquellas profundas heridas se las hubiese procurado Gema por sí misma, ¿cómo explicar su cicatrización instantánea y tan completa que no dejaba huella alguna?

Con esto, el P. G. del Niño Jesús tornó a creer, pero por poco tiempo. Es preciso reconocer que tampoco era persona apta para ocuparse de un alma a la que Dios conduce por vías extraordinarias. Se requiere tanta prudencia, tanto secreto... Y el P. G. del Niño Jesús no lo poseía. En una ocasión, por ejemplo, al llegar Gema a la casa de los Giannini, acompañada de una amiga y de una hermanita, "Gema, ¿cómo van las llagas?", díjole como primer saludo el Padre. No se daba cuenta de que con ello ponía en evidencia lo que debía mantenerse en el secreto de una respetuosa circunspección.

Otra vez la llenó también de confusión, haciéndola volver en sí de un éxtasis, mediante un precepto mental, estando la habitación de Gema llena de gente. La pobre sufría muchísimo, como todas las almas verdaderamente santas, viéndose sorprendida en pleno éxtasis, y, toda confusa, pronunció las siguientes palabras proféticas: "Ahora son ustedes los que quieren divertirse a mis espaldas y a mí me corresponde estar con la boca abierta. Pero vendrá día en que lo estarán ustedes".

Las fluctuaciones de que daba muestra en su ánimo el P. G. del Niño Jesús se trocaron, por último, en verdadera incredulidad y abierta oposición. No descubría en Gema las características del histerismo; pero, por no reconocer en ella la santidad, ni

el origen sobrenatural de los favores de que Dios la colmaba, se obstinó en atribuírselos al demonio. Parecía olvidar que el demonio puede durante algún tiempo encubrirse con la máscara de la hipocresía, pero que, tarde o temprano, queda descubierta su doblez. Y no se dará en la historia un solo caso de que los entendimientos verdaderamente simples y rectos de corazón no hayan recibido, a este efecto, la suficiente luz del Dios de la Verdad que no tolera que sus amigos vivan engañados por el padre de la mentira.

Varios casos contribuyeron a indisponer de aquella suerte el ánimo del P. G. del Niño Jesús; entre otras, cierta amarga verdad que Gema le comunicó en nombre de Dios, relativa a su alma. La admonición, para que sea bien acogida, necesita que caiga en un corazón dócil, en una alma humilde. De lo contrario, sólo sirve para exasperar el ánimo, pues fácilmente se achaca a falsedad o a hostilidad.

A la contrariedad del P. G. del Niño Jesús, vino a sumarse la del individuo enviado por Monseñor Volpi a constatar el fenómeno de la flagelación de Gema.

La señora Cecilia Giannini había repetidamente rogado a Monseñor Volpi viniese en persona a cerciorarse del hecho. Pero por prudencia, en su lugar señaló a otro. Aquella persona, "como el médico —dice el buen Monseñor—, no observó nada, y de ello deduzco que no agradan al Señor estas indagaciones humanas en orden a los hechos sobrenaturales de Gema".

Más tarde, obligada dicha persona a deponer con juramento, no pudo sostener que no hubiese visto nada, y aunque demostrando gran confusión de ideas, debió declarar haber notado cardenales y heridas en las piernas de Gema. Se expresó como hom-

bre a quien cuesta declarar la verdad, y en este caso bastó lo poco que dijo para dar entender que siquiera vio algo [1].

La Santa, al dar cuenta a su director de esta prueba, se expresaba así: "¡Oh, Padre, cuánto sufrí ayer...! También a Jesús le disgustan estas cosas... Tuve una humillación grandísima; pero estoy contenta... Jesús no se ha separado ni un momento de mi corazón. ¡Cuánto más amable es Jesús en las humillaciones! No me afligen estas cosas por mí; pero por Jesús, sí, porque no está contento de lo sucedido ayer tarde... Y ahora, ¡qué feliz me siento con sólo Jesús! Su amor hacia mí crece en proporción de mis humillaciones... También la tía (la señora Cecilia) se halla afligidísima... Obedezco lo mejor que me sea posible, no hago caso de los desprecios, estoy en constante silencio". Esta inesperada conclusión nos descubre que había recaído sobre ella una serie de vituperios y de falsas imputaciones. Tenía a su favor el testimonio de la propia conciencia, y a ella se acoge humildemente, pudiendo exclamar: *"Soy feliz con Jesús sólo"*.

Gema reverenciaba mucho al P. G. del Niño Jesús, al que en otro tiempo dio la máxima prueba de confianza que cabe en la tierra, revelándole lisa y llanamente los pliegues de su conciencia y el estado de su alma. ¿Cómo explicarnos el cambio de entonación de dicho Padre? Gema lo sintió como el que más. Pero se abstuvo de lamentos. Sin pretender desviar ni un ápice los acontecimientos del cauce señalado por la Providencia, lo sobrellevaba todo en medio de una paz profunda, levantada la mirada al cuadro de Jesús doliente, con la esperanza puesta en el cielo.

---

1. Carta del Card. Pedro Maffi, Arz. de Pisa, Proc. apost.

Los sentimientos que guardaba en relación a sus enemigos se revelan a través de sus éxtasis.

Poco después, la Santa púsose en relación con Jesús, y le fueron anunciadas nuevas cruces... "Ahora no se trata más que de palabras... Luego vendrán también los hechos". —"No he abrigado en mí el deseo de engañar a nadie...; pero ahora casi lo deseo..." y, ciertamente, no por la finalidad de engañar a nadie, sino por una mayor ansia de nuevas contrariedades. ¡Tanto había arraigado ya en su espíritu el amor al sufrimiento!

"¿Lo ves, Señor —exclama la Santa—, la maldad de que hacen gala los adversarios, que hasta rehusan creer tus obras?" Y luego añade: "¿Y qué más da?" De hecho, solamente una cosa importa a Gema: que Jesús se halle contento de ella. Pregunta al Señor: "¿Hay en mí algo que te desagrade?" Y, obtenida respuesta negativa, añade: "Ahora, Jesús, me siento contenta".

Continuemos adelante. El Señor, tratándola en intimidad, llega a manifestarle el mal que su implacable enemigo divulga respecto de ella, pero Gema se siente incapaz de acusarle. "Para los restantes —dice al Señor— pasa inadvertido". Ha llegado a conocer perfectamente el gran precio que se puede obtener de la alquimia espiritual del sufrimiento, y, más que contenta, satisfecha, replica al Señor: "¿Por ventura podía hacerme mayor regalo?" Partiendo de este conocimiento, sale de sus labios esta fervorosa cuanto heroica oración, modelo de la plegaria del cristiano:

"Jesús, te recomiendo vivamente a mi enemigo, a mi mayor adversario. Guíale por el camino del cielo, acompáñale. Si la mano de tu justicia debiera cargar sobre él, no lo hagas. Carga sobre mí. Pero a él concédele todo bien, Jesús.

"No le abandones a su suerte. Consuélale. No te importe el sobrecargarme a mí de dolores. Pero a él, de ninguna manera... Te lo recomiendo ahora y siempre... Jesús, te ruego, asístele y consuélale. Hazle bien, Jesús, colmadamente, a medida del mal que haya podido hacerme.

"¿Vengarme...? No, Jesús mío, con tu ayuda... Te lo vuelvo a recomendar cada día. Sé Tú su guía, y si te parece bien, hazle callar, no por mí, sino por tu honor.

"Para darte a entender lo mucho y bien que le quiero, esta mañana ofreceré la Sagrada Comunión por él. Quizá siga pensando en hacerme mal; pero yo no... Lo quiero, y lo amo mucho..."

He aquí una muestra de la venganza de los santos: Su heroica oración.

Mientras los enemigos de Gema se burlaban de ella, la Santa rogaba encarecidamente por ellos.

"¿Qué haré para tenerlos contentos? —decía—. Un poco de oración. He aquí, ¡oh, Jesús!, la única respiración de mi alma... ¡Qué caudal de méritos para el cielo...! Las pequeñas molestias que ahora soporto me serán motivo de grande alegría... ¿Quién lo diría, Jesús... ¿Podrían hacerme un bien mayor...?"[1]

Al P. G. del Niño Jesús la Santa le anunció la salida de la Congregación, y, de hecho, llegó un día en que se hizo sacerdote secular, cumpliéndose la profecía.

Gema seguía orando por él con especial cariño. Fruto de estas plegarias fue la entrada en la bienaventuranza del citado Padre al cual participó la Santa que, finalmente, su alma sería salva.

Cuanto nuestra Santa había anunciado se cum-

1. Extasis XXI.

plió al pie de la letra. El pobre Padre abandonó la Congregación Pasionista, y, después de haber intentado abrazar la regla de otro Instituto, pidió con humildad ser acogido nuevamente entre sus antiguos hermanos de hábito, dando señaladas pruebas de sincero amor a la propia vocación. Aquellas vicisitudes dolorosas fueron causa de que recobrase la primitiva admiración y estima hacia Gema, a la que denominó desde entonces su salvadora. Ya no la creía ilusa, ni atribuía al demonio la serie de hechos extraordinarios que tenían lugar en ella. Llegó a llamarla a boca llena Santa, llorando amargamente su pasada incredulidad, sus errores, el no haber sabido aprovecharse convenientemente de la ayuda que le hubiese podido venir del contacto con aquella criatura del cielo.

Y, dando muestras de una reparación completa, con grande humildad, lleno de dolor por sus tibiezas y de confianza en Dios, expiró con la muerte de los predestinados. Gema se halló a su cabecera durante la agonía.

XL.

¿SERA POSIBLE?

Todo este conjunto de hechos y las opiniones sostenidas en torno a Gema... influyeron tal vez en el ánimo de Monseñor Volpi, acrecentando sus perplejidades... Una carta de Gema nos lo hace suponer así, a no ser que se tratara de una simple prueba más. Sea lo que fuere, en un caso y otro, resplandece en dicha carta la verdadera y profunda humildad de Gema Galgani.

Escribiendo a su director espiritual, se expresa así: "La pluma se resiste a escribir; me tiembla la mano con fuerza; lloro..." Estas palabras aparecen efectivamente en el original trazadas con mano convulsa y temblorosa.

¿Cuál era la causa de aquel extraño sobresalto? "Hoy a las cinco —sigue la Santa— he ido a confesarme, y el confesor me habla de quitarme a Jesús..." Es decir, de privarle de la Sagrada Comunión.

Gema no se lamenta, ni trata de descubrir en aquella medida una injusticia respecto de ella. Y continúa: "Hágase mil veces la santísima voluntad de mi Jesús... Sean dadas gracias a Jesús de que, al fin, haya hallado quien me conociese y me ayude a ir al cielo... ¿No comprende, Padre, que, por to-

das partes vivo engañada por el demonio...? No, no soy ciertamente digna de recibir a Jesús... En este momento reconozco abiertamente mi indignidad...

"¿Qué ha sucedido después que tenía escrita esta carta...?[1]

"Este suceso me ha puesto en evidencia. A partir de ahora, me conocen todos, y me tratan tal como lo merezco... Para mí no resta ya otro consuelo que Jesús, sólo Jesús.

"El confesor, apenas me confieso, me despacha de prisa y corriendo, habla de quitarme la Comunión, y díceme que se maravilla de haber prestado crédito tan fácilmente al demonio. Demos gracias por todo a Jesús".

De hecho se registró un tiempo en que Gema se acercaba al confesionario para abandonarlo casi inmediatamente. Pero al observarla con aquella expresión más que tranquila, beatífica, de su rostro, nadie hubiera sospechado tan siquiera que llevase abierta una herida en el corazón.

"Ayer —prosigue escribiendo la Santa—, cuando el confesor se dio cuenta de que es el demonio quien obra en mí, llegó a prohibirme pensar en Jesús, ordenándome que, al recibir la Comunión, me conduzca igual que las demás almas, sin recurrir a extravagancias (es decir, sin entrar en éxtasis). Estoy dispuesta a obedecer hasta en esto. Pero, ¿cómo lo haré...? ¿Será verdad que los tengo engañados a todos...?

---

1 Alude a la carta que le fue secuestrada con el fin de que la recogiese el Angel de la Guarda de Gema para llevársela a su destinatario prueba que no dio resultado. (Véase el capítulo XXXVIII).

"¡Ay de mi alma! Pienso en mi alma y en las Comuniones que siempre he recibido en pecado. Muero de dolor, de pesar por el inmenso daño que he hecho a Jesús..." ¡Cuánta angustia a través de estas palabras!

"...Nadie me dirige una voz de consuelo, a excepción de Jesús. Jesús está por entero conmigo, en mi corazón. Con Jesús nada temo.

"Perdóneme. Yo no creo engañarle, como tampoco a mi confesor, ni a nadie. Ayúdeme. Quiero ser buena, quiero obedecer, no quiero cometer más pecados"[1].

No podría aparecer más patente la humildad de Gema. Ella no se cree justificada, sino culpable y gravemente culpable. ¡Qué martirio más cruel para una conciencia delicadísima...! "¿Y si el director estuviese también engañado...?" Temores angustiosos que constituyen una de las características de las almas santas. En su humildad, temen siempre.

Fue preciso que el propio Jesús bajase a consolarla. "No temas —le dijo—. Yo soy quien obra en ti. Nunca te abandonaré. Vive contenta".

Nuevas dudas. ¿Estas palabras vendrían de Jesús? Gema se lo preguntó a su director, pero añadiendo: "Me parece que debo creer, porque es infinito el consuelo que he experimentado al escucharlas".

Quien ocupaba para ella el lugar de Dios díjole (créese que para probarla) que realmente se hallaba engañada. Que el autor de todo es el demonio. Era esto clavarla en la cruz. "¡Oh, Jesús!, ¿habré perdido vuestra gracia?", se pregunta la Santa. En

---

1 Carta XIX. Para no multiplicar demasiado las citas digamos en seguida que este capítulo y los dos siguientes están entresacados de las cartas y éxtasis de Gema.

la intimidad de aquel corazón no encontramos más que el abismo de una espantosa tragedia: "Muero de dolor por el mal que he ocasionado a Jesús..."

Pero aún tampoco se sacia de sufrir. "Jesús, Jesús —continúa exclamando—, admíteme a la participación de todos tus dolores... Sufrir amando, sufrir por Jesús, morir por Jesús".

La conclusión es maravillosa por la confianza y amor que entraña: "Aun en medio de mi indignidad, te amo, te amo apasionadamente. Moriré, Jesús; pero moriré por ti, de amor, o de dolor... Cuanto más pequeña me siento, tanto más amo a Jesús. Su amor llega a embriagarme... Quedaré sola con Jesús".

XLI.

TODO POR JESUS

Las palabras de Gema, con las que hemos cerrado el último capítulo, parecen algo así como el lejano eco de aquellas otras del Apóstol de las Gentes, "¿Quién me separará de la caridad de Cristo...?" "No es que yo tema, Jesús —exclama, a su vez, Santa Gema—. Nada en el mundo me podrá separar de Ti: ni la tribulación, ni la angustia, ni las penas"

Lo hemos visto ya. Ni los contratiempos, ni el hambre, ni la enfermedad, ni las pruebas más terribles del alma y cuerpo pudieron separarla jamás de su encendido amor a Jesús. Por el contrario, al calor de aquellas pruebas, su afecto quedó más enraizado. Gema entregó a Jesús la fidelidad y las delicadezas de un alma generosa. Fue su amor, operativo, desinteresado, confidente.

Conocedora de su fin, "yo soy de Jesús —dirá Gema—. Nací para ser suya y no quiero morir sin haber logrado amar a Jesús, pero inmensamente". Y añade: "Quiero que nadie me venza jamás en el amor a Jesús".

Pocos años antes, una religiosa Carmelita, Santa Teresita del Niño Jesús, había dicho: "Jesús, yo quisiera amarte sin medida, tanto cuanto jamás te haya amado ser alguno de la tierra..." Aunque dis-

tinta en la forma, el deseo y la ambición de estas dos Santas jóvenes, en el fondo es la misma.

¿Qué motivos son los que impulsan a Gema al amor? "¡Oh, Jesús!, te amo, porque eres mi Jesús Te amo, porque eres el único digno de ser amado por mi corazón. Te amo, porque eres bueno... Te amo, porque me has prometido, me has jurado no abandonarme... Te amo, porque eres mi Creador, mi conservador, mi bienhechor. Tú eres mi Paraíso en la tierra.

"Y, porque eres el Esposo de mi alma, te busco sin cesar. Busco tu afecto, tu amistad, tu gloria. Tú eres a manera de un Rey fuerte y generoso que suscita combates, y das, al propio tiempo, la victoria... Haz que yo sea dócil a todas tus inspiraciones; que pueda amarte sin doblez, con todo mi afecto".

Gema sabe perfectamente que no puede llegar por sus propios medios a la obtención de un amor, demasiado para sus menguadas fuerzas. De aquí que implore incesantemente la ayuda de Dios: "Dios grande..., Dios de todo sacrificio..., Jesús..., ayúdame. Mi Redención, Dios engendrado de Dios, ven en mi ayuda... Tus ojos, ¡oh, Jesús!, estén constantemente velando sobre mí... Tengo sed de Ti, Jesús... Tú eres el único amor de todas las criaturas... Tú, Jesús, la llama invisible de mi corazón.

"Desearía poseer un solo afecto, el más ardiente que tuvieron los santos, para poder amarte sobremanera... Pero, ¿cómo lo haré? ¿A quién se lo pediré? A ti mismo, ¡oh, Dios mío!"

No desea adquirir otra ciencia que la del amor. Pero, ¿y dónde hallará su escuela? ¿Quién será su maestro? ¿Cuál la doctrina? "La escuela se halla en el Cenáculo, el Maestro es Jesús, la doctrina que debe aprenderse está contenida en su Carne y en su Sangre".

"¡Sublime pensamiento —exclama aquí justamente su biógrafo [1]—, el Cenáculo es la escuela del amor!" En el Cenáculo rubricó nuestro divino Salvador su testamento de amor, don máximo, fuente perenne de santidad y de vida. Se nos dio a Sí mismo, su carne, su sangre, su corazón, su humanidad, su divinidad... Con el pensamiento fijo en el beneficio inmenso e infinito que compendia y revela todos los amores, es como Gema siente, cada vez más ostensible y apremiante, la necesidad de la correspondencia.

"¿Qué más de lo que hizo pudo hacer Jesús por mí? ¿Podía haberme amado más...? Le pedí que fuese mi Padre, y lo he conseguido... Que me alimentase todos los días con el manjar de su carne, y lo he obtenido también... Le pido todavía otra cosa: Que me esconda a los ojos de todos en el mundo. Sí: deseo ser olvidada, humillada, tenida en nada...

"¿Cuándo llegará el día en que pueda apretar estrechamente con mis brazos la cruz, estando mi alma sumergida en los tormentos de mi Jesús, en sus llagas, en sus espinas, en sus clavos...? ¡Oh, si pudiese abismarme desde ahora en la Pasión de Jesús; cómo lo deseo...!"

En uno de los éxtasis con que se vio favorecida Gema, el Señor le pregunta en qué grado desearía amarle. La Santa le responde: "¿Me preguntas cómo te quisiera amar...? Con la pureza con que te amaron las vírgenes... Con la fortaleza con que te amaron los mártires... Con la caridad con que te amaba tu Mamá..."

Si Santa Teresita daba voces a los santos del cielo pidiéndoles sus adoraciones y su ardiente amor,

---

[1] El P. Germán de San Estanislao, pasionista.

Gema se dirige también a los bienaventurados de la gloria exigiéndoles su propio corazón para amar a Jesús como El merece, puesto que... "lo único capaz de infundir desaliento —son sus palabras— a una alma amante es no poder amar a Dios como lo merece".

Si es incapaz de amarle, quisiera, al menos, dejar constancia de que lo ansía con delirio y frenesí. Sin restringir su amor a las solas palabras, desea que su amor sea operativo, como lo es el de Jesús.

¿Qué vale el amor vacío de obras? En Gema la actividad del amor es grande, y su generosidad alcanza un límite insospechado. Ella puede decir, con frase propia, "que todos sus días están llenos de cruces". Pero podría añadir, con igual propiedad, que todas las recoge y besa amorosamente.

Sus aspiraciones, aun las más santas, caen en el vacío...; no es comprendida... Los favores celestiales de que es objeto de parte de Jesús tardan en ser reconocidos... El demonio le tienta con astucias y le hace sufrir de mil diversas formas...; Gema va leyendo en los corazones de quienes la rodean la desconfianza, el desprecio o la hostilidad... Carece de familia propia...; vive en situación dificilísima, sin la más mínima libertad de acción... Por todos lados se siente embarazada... Parécele ser gravosa a los que la sustentan... La vista de los pecados ajenos y el sentimiento de los propios, siempre en aumento por causa de su humildad, acrecienta en ella la sed de dolor, el hambre de amor y el deseo de reparación, tratando de hallar un lugar donde esconderse, para poder entregarse de lleno a la acción divina, lejos de miradas indiscretas, sin temor a incomodar o preocupar a nadie. Pero este lugar, este refugio, no le es concedido.

"¿Qué no haría yo por Jesús? —dice Gema—.

Tengo una sola vida. Mas, aunque tuviera cien, las daría todas por El... Siento que haría cualquier cosa por El... Soportaría los mayores tormentos... Gustosa daría toda mi sangre... Ansío, sí, el martirio... Todo por contentar a Jesús e impedir que tantos pobrecitos pecadores le ofendan... Dios mío, ¿qué digo...? ¡Oh! Quisiera que en este momento llegase mi débil voz hasta los últimos confines de la tierra... Quisiera que todos los pecadores me escuchasen..."

No puede considerársele a la Santa como presuntuosa o temeraria en su amor. El amor de Gema descansa en un santo temor. Rechazando toda seguridad, quiere vivir constantemente teniendo fija ante sus ojos la convicción de su propia nada. Y, en más de una ocasión, repite: "Yo quiero vivir, ¡oh, Jesús!, en tu santo temor".

XLII.

CONFIANZA

La confianza en el amado nace espontáneamente del amor. La que Santa Gema había depositado en Jesús era tal, que descansaba por completo su corazón.

He aquí la idea que tenía formada de sí misma: "Considero a mi alma como a una elevada montaña, y a Jesús, sosteniéndola para no dejarla caer. En realidad, de verdad, es así. Si Jesús no la sostuviese, caería. Si en algo amo a Jesús, no lo debo, ciertamente, a mí misma, ni a mis fuerzas, sino solamente a su liberalidad.

"Me presento ante Jesús revestida de todas mis debilidades... Tal es el obsequio que le hago. Pero El tiene compasión de mi suma pobreza; me da fortaleza...; me da gracia... En mí no halla otra cosa que incomprensión, debilidad, pecado. Y, no obstante, me ama, y ¡me ama tanto!

"Sí; mi Jesús es, por excelencia, el Jesús de las bondades... Por las luces que se ha dignado dispensarme, he llegado al conocimiento de mi profunda bajeza... No lo niego; soy pecadora. Pero no quiero desesperarme por eso, porque si desesperara, negaría que eres misericordioso...

"Cometería un desaire contra Jesús si me desanimase. ¡Me muestra tan poderosamente su protec-

ción! Me creo una nada por mis fuerzas; mas con Jesús lo puedo todo... Su gran misericordia es el fundamento donde se asienta mi esperanza... Quisiera formar como un haz de todas mis malas inclinaciones para ofrecérselo a Jesús en sacrificio de expiación, a fin de que lo consuma por entero en el santo fuego de su amor... Cierto, Jesús, que no merece amor quien te ofendió tanto; pero debes dármelo, porque veo que Tú mismo lo quieres por tu bondad.

"Sí, Jesús, poseo tanta confianza en Ti, que, aunque las puertas del infierno se mostrasen ante mis ojos abiertas y me hallase al borde del abismo, no me desesperaría... El cielo y el infierno coaligados en contra mía, no serán capaces de sembrar en mi corazón una gota de desconfianza en tus misericordias..."

No es posible resaltar más la confianza en Dios. Nos parece escuchar a Santa Teresita del Niño Jesús:

"...¡Qué alegría se siente al abandonarse en los brazos de Jesús...! ¡Se vive tan bien con sólo Jesús...! Yo me he entregado por completo en las manos de Dios, abandonándome totalmente en su divina voluntad. Busco a Jesús para que me ayude a cumplir su santísimo querer... Mientras me asaltaban multitud de deseos, mi alma se sentía inquieta... Ahora que no siento ninguno, soy feliz... Jesús en la tierra, Jesús en la vida, Jesús en el cielo...; he aquí lo que me sostiene... En mi interior no pienso, ni busco otra cosa... He puesto en las manos de Jesús todas mis cosas, y ahora vivo en el silencio y en la paz del corazón... Si Jesús es todo mío, nadie podrá jamás vencerme".

Santa Gema podía cantar con la lira de San Juan de la Cruz que sus ansias han colmado:

Suspensa en profundo olvido
sobre el Amado mi rostro posé;
alejóse mi deseo,
y en El me abandoné
donde, enterrado,
mi bello pensamiento dejé.

Gema ha llegado a la comprensión de que "haciendo la voluntad de Jesús, toda cruz se cambia en alegría y se hace dulce el sufrir, de suerte que, en realidad, ni hay cruces, ni pesares para quienes viven estrechamente unidos a Jesús.

"Sin Jesús y su divino querer, hasta el cielo me produciría espanto. ¡Cuán digna eres de ser amada, santísima voluntad de Dios! Si en el infierno los condenados aceptasen la voluntad de Dios, su fuego y sus penas se les harían dulces... ¿No es Jesús quien hace el amor perfecto? ¡Qué contento experimentaría mi corazón si mi vida acabase un día unida al querer de Dios! Cierto día que me dominaba este pensamiento, Jesús me respondió: "Eso no sería morir; sería vivir por siempre".

Ciertamente, en el cielo la unión es perfecta entre el alma y Dios. Gema, aun en la tierra, goza de la posesión de Dios, posesión de dominio, como se ve a través de estas expresivas palabras: "Casi diría, Jesús, que yo soy señora de Ti".

¿De qué medios extraordinarios se habrá servido para posesionarse de Dios? Se ha abismado en su nada y declara ser éste el único medio eficaz para cautivarlo. "Déjamelo repetir: Tú eres mi presa amorosa, como yo lo soy de tu inmensa caridad".

"Déjame decir, ¡oh, Señor!, que eres grande; pero, a pesar de toda tu grandeza, mi alma desea hacerte todavía más grande".

Veamos cómo. "Sí; viniendo a mi alma te haces más grande, porque mi espíritu es ruin y pe-

queño, y así triunfa tu misericordia". A través de estas palabras, la Santa demuestra comprender que el atributo que más honra a Dios en sus criaturas es la misericordia; es decir, la conmiseración, con la que perdona a los pecadores y repara sus deslealtades.

El amor de Santa Gema es desinteresado. "Yo —dice— no quiero de Jesús otra cosa que Jesús mismo". No pide de Jesús más que a Jesús; no sus favores, ni sus caricias, ni sus dones, sino a El sólo; su voluntad, que Jesús se la entrega en forma tal, que la Santa, sencillísima en la sublimidad de su amor, exclama: Me parece que Jesús me quiere muchísimo". Y, en otra ocasión, añade, con mayor convencimiento si cabe: "Sí que me quiere muchísimo". Y da ingenuamente la razón: "Porque todo cuanto respiro es suyo; todos mis deseos son suyos, todos mis afectos, suyos también..., siempre y en todo momento; al amanecer, cuando llega la noche, a todas horas..."

No es de maravillarse que el Corazón de Jesús, que no se deja vencer en generosidad, le dijese, como a otras santas: "Tú me bastas". Gema, anonadada siempre en su profunda humildad, se pregunta: "¿Qué haré para colmarte? Sólo Jesús puede bastarse a sí mismo. Por eso ven, ¡oh, Jesús!, a reinar en mi corazón".

La unión entre ambos es tan estrecha, que Jesús llega a seguirla amorosamente, no dejándola un momento, donde quiera que vaya. La Santa, sorprendiéndose un día de amor tan cumplido, le pregunta, en su ingenuidad: "Pero, ¿cómo, Dios mío, has abandonado todo lo demás por seguirme a mí? ¿No tienes que ganar a nadie más que a mí? De pronto siento que una luz ilumina mi mente; comprendo que Jesús, en la claridad inmutable de su divina

visión, ni crece al comunicarse a una sola alma, ni disminuye por comunicarse a muchas criaturas a la vez".

"Déjame, ¡oh, Dios mío!, que te llame Padre. Nadie perdona como tú mis debilidades, mis inconsideraciones... Tú eres un abismo de amor; yo, un abismo de iniquidad".

Porque un abismo llama a otro abismo, Dios llena el abismo de la humildad de Gema con el de su amor, en tal forma, que la Santa se ve forzada a exclamar: "Mi corazón es pequeño y Dios es infinito... Este pequeño corazón siente necesidad de agrandarse, de dilatarse..." En realidad, al ímpetu de tan extraordinario amor, el corazón de Gema se dilata bajo el impulso del fuego sagrado de la llama divina. Como aconteció a San Felipe Neri, a nuestra Santa se le levantaron tres costillas, mientras que el corazón parecía querérsele saltar del pecho, y las llamas que de él salían llegaron a quemar en forma real y visible su costado izquierdo.

"¿De qué me serviré, Jesús —exclamaba Gema entre aquellas apreturas de amor—, o cómo me las arreglaré para sustraer mi pecho a la acción de tu fuego...? Ven, Jesús, Tú eres llama, y en llama viva has querido trocar mi corazón".

Consecuencia necesaria de tales ardores de divina caridad era la nostalgia del cielo, la pena de que se prolongase por tanto tiempo el destierro de esta tierra, el deseo de no hacer otra cosa que la santísima voluntad de Dios, a fin de amarlo sin medida... "¡Oh, Paraíso! ¡Oh Paraíso! Déjame pensar en ti... En ti no habrá más noche ni tinieblas, ni cambios de cosas y de tiempo... ¡Oh Paraíso! en ti se halla el Dios de Dios, Luz de la Luz... El Sol de justicia te ilumina; tu corazón inmaculado será quien te dé la claridad del sol.

"El límite de la felicidad y de la consolación es contemplar a Dios, al Rey de Reyes, que tiene su asiento y trono en medio del Paraíso... ¡Oh, Paraíso..., es tanto lo que suspiro por ti! Sólo un deseo me atormenta; un goce que no ofrece fastidio... Eres tú, ¡oh, Jesús!, quien me has dado este deseo. ¿Seré digna de ver, ¡oh, Paraíso!, tus fundamentos? ¿De conocer tus santas murallas, tus habitantes, tu Rey? ¡Oh, santos ángeles!, me encomiendo a vosotros... A ti, ángel mío...

"Abridme la puerta... Dejadme entrar..."

XLIII.

EL PARAISO EN LA TIERRA

Para las almas verdaderamente amantes hay un Paraíso anticipado, el de la Eucaristía, "donde se halla vivo el Corazón de Cristo, alimento y manjar susceptible de identificar a las almas con Jesús". Por eso, entre las señales más ciertas de la auténtica caridad que arde en deseos del bien eterno, habrá de ponerse siempre la devoción al Santísimo Sacramento.

En el pecho de Gema anidaban amores eucarísticos... "En la Eucaristía —son sus palabras— se asienta una virtud que purifica al alma y destruye el pecado; hacia ella vuelo sin poder contenerme".

"Hubiera podido vivir sin el alimento material", asegura una persona que la conocía íntimamente. Pero sin la Santísima Eucaristía, no. Sentía por ella un amor apasionado.

El prodigio de amor registrado con anterioridad en Santa Catalina de Siena y en otras santas se vio renovarse en el alma de Gema. Desde la festividad de Pentecostés hasta fines de junio de 1902 vivió sólo de la Eucaristía, sin que en su cuerpo experimentara la más ligera sombra de decaimiento. Obligada un tiempo, en virtud de la obediencia, a

alimentarse, se sometió gustosa, como siempre; pero al devolver los alimentos que iba deglutiendo, con tal ímpetu y violencia que hasta arrojó sangre por la boca, quedó evidenciado a las claras el sentir de la voluntad de Dios. La misma prueba se repitió bastantes veces, con idéntico resultado. En consecuencia, se le hubo de autorizar al ayuno absoluto, fuera del Pan Eucarístico. Después de algún tiempo, a fines de junio, el propio Jesús le hizo comprender que era llegada la hora de suspender el prodigio. Entonces Gema volvió, con suma naturalidad, a hacer uso de los alimentos.

Evidentemente el Señor quiso demostrar a Gema por medio de este hecho, que aquí en la tierra *el todo* para ella lo constituía El. A un mismo tiempo, fortaleza espiritual y fuerza material. Que las cosas terrenas, consideradas aisladamente separadas del que les dio la vida y las sostiene, son una negación. Aquella fiesta de Pentecostés marca, por otro lado, para Gema la iniciación de una era de pruebas extraordinarias, y, al parecer, con tal prodigio quiso el Señor dejar bien sentado que estas pruebas traían su origen de lo alto.

En la riente mañana de su Primera Comunión, después de haber recibido a Jesús, había dicho Santa Gema a la compañera que se hallaba a su lado: "Yo me siento abrasar...; siento aquí (señalando el corazón), un fuego... ¿No sientes tú lo mismo?" La compañera sonrió por toda respuesta.

Este fuego, que no se apagó jamás, irá en creciente hasta convertirse en incendio devorador. Al calor de esa llama se verá obligada la Santa a exclamar: "Presiento que el amor me vencerá, finalmente, y que mi alma, no pudiendo amar lo bastante a Jesús aquí en la tierra..., se separará por propio impulso del cuerpo... ¡Qué deliciosa suerte

amar a Jesús sólo! Padre —se dirige a su director—, ¡qué dicha si usted pudiese decir algún día: "¡Gema fue víctima de amor y murió sólo de amor!" ¡Esa sí que sería bella muerte! Quisiera deshacerme, que mi corazón se redujera a cenizas y que todos dijeran: "El corazón de Gema se abrasó por causa del amor de Jesús".

La sola presencia del Tabernáculo despertaba en ella la fiebre del deseo de comulgar. Aun físicamente se le notaba la ansiedad, hasta el punto de que, para pasar desapercibida, veíase obligada muchas veces a desviar la vista de aquel santo lugar.

Ante el Santísimo expuesto se sentía arder y consumirse... "Ayer, al acercarme a Jesús en el Sacramento, me sentí abrasar tan fuertemente, que hube de alejarme de allí para no llamar la atención. Me estoy volviendo loca de ver cómo tantos y tantos que reciben a Jesús y viven unidos en El no quedan reducidos a cenizas... Para mí Jesús es irresistible... ¿Cómo no amarle con toda el alma, con todo el corazón? ¿Cómo no desear vivir toda absorta en El y consumida en las llamas de su santo amor?"

"Hace algunos días, lamentándome con Jesús, le dije: "Dios mío, si a todos abrasas y consumes de esta suerte delante de ti, no habrá quien te pueda resistir y te quedarás solo". Jesús me contestó, amorosamente: "Pero sabe que a todos no amo en el mismo grado que a ti". ¡Oh, sí... Jesús me ama! ¡Sea siempre bendito!"

Es esta sencillez digna de encomio. Ni un comentario, ni un movimiento de sorpresa después de esta afirmación, que hubiese llenado de sobresalto y de estupor a un alma menos humilde y simple que ella. Ni tan siquiera se apresura a darle las gracias. Nada. Solamente afirma: "Sí; Jesús me ama". Lo cree, lo siente; no lo duda.

Durante algún tiempo, en ausencia de su madre adoptiva, fue recogida, primero en la hospedería y después en la clausura de las Religiosas Servitas. Gema solía pasar las noches enteras de rodillas, inmóvil cual una estatua sobre las gradas del altar, en amorosa contemplación. A buen seguro, hubiese invertido allí toda su vida, pidiendo sin cesar a Jesús que le reservase un rinconcito en su Tabernáculo. Las Hermanas mostraban admirarse de aquella ininterrumpida oración. "Muchas me preguntaban —decía Gema—, ¿qué haces tanto tiempo delante de Jesús? Y yo, a mi vez, les arguyo: ¿Qué hace un pobre delante de un gran señor? ¡Necesito tantas cosas!"

Sublime respuesta.

"A mí no me diste, Señor, riquezas temporales y caducas. Pero sí lo que constituye la verdadera riqueza y vale inmensamente más: el alimento eucarístico. ¿Cuán grande sería mi culpa si a la Santa Hostia no dedicase por entero mis afectos? El Espíritu del Verbo, desde el fecundo seno del Padre increado, vendrá a darme a gustar sus ternuras... Ven, ven, ¡oh, Jesús!, que mi alma suspira por Ti de día y de noche. Por Ti suspiro a todas las horas, en todos los momentos... No deseo otro bien que a Ti. Sólo Tú, ¡oh, Jesús!, puedes dejar colmado mi corazón.

"Ante Ti presento mi alma. Esta alma que ha sido creada, con exclusión de todo elemento material, no de tu sustancia, sino de la misma nada por medio del Verbo, que eres Tú mismo. Héla aquí, cabe tu augusta y soberana presencia, esta alma es piritual, creada por Ti, inmortal en su destino, purificada y santificada con tu santo bautismo. ¡Jesús! En tu presencia mis angustias desaparecen como nube incierta a la que disipa el sol".

Al tiempo que su alma celebraba estos transportes, el rostro de Gema, transfigurado en el de un ángel, traslucía el gozo que le inundaba.

Todo esto, dentro de la mera especulación contemplativa. Cuando Jesús llega a su corazón, dirígele ardientes invitaciones como éstas: "He aquí, ¡oh, Señor!, te abro mi pecho. Introdúcete, ¡oh fuego divino! Ven, Jesús... Qusiera ser el horno ardiente de tus sagradas llamas..." Absorta en el Bien infinito, concentrando sólo en El las potencias de su alma, entra en éxtasis... Cierra los ojos a la tierra, porque se siente sobradamente feliz ensimismada en Jesús, que es el todo para su alma.

"¡Qué preciosos momentos los de la sagrada Comunión! —exclama—. Felicidad que, me parece, no puede parangonarse más que con la eterna bienaventuranza de los ángeles y de los santos. Ellos contemplan el rostro de Jesús, y, a un tiempo, están seguros de no pecar, de no perderlo más. Yo les envidio ardientemente estas dos cualidades, y desearía ser su compañera. Por lo demás, tendría, si fuese capaz, motivos de alegrarme. Porque Jesús entra todos los días en mi corazón; Jesús se me da por completo.

"Sí. Si Jesús es dulzura, la irradia sin tasa en el Santísimo Sacramento. Pero, ¿cómo una Majestad tan grande puede sorportar a una criatura vilísima?

"¿Por ventura, no ve la ingratitud de mi alma, no ve mi corazón? No obstante, Jesús me soporta, me ama.

"Y si Jesús, pobre como soy, me ama, ¿cómo no le amaré yo, siendo El rico y fuerte?"

A semejanza de todas las almas humildes, Gema deploraba su frialdad, lo que ella llamaba su impureza, y decía: "Tan indigna como he sido siempre, necesario sería que restituyese al altar tantas partículas robadas..., tanta sangre..."

De hecho, Gema llevaba una vida completamente eucarística. Deseaba transcurriese pronto la noche para poder ir a la iglesia, no parando mientes en sus sufrimientos o enfermedades. Sólo la obediencia podía impedírselo. "Porque la obediencia es santa —son sus palabras—, y la primera comunión que Dios desea de nosotros es, todavía más que la sacramental, la comunión con su voluntad".

"¡Oh, Jesús!, ¿quién será mañana el primero en recibirte? Seré yo..."

Toda la noche era para la Santa una continua preparación. Oigamos el siguiente relato, tomado de una carta dirigida a su director:

"...Es de noche, pero se avecina la mañana en que Jesús me poseerá, y, a mi vez, poseeré yo a Jesús... ¿Por ventura merezco yo tal dicha? No, Padre mío. ¿No es verdad? Jesús, mi Dios verdadero, único objeto en quien cifro mis afectos, ¡qué dicha constituiría para mí el morir después de haberte recibido! ¡Sí, morir en el divino éxtasis de la Sagrada Comunión! Jesús, mi único amor, te espero. Quisiera que, al menos, los transportes de mi ternura te hiciesen olvidar el amargor de mis disgustos. Considero ilusos, en realidad de verdad, a todos aquellos que aman a otro que a Jesús... ¡Dios mío, es demasiado que te dignes también hoy dirigir tu mirada sobre la última de tus hijas! Os adoro, Dios mío, y muero de amor por Vos... Conservaré siempre en mi mente, en mi corazón, en mis labios, vuestro dulce nombre... Jesús; Jesús ahora y siempre... Jesús, mi luz, mi corazón, mi alma... Jesús... Jesús... Jesús..."

A través de tan bellas aspiraciones, compréndese fácilmente el inmenso dolor que aquejaría a la pobre Gema al oir a su confesor palabras que entrañaban una amenaza de privarla de la Sagrada Co-

munión. Invadida de temores de haber comulgado hasta aquel momento en pecado, deseaba morir de dolor.

Contemplándola acercarse a recibir a Jesús en el Augusto Sacramento, la sola vista de su rostro, inflamado e irradiando fulgores de viva fe y de ardiente caridad, movía a la virtud y servía de edificación.

"En la iglesia, a las veces, no se está como se debe —decía—. ¿Veis cómo están los ángeles?" Los espíritus, invisibles adoradores del Tabernáculo, eran su modelo.

La protestante convertida, miss Ethel Rose, señora de fe profunda, de piedad ardiente y de heroico espíritu de caridad, cuenta que, yendo un día a la Basílica de San Miguel para confesarse con Monseñor Volpi, debió de esperar largo rato por la circunstancia de hallarse el confesionario rodeado de gente en grande cantidad.

"Entre tanto —viene a decir—, un sacerdote dio de comulgar a los fieles, llamándome poderosamente la atención una jovencita que me impresionó, no sólo por su modestia y recogimiento, sino que también por la extraordinaria palidez de su rostro. Parecía atraerme e interesarme tanto, que le observé por espacio de una hora, viéndola cómo recibía a Jesús y cómo, después de recibirle, se inflamó su rostro, revelando un amor ardentísimo... Encendida y recogida, de rodillas sobre la balaustrada del altar, con las manos unidas y la cabeza levemente inclinada al pecho, permaneció, toda absorta, en profundísima oración... Semejaba una estatua..."

Aunque no lo parezca así, a simple vista, nada más fácil y sencillo como sacarla de aquel intenso recogimiento. Su madre adoptiva, que durante los últimos años de su vida no la perdía de vista ni

un momento para evitar que en sus actitudes se hiciese espectacular, le invitaba al uso de los sentidos con sólo estas palabras, proferidas muchas veces, más que con los labios, con el corazón: "Señor, haced que vuelva en sí". A estas palabras, Gema, como si uno voz misteriosa le acabase de dar un mandato formal se levantaba inmediatamente y la seguía, sin haber terminado todavía la fiesta de amor del banquete eucarístico, al que se había preparado con ardentísimos afectos.

Jesús, el sublime ignorado, es su divino huésped de honor. "El está siempre conmigo —dice Gema—. Es todo mío. Jesús se encuentra solo, solo. Estoy sola para cotejarle, para bendecirle... Lo tengo encerrado en la mísera estancia de mi corazón... Aquí desaparece su majestad... Estamos solos... Mi corazón palpita al unísono con el corazón de Jesús... ¿No es esto suficiente para producir en mí temblores y estremecimientos de consuelo...?"

XLIV.

LA MISTICA MARIPOSA

"¿...Quién me diera alas de águila, quién me diera alas de paloma para volar a Ti, Dios mío...? Dame, Jesús, las alas de la contemplación. De lo contrario, ¿de qué medios me serviré para remontarme hacia Ti...?" El Señor se las concedió, haciendo viable que Gema revolotease constantemente, cual amorosa mariposa, alrededor del sol divino, llegando hasta la cumbre del místico monte de la perfección, para celebrar allí, sumergida en un océano de luz, las nupcias terrenas con el Cordero divino; nupcias terrenas, preludio de las celestiales y eternas. Entre unas y otras no existe sino el débil misterio de un velo roto el cual el alma se subyace en el mar inmenso e infinito de la Santísima augusta Trinidad.

Sigamos con la pupila del espíritu la marcha victoriosa y ascendente de Gema por el monte santo cuyas primeras etapas nos son conocidas: divinos atractivos; durísimas pruebas para purificarla de los sentidos; lluvia incesante de celestiales favores. Pero, antes de pasar adelante, puestas a tono las antenas de nuestro sensibilidad captadora, un examen y análisis a su alma, a sus comunicaciones con Dios. Veamos su oración y su necesidad de rendir constantes alabanzas a la Majestad divina.

Insertaremos algunas nociones preliminares debidas a la acreditada pluma del P. Germán, quien las anota en la introdución a su profundo estudio de la contemplación de Gema.

"La contemplación —dice el P. Germán— es propia de la vida mística. Es una elevación del alma hacia Dios y las cosas celestiales, con una mirada del entendimiento, simple, afectuosa y llena de admiración, de donde nace en el corazón del contemplativo una inefable suavidad y dulzura.

"Para gustar en la meditación el néctar de la verdad eterna, el alma debe trabajar con sus tres potencias; memoria, entendimiento y voluntad, y, frecuentemente, no sin grande fatiga.

"Al contrario, en la contemplación no ha de hacer otra cosa que admirar la belleza que Dios mismo se encarga de mostrarle con extraordinaria luz para que el alma pueda complacerse ante aquella visión, como en un éxtasis. No se ejercita, rigurosamente hablando, en reflexiones, aplicaciones, raciocinios, etc..., porque permanece como suspensa ante la serie de casos verdaderamente extraordinarios, que le arrebatan fuera de sí de estupor. En una palabra, el contemplativo realiza en este mundo con la luz de la gracia, lo que con la luz de la gloria ejecutan los bienaventurados en el cielo" [1].

Reproducimos el relato de Gema a su director:

"Al ponerme a meditar, no siento fatiga alguna. Experimento que mi alma súbitamente se adentra en la contemplación de los inmensos beneficios de Dios, abismándose cuándo en un punto, cuándo en otro. Antes de todo, comienzo a pensar que, habiendo sido yo creada a imagen y semejanza de Dios, sólo El debe ser mi último fin.

---

1. P. Germán de San Estanislao, pasionista. Biografía de Gema, cap. XXIV.

"Me parece que en tales momentos el alma quisiera perder el peso de este cuerpo para unirse a Dios, y, encontrándome delante de Jesús, me abismo por completo en El. Me siento forzada a amar al celestial amante de las criaturas... Cuanto más pienso en El, tanto más dulce y amable se me muestra... A las veces, me figuro estar viendo a Jesús rodeado de luz divina, en un sol de eterna claridad; un Dios infinitamente grande, que no existe en el cielo ni en la tierra nada que no le esté sujeto...; un Dios en cuya voluntad radica todo el poder... Entre los bienes lo reconozco como el sumo Bien, un bien que existe de por sí mismo... Siendo Jesús perfecto, en El se halla todo. Hay veces en que me pierdo verdaderamente en su bondad, y aquí casi siempre mi mente vuela al Paraíso. Jesús es infinitamente bueno y yo gozo en El, espero de El todo bien... Y termino rogando a Jesús que aumente en mí su santo amor, a fin de que en el cielo se perfeccione".

Y prosigue: "Me siento (en la oración) como fuera de mí... No distingo dónde me hallo, si enajenada de los sentidos o no..., encontrándome en una paz y tranquilidad que no sé explicar... Una fuerza irresistible me atrae. Pero no es una fuerza que ocasione fatiga o contrariedad. Es una fuerza dulce. Al bucearme en la plenitud de la dulzura que experimento en la posesión de Jesús, me olvido por completo de que estoy en el mundo. Siento que la inteligencia descansa, y que nada tiene que soñar. El corazón nada desea, porque se halla en la posesión del bien inmenso, del bien infinito que no admite comparación; un bien sin medida ni defecto. Ni aun después (de la oración) siento necesidad de buscar o de padecer nada, por ser inmensa la suavidad que Jesús me hace gustar en su infinita bondad y cari-

dad. No siempre, sin embargo, es amor de dulzura. A las veces me veo atormentada (en la oración) de tan intenso dolor de mis pecados, que me parece voy a morir".

A una pregunta de su director, Gema respondió: "Veo a Jesús al entrar en la oración, no precisamente con los ojos del cuerpo, pero lo conozco perfecmente, pues me hace caer en un dulce abandono, y en este abandono lo conozco. Su voz se me hace tan penetrante, que muchas veces he exclamado que me hiere más que una espada de dos filos. Entra muy dentro en el alma. Las palabras de Jesús son palabras de vida eterna. Cuando veo a Jesús en la forma en que digo, no me parece ver belleza corporal, ni figura, ni armonía de sonidos, ni canto de voces; sino que veo y siento a Jesús como una luz infinita, como un bien inmenso. Su voz no es articulada, pero es de mayores efectos, y se hace sentir en mi espíritu más que si escuchase palabras articuladas...".

Para proporcionar a su director la imagen acabada de cuanto acontecía en el mundo de su espíritu, echaba mano de algunos ejemplos: "Imagínese ver una luz de inmenso resplandor que todo lo penetra, envuelve e ilumina, y que, al propio tiempo lo vivifica y reanima en tal forma, que cuanto hay, existe por esta luz y en ella y por ella tienen todas las cosas vida. Así contemplo yo a mi Dios y a las criaturas en El. Figúrese un incendio tan general como el universo, que abrasa todo sin consumirlo, y que, abrasando, ilumina y fortalece, y que aquellos que están más adentro de su llama se hallan mejor, v desean con mayor intensidad ser abrasados... Así contemplo a nuestras almas en Dios".

Respecto de la Santísima Trinidad... "me parece ver tres personas dentro de una luz clarísima...

Tres personas en una sola esencia, porque la Trinidad es Unidad y la Unidad es Trinidad... Unica es su esencia, una su bondad, una su bienaventuranza".

En cierta ocasión, Monseñor Volpi la interrogó sobre el misterio de la Santísima Trinidad, y Gema profundizó tanto, que impresionados a la luz de la doctrina, ambos guardaron silencio, y, aunque sus cuerpos no se elevaron de la tierra, cual aconteció a San Juan y a Santa Teresa de Jesús al platicar sobre el mismo misterio, mentalmente y en espíritu se sintieron arrobados y sobrecogidos ante la sublimidad del tema.

Refiere tambien el párroco don Federico Ghilardi: "Estando de paso en la casa Giannini, fui advertido por la señora Cecilia de que era llegado el momento en que Gema entraba en éxtasis, preguntándome si quería presenciarlo. El semblante y la actitud de Gema eran de una persona que se halla en comunicación con otra. La tal persona, en nuestro caso, era invisible.

"Oí hablar a Gema conceptos tan elevados con referencia al misterio de la Santísima Trinidad, tan profundos y teológicos, que me llené de maravilla y hube de preguntar a la señora Cecilia: "¿Pero esta jovencita ha hecho tal vez estudios especiales de la Doctrina Cristiana o de algún libro de teología?" Con esto quiero significar toda la admiración que me produjo escuchar de labios de Gema la doctrina católica, tan precisa y profunda".

Sí; a las veces eran tales los sentimientos y las dulzuras divinas en el alma de Gema, que la enajenaban de los sentidos o la hacían caer en dulces coloquios: "¿Cómo podría explicarle lo que me sucede en aquellos momentos? El cielo entero se vierte en mi pobre alma. Primeramente, me lleno de admiración. Luego, sobresaltada, oprimida, siento que

mi mente se confunde...; el corazón late fuertemente sin saber qué hacer. Se goza y se sufre a un mismo tiempo, no quisiera volver atrás. ¡Si supiera el estado en que queda uno al final de la oración! Ignoro si lo habréis experimentado alguna vez. ¡Dios mío, qué bueno sois conmigo!"

Otras, por el contrario, su oración es dulcísimo sueño: "Figúrese una niña que duerme en el regazo materno. Se olvida de sí propia y de cuanto le rodea; de todo. No piensa en nada. Descansa y duerme, y no sabría decir en qué forma o por qué. Así se halla mi alma durante este tiempo. Pero, créame, Padre, es un sueño dulcísimo".

El P. Germán, con la teología mística por timón, nos muestra a Gema recorriendo todas las etapas, desde el recogimiento místico hasta el matrimonio espiritual. Unicamente los casos de externa embriaguez del espíritu fueron algo raros en ella. "Dijérase —escribe el citado Padre— que la divina gracia quería respetar aquella modesta reserva que Gema cultivaba con tanta solicitud. En las ascensiones más vehementes de su oración supo contenerse dentro de los límites del estado indicado, y toda su exterior conmoción, en las contadas veces que este fenómeno se manifestó en ella, se reducía a algún acto manifestativo de extraordinaria alegría y a ciertas locuras amorosas, en extremo moderadas y llenas de dignidad, por otro lado.

"Mediante el recogimiento infuso —prosigue el Padre—, Dios hace al alma atenta. Con el silencio espiritual la vuelve apta para escuchar sus divinas voces. Con el descanso místico la dispone a emprender obras de envergadura. La templa en el sueño. La excita con la embriaguez. Con las llamas de su amor la abrasa, y con la sed de vivir unida a El la transforma en Dios, la atrae y la consume. He aquí

compendiado en pocas palabras, el camino recorrido por Gema, aunque todavía no ha llegado al término".

"Y, ciertamente, aun cuando el alma, al llegar a este altísimo grado de perfección, se vea y se sienta aproximarse a Dios y guste de Dios con indecible suavidad, tiene, no obstante, la impresión de que no lo posee íntimamente. Es como una mariposa. Atraída por el resplandor de la llama, revolotea a su alrededor, se arroja con fuerza hacia ella, pero, ofuscada por la misma luz, no penetra dentro de la llama para identificarse y perderse en ella. Por eso, esta pobre alma gime y se lamenta con tanta mayor ansiedad cuanto más vivas e intensas son las luces que en los múltiples grados de su oración ha recibido, referentes a la belleza y amabilidad de Dios.

"Todo esto, con breves pero sapientísimas palabras, lo declara la seráfica Virgen de Luca al dar cuenta a su director de este estado". "Jesús está en mí y yo soy toda suya. Espero la gracia de ser transformada completamente en El".

"Este insigne favor no es concedido de una sola vez al alma, pues no podría soportarlo, y el Señor la va disponiendo con finezas de amor que los místicos denominan *toques divinos*, y vienen a formar el octavo grado de la mística teología. Son una expresión espiritual análoga a la del tacto corpóreo, por la que el alma siente la acción divina y a Dios mismo en lo más íntimo de su ser, y lo gusta en modo inefable".

Estos toques se hacen progresivamente más frecuentes y más íntimos. "A medida que la luz sobrenatural descubría a Gema las bellezas divinas —dice el P. Germán—, caldeado el corazón, comenzaba a palpitarle con violencia, y era tal el deseo de unirse al Sumo Bien, que parecía iba a salirle del

pecho. Con el continuo crecer de estos ardores fue debilitándose paulatinamente el muro de separación entre la criatura y el Criador, hasta que, derruido el muro, el alma afortunada se hallaba en contacto con la divinidad. Ahora, poco podía hablar, y caía en amorosos deliquios".

Si hasta aquel punto Gema no osaba llamar a Jesús esposo suyo, siéndole suficiente considerarse sierva e hija, a medida que iba creciendo en ella el amor, aumentaba también el deseo de dar a Jesús el título de Esposo. "Si experimento, Dios mío, tanto consuelo en llamarte Padre, ¿qué será cuando te pueda llamar mi Amado? Sí, Jesús, consuela a esta tu pobre hija y esposa prometida".

Hallándose en éxtasis, se le oyó decir: "¡Oh, Jesús!, ¿pero siempre hija? y ¿nada más? Yo quisiera... ¡Oh, Jesús! Quizá sea demasiada audacia... ¿Sabes qué cosa deseo? Querría, Jesús, querría ser vuestra... esposa. Sí, vuestra esposa, Jesús". Y permaneció largo tiempo absorta, con el ánimo suspenso.

Con referencia al hecho, el P. Germán exclama: "Y ahora vos, ¡oh divino esposo de las almas!, decid aquí, en el tiempo, decid a esta inocente: Levántate y ven. *Veni sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dóminus preparavit in aeternum*".

Los deseos de Gema estaban colmados. El Verbo divino se le unió con indisoluble vínculo de amor. Tampoco faltaron las arras a este místico desposorio. Apareciósele Jesús, como va lo hizo anteriormente con Santa Catalina, con San Pablo de la Cruz y otros santos en forma de un gracioso niño, sostenido en brazos de su divina Madre, quien, cogiendo un anillo de su propio dedo, lo colocó en el de su afortunada sierva.

Desde aquel día Gema no parecía criatura hu-

mana. La majestad de su rostro, el brillo de sus ojos, aquella suave sonrisa de sus labios y cuanto de extraordinario se venía observando hasta entonces en ella, tomaron a partir de aquella fecha un no sé qué de celestial que movía a la reverencia y le hacía parecer un ángel del cielo.

Frutos de esta mística unión era el horror que le ocasionaba el solo nombre del pecado, el ardiente celo que le hubiera inducido a exponerse a ser despedazada para impedir una sola, aunque mínima, ofensa de Dios; el vivísimo deseo de dar a Dios satisfacción con toda clase de padecimientos y de llevar a cabo grandes conquistas para su mayor gloria; cierta impasibilidad en medio de las mayores tribulaciones de la vida: las vejaciones diabólicas de Satanás y las arideces del espíritu.

Después de constituida, al modo dicho, esposa, Santa Gema no se turba jamás. Uniéndose estrechamente a Dios, su voluntad se transforma por completo sin que nada baste a inquietarla. En íntima unión descansa en Jesús, porque uno de los más excelentes frutos de la unión mística es el abandono en Dios.

XLV.

NOCHE OSCURA

No se crea que el alma puede llegar a tanta altura sin haber experimentado el crisol del sufrimiento en alto grado.

Tratándose de un estado semejante a la bienaventuranza eterna, para arribar a dicha morada necesita someterse previamente a una prueba de purificación al estilo de un purgatorio anticipado. Algo terrible.

Sobre la criatura que se halla en este trance llueven pruebas de parte de Dios, de los hombres y del demonio. En torno a ella fórmase un conjunto dolorosísimo de incidencias que la conducen al completo despojo de sí misma, y que, haciéndose perder toda confianza en las criaturas y en su propia ser, al privarla de todo consuelo, termina por sumirla en un estado tal de desnudez espiritual, que hasta se cree abandonada de Dios.

Desaparecen las dulzuras del banquete eucarístico y las íntimas efusiones de la oración. Todo es hastío, cansancio, tinieblas, dificultades... El recuerdo de supuestos pecados la tortura. La duda de si Dios la habrá perdonado la llena de angustia. El pensamiento de su falta de correspondencia a la gracia, le produce desaliento. En otro mundo de

cosas, todo lo ha olvidado. No se recuerda ni de las gracias, ni de los dones, ni de tantos especiales favores recibidos... "Mi estado de ánimo —dice Gema— es tan melancólico y tenebroso, que no distingo la luz por ninguna parte. Y ¿qué se hizo de todo lo pasado? ¿Aquel cúmulo de cosas que veía y sentía?... Apenas tengo memoria de nada... Paréceme haber tenido un sueño prolongado... Será que Jesús quiere alejarse cada vez más de mí... En lugar de aprovechar en la virtud, voy empeorando... No por esto dejo de comulgar, y, por mi parte, quisiera amar a Jesús sin medida... Todo me aflige... Se han secado en mí hasta las fuentes de la gratitud... Verdaderamente, no sé si aún estoy en el mundo... Si llamo a Jesús o le busco, ni siquiera internamente se digna contestarme. Antes era El quien me llamaba. Ahora lo llamo yo, pero, sobre no responderme, me rechaza. Insisto en buscarle, pero cada vez se aleja más... Del pasado ya no puedo hablar, porque no lo recuerdo, y, ahora, ni lo comprendo... Ya no soy capaz de pensar en Jesús; es decir, pienso en El siempre, pero no... Sí, sí, es verdad, estoy en el *De profundis*. Y ¡cuánta dificultad para la oración! La estancia en la iglesia es para mi alma causa de fastidio y de tristeza. El tiempo que empleo en la meditación se me antoja un purgatorio... No obstante, no la omito... ¡A qué punto he llegado...! ¿Puede darse algo peor? A pesar de todo, estoy contenta, porque así lo quiere Dios. Practicó los acostumbrados actos de piedad, y, para desquitarme, hasta los aumento".

El demonio la tienta casi por encima de sus fuerzas. Paraliza sus facultades, le impide orar. En tal estado: "Apiádate de mí, Señor —exclama Gema—. Ten piedad de mí. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás Jesús mío? Te llamo tantas veces al día, te bus-

co sin cesar... Pero, ¿y de qué me sirve el vivir si te pierdo? ¿Y qué haré, Dios mío? Ya no soy la amorosa presa. ¿Y de quién seré en adelante presa? ¿De quién? No lo permitas, Señor, no lo permitas".

Todos estos gritos de angustia delatan el profundo martirio de su alma, producido por el temor de perder a Jesús.

Pero si a Jesús se le ha ocultado a su alma, ¿no lo será por culpa suya? ¡Qué aterrador pensamiento para un corazón amante como el de Gema! Se le ha encerrado tras de un espeso velo, y ¿es posible que no lo vuelva a ver más? Punzante espina, tormento cruel.

"¿Cuál es el motivo que más te ha movido a abandonarme?... Dice, Jesús: ¿en qué te he ofendido? ¿No te consagré puro mi corazón? ¡El demonio me trae a la mente tantas cosas!"

"Razón tienes para no volver más a mi lado... Pero, ¿sin decirme nada? ¿Ni un sí, ni un no, ni una palabra de aprobación o de reproche? Y ¿qué haré, Jesús, en el mundo? ¿Dónde me has dejado, Jesús mío? Inútilmente me devano los sesos desde la mañana hasta la noche... Tú me dijiste un día: "Me eres ingrata, pero te aprecio". ¿Y ahora? Sé para mí el de antes... Te prometo lo que quieras".

"¡Qué demora! ¿Tardo yo o eres Tú? ¿Y me dejas así? ¿Y nos quedamos así? Si es tu voluntad, rasga esos velos, líbrame de estas cadenas, ilumina mis pasos".

"¿Dónde te has escondido, amor mío? ¿Dónde te ocultaste? ¿Y vivo yo? Hazme morir, que sí lo deseo. Deseo morirme por verme sola contigo. ¿A dónde has ido a parar, Jesús mío? Belleza infinita, ¿dónde te escondiste? Que se aclaren siquiera por una vez las horribles negruras que oscurecen mi mente... ¿Acaso me has dicho que no te vería más

sobre la tierra? No lo recuerdo, a la verdad. De pequeña me aseguraban que siempre estás presente... Y, ¿cómo es que no te veo? Rasga, ¡oh Jesús!, esta envoltura corporal que me tiene aprisionada. No me sentiré satisfecha hasta que mi alma, libre de toda ligadura terrena, no remontare su vuelo a las altas regiones donde te asientas".

En el torbellino de ideas que pululan por su mente no deja de asaltarle el pensamiento de ser condenada. Gema lo desecha, y pregunta a Jesús si cabe la posibilidad de que arda eternamente en el infierno, eternamente separada de El, un alma cuyo único anhelo en este mundo se cifró en amarle sin medida.

"Y ¿de qué me serviría en tal caso la misericordia que has usado conmigo, ¡oh Jesús!, y tantas gracias tuyas? —exclama la Santa—. ¿Yo, al infierno, para odiar y maldecir por siempre a Jesús? !Imposible! ¿No es verdad? Y, ¿consentirá Jesús en ver a una pobre hija suya condenada, cuando yo deseo amarle infinitamente y he rehusado ofenderle? Dime de una vez para siempre, Dios mío: ¿Me salvaré o me condenaré?"

¿Cuál es el resorte que sostiene a nuestra Santa en las luchas y arideces de espíritu? La fe, "Te llamo, ¡oh, Jesús!, y te invoco a cada momento por la fe. Con aquella fe que me diste para la salvación de mi alma, por tu inmensa bondad... Me es dulce vivir de la fe... La fe me basta..."

Admirable fondo de quietud en el espíritu de la Santa, no obstante la dura soledad a que Jesús la somete; a pesar de las cerradas tinieblas que la envuelven, o del huracán de la tempestad que esporádicamente ruge a su alrededor. Le basta una sola cosa: Que Jesús le reserve su amor. Las externas manifestaciones de este amor le tienen sin cui-

dado. "Reserva tus caricias —dice a Jesús— para aquellas almas que te son preferidas... No me importa la falsía del mundo... Inflámame en tu santo amor, y esto me basta".

Ella misma nos dirá en qué se ocupa en tal estado... "Yo busco siempre a Jesús. De día y de noche procuro promover su gloria, y no deseo otra cosa que su amor..." ¿Y no es justamente esto lo que el Señor desea del alma que aspira a unirse con Él? Constante, desinteresada y amorosa fidelidad en la prueba, apoyada en la fe y sostenida por una voluntad que no ha menester de la gracia sensible, sino de la fortaleza de la gracia.

De cuando en cuando, como sucede siempre en tales estados, cesa la lucha, se rasgan las tinieblas y reaparece la luz. La Santa entona un canto de agradecimiento al Señor: "Te doy gracias, Señor, por estos momentos de paz... Te doy las gracias aunque por mi parte me hallo siempre dispuesta a renunciarlos, si tal fuese tu voluntad. Querría alabarte y bendecirte dignamente. Pero, ¿qué criatura habrá digna de alabarte cual mereces? Para ello necesitaría un espíritu puro. Y, ¿dónde hallar la criatura concebida pura? Yo dejo esta tarea a los ángeles y a los espíritus bienaventurados del cielo para que, a millares, te alaben y glorifiquen. Así, pues, que los ángeles y santos suplan mi tibieza. Quiera alabarte, amarte y glorificarte, a despecho del demonio y a gloria de tu infinita Majestad".

Pero estos momentos de luz y de reposo son escasos y breves. En seguida el alma recae en la soledad de las tinieblas. "Siento recobrar las fuerzas, apenas levanto la voz en tu laúd, ¡oh, Señor! —dice Gema—; pero el gozo es tan fugaz como breve, y mi alma torna a caer en el abismo". Mas un rayo de esperanza reposa sobre ella, y, animándose, ex-

clama: "Alma mía, vive tranquila. Verás cómo a las tinieblas ha de suceder la luz... Estate contenta... Espera en Jesús... Sólo en Jesús".

Al finalizar esta larga prueba viene la unión, en la que nada podrá turbar al alma de Gema, ni siquiera en los últimos días de su vida, cuando expiraba extendida sobre la desnuda cruz, sin consuelos, ni del cielo ni de la tierra; sin un rayo de luz que surcase a ratos la profunda soledad de su espíritu.

Esta querida flor de la Pasión que había recogido en sí la corona de espinas, los clavos y la esponja de amarguísima hiel, no iba a sentirse en adelante agitada por vientos siniestros. Al doblarse su tallo fue a descansar eternamente sobre el corazón llagado del Mártir del Gólgota.

XLVI.

SUBLIME HEROISMO

En su esencia, uno solo es el objeto de la caridad: Dios. Según se le refiera mediata o directamente, admite varios denominadores. Amor de Dios, cuando se le considera y ama en sí propio. Amor del prójimo, si el afecto lo dirigimos a nuestros semejantes, relacionando este sentimiento con la imagen del Creador, que se transparenta en cada una de las criaturas.

Dos amores. Mejor dicho, doble ramificación del único amor de caridad, que siempre va en justa correspondencia, como los puntos de dos líneas paralelas.

El alma humana se halla formada a imagen de Dios. Lleva en sí un destello o una nota de las cualidades y atributos divinos. Es como un átomo descentrado de su gran principio. Libre de las resistencias que sólo pueden tener origen en las imperfecciones, cuanto más amare a Dios, experimentará mayor atracción hacia El. Lo buscará con certero instinto, como María de Magdala, y, al hallar al Amado, se perderá en El, desdibujándose por completo, al igual que desaparece una gota de agua en la extensión inconmensurable del océano. Y, por aña-

didura, sabrá idealizar sus sentimientos, amando a Dios en sus hermanos.

Es, al mismo tiempo, la contraseña establecida por el Señor para distinguir a sus discípulos: "En esto os reconocerá el mundo si sois mis discípulos: en que os améis..."

Atrayente en sumo grado la caridad de Santa Gema en su doble ramificación. Estaba nuestra Santa dotada de exquisita sensibilidad y de fina percepción de espíritu. Y sabía renunciar de buen grado, sin sombra de aparato, y hasta sin ser notada, cuanto pudiese empañar, aun remotamente, sus relaciones con aquellas personas con quienes convivía.

Aparte de esta delicadeza y cortesía, en el terreno sobrenatural e idealista llevó su caridad para con el prójimo a los límites del heroísmo auténtico. Repetidas veces ofreció su vida por la conversión de los pecadores. En la carrera de sacrificios y de renunciamientos llegó todavía más adelante. Una pobre mujer era cruelmente atormentada del demonio. Gema solicitó de su confesor la oportuna autorización de pedir a Dios idéntico tormento para sí, proponiéndose ofrecer los sufrimientos y dolores como víctima expiatoria por la conversión de las almas. Lo obtuvo, juzgándolo como sumo favor.

Dar la vida por el propio hermano tiene algo de noble, de luminoso, de grande. Abatirse hasta hacerse esclavo de Satanás, exponiéndose, no sólo a inauditos y duros sufrimientos, sino a humillaciones, desprecios, juicios siniestros de los hombres, desconocedores del heroísmo oculto en tal estado de abyección, es el máximo de los sacrificios. Sólo Dios puede medir su magnitud. Los hombres no vemos más que el lado oscuro.

"Prepárate —dijo el Señor un día a Gema—; prepárate. El demonio, con la implacable guerra que se propone dirigirte, dará la última mano a la obra que quiero consumar en ti". En realidad, las vejaciones sufridas por la Santa fueron horribles, y nos recuerdan aquellas otras que soportaron en otro tiempo los grandes santos: San Antonio Abad, Santa María Magdalena de Pazzi, San Pablo de la Cruz y otros.

Con la violencia o el engaño procuraba el demonio apartarla de la oración. Pero Santa Gema permanecía firme como una roca, a pesar de las artes desplegadas por el espíritu maligno. "¡Oh, no poder orar! ¡Qué tormento es éste para mí! —decía Gema—. ¡Cuánta fatiga me cuesta! Y ¡cómo se esfuerza el bribón por impedírmelo! Ayer quería matarme, y a fe que hubiera llevado a cabo sus designios de no haber acudido presto en mi ayuda Jesús. El desaliento me invadió... Tenía la imagen de Jesús siempre en la mente, pero se me hacía imposible pronunciar su nombre con la boca".

A las veces, cambiando de táctica, procuraba inspirarle odio y horror hacia Jesús, cuya sagrada persona le pintaba como un ser inicuo, injusto, capaz de hacer sufrir a sus amigos sin ventaja. Gema salía de tales asaltos con un acrecentamiento de amor en su corazón.

En estas luchas no hallaba alivio y consuelo sino en la persona de su director. Sin duda, para arrancarle también este apoyo, el demonio intentó inspirarle repugnancias, desconfianza..., representándole como hombre ignorante, fanático, iluso...

Asimismo, el demonio trató de restar la confianza que la Santa tenía depositada en su confesor. Para ello suplantó su persona varias veces. Aunque en el físico el parecido era completo, la Santa

descubrió pronto el ardid, porque, en lugar de animarla para que practicase el bien, le incitaba al mal. Lo que a Gema le producía una gran turbación. De esto dedujo la Santa que tras de la máscara de su confesor se ocultaba el demonio.

Otra de las veces, al grito provocador de "*¡Guerra! ¡Guerra!, tu manuscrito está ya en mis manos*", se apoderó del diario que Gema había compuesto a ruegos de su director, y fueron precisos los exorcismos para obligarle a restituirlo.

Al ver frustrados en flor todos sus ardides, se transformó en ángel de luz, y hasta intentó revestirse de la semejanza de Jesús Paciente. Gema, ayudada de la gracia divina, descubrió oportunamente el engaño.

Ahora cambió de táctica. Quiso envanecerla, insinuándole al oído que todas aquellas cartas, cuidadosamente conservadas, serían un gran reclamo para su persona. Que, al publicarlas, la gente afluiría en grandes masas junto a su lecho, venerándola como a santa.

La tentación que más torturó su alma fue la de la desesperación.

El malvado se aprovechaba de las grandes arideces que experimentaba Gema para sugerirle insidias como éstas: "¿Lo ves? Jesús no quiere saber nada de ti. ¿Para qué fatigarte inútilmente en correr en pos de El? Resígnate a tu miserable suerte... Para ti no existe esperanza de salvación... Estás en mis manos..."

Atroz pesadilla, susceptible de abatir un espíritu menos humilde que el de Gema. Pero la Santa, a todo respondía: "Dios es misericordioso. Nada temo".

Hubo momentos, si bien raros, en que el demonio se apoderó enteramente de la buena joven: de

sus sentidos, potencias y facultades. Al cesar de ser posesa, la pobrecita exclamó: "Me parecía hallarme en el infierno... Pero, con tal de no ofender al Señor, no habría salido de él; lo que es por mí..." El Señor la tranquilizaba. Lejos de ofenderle, le había glorificado.

En más de una ocasión se desató el demonio como una verdadera furia contra Gema, haciendo lo que quería de su persona. Visiones en las que se le presentaba bajo formas espantosas. Lanzándose sobre ella con actitudes enteramente agresivas, la golpeaba sin piedad. Luego la asía de sus cabellos con sus robustos brazos, y después de jugar con su frágil cuerpo, lo despeñaba escaleras abajo. Al cabo de cada sesión de éstas, los miembros de Gema, como es de suponer, aparecían magullados y lívidos.

A menudo el espíritu del mal cambiaba la decoración, ahora eran ruidos siniestros, espantosos rugidos que hacían estremecer la casa hasta en sus cimientos. Gema se aterrorizó bajo la impresión de aquel espectáculo de desolación y de muerte. "¿Dónde estás Jesús mío? Ea, ven en mi ayuda" —articuló con débil voz.

El miedo la invadió. Al llegar la noche: "Venga a hacerme compañía" —dijo a la señora Cecilia—. Levantándose ésta, fue a sentarse junto al lecho de Gema. Le acarició con ternura de madre, recomendándole que no temiese. Al poco, un extraño temblor agitaba los miembros de Gema. Temblando, declaró a la señora: "Veo al demonio".

Al temor sucedió cierta hilaridad. El verlo tan horrible era para ella motivo de irrisión. Entre chanzas, lo despreció soberanamente.

El martirio espiritual de Santa Gema, sometida a esta clase de torturas, duró por espacio de varios

años. Pero mientras ella gemía prisionera de los artificios de Satanás, los pecadores, rotas sus cadenas, tornaban a Dios entre lágrimas de arrepentimiento.

El resultado ya se sabía. A cada conquista de Gema seguía un redoblamiento de furor de parte del demonio.

XLVII.

CADENAS ROTAS

Queda expuesta la maravillosa conversión que tuvo lugar la tarde memorable de la primera entrevista de Gema con el Padre Germán, C. P., ni fue sola.

Una señora, en cierta ocasión, recomendó a las oraciones de la Santa a un hermano suyo, que llevaba fama de ser obstinado pecador. Gema lo aceptó. Pero cuando, rogando por él en el éxtasis, Jesús le dijo que no lo conocía, su estupor no tuvo límites.

No por eso se dio por vencida. Se dirigió a María. Ni a las primeras ni a las segundas de cambio obtuvo contestación. Llevó adelante la partida. Ahora rogó a San Gabriel de la Dolorosa, pasionista. Todo en vano. Debe ser un gran pecador —deducía de todo ello Gema—. Redobló sus oraciones infructuosamente durante todo un año.

Yendo una tarde la Santa a la iglesia en unión de su madre adoptiva, doña Cecilia Giannini, se encontraron casualmente con la muchacha de servicio de la señora que le había recomendado a su hermano. Poseída de grande sentimiento, comunícóles que dicho señor se hallaba enfermo, pudiendo considerársele ya próximo a expirar.

Tanto la Santa como doña Cecilia quedaron boquiabiertas con la noticia. Apenas habrían andado veinte pasos, "¡Está salvo, está salvo!" —exclamó Gema, revelando en su rostro una alegría desbordante—. "Pero, ¿quién?" —le preguntó la tía—. "El hermano de aquella señora". Y el rostro de Gema, al pronunciar estas palabras, dibujaba un aire de satisfacción.

Los hechos vinieron a comprobar la presunción. En aquel momento había expirado el enfermo con sentimientos de verdadera contrición.

Obtuvo también la conversión de un sacerdote. El Señor le descubrió su alma, aunque sin declararle el nombre ni la persona de que se trataba. Gema contempló en espíritu el alma de aquel sacerdote, que celebraba diariamente en pecado mortal por no decidirse a declarar en confesión cierto pecado que ocultaba. El Señor proporcionó a Gema minuciosos detalles del caso. "Mañana irá a confesarse con tal, y de nuevo resistirá a declarar la falta..." Gema tomó una determinación dada la confianza que tenía con el confesor ante quien iba a presentarse el pecador, resolvió ponerle al corriente de todo secretamente.

El sacerdote se acerca a confesarse. Minutos más tarde ha concluido la confesión, pero sin declarar la culpa. Entonces, el confesor cree llegado el caso de intervenir. Animándose, le dice: "Un alma caritativa me ha manifestado que usted viene ocultando en las confesiones un pecado mortal por vergüenza. ¿Es cierto"

El golpe fue de gracia. Cogido tan finamente en las redes, acabó por manifestarlo.

Todavía tenemos noticia de otra conversión notable, conseguida en vida por Gema. Es un pecador

conocido de ella. Se lo recomendó un sacerdote, y su conversión fue de las más difíciles. Por conseguirla, Gema oró, luchó y sufrió durante largo tiempo. Aún en su última enfermedad, se le oyó exclamar: "Lo llevaré sobre mis espaldas por todo el tiempo de esta Cuaresma, y después será tiempo de descanso." El Jueves Santo Gema recibía la halagüeña noticia de que se había realizado la tan suspirada conversión. Dos días más tarde, rotas las ataduras de la carne, volaba al cielo el alma de la santa joven.

Indudablemente, a las puertas de la eterna mansión le darían la bienvenida, aparte de otros espíritus bienaventurados, el coro de las almas que iban llegando merced a sus oraciones.

Gema se sentía animada del espíritu de expiación. "Quisiera bañar con mi sangre todos aquellos lugares donde Jesús sufrió la Pasión. Quisiera que todos los pecadores, redimidos por la sangre de Jesús, se salvaran..."

La palabra "abandonar" la tenía excluida de su repertorio, ¿Cómo abandonar a su suerte a un alma redimida con la sangre del Hombre-Dios? ¡Abandonarla, jamás! Y cuando Dios le revelaba que, para ciertas almas, rebosaba ya la copa de su indignación, el corazón de Gema sufría intensamente.

En todas las almas veía esculpida la imagen de Dios, y, con frecuencia, se remontaba en su mente desde el espíritu puro e inmaculado de los inocentes niños hasta el alma borrosa y barroca de pecados de las personas mayores que habían sufrido una desviación de la senda del bien. Al recorrer la escala hacía votos para que en unos se perpetuase la inocencia y recobrasen los otros la estola de la gracia perdida.

He aquí un ejemplo de su fecundo apostolado.

Estando la Santa enferma e inmóvil en su lecho, una pobre mujer llegó a ofrecerle sus servicios para el acarreo de agua hasta la casa. Un hermano de Gema llegó a saber que, en punto a religión, dicha mujer dejaba algo que desear, y las tías se inclinaban por despacharla. Al darse cuenta de ello, Gema, con el rostro encendido, dijo: "¿Tal vez por motivo análogo rechazó Jesús a María Magdalena, alejándola de sí? Dejadla entrar libremente en casa. Quién sabe si le podré hacer algo de bien. No la despachéis. Os lo suplico".

Y, en efecto, desistieron, Gema aceptó la tarea de convertirla. Ella lo rehusó cuanto pudo. Por fin, la Santa, insinuándose en su alma, comprendió que la penuria, el no poder satisfacer el alquiler del más miserable albergue, era la causa ocasional de los deslices de aquella pobre mujer.

Gema también es pobre. Pero, ¿y qué importa? Aquella alma le da mucha compasión y encuentra modo de ayudarla. La tía de Camaiore le envía, de cuando en cuando, algo de dinero para cubrir sus necesidades, y ella, con generosidad inaudita, lo va entregando a la pobrecita descarriada para que vaya abonando el alquiler de la miserable habitación que tiene en arriendo. Al dar cuenta a su tía de las cantidades que iba recibiendo, le dice: "Nada desperdicio. Lo sabrán después en qué lo empleo".

El triunfo coronó la caridad de Gema. La mujer en cuestión volvió a Dios. Rompió la cadena de sus pecados con una buena confesión general, y desde aquel punto vivió como una buena cristiana.

La inocencia y santidad de Gema en contacto con estas tareas morales nos recuerda, por una asociación de ideas, la semblanza de Santa María Magdalena de Pazzi, que en su profundísima humil-

dad llamaba hermanas suyas a las pobres extraviadas, por quienes oraba. Es elocuente este ejemplo. Los santos se encuentran en lo bajo y en lo alto. En la humildad y en el amor.

Entre los medios que empleaba para obtener del Padre Celestial el don de la gracia para las almas merece consignarse el de las lágrimas. Este recurso ponía en juego —como suelen hacerlo la mayoría de los niños— cuando, siendo niña, deseaba alcanzar algo de su papá. Lo que demuestra que Gema conservó, hasta en sus relaciones con Dios, el espíritu infantil. Las gotas preciosas de sus lágrimas, vertidas por culpas ajenas, procedían de una fuente de amor. Y el amor lo puede todo.

Mucho le ayudaba en su intenso apostolado el don del discernimiento de espíritus, concedido por el Señor. La visión de lo futuro, la vista de las cosas lejanas...

Era tímida y silenciosa por naturaleza. No se acobardaba, sin embargo, cuando el Señor decía a su alma: "Vete y habla". Así, por ejemplo, anunció un castigo de Dios a la Superiora de cierto monasterio, si persistía en resistir a las órdenes de los Superiores Mayores.

A una persona de categoría le comunicó que cesase de ejecutar algunas cosas que desagradaban a Dios. A otra, que para agradar al Señor debía proceder en tal forma. A un venerable Prelado que la interrogó si su gobierno era acertado, "Padre —le respondió Gema—, conviene que vaya un poco más despacio. De otra suerte, no contentará a nadie".

Leía en el corazón de las personas que se le acercaban, lo que le permitía dar siempre en el clavo. El P. Germán, para humillarla, trataba de quitar importancia al hecho. "No apruebo ese sentimiento que dices experimentar en las personas que

se te acercan —le escribía—. Dios da esas impresiones a sus ministros y a los directores de almas que se hallan en el deber de atender a las necesidades espirituales del prójimo. No a una mujercita que no es capaz de gobernarse a sí misma. Atiende, Gema, a lo que te digo, y pide a Jesús que se digne conducirte por la vía ordinaria".

La Santa joven quiso obedecerle hasta en esto. Pero... Aquel sentimiento no dependía de ella.

La caridad de Gema, viva y operante, llegaba a los umbrales de la eternidad. Al purgatorio. Sin haber tenido antecedente alguno sobre su persona, supo por revelación de Dios que una religiosa pasionista de Corneto se hallaba enferma. Algún tiempo después, un viernes, le pareció oir una voz que le decía: "La Madre María Teresa del Niño Jesús está en el Purgatorio. Ruega por ella. Sufre mucho".

A menudo el Señor insistía en pedirle nuevos sufragios por algunas almas que deseaba tener consigo en el cielo. Gema estaba habituada a ofrecer el mérito de sus obras a Dios en sufragio de las almas del Purgatorio, en general, y de las que se le hubiesen recomendado, en particular. Un jueves, el Señor prolongó durante dos horas los sufrimientos de su generosa sierva para aplicar el mérito a cierta alma necesitada.

Se acercaba la fiesta de la Asunción de María a los cielos. Gema tenía como un presentimiento de que, en tal fecha, se verificaría la liberación del alma por la que venía rogando con tanta insistencia. Era la mañana de un claro día de agosto, en que los rayos del sol comenzaban a brillar con luz cegadora. Gema se encontraba en la sala de Comunidad del monasterio de las Servitas, entregada a la lectura de "Las Glorias de María", de San Alfonso de Ligorio.

De pronto siente que alguien le toca ligeramente por la espalda. Se vuelve, y ve a su lado a una persona que aparecía vestida completamente de blanco. Tuvo miedo. Quiso huir, gritar. Pero parece que una fuerza sobrehumana se lo impedía. "¿Me conoces?", le preguntó la visión. Gema respondió con un "¡No!". Pues, bien —prosiguió la visión—, he venido a darte las gracias por la diligencia con que vienes rogando para que yo vaya al cielo. Sigue rogando unos días más, y no tardaré en ser eternamente feliz".

"No me dijo más —concluye Gema—. Yo continué leyendo, y ella se fue".

Le produjo extrañeza que la Virgen Santísima no hubiese rescatado a aquella alma del Purgatorio para su festividad. A tenor del aviso recibido, comenzó a redoblar sus sacrificios. Finalmente, una mañana, después de la sagrada Comunión, comprendió, por inspiración divina, que aquella misma noche quedaría libre. Pero antes habría de tener la Santa una señal.

Al caer de la tarde la naturaleza va apagando lentamente los sentidos del paisaje. Es ya de noche. Gema aguarda el instante con ansiedad. Han dado las diez. Nada. Llega la medianoche. Nada. En la campana del reloj ha sonado la una. Nada. Cerca ya de las dos, se presenta una religiosa pasionista, y radiante de alegría, le dice: "Mi purgatorio ha terminado. Me voy al cielo. Avise a la Madre Superiora y dígale que esté tranquila".

Gema quiso seguirla hacia el cielo. Pero no le fue posible. En las claridades de la gloria vio cómo Jesús extendía sus brazos a la religiosa, diciéndole: "Ven, ¡oh alma que me eres tan querida!" Y desapareció la visión.

XLVIII.

HACIA LEJANAS RIBERAS

El círculo en que hasta la fecha ha venido desarrollando Gema su acción de apostolado es muy reducido comparado con este otro, al que se siente llevada por las alas de su caridad. El amor no conoce obstáculos, ni barreras, ni límites, ni medida. Y, cuando ha escogido a Dios por objeto, viene a ser infinito. El alma no siente más que un deseo: el de llevar Dios a las almas y las almas a Dios. Santa Gema ardía en tal deseo.

Su corazón experimentaba angustias y estremecimientos ante la consideración de que todavía el mundo, y en gran parte, permanece sumergido en el fondo de la ignorancia y del error, y de que millones de seres racionales sigan postrándose y adorando a ídolos monstruosos que, a veces, simbolizan el vicio. No se explicaba que se rindiese culto a tales ridiculeses, mientras que desconocen al único Dios verdadero.

"Si esas pobres almas —decía—, a quienes la desgracia colocó en tan lamentable estado, tuvieran una partecita tan sólo de las numerosas gracias que la bondad del Señor nos regala a nosotras, serían quizá santas". Gema lo creía así, y sentía su desgracia.

Movida por el sagrado resorte de su caridad, sabía comunicar sus sentimientos a su alrededor. Los misioneros y las misioneras se desvelan por ganar esas almas... Ayudémosles... Son innumerables las almas alejadas de Dios... Roguemos por ellas. Satanás y sus satélites trabajan con ardor y tenacidad por anular la labor del misionero católico... Corramos en su ayuda. Luchemos..., trabajemos, suframos...

Y al impulso sobrenatural de la caridad que le ligaba al corazón divino, Santa Gema se hubiera lanzado de buen grado al riesgo y a la aventura de ir peregrinando por el mundo por ganar prosélitos para Dios. Pero se lo impedían las circunstancias especiales de su vida. Al no poder encaminarse directamente a ello, se arrojó en Dios, y con Dios laboraba sin tregua en súplicas ardorosas porque se dilatase su reino en la tierra.

Constantemente espaciaba su pensamiento a remotas regiones, recorriendo los frondosos bosques donde anidan los salvajes idólatras en sus pobres chozas. Quizá a su lado —pensaba— hay un heroico misionero que lleva como único consuelo a Jesús Sacramentado. Pero le faltan adoradores. El, que es la suma y el todo, se halla solo e incomprendido por falta de operarios...

Gema seguía con cariño e interés a través de los anales de la Santa Infancia y de la Propagación de la Fe, la historia del misionero desconocido. Sin conocerlo, lo amaba. A todas horas quería oir hablar de él. Para facilitar su labor, ¡qué pena para ella no poder aportar, por su pobreza, recursos materiales!

Gustosa entregaba, sin embargo, el importe de sus ahorrillos y otras limosnas que procuraba de personas amigas. Exigua ayuda, es cierto, pero que

en la balanza divina se valoraría en mucho, al igual que supo agradecer Jesús en el Evangelio el óbolo de la viuda.

Hay algunas relaciones de identidad entre Santa Gema y Santa Teresita del Niño Jesús. Diríase que ambas presintieron, en cierto modo, el actual movimiento misional, que está produciendo frutos abundantes, y que, en espíritu, gozaron de la visión de nuestros grandes Pontífices Pío XI y Pío XII, que supieron dar a las obras misionales un impulso extraordinario.

Si en vida era nuestra Santa tal amiga del misionero, lo fue con igual intensidad o mayor después de su muerte. Transcurridos apenas diez años del hecho, se dejaba sentir su protección en China, en el Japón, en las islas Filipinas. Los misioneros comenzaron a llamarla su *celestial bienhechora.*

Oigamos al Padre Reginaldo Pavese, marista.

Escribe desde Tangara. "Tome una carta geográfica de Oceanía —dice a un amigo—; busque en el grupo de las islas Salomón la grande isla Guadalcanal, y sobre ella, hacia el Sur si no la encuentra, escriba *Tangara.* Es aquí donde el buen Dios me quiso desde toda la eternidad. Te dirijo esta carta desde el fondo de estos bosques vírgenes, perdidos en el mar del Coral. Al pensar en los maravillosos caminos por los que el Altísimo me ha conducido a la meta de mis ardientes deseos, "mi alma engrandece al Señor...", es el himno que brota del fondo del corazón.

La isla donde dedicaba a Dios el sudor de sus desvelos este fervoroso misionero se hallaba gobernada por un cacique o reyecillo llamado Samú, residente en Rabú, la capital. Su poder, a partir del tiempo en que Inglaterra se apoderó de la

isla, era más bien nominal que real. Pero sus predecesores dejaron nota de haber sembrado el terror, tanto por la costa como por el interior de la isla, con sus correrías, saqueos y banquetes de carne humana.

Samú sentía una gran simpatía por los misioneros. Los acogía afablemente, y raras veces los dejaba marcharse de su presencia sin algún obsequio: pescado, alguna gallina u otra cosa. A Pesar de que practicaba la poligamia —contaba con una docena de mujeres —, fue de los primeros en declararse en favor del misionero católico, rechazando las supersticiones paganas y las lisonjas de los ministros protestantes. Hasta asumió el papel de propagandista, inclinando a más de uno a hacerse católico. Pero se resistía a recibir el santo Bautismo, alegando para ello excusas y pretextos, hijos de su mala voluntad.

El misionero volvía a insistir, haciéndole ver que la muerte podría llegar por sorpresa, valga la frase, porque el personaje en cuestión iba ya para los setenta años. En cierta ocasión en que el ministro del Señor le dirigió dichas reflexiones, el viejo jefe púsose en pie, dio a su rostro toda la salvaje expresión posible "y con una voz de enojo y casi de rabia, que me hizo temblar" —dice el Padre Pavese—, me lanzó este apóstrofe: "Te dije y te vuelvo a repetir, que por ahora no quiero recibir el Bautismo. Cuando sea más viejo y me vea imposibilitado de andar, no pueda montar en cólera, ni hacer mal, procuraré llamarte para que derrames el agua sobre mi cabeza. Pero si vuelves a molestarme con tus pláticas sobre el Bautismo, sabré volverte las espaldas y buscar otra religión. He dicho.".

El Padre guardó silencio. Mas no perdió las esperanzas.

Lo curioso era esto: Cuando el Padre le hablaba de recibir el Bautismo, Samú trataba de diferirlo, haciendo gala de una salud de hierro, dejándolo siempre para más tarde. En cambio, para procurarse del misionero algunos de los artículos de Europa, como tabaco, pan, etc., esgrimía razones diametralmente opuestas: que las rodillas comenzaban a flaquearle, que la vista se le nublaba, que todos sus miembros estaban delicados...

Un día, al pasar el Padre por Rabú, preguntó por él. Le dicen que está enfermo de fiebre. Corre a su choza, y le ve acostado sobre una estera de hojas de coco, con algunos tizones alrededor para calentarse. "¿Eres tú, amigo carísimo? —exclama Samú dirigiéndose al misionero—. Estoy mal. Creo que mi fin se acerca. No puedo soportar los alimentos indígenas: ¿Tienes algo que darme...?"

"Bendito sea Dios, que me manda en tan buena coyuntura —dice, a su vez, el misionero—. Ahora que te sientes mal y no esperas curarte, te podré bautizar".

A estas palabras, el viejo rey hace alarde de ponerse en pie, completamente curado, entre las risas burlonas de los niños que acompañaban al misionero, y nuevamente aduce pretextos para no bautizarse. El Padre no insiste de palabra. Providencialmente, lleva consigo la Vida de Gema Galgani. Al presentársela le dice: "Una gran santita de nuestros días, purísima como el cielo que la vio nacer, renombrada en Italia y fuera de Italia y muy amiga de los misioneros".

Sigue hablando a Samú. Le explica en la forma más asequible las maravillas que Dios va obrando por medio de ella, y le muestra su dulcísima estampa, que representa a la santa joven en éxtasis. Samú no tarda en conmoverse. Con acento compun-

gido y sincero dice a otro anciano pagano que se halla a su lado: "Si nosotros hubiésemos conocido estas cosas cuando todavía éramos jóvenes e ignorábamos el mal..."

El Padre volvió a encomendarle a Gema, en espíritu, para que intercediera con María Auxiliadora a fin de completar la conversión de aquella alma. Dejó un rosarito en su poder, arrancándole de antemano la promesa de que cada día rezaría a lo menos diez avemarías recordando mentalmente a la santa joven que había visto en la estampa. Y con esto se despidió.

Un mes más tarde, de regreso a Rabú, encontró todo cambiado. Decididamente, Samú esta vez quiere hacerse católico. Está dispuesto a escoger entre la docena de mujeres una para esposa. A las otras las tendrá en un lugar separado, como criadas, para labrar sus campos y prepararle la comida, especialmente en ocasión de *Cabonustsa,* o sea grandes festines, a los que concurren centenares y aun millares de invitados.

Las mujeres aceptan el convenio. Se fija el bautismo para la fecha de la bendición de una capilla que se está levantando en Rabú. Samú recibirá el Bautismo de manos de S. E. el Obispo. Sólo suplica que se le deje su nombre, "porque sería impropio que el nombre de Su Majestad fuese profanado por personas vulgares". Se cede. "Es tan bueno el Dios de los misioneros católicos..." —apostilla el Padre Pavese.

Todavía, no mucho tiempo después, escribía otro misionero de China: "Doy gracias a Gema por haber salvado la Misión de un grave peligro".

El misionero reside en Congsin. Dos señoras de Sam-Chio-Ha han solicitado entrar en el catecume-

nado para aprender el Catecismo y recibir el Bautismo. No pueden dejar sus hijitos de pecho, y piden autorización para llevarlos consigo. Se les concede, con tanto mayor gusto cuanto que son ellas las primeras de aquella población que solicitan entrar en la Iglesia Católica.

Estudian el Catecismo con entusiasmo. Prometen mucho. Pero he aquí que el nene de una de ellas enferma de gravedad. Todos los ciudados son inútiles.

Erase la tarde de un día de noviembre. El Padre se percata de que la maestra del catecumenado viene a su encuentro con la pobre madre, que llora y trae en sus brazos al niño, que es casi cadáver. Está frío. Los ojos los tiene cerrados. Los pequeños miembros de su cuerpecito, casi sin vida, fríos también. "Pronto, Padre; es necesario bautizarle, porque se nos va volando; ya no hay esperanza" —dice la maestra.

El Padre prevé el grave peligro que amenaza a su Misión. Los chinos son tan supersticiosos, que si muere un niño en el catecumenado nadie querrá más acercarse allí.

Los paganos, enfatuados, no se cansan de repetir una y mil veces, entre escarnios, a la desgraciada madre: "Mira, has ido a la Misión y se te va a morir el hijo".

El Padre corre a su habitación para coger el santo crisma, y, al mismo tiempo, toma un cuadrito que lleva la imagen de Gema y una reliquia suya, suplicándole un milagro para salvar la Misión. Baja. Entrega el cuadrito a la afligida madre y le dice: "Pida mucho a esta santita. Coloque este cuadrito junto al rostro del niño. No tenga miedo".

La maestra, a su vez, repetía a la madre, que

parecía aún dudar: "No tema... Ruegue. Sanará..." En cambio, todos los circunstantes opinaban que el caso no tenía remedio.

Administrado el santo bautismo al nene, las dos señoras vuelven, llorosas, al catecumenado. "Haz rogar a las alumnas" —recomienda el Padre a la maestra—. Pero ella piensa en Gema. "Gema mía, tienes que hacerme este milagro —repite una y mil veces—. Escúchame... Haz que el niño no muera... Te prometo publicar la gracia..."

Antes de acostarse preguntó por el nene: "¿Vive todavía? ¿Habrá muerto? ¡Oh, Gema, escúchadme!"

Llegada la mañana siguiente, el misionero pregunta por el niño. La maestra le contesta que hasta las nueve de la noche parecía un cadáver. Pero a esa hora, abriendo los ojos, miró al cuadrito que tenía delante, con la efigie de Gema, sonriente. Poco después, la mejoría era un hecho. La Misión está salvada.

Otro misionero escribía, asimismo, desde China: "Cuando la tristeza y la desconfianza invaden mi alma, abro el libro de las cartas de Gema, leo cualquier punto y, al instante, me siento fortalecido como por encanto. Todos, misioneros y coadjutores, estamos entusiasmados ante los arrestos que nos infunde la serafina de Luca".

A su vez, el Padre Luis Risso, misionero apostólico en Hunán, escribe: "Aquí, en China, va en aumento, sin cesar, la devoción de los misioneros hacia Gema, que es muy conocida y apreciada en los vicariatos del Hunán. Se vende un número considerable de ejemplares de su "Vida", traducida al chino. Estoy seguro de que su lectura hará mucho bien a las almas enseñándoles cómo se debe amar a Jesús. Deseo vivamente que alma tan san-

ta sea elevada al honor de los altares. A buen seguro que Jesús, a no tardar mucho, procurará la glorificación de esta fervorosa amante suya..."

Ahora es el Imperio del Sol Naciente, el Japón progresista, pero pagano, donde Gema proyecta su bienhechora sombra, ayudando a los celosos misioneros que sacrifican su vida en tan sublime ministerio.

El P. Dronart De-Lezey, que regenta la parroquia de la Inmaculada de Tokio, y es, al propio tiempo, director de varias publicaciones científico-religiosas del Japón, escribe, refiriéndose a Gema: "La vida de Gema, publicada por mí en japonés, ha tenido una aceptación francamente favorable. Cinco mil ejemplares se han agotado en el espacio de unos meses. Tal venta de libros en el Japón es un fenómeno desconocido hasta la fecha. ¡Viva Gema! Esta Santa se ha conquistado en muy poco tiempo el cariño y la admiración de los cristianos japoneses y hasta de muchos paganos, entre los que se cuenta un considerable número de estudiantes de la Universidad Imperial".

Cuanta verdad sea esto lo demuestra la siguiente carta, que el profesor de lengua francesa, Eugenio Sugita, dirigió al Padre Dronart:

"¡Qué vida tan maravillosa la de esta Santa...! Víctima de amor hacia Dios, la serafina de Luca parece venida al mundo para oponer su candor y su humildad a los sofismas de la seudofilosofía moderna.

"A mi juicio, nunca una obra ha producido tanto bien en los católicos como la publicación de esta biografía. Se han ablandado corazones endurecidos, ha reafirmado la fe en otros y lleva convertidas buen número de almas, como esperamos continuará haciéndolo en el porvenir.

"Y lo que es también notable, esta biografía tan espiritualista, ha hecho reflexionar seriamente sobre los problemas del espíritu a muchos paganos doctos.

"En lo que a mí se refiere, después del deleite que mi alma ha gustado con la lectura de esta preciosa biografía, no ceso de invocar a la sierva de Dios, experimentando ya visiblemente su benéfica intercesión. Le estaré eternamente agradecido".

Escuchemos ahora el testimonio de un pagano, Provisor del Liceo Superior de la ciudad de Okegawa, en el Japón. Relata en términos conmovedores la admiración experimentada, tanto por él mismo como por los restantes profesores del Liceo y por la totalidad de las alumnas, ante la muerte dulce y alegre de una jovencita de catorce años, llamada Totiuni Kei.

"Unica niña católica del Liceo —son sus palabras—, se había ganado la estimación y el afecto de todos por su bondad y despejada inteligencia. Pero, ¡ay!, la muerte la arrebató, después de haber soportado durante un mes la enfermedad, durante la cual leía constantemente un libro intitulado: "VIDA DE GEMA". Murió estrechando entre sus manos dicho libro, y exhaló su último suspiro con una sonrisa tan bella y tan pura, que jamás he visto algo parecido en labios humanos.

"Nosotros, que carecemos de religión alguna, hemos comprendido por primera vez la admirable fortaleza que la fe puede inspirar a una alma religiosa mediante la lectura de vidas tan sugestivas como la de Gema. Quisiéramos que la leyesen todas nuestras alumnas, y le suplicamos nos envíe algunos ejemplares..."

Varios misioneros de distintas Ordenes y Congregaciones nos comunican análogos testimonios.

XLIX.

UNA QUEJA DE JESUS

Lo que contribuyó grandemente a aumentar en Gema el celo por la salvación de las almas, intensificando las obras de reparación, fue una queja de Jesús. Queja dolorosa, suficiente para conmover a quien la oyera de los labios divinos.

"¡Cuánta maldad e ingratitud hay en el mundo! —le dijo—. Los pecadores siguen viviendo en su obstinación... Mi Padre no podrá sufrirlos por más tiempo... Otras almas, débiles y flacas, rehusan, por lo mismo, el menor esfuerzo para vencer su carne... Los corazones afligidos caen en desaliento y desesperación... Las almas fervorosas tienden a enfriarse...

"Los Ministros del Santuario... A ellos he confiado la continuación de la hermosa obra de la Redención... Yo les concedo constantemente mis luces y mis gracias, pero muchos las desperdician... Los sacerdotes a quienes siempre distinguí con mi predilección... Ellos, que siempre fueron como la pupila de mis ojos..."

Dicho esto, Jesús calló y lanzó un suspiro. Luego prosiguió: "No recibo de las criaturas del mundo más que deslealtades e ingratitudes. La indiferencia aumenta de día en día, y no se aprecian señales de enmienda.

"A pesar de todo, no ceso de dispensar mis gracias y favores a las criaturas... Luz y vida a la Iglesia. Virtud y fuerza a quien la dirige. Sabiduría a los que tienen el deber de iluminar a las almas que se desenvuelven entre tinieblas. Constancia y fortaleza a las que tratan de seguirme. Gracias de toda clase a los justos... Hasta a los pecadores escondidos en las profundidades del pecado, envío mi luz... También ellos me enternecen y hago cuanto puedo por convertirlos...

"Pero, ¿y su conducta...? ¿Qué consigo con todas mis finezas? ¿Cuál es la correspondencia de las criaturas...? Al contemplar su indiferencia, mi corazón se desgarra... Nadie se cuida de mi amor... Soy despreciado como si jamás los hubiese amado, como si por ellos no hubiese padecido mi Pasión... Como si me desconocieran... Mi corazón siente la ingratitud...

"En las iglesias, frecuentemente, estoy solo. A las veces, veo que se reúnen en ellas para otros motivos muy distintos. Sufro al ver mis iglesias convertidas en centros de diversión. Otros, con hipócritas apariencias de piedad, me entregan, como Judas, con comuniones sacrílegas..."

Al llegar aquí, Gema, no pudiendo contenerse durante más tiempo, interrumpe a Jesús. Se lo ha dado ya cuanto poseía. Pero aún está dispuesta a entregar a Jesús toda su sangre, incluso muriendo, como los mártires, por la mano del verdugo. Dios no le exigía literalmente eso; pero sí que sacrificase gota a gota su vida. Entendiéndolo así, Gema se ofrece nuevamente víctima por los pecadores. Y Jesús acepta la oferta.

En cierta ocasión, Jesús había dicho a Sor María Marta Chambón: "Querría ver a todas mis Esposas crucificadas... ¿No debe, por ventura, la

esposa asemejarse a su esposo? Te quisiera crucificada conmigo. Lo quiero a toda prueba. Cuanto más te acercares a mí, más te crucificaré..."

Esta misma conducta siguió el Señor con Gema. ¿No había vivido ya hasta entonces crucificada? Pues continuará siéndolo hasta la muerte. A cada nueva prueba del Señor, responde siempre con un *sí*, salido de lo íntimo de su corazón. Desde el día en que por primera vez respondió afirmativamente a Dios, cuando, siendo ella todavía una niña de poquísimos años, le pidió el sacrificio de su madre, hasta el postrero de su vida, en que la hizo morir en el abandono y en el dolor, vivió auténticamente crucificada.

Pero, ante las quejas amargas que brotaban de los labios divinos de Jesús, estaba dispuesta a hacer muchísimo más. Hubiera preferido tener mil vidas para sacrificarlas todas a Jesús. Sufrir y no morir. O morir para volver en seguida a vivir y seguir sufriendo. Derramar toda su sangre en un martirio cruento, o sacrificar la vida en un martirio incruento, de una lenta enfermedad. Por esta razón suplicaba la tuberculosis, prefiriéndola a toda otra enfermedad.

"Señor..., ¿qué queréis de mí? A todo estoy dispuesta. Haced de mí lo que queráis".

Y Jesús, de acuerdo con sus ardientes súplicas, quiso confiarle una misión. Misión que le había de producir un aumento de dolores cuyo fruto sazonado no debía ver aquí en la tierra, sino en el cielo.

Antes de confiarle dicha misión, consultó Jesús la voluntad de Gema.

Acercándola a su corazón para que escuchase sus latidos, le preguntó: "Hija, ¿me amas?" Fácilmente se imagina la ardorosa respuesta de Gema. "Y si me amas —continuó el Señor—, ¿harás cuan-

to te pido? Se trata de un asunto trascendente... Quiero que se lo comuniques a tu director espiritual..."

Gema escuchaba con ansiedad.

Jesús aludía a una obra reparadora. "Necesito almas que proporcionen al Padre Celestial la satisfacción equivalente al dolor que le ocasionan las criaturas con sus infidelidades. Se necesitan víctimas, muchas víctimas generosas..., para que con sus tribulaciones, padecimientos y dolores, sobrellevados con heroísmo, suplan a los pecadores ingratos.

"¡Oh, si me fuera dado hacer comprender a todos lo muy enojado que se halla mi Padre contra el mundo! Nada le puede contener ya... Tiene preparado un grande castigo para el género humano. ¡Cuántas veces he intentado aplacarle...! ¡Cuántas veces he contenido su ira presentándole el grupo de almas generosas, heroicas...! Sus penitencias calmaban la justa irritación de Dios... Pero ahora he vuelto a presentarle dichas almas y su contestación ha sido: "No puedo más. Estas almas son pocas para que sirvan de contrabalanza a tanto mal... Son pocas".

"Y, ¿quiénes son estas almas?"

"Las Hijas de la Pasión. ¡Si supieras las veces que he aplacado a mi Padre presentándoselas...! Pero, ante la ola del cieno y maldad que cubre la tierra, son pocas. Y no bastan. Hija mía, escribe inmediatamente a tu Padre espiritual que vaya a Roma. Que hable de este mi deseo al Santo Padre y Vicario mío en la tierra, y le diga que amenaza un castigo al mundo y necesito víctimas.

"Mi Padre Celestial está muy enojado. Dile que sería muy grato a mi Corazón que se hiciese aquí en Luca una fundación de Religiosas Pasionistas,

aumentando así el número de estas almas. Se las presentaré a mi Padre y ellas le calmarán. Estoy seguro. Dile que éstas son mis palabras, y que es este el último aviso que doy a todos manifestándoles mi voluntad..."

La humildísima Gema experimentó muchísima dificultad en cumplir este encargo. Oró. Hizo que oraran por el mismo fin otras almas amadas de Jesús, y al cabo de diez días escribió a su director espiritual, el reverendo Padre Germán, pasionista.

L.

ARDUA MISION

Comisionada por el propio Jesús para una misión que, a primera vista, presentaba grandes dificultades, la recibió con agrado, principalmente por dos motivos: porque se trataba de una obra que debería servir de consuelo al Corazón de Dios, compensándole de tantos ultrajes, y porque las señaladas para esta sublime misión eran las religiosas pasionistas, de cuyo número esperaba ser Gema algún día.

Esta última esperanza alimentó el alma de Gema desde el tiempo de su enfermedad. ¿Por ventura no se le apareció San Gabriel de la Dolorosa, pasionista, y la llamó "Hermana", haciéndole entrega del *escudo*, símbolo de la Pasión?

A poco de esto, la primera vez que fue a confesarse con el Padre G. del Niño Jesús, al manifestarle su deseo de hacerse religiosa, el confesor le repuso: "Aquí hay también religiosas pasionistas". Desde este momento el deseo de hacerse religiosa e Hija de la Pasión, brilló constantemente en Gema como el más puro y bello ideal, el más acorde con su índole y las nobles aspiraciones de su corazón.

En su primer coloquio con el Padre Pedro-Pa-

blo, C. P., le suplicó, como señalamos en su lugar, que interpusiese su valimiento cerca de las religiosas pasionistas de Corneto, a fin de que la admitiesen entre ellas.

En la primera carta al Padre Germán, pasionista, le hablaba, a propósito de su deseo de hacerse pasionista, de la seguridad que le había dado Dios. Seguridad y certidumbre que quedaba, sin embargo, subordinada a una condición especial: A que las personas que deberían ocuparse de la fundación del monasterio de las religiosas pasionistas en Luca se apresuraran a cumplir este encargo. Gema hablaba de esta futura fundación con tanta claridad y tal profusión de detalles, que parecía un proyecto ultimado a su vista.

Entretanto, el confesor de Gema trabajó para que fuese recibida sucesivamente por las capuchinas, por las carmelitas y por las servitas. Se llamó a la puerta de otros institutos. Todo inútilmente. Santa Gema dejaba que obraran; pero en su interior estaba segura de que la Providencia la señalaba para vivir con las pasionistas.

Estas religiosas, de perfecta vida contemplativa activa, consagradas de lleno a la meditación de los dolores de Cristo, dividen el día entre la meditación y el trabajo. Su hábito es idéntico al de los pasionistas. Andan descalzas o con sandalias, como ellos. Y, al igual que los religiosos, se levantan a cantar las alabanzas divinas o Maitines a media noche.

Ejercitan su apostolado más que nada en las llagas sacrosantas de Jesús, uniendo sus propios sacrificios a los dolores de Jesús, ofreciendo incesantemente al Padre Eterno los méritos de la Pasión de Cristo por la conversión de los pecadores, viviendo consagradas a Dios en unión de la Víctima Inmaculada, como víctimas de perdón y de paz.

Todo esto respondía maravillosamente con los deseos de Santa Gema, que ansiaba vivir en aquel ambiente, saturado de amoroso y divino sufrimiento. Porque el poder compartir los dolores con Jesús era como abrir la puerta para los mayores heroísmos, para los sacrificios más puros, para las más generosas expiaciones.

Gema, en el mundo, se veía constreñida, ahogada. No podía abandonarse por entero a la acción del divino santificador. Tanto el Padre Germán, que era su director espiritual, como el confesor, deseaban pasasen completamente desapercibidos los extraordinarios favores que recibía de Dios. A fe que lo deseaba también ella misma. En el convento viviría más desembarazada.

Díjole un día el Señor: "¿Quieres que te aumente los dolores?" La Santa no se atrevió a dar la respuesta. "Si estuviera en el convento —dice Gema— habríale contestado: Aumenta, Jesús, sin cesar mis penas y mis cruces... Pero, viviendo en el mundo, ¿cómo pedirle esto...? ¡Si estuviese sola para sufrir...! Cierto que estoy sola, ¡pero son tantos en distraerme...!"

Poseída de estos sentimientos, dirige a Jesús la siguiente súplica: "Amado Jesús: Heme aquí, a vuestros santísimos pies, para manifestaros en todo momento mi gratitud y mi reconocimiento por tantos y tan continuos favores como me dispensáis cada día. Cuántas veces os he invocado, Jesús, me habéis complacido siempre. Muchas he recurrido a Vos y he sido consolada. ¿Cómo expresarme con Vos, amadísimo Jesús? Os doy gracias, pero todavía quiero pediros otra gracia, ¡oh, Dios mío!, si es vuestra santísima voluntad. Esperad, Jesús. Soy vuestra víctima. Mi vida está en vuestras manos. Podéis, ¡oh, Jesús!, descargar vuestra ira sobre mí,

si así os place. Hágase en todo vuestra santísima voluntad".

Esta es la indefectible conclusión de Santa Gema a todas sus súplicas. En su angustiosa demanda se lee palpablemente, por un lado, el inmenso deseo de dejar a Dios en libertad de acción. Y, por otro, la pena y angustia de no sentirse todavía libre y totalmente abandonada en sus manos. "Esperad, Señor, esperad... a que Vos seais libre en mí conmigo, y yo en Vos y con Vos. Esperad a que yo pueda seguiros sin temor a desobedecer... Esperad a que las miradas humanas, los consuelos humanos v los cuidados humanos no vengan a impedir, ni a obstaculizar vuestras operaciones en mí..." Obra de dolor y de muerte para el alma.

Si Santa Gema suspiraba en tanto grado por el convento era para sufrir, para amar y para hacer penitencia. "Lo sé, lo sé. En el convento me aguardan mayores sufrimientos. Pero, ¿qué importa? ¿Por ventura Jesús no me recibió hace tiempo como víctima para que no tuviera ya voluntad propia? ¿No eligió, cual holocausto, mi corazón para que eternamente se abrase de amor? Y, después de todo esto, ¿habré de quejarme cuando me hallare nadando entre penas?"

Tales son sus ardientes deseos. Después... Abandono completo en las manos de Dios.

Tanto Santa Gema como Santa Teresita tuvieron idéntica aspiración al encaminarse al claustro: deseo santo de victimarse para salvar almas y contribuir de esta suerte a la gigantesca y universal obra de la redención del género humano.

Al igual la una como la otra, no dejaron resorte por mover para conseguirlo. Teresita lo consiguió. Gema, sólo a medias. La primera no quería sino el Carmelo, y lo obtuvo. Gema ansiaba por el

monte de mirra, por el monte de la Pasión. Pero, por descuido de los hombres, no lo consiguió. Ambas dos, por instinto y por vocación, buscaban la herencia de la Cruz, y, bajo diversas formas, la consiguieron.

Uno de los deseos que con más insistencia le asaltaban a Gema Galgani era el de practicar los ejercicios espirituales en el convento de las religiosas pasionistas de Corneto, acompañada de la señora Cecilia y de las dos hermanas mayores de la familia Giannini.

La señora Cecilia escribió a la Madre Presidenta: "Iremos ahí, a practicar los ejercicios espirituales, Inés, Eufemia y yo; más una jovencita llamada Gema Galgani, huérfana de padre y madre". "¿Creerá usted, Padre, lo que le digo? La Madre Presidenta ha contestado, respecto de Gema, que no la puede admitir, porque las monjas no la verían con buenos ojos a causa de las habladurías de mucha gente. Imagínese ahora la pena de esta pobre hija, que estaba tan contenta".

Las palabras textuales de la Madre Presidenta fueron éstas: "No quisiéramos que se apestara el convento...", palabras que suenan a dureza y desprecio. La humildad y la mansedumbre que reveló Gema en esta ocasión fueron heroicas. El golpe debió de serle dolorosísimo. ¡Haber anhelado por aquel curso de ejercicios en el amado nido con el extraordinario ardor con que ella lo había deseado, y verse ahora rechazada...!

Echóse a llorar, y con toda tranquilidad, sin que asomara a su boca la nota del más mínimo resentimiento: "es lo mismo", dijo, y no añadió más.

Es necesario ser santa de veras para haber adquirido tal dominio de sí misma. Nada más heroico,

ni grato a los ojos de Dios, como aquel "es lo mismo", dicho entre lágrimas.

Un "es lo mismo" sin lágrimas podría delatar el asomo de despecho del amor propio herido. Pero aquellas palabras pronunciadas entre lágrimas indicaban verdadero y profundo sentimiento, equilibrado con una dulce y virtuosa resignación y abandono completo en la voluntad de Dios.

En la casa Giannini comenzó a murmurarse de la Madre Presidenta y del monasterio. Pero Gema, tan resignada en la humillación, se erigió en su ardiente defensora. "¿Qué discursos son esos? —exclamó—. No hablemos mal de la Madre Presidenta. Yo la quiero de veras, y cuando me hallare en el cielo, será ella la primera a quien saludaré".

Poco tiempo después, escribiendo a una amiga suya, hace referencia a sus relaciones con la Madre Presidenta. Gema se expresaba así: "Conocí en sueños a la Madre Presidenta. Me miraba muy seria. Yo la quiero mucho. Ella, en cambio, a mí nada".

"La quiero mucho". He aquí la verdadera, pura y desinteresada caridad. ¿Qué mérito hay en amar a quien nos ama? Hasta los gentiles y los que carecen de religión practican esta caridad. Pero hace falta virtud sólida para amar a quien nos insulta o desprecia. Gema poseía esta virtud.

Las tres afortunadas mujeres que tuvieron la suerte de ser admitidas a practicar los ejercicios se dirigieron a Corneto al monasterio de las religiosas pasionistas. Entretanto, Gema se encerró durante doce días en el convento de las Servitas.

La repulsa de la Madre Presidenta de las pasionistas no la descorazonó. La humillación subsiguiente, tampoco. Aún volvió a la carga una y varias veces, siempre en vano.

Cómo respiraba su espíritu, se revela admirablemente a través de una carta que escribió a una amiga suya que, a su vez, pasaba por el crisol de la purificación:

"...Parece que una voz interna me asegura que todavía deberemos seguir al pie de la Cruz. Si Jesús está clavado en ella, no nos lamentemos nosotras de que nos corresponda estar a sus pies.

"¡Pobre Jesús! Yo querría poseer un corazón formado de todos los corazones enamorados de Vos... Para sufrir con Vos y ayudaros, Dios mío, os consagro todas las fuerzas de mi cuerpo, todos los afectos de mi corazón.

"Hermana mía: que no se pueda decir jamás que nosotras hayamos abandonado a Jesús en el camino del Calvario. No sólo debemos acompañarle al Calvario; pero también en la Cruz y en la muerte. Corramos unidas a la Cruz, abrazadas a ella, digamos: Santa Cruz, al considerar el inmenso cariño con que te abrazó Jesús, tomamos la firme resolución de no alejarnos jamás de ti".

Luego, volviendo la mirada a su profunda humildad, como lo hace en todas sus cartas, al final concluye así: "Estoy necesitada de todo; pero Jesús tendrá compasión de mi debilidad".

LI.

ULTIMA RENUNCIA

Las esperanzas que abrigaba Gema de hacerse religiosa pasionista se reforzaron al iniciarse las gestiones para la fundación del monasterio de pasionistas, en Luca. Sus deseos se hubiesen realizado, y ella habría sido del número de las primeras religiosas del nuevo monasterio, de haberse llevado a efecto los trámites con mayor rapidez. Al retrasarse notablemente su ejecución, en lugar de las puertas del monasterio, Gema encontró abiertas las del Paraíso.

Se lo había dicho el Señor. Pero las condiciones no se observaron. La obra comenzó a ejecutarse con grande lentitud. Excesivos temores la dificultaban. Entretanto, el tiempo establecido por Dios tocó a su fin. Santa Gema comprendió que, por su condición de víctima, debía sacrificar también a Dios este deseo. Lo inmoló y no habló más de ello.

El sueño de hacerse religiosa pasionista, acariciado con tanto cariño por Gema, se ha desvanecido como nube sin contenido.

"...Todo está perdido. Ayer a la misa de media noche, cuando el sacerdote hacía la ofrenda del sacrificio augusto, vi a Jesús que me ofrecía por víc-

tima al Eterno Padre. Me estrechó a sí. Luego me condujo a María Santísima, y, al presentarme ante ella, le habló en estos términos: "Esta querida hija mía debes cuidarla como un fruto de mi Pasión".

Era la consagración de Gema como pasionista. Consagración solemne, llevada a cabo, no en la tierra, sino en el cielo por el propio Jesús, y recibida en sus manos por la Madre celestial. "Al oir dichas palabras —dice Gema— sentí la abyección de mi propia bajeza. Poco después me acerqué a recibir a Jesús en la sagrada Comunión".

"He renovado mis votos ante Jesús Niño. Le he suplicado aceptara la renuncia de mis deseos, uniéndola a su santísima Pasión. Le he pedido se dignara aceptar mi amor unido al de su corazón y al de la Mamá santísima. Deseo también grandemente un aguinaldo: el perdón de todos mis pecados. Lo espero, lo aguardo con ansiedad, porque me consume el deseo de veros, Jesús... Pero, en definitiva, me remito a vuestra santísima voluntad..."

Este sacrificio fue regado con ardientes lágrimas. Pero las lágrimas nada quitan a la prontitud y generosidad del corazón. Desde aquel punto, Gema no pensó más que en el cielo.

Si Gema no llegó a vestir externamente el santo hábito de las religiosas pasionistas fue por motivos bien ajenos a su voluntad. Pero Gema fue verdaderamente PASIONISTA. Lo fue en el alma. La Congregación Pasionista la ha hecho suya. Hace veinte años se contruyó aquel monasterio por el que tanto ansiaba Gema, y hoy tiene vida floreciente. Su profecía se verificó al pie de la letra: "Las pasionistas no me han querido en vida; pero me tendrán después de muerta".

En la iglesia de las pasionistas descansan los restos mortales de esta valiosa joya del cielo. El

monasterio de Luca puede denominarse enteramente suyo. Jesús se lo pidió, y ella se lanzó a mendigar para recoger los primeros recursos. Miraba siempre adelante, animosa, sin dejarse abatir por las dificultades que hubieran paralizado a cualquier otro.

A Monseñor Volpi, que por designio divino era quien debía iniciar esta obra, decíale Gema que se diese prisa, porque le quedaba poco tiempo. La Santa creía que a Monseñor le restaba poco tiempo de vida. Pero luego se aclaró suficientemente este punto. A la muerte de Monseñor Ghilardi, Arzobispo de Luca, Monseñor Volpi fue nombrado Obispo de Arezzo. He aquí por qué le quedaba poco tiempo.

Gema lo había previsto todo. Lo tenía anunciado. ¿Cómo podía dudar de que no fuese obra de Dios?

Oigamos el contenido de esta carta, escrita por la Santa a un Padre pasionista que, a la sazón, ejercía el cargo de Consultor: "Vuestra Paternidad, antes de marcharse, me rogó repetidas veces que le rezase todos los días tres avemarías. Hasta la fecha, con la ayuda de Jesús, jamás he dejado de hacerlo. Pero, la tarde del viernes de la semana misma en que V. P. se marchó, después de rezadas las acostumbradas avemarías, Jesús me dijo: "Gema, ¿por quién has rezado esta oración?" "Por el P. Francisco —respondí—". "¿Le has dicho algo del nuevo convento que debe construirse?" "No; pero él se ha adelantado espontáneamente a declararme que estos no son tiempos a propósito".

"Jesús me repuso casi sonriendo: "Debes decir al P. Francisco que es más fácil que caigan el cielo y la tierra que no que queden sin cumplirse mis palabras. Cuanto antes es necesario poner ma-

nos a la obra. Dile que, apenas se lo permita el P. Provincial, vaya a Roma y comunique, de mi parte, al P. Consultor General, que hable con el Rvdmo. P. General de esta fundación, que debe hacerse a toda prisa. Que estén prontos y preparados, y que tú misma les participarás le hora en que deberán dar principio. A una con el Excmo. Sr. Obispo se unirán estos Padres pasionistas, de los cuales el P. Consultor General será el promotor principal. ¿Has comprendido lo que te quiero decir?

"Mas para asegurar el concurso de todos, debes declarar que soy yo quien habla, y que quiero que todo esto se haga sirviéndome, como de instrumento, de la guerra que el enemigo infernal prepara. Algunos vendrán a menos en su ánimo, a causa de las contrariedades que hará surgir el diablo. El encargado de infundir ánimo y fortaleza será el P. P. F. He terminado de decirlo todo".

Habiéndosele aparecido un día San Gabriel de la Dolorosa, Gema le interrogó, de parte del confesor, quién debería iniciar aquella obra. Quién terminarla. En cuánto tiempo. La Santa joven se encontró repentinamente ante siete personas misteriosas. San Gabriel se las fue presentando una por una. Gema no conocía más que a tres. Preguntó quiénes eran las otras. "Pasionistas" —oyó que se le respondía: "Di a tu confesor que él mismo será uno de los iniciadores de esta grande obra. Animo, que el demonio está pronto para dirigir asaltos bien fuertes. ¡Pero qué importa! ¡Adelante!"

Mostrándole luego a una señorita, "mira —le dijo—, ésta debera dar la última mano". Y le reveló el nombre y el apellido. Además, le indicó el lugar en que había nacido, con las demás circunstancias de su vida. Esta profética visión se repitió hasta tres veces. En la última, el Santo le señaló,

asimismo, la época de la fundación, que sería al cabo de dos años, un día de viernes, para más señas.

El Santo Padre se ocuparía de bendecirla y aprobarla con su suprema autoridad. Monseñor Volpi la ultimaría, ayudado eficazmente por el Rvdmo. P. General de los Pasionistas, de su Consultor General y del P. Provincial de la Provincia romana, con otro Padre.

La primera Superiora del futuro monasterio sería una religiosa de Corneto que se hallaba en íntima correspondencia epistolar con Gema. Decidida partidaria de la fundación, de la que decía: "Este monasterio Dios lo quiere".

Mas los ardores de Santa Gema no hallaron la debida correspondencia.

Monseñor Volpi no podía hacer nada, si los Padres pasionistas no movían el asunto en Roma. Las Madres pasionistas de Corneto dormían, a su vez.

Monseñor Volpi deseaba vivamente que algún Padre pasionista llegase desde Roma para tratar el asunto íntimamente con el excelentísimo señor Arzobispo de Luca, que, por su natural, era hombre tímido, a quien fácilmente le paralizaba la excesiva prudencia. Por su parte, no se arriesgaba en la fundación sin la garantía de una considerable suma por cada religiosa. Y en el monasterio de Corneto se había tomado la resolución de no salir para la nueva fundación ninguna religiosa sin aquella seguridad.

Los pasionistas de Roma, incluso el P. Germán, no daban un paso. La prudencia humana los cohibía.

Gema se lamentaba. ¿Y los deseos de Jesús? Es la obra por El esperada. Y la reparación anunciada, ¿a cargo de qué almas correrá? ¿Y el casti-

go anunciado por Jesús para el género humano? "Jesús debe estar descontento de tanta prudencia —decía la Santa—. ¡Como si El no pudiese suplir, en un momento dado, cuanto falta! Comiencen, y verán lo que El sabe hacer".

Apenas existía nadie que la comprendiese. Un día el P. Germán le escribió en estos términos: "Hija mía, tu grande ignorancia te hace pensar y decir disparates, y, lo que es peor, pareces de poca cabeza para comprender lo que se te dice, tanto para tu instrucción como para calmarte.

"Debes saber, pues, que Dios, grandeza y majestad infinita, no experimenta temores, ni sujeción, como nosotros, pobres directores de almas que El nos confía. Y, sin embargo, si se sirve de ellas, no es por necesidad, precisamente. Por esto, cuando El quiere alguna cosa respecto de dichas almas, nos la hace conocer y nos la hace obrar. Y si, por casualidad, halla resistencia en nosotros, nos aprieta el cuello y nos hace obrar. Se acabó el cuento. Esa especie de disentimiento que a ti te parece apreciar entre Dios y quien te dirige, es pura fantasía.

"Nosotros no queremos de ti sino lo que Jesús quiera. El es quien debe abrir el camino, allanar los obstáculos, indicarnos la trayectoria. Estamos prontos a seguir sus indicaciones.

"¿Tal vez ignoras las dificultades de que te hablo? Tú dices que Jesús te quiere pasionista, y pronto. Pero, ¿en dónde? ¿Cómo? En Corneto no te quieren... En Luca, respecto a la fundación del nuevo monasterio, no se ve un hilo de luz. En Roma, ni siquiera se habla del asunto...

"Yo soy un pobre religioso, ligado a una Regla estrechísima que me mide los pasos. Ya anteriormente rogué a Monseñor que te introdujera en al-

gún monasterio hasta tanto que Jesús no disponga de ti. Y tú sabes que no te han querido recibir. Hablemos más. En el supuesto de que yo consiguiese hacerte entrar en algún convento, las monjas, vistas las cosas extrañas que en ti suceden, te pondrían inmediatamente al cabo de la calle.

"Todo esto he querido ponerte ante los ojos, no para acobardarte, sino para que cobres ánimo y te abandones plenamente en los brazos amorosos de Dios. Tú eres sabedora de lo mucho que este gran Dios te ama, como te tiene demostrado con señales evidentes. ¿Y por qué ahora has de dudar de El?

"Déjate, pues, de todo afán desmedido. No digas: Jesús, esperad. Ni: Jesús, obrad. Ni: Jesús lo quiere. Sino una sola cosa: ¡Oh, Jesús!, que vuestro santo nombre sea glorificado en las humillaciones que experimenta esta pobre sierva. No se haga lo que a mí me parece que Vos queréis de mí. sino lo que Vos queréis en realidad. Y esto hacedlo Vos mismo sin que yo desfigure vuestra obra con mi insuficiencia y con mis locas palabras".

Finalmente, llegó el día en que el Señor le hizo conocer que, definitivamente, quedarían incumplidas las condiciones por El señaladas para que la fundación pudiera hacerse rápidamente, posibilitando su ingreso en el monasterio. Se disponía, en cambio, a llevarla consigo pronto al Paraíso.

"Lo que he experimentado en mí con esta alteración de los designios de la Providencia, no sé decirlo —escribió Gema—. Me retiré a una habitación para estar más libre, y allí he llorado mucho. Pero, al cabo, he exclamado: *Fiat voluntas tua*".

Estas nuevas lágrimas eran de pura resignación. Su renuncia, que tuvo un generoso cumplimiento la noche de Navidad, como queda consig-

nado en el curso de este capítulo, data de esta época. Jesús le llamó con el hermoso título de "Hija de la Pasión" y, en calidad de tal, fue presentada a María Santísima.

"No le pido otra cosa que ir a un convento" —escribió entonces—. "Me espera un convento mejor" —escribió ahora—. El 12 de abril de 1903 entregaba su alma, como lo había anunciado. Es decir, seis meses después de haber disipado el proyecto de la fundación del monasterio.

Jesús quiso reservarle para esta obra una partecita de sus múltiples sacrificios.

LII.

LA HORA DE DIOS

A la muerte de la sierva de Dios, varias personas que debían haber tomado parte activa en la fundación del monasterio de religiosas pasionistas de Luca, comenzaron a sentir en el fondo de su conciencia el aguijón del remordimiento. Y alega el P. Germán que dicha inquietud estaba plenamente justificada.

A los remordimientos sucedió una reacción saludable. "Yo hice memoria de la orden que se me dio un año antes. *"Váyase a Roma y hable del asunto con el Papa"*. Acudí a Roma teniendo la suerte de entrevistarme con aquella alma santa, Pío X, recién elevado al Pontificado. Me escuchó con atención, y pareció complacerse grandemente del proyecto de la obra. Como consecuencia, tomando la pluma en la mano, extendió de su puño y letra su alta aprobación". (Palabras del P. Germán).

El documento pontificio decía: "Bendecimos con paternal afecto el proyecto de la fundación del nuevo monasterio de religiosas pasionistas que ha de erigirse en la ciudad de Luca; al excelentísimo señor Arzobispo de la misma, Doctor Nicolás Ghiulardi, Nuestro venerable hermano, que tan laudablemente la promueve, y a la R. M. María Josefa del

Sagrado Corazón de Jesús, que deberá ser la primera Superiora. Al propio tiempo, extendemos nuestra bendición a todos los bienhechores que hubiesen concurrido o concurran en el futuro con sus limosnas y dádivas al establecimiento de esta obra, así como las religiosas que hayan de formar parte de dicha Comunidad.

"Queremos además que en sus oraciones, penitencias, prácticas devotas y demás ejercicios prescritos por las Reglas de su Instituto, las susodichas piadosas vírgenes tengan como fin especialísimo el de ofrecerse al Señor en calidad de víctimas, por las necesidades espirituales y temporales de la santa Iglesia y del Sumo Pontífice".

Dado en el Vaticano, a dos de octubre de 1903.

PÍO PAPA X

Con esta hoja en la mano comenzó el P. Ger mán a desbrozar el camino, haciendo las gestiones oportunas en Luca, cerca del excelentísimo señor Arzobispo, y en Corneto con las religiosas de la Comunidad allí establecida.

Otros dos Breves pontificios vinieron poco después a reforzar sus gestiones; la fundación se decidió favorablemente. Nótese que el propio Sumo Pontífice quiso nombrar a la Superiora del nuevo monasterio, siendo designada aquella misma religiosa pasionista a la que Gema había vaticinado que lo sería.

Las dificultades económicas parecían iban a entorpecer algún tanto el asunto, cuando una tercera carta del Papa, dirigida a Monseñor Volpi, Vicario Capitular de Luca, entonces sede vacante, vino muy oportunamente a disipar todo recelo.

Los hechos fueron una confirmación plena de cuanto Santa Gema había anunciado.

Las personas que intervinieron en la fundación, las mismas de las que dio cuenta la Santa en el éxtasis.

Es más. Llegó a señalar detalles que sólo la visión de un santo puede prever: que las religiosas llegarían a Luca en día de viernes. Y, de hecho, un viernes tomaron posesión de la nueva morada. Había predicho Gema que la fundación se verificaría a breve distancia de la solemne beatificación del hoy San Gabriel de la Dolorosa, estudiante pasionista, al cual Gema profesaba gran devoción. Así fue. San Gabriel, entonces sólo venerable, fue beatificado el 31 de mayo de 1908, y el 23 de julio del mismo año y en día de viernes, las llaves del monasterio eran entregadas solemnemente a las religiosas pasionistas.

LIII.

EN EL PURO AMOR

Santa Gema había dicho a Dios en uno de los raptos de amor: "Cuando deje totalmente de ser mía, seré toda tuya". Esa renuncia de sí misma, el total despojo del yo, son condiciones indispensables para la unión transformadora en Dios.

"Esta unión —dice San Juan de la Cruz— hace que las dos voluntades, conviene a saber, la del alma y la de Dios, estén conforme, no habiendo en una cosa que repugne a la otra. Y así, cuando el alma quitare de sí totalmente lo que repugna a la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor.

"Esto se entiende no sólo de lo que repugna según el acto, sino también según el hábito, de manera que no sólo los actos voluntarios de imperfección le han de faltar, mas los hábitos de esas cualesquier imperfecciones ha de aniquilar. Y, por cuanto toda cualquier criatura y todas las acciones y habilidades de ella no cuadran ni llegan a lo que es Dios, por eso se ha de desnudar el alma de toda criatura y acciones y habilidades suyas, conviene a saber; de su entender, gustar y sentir, para que, echado todo lo que es disímil y disconforme a Dios, ven-

ga a recibir semejanza de Dios; no quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios, y así se transforma en Dios.

"Y para que se entienda mejor lo uno y lo otro, pongamos una comparación: Está el rayo del sol dando en una vidriera. Si la vidriera tiene algunos velos de manchas o niebla, no la podrá esclarecer y transformar en su luz totalmente, como si estuviera limpia de todas aquellas manchas y sencilla. Antes, tanto menos la esclarecerá, cuando ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas. Y tanto más cuanto más limpia estuviere, y no quedará por el rayo, sino por ella. Tanto que, si ella estuviere limpia y pura del todo, de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo; aunque, a la verdad, la vidriera, aunque se parece al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del rayo; mas podemos decir que aquella vidriera es rayo o luz por participación. Y así, el alma es como esta vidriera en la cual siempre está embistiendo, o, por mejor decir, en ella está morando esta divina luz del ser de Dios por naturaleza, que habemos dicho.

"De aquí queda ahora más claro que la disposición para esta unión, como decíamos, no es el entender del alma, ni gustar, ni sentir, ni imaginar de Dios, ni de otra cualquier cosa; sino la pureza y amor, que es desnudez y resignación perfecta de lo uno y de lo otro sólo por Dios; y no puede haber perfecta transformación, si no hay perfecta pureza; y según la proporción de la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios, en más o en menos. Y no será perfecta, como digo, si del todo no está clara y perfecta y limpia.

"El alma es, por comparación, como un cristal herido de los rayos del sol, invadida de la luz divi-

na del ser mismo de Dios. De ahí que si ella acierta a eliminar completamente de sí la oscuridad y las manchas de las criaturas, uniendo enteramente su voluntad con la de Dios, se hará luminosa, se asemejará más a Dios, y aunque su ser natural sea muy distinto del de Dios. El cristal se distingue esencialmente del rayo, aun cuando posea toda su claridad".

Grande esfuerzo supone la consecución de este grado de virtud. Santa Gema consagró a ello en buena hora los ardorosos afanes de una voluntad inflamada en el más puro amor de Dios. "Sólo tengo de bueno una cosa, y ésta es la buena voluntad —escribía Gema a su director—. Así me parece cuando menos a mí. Y como, según me dice, Jesús ayuda a quien es débil y pobre como yo, espero que mi buena voluntad agradará a quien es poderoso y fuerte como Jesús".

Esta divina complacencia se reveló en Gema muy pronto. Progresando siempre en una escala ascendente, los esfuerzos amorosos de Gema aumentaron la fidelidad de su alma a Dios y el premio de las recompensas divinas. Para Santa Gema, al igual que lo fue para Santa Teresita, la labor del perfeccionamiento arrancaba del corazón. Consideraron la virtud como camino real del amor. El amor puro es el desasimiento completo de todo lo que no procede de Dios o no conduzca a Dios.

De tal amor procedían estas enérgicas resoluciones de Gema: "¡Antes de faltarle en la fe y en el amor, Jesús, que muera yo! Mejor es vivir entre sufrimientos que hallarse en pecado. Todo lo sacrificaré por ti, Jesús, por serte fiel. Quiero que completes en mi alma la obra de tu caridad. Mi pobreza y mi nada son un título para mi sincera conversión. Jamás encontré en el mundo amor

como el tuyo. Para amarte a ti sin medida, deseo no amar a nadie".

"Todos mis afectos serán exclusivamente para Jesús, y si alguna partecita de esos afectos colocase en alguna criatura, será con el solo afán de hacerte amar en su corazón. ¿A dónde iré en busca de la felicidad, fuera de Ti? Sí, sólo en Tí, Jesús, hallo toda mi dicha".

Este amor tiene su sostén y su faro luminoso en la fe. Cuanto más viva sea la fe, más intenso es el amor. En Gema la fe es viva, no solamente cuando ve y presiente a Dios, sino cuando se le escondía, abandonándola en largas y penosas arideces.

"Lo que Gema creía a la luz de la fe, lo aguardaba con esperanza segurísima, con tanta mayor firmeza y seguridad cuanto mayores fueron las pruebas a que Dios la sometió" —dice la Madre G. Giannini—. Estaba segurísima de que mediante el sufrimiento quería el Artífice Divino labrar su alma para que fuese digna de la vida eterna, que era el objeto de su esperanza. Y, atraída por el ideal de la eterna bienaventuranza, hacia ella se encaminaba con ímpetu, confiando en los méritos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta esperanza, como llama operante, impulsaba a su alma a valerse de todos los medios que conducen a la salvación eterna, como son la frecuencia de los sacramentos, la oración y el ejercicio constante e ininterrumpido de las virtudes. Especialmente en los éxtasis tenía acentos de vivísima esperanza. Se le oía exclamar: "¡Oh, Jesús! ¿Cuándo pasaré de este estado en que temo perderte, a la certeza de poseerte para siempre? ¿Cuándo seré trasladada de las tinieblas de este mundo a la luz eterna de mi Dios?..."

De su trato habitual obtenía uno la impresión de que su alma se hallaba constantemente absorta en Dios, no hablando sino por necesidad. Sus palabras eran humildes, llenas sobriedad y reserva. Con todos cuantos tenían la fortuna de acercársele usaba idéntica conducta. Era, por lo mismo, muy circunspecta, según Dios, cuantas veces hubiese de aconsejar, exhortar, en cumplimiento de la caridad cristiana.

En todas sus acciones veíase que la norma de su conducta era el deseo de agradar a Dios. Con penetrante mirada descubría en el mar equilibrado y tranquilo de su alma hasta los más mínimos movimientos. De aquí su exquisita delicadeza de conciencia... "Los días pasados cometí una falta tan grande, que fue especial misericordia de Dios que no me castigase —son palabras de la Santa—. Jesús es sumamente benigno... El señor Lorenzo me había ordenado hacer una cuenta. Puse en ello demasiada atención, y, como consecuencia, me olvidé de la presencia de Dios. Pero fue apenas un minuto, porque súbitamente volví en mí misma, pedí perdón a Dios, y tengo la seguridad de haber sido perdonada por Jesús".

El lenguaje de Santa Gema podrá parecer exagerado; pero, repitamos, es el lenguaje de los santos. Xavierina de Maistre, en el Carmelo Madre Teresa de Jesús, poseída en grado vehemente del sentimiento de la excelsa santidad de Dios, escribía a su director espiritual, Monseñor Gay: "Padre mío, le ruego que no me vuelva a hablar de mis defectos e imperfecciones; más bien, llámelas iniquidades".

En cierta ocasión, hallándose en la iglesia Gema fijó por un instante la mirada con algo de interés en los vestidos de una jovencita que se sen-

taba a su lado. Su buen Angel de la Guarda no tardó en recriminarla severamente por ello. Gema, en castigo, se impuso a sí propia la obligación de llevar por todo aquel día los ojos bajos.

En otra circunstancia le pareció haber intervenido inútilmente en una conversación que sostenían varias jóvenes, disgustando con ello —así lo interpretaba ella— a Jesús, su Amor. Para no reincidir en esto, se obligó a no hablar en adelante, a no ser que fuese interrogada.

Una vez lanzó sobre el demonio una palabra de desprecio durante una de las acometidas de que la hizo objeto. En el curso del día rogó a la señora Cecilia que le llevase a confesar. "Ya sé quién ha estado aquí esta mañana" —dícele la señora—. Y Gema, a su vez, le refirió entonces su culpa. Y es que Monseñor le había prohibido meterse a hablar con el demonio. Y, no obstante, ella, aunque sin pensarlo, ni reparar en ello, se enfrentó con el espíritu tentador, respondiendo a sus sugerencias: "...Está bien. Chúpate la rabia..." Y el haber proferido estas palabras al demonio, pesa ahora sobre su alma como una culpa.

El Señor, celoso de la pureza de su corazón y de la exclusiva de su amor, es, a veces, severo en los santos, como se ve en el hecho siguiente:

Gema recibió en regalo un diente de San Gabriel de la Dolorosa, que se lo dio el P. Germán, y lo apreciaba muchísimo, más que en atención al donante, por el valor que atribuía al don en sí, dado que era de un santo, del *Santo Cohermano Gabriel*, como lo llamaba ella.

Tratando un día con el Señor, le habló del desasimiento y desapego que debía sentir en su corazón hacia las cosas de la tierra. Gema replicó: "No poseo nada. No sé de qué deba desasirme.

Sólo te poseo a ti, Jesús mío". Pero el Señor le replicó: "Y aquel diente del Cohermano Gabriel, dime hija mía, ¿no te tiene robado el corazón?" "Pero, Jesús, ¿no es acaso la reliquia de un Santo?..." "Hija, te lo dice Jesús y basta". Y estas palabras fueron dichas con acento de severidad.

Gema comprendió ahora toda la verdad. No podía... Anteriormente, cuando la tornera de las Servitas se lo pidió para mostrárselo a las religiosas, le costó grande trabajo privarse de la reliquia, aun siendo por tan poco tiempo. Después de la orden de Jesús, se desprendió de ella, regalándola a la señora Justina Giannini, pero no pudo disimular la pena que afligía su corazón.

La señora Justina Giannini se hallaba postrada en cama. Gema ofrece por la enferma los años que le restan de vida. Se ofrece al Señor para sobrellevar en su carne el azote de aquella enfermedad. Con espíritu heroico queda a su lado haciendo los oficios de enfermera, y corona todos estos sacrificios privándose de aquella reliquia... Prodigios de la caridad en el corazón humano.

"Pero, ¡Padre mío, Jesús en qué cosas se fija!" —comunicó Gema a su director al darle cuenta de la reprensión de que fue objeto.

Se alimentaba escasamente, tanto, que apenas se explicaba que pudiera vivir. Con todo, le parecía que no tenía bastantemente mortificado el gusto, y pidió al Señor la gracia de no sentir en adelante el sabor de los alimentos durante las comidas. Y el Señor se la concedió.

Tenía la impresión de que la naturaleza busca en la mesa los alicientes de la comodidad, el atractivo del regalo y de las satisfacciones humamanas. (Pura aprensión en ella, porque su vida

era una cadena ininterrumpida de mortificaciones). Y quiere hacer suya la plegaria de Santa Teresita: "Ni las criaturas para mí, ni yo para las criaturas... Ni una cosa terrena quiero que turbe en adelante mi corazón... Que nadie se ocupe de mí... Viva yo despreciada y pisoteada como un granito de arena..."

Tal delicadeza de conciencia se traducía en una continua vigilancia sobre los movimientos de su corazón, por no disgustar en lo más mínimo a Dios. Supone un grande recogimiento interno y externo. Y Santa Gema supo adquirir estos hábitos mediante el continuo ejercicio.

Entre las ilustraciones del "Caminito" de Santa Teresita hay una muy expresiva y elocuente, digna de que todos la imitemos. Vense en el mundo infinidad de aventuras de todo género: guerras, duelos, naufragios, accidentes de toda clase. Mas la pequeña Teresita, todavía de dos o tres años de edad (símbolo del alma que ha adquirido la infancia espiritual), descansa con la cara apoyada sobre el Corazón de Jesús, tapándose los ojos y los oídos para no ver ni oir nada.

Imagen acabada de lo que es Gema. No quiere ver, ni saber nada. Prefiere abandonarse en el Corazón santísimo de Jesús y buscar allí su soledad. Se siente feliz en pasar las horas sola en su habitación, sola con Dios, por temor a que las ideas extrañas vengan a mezclarse importunamente con las del cielo, de las que sólo quiere ocuparse.

En las conversaciones prefería pasar plaza de ignorante, absteniéndose de entablar discursos innecesarios. Pero si la conveniencia exigía que hablase, lo hacía con suma brevedad y elegancia El hablar con los hombres, sin una verdadera necesidad o utilidad, conceptuaba que era robar el tiempo

a Dios. De ahí su laconismo, del que nos ofrece una prueba el Padre Justino, pasionista, en el siguiente caso:

"Estaba yo un día en la casa de Giannini. Gema se hallaba recostada sobre un modesto diván, con el rostro encendido, como si tuviera fiebre. Habiéndole preguntado yo cómo se sentía, me repuso, con calma: "Bien". Añadí: "Me parece que tiene usted fiebre". Y ella, con la misma profunda calma, volvió a contestarme: "Un poco". Tras una breve pausa, le interrogué cuál era, a su juicio, la cosa más hermosa para un alma en la tierra. Gema, sin el más leve titubeo, me respondió: "La voluntad de Dios".

"Yo añadí: "Muy bien. Esto nos enseña a pedir Jesucristo en el Padrenuestro, y eso, cabalmente, es lo que hacen los bienaventurados en el cielo, y lo que deberíamos hacer nosotros en la tierra. Le seguí preguntando si se hallaba contenta de padecer, y la Santa me respondió que sí, porque era la voluntad de Dios que sufriese". Hasta aquí el testimonio del citado Padre.

Como se nota a las claras, la Santa nada habló fuera de lo estrictamente necesario. Tratándose, como se trataba en el caso, de que el interlocutor era un religioso, bien podía haberse extendido en discursos espirituales. Pero, no. Más que hablar de Dios con los hombres, Gema prefería hablar directamente con Dios.

Que sus ojos se hallaban constantemente fijos en Dios, se deduce de dos votos que hizo: el uno de obrar siempre lo más perfecto, y el otro, sugerido por Monseñor Volpi, *de vivir muerta.* El primero es arduo en la ejecución. El segundo, difícil de cumplirse, y origen y causa, a su vez, de muchas virtudes, si se trata con empeño de cumplirlo.

"Debes conducirte como si estuvieras muerta" —le dijo Monseñor—. Y Gema puso a la orden estas palabras por apostilla: "No debo, por consiguiente, ni hablar, ni manifestar deseo alguno, ni exteriorizar nada. Estoy muerta. Un muerto no dice jamás *quiero, desearía..., tendría el gusto...* Calla simplemente y deja obrar".

De hecho, su voluntad estaba del todo muerta. "No me pregunte usted si quiero esto o lo otro —decía Gema a la señora Cecilia—. Tampoco me diga: Gema, ¿quieres pasear? ¿Quieres hacer esto o lo otro? Por el contrario, debe decirme: Gema, marchemos. Haz o hagamos esto o lo otro. Pero sin preguntar mi parecer ni pedir mi consejo, siempre que se trate de hacer la voluntad de Dios, aunque fuese contraria a la mía o a la de otras personas".

Era, asimismo, completamente ajena a los sentimientos de la propia estimación.

Le ayudaba grandemente para esto el vivo sentimiento que poseía de la justicia: "Todo de Dios; nada mío. Todo a Dios; nada a mí. Todo para Dios; nada para mí". De este sentimiento derivaba el conjunto de afectos que le hacían decir que ella había nacido para practicar la humildad, para vivir en el olvido.

Gema tenía por norma el ocultar a los ojos del mundo cuanto pudiese redundar en su propia estima, así los dones de la naturaleza, como los de la gracia. Aficionada a la música y al canto, los había estudiado, progresando bastante. Pintaba muy bien. Tenía mucha soltura para componer versos; pero jamás se vanaglorió de ello. Ni siquiera habló. A sus familiares les era conocida esta habilidad. En cambio, la familia de adopción, los Giannini, no tuvieron noticia de ello hasta después de su muerte.

En la casa Giannini jamás puso las manos en

el piano. Nadie la oyó cantar, ni dedicarse a pintar, ni al corte de los vestidos. Todas sus actividades las consagraba a remendar las medias o los vestidos de las personas de casa.

Es cierto que, respecto de su alma, enriquecida con tantos y tan señalados dones, hubiera bastado un débil soplo de vanidad para destruir y tirar por tierra todo el hermoso edificio espiritual. De este peligro salió indemne, merced a su profunda y reconocida humildad. No se cuidaba de si las personas la quisieran o no, de si la tenían en estima o no.

Tanto las alabanzas como los vituperios la tenían sin cuidado. Había conocido la verdad. Estaba en la posesión de la verdadera sabiduría, y en su nada se sentía muy feliz.

Para que se hiciera cargo de la importancia de esta virtud del propio menosprecio, Jesús mostró a su alma el cuadro de una inmensa llanura, poblada, hasta los extremos, de árboles. En el centro se veía el corte de una espaciosa plaza, en la que sobresalía una árbol entre todos los demás por su elevada talla. "Aquellos árboles —le dijo el Señor, mostrándole el conjunto de ellos— son las virtudes en general; mas el que aparece ante nuestros ojos como el más alto y elevado, es la santa humildad".

Movida por el sentimiento de su propia nada, dijo en cierta ocasión Gema a la tía Cecilia: "Señora, lo que hace en servicio mío, hágalo como si lo hiciera por un pobre dél arroyo".

Eran grandes y maravillosos los progresos que la Santa hizo en esta virtud. Cuanto más amada era de Dios, otro tanto se humillaba con todos, tratando de esconderse y pasar desapercibida. Sentía bajamente de sí misma; en la vida íntima de

familia pedía y solicitaba para sí los oficios más humildes y bajos. En los últimos días de su enfermedad, a las Hermanas de San Camilo de Lelis, que la asistían y le preguntaron cuál fuese su jaculatoria preferida, contestó: "Jesús mío, misericordia".

La humildad se traslucía hasta en su rostro, en su compostura recogida, en la voz baja que empleaba al conversar y, en general, en todos sus actos y palabras, de tal suerte, que venía a ser como un modelo viviente y escuela de humildad para las demás personas de casa y para cuantos la trataban.

Refirió una amiga suya que a Gema, en la basílica de San Miguel la recibieron alguna vez los monaguillos con evidente menosprecio. "Sí, sí; ya viene esta histérica a dar guerra a todo el mundo" —decían los muchachos, en forma que Gema lo oyese—. Otras veces la hacían esperar indefinidamente, sin pasar siquiera aviso al confesor. Y hasta la llenaban de burlas e improperios porque se estaba tanto tiempo en el confesionario.

Gema, paciente en heroico grado, no se turbaba por ello, ni presentaba excusas, con las que bien pronto hubiese podido atajar aquellas impertinencias. Y no hablaba, no por carecer de la suficiente agudeza e inteligencia para contestar a tales despropósitos, sino porque la humildad y la caridad eran sus virtudes más caras, y los vituperios y el desprecio constituían para ella su mejor caudal.

En cierta ocasión el caso adquirió proporciones más graves de lo acostumbrado. Gema tenía necesidad de entrevistarse con Monseñor y se hizo acompañar, al efecto, a San Miguel. En el momento en que llegaba, disponíanse los canónigos a entrar en el coro. Gema, acercándose a un clérigo, preguntó por Monseñor. Oyó el ruego otro que la

conocía, y dijo, en voz alta: "¡Qué confesor, ni qué pepinos, a esta hora...! Vete a otra parte con esa música", etc., etc.

La sacristía se hallaba llena de gente. Aquellas palabras, proferidas con el máximo desprecio, las oyó toda la concurrencia. La tímida Gema se retiraba confusa, pero feliz... "Sentí un poco de confusión —escribió a su director—, pero me acordé de Jesús, y no pasó nada". Lo tomó como un regalo del cielo. Y exclamó, con Santa Teresita, llena de infinito amor: "Amo estas picaduras de alfiler. ¡Hacen tanto bien al alma! ¡Agradan tanto a Dios...!"

Un día, un grupo de jovenzuelos de la ciudad de Luca se encontró con Gema cuando nuestra Santa salía de la iglesia del monasterio de la calle de Zecca, y la rodearon, molestándola bastante seriamente de palabra. Una persona que pasaba por allí casualmente la libró de sus burlas, conduciéndola a su casa. Al llegar a ésta, declaró que se admiraba grandemente de las muestras de inalterable paciencia que había apreciado en Gema.

Usaba de idéntica serenidad cuando los muchachos de la calle se metían con ella, como vulgarmente se dice, dirigiéndole canciones o epítetos mortificantes. Uno de ellos llegó, en cierta ocasión, a escupirle en el rostro. Sin descomponerse siquiera, Gema sacó el pañuelo y se enjugó los ojos, reputándose en su espíritu feliz de ser en algo semejante a nuestro divino Señor Jesús, que fue abofeteado y escupido.

Otro episodio, del que solamente el Señor fue testigo y le mostró por ello su agrado, inundándola de alegría, es el siguiente:

Hallándose Santa Gema en familia, llamaron a la puerta que daba a la calle. Las tías le dijeron

que bajase a abrir. Gema mira por la ventana de la habitación en que se encontraba y parécele ver a un joven, antiguo empleado de la casa Giannini, persona seria y que había cobrado alguna afición a la santa joven. Mostraba en las manos algo así como un paquete. Gema lo invitó desde la ventana a subir. Pero el supuesto joven se empeñó en que Gema bajase. Bajó por fin, y al encontrarse ambos, el joven descargó sobre la Santa un terrible bastonazo. Gema no levantó la voz, ni le preguntó por el motivo. En seguida se retiró a la habitación, sin decir a nadie lo ocurrido, ofreciendo a Jesús por entero la humillación de que fue objeto y el sufrimiento que experimentara.

Solamente le quedó un pesar en el fondo de su conciencia: el haber huído, en lugar de haberse quedado allí dispuesta a recibir más golpes por amor de Dios. El hecho se repitió varias veces, y el Padre Germán, no encontrándole justificación, creyó descubrir, bajo las apariencias de aquel joven conocido, al demonio, que así se disfrazaba. Pero Gema, que ignoraba este extremo, todo lo soportó en silencio.

Como era público y notorio que el Señor la conducía a la santidad por caminos extraordinarios, todos se creían con derecho a humillarla. Unas la rebajaban. Otras la reconvenían por fútiles razones, o hacían como que no prestaban fe a sus palabras. Gema se mostraba indiferente. Jamás demostró hallarse resentida por motivo alguno, y, caso de resistencia en dar crédito a sus palabras, no se cuidaba de que las creyeran.

Esta ecuanimidad e igualdad de ánimo la guardó constantemente hasta la muerte. Convencida en el santuario de su conciencia de su propia nada, se hallaba excesivamente engolfada, como quien dice,

en el sentimiento de la propia bajeza para maravillarse o conmoverse por los desprecios, reales o aparentes. Todo lo merecía; no merecía otra cosa, a su modo de ver. Y no sólo lo aceptaba, sino que buscaba con ansiedad todas las ocasiones de humillarse.

Llegó a la casa Giannini un eminente Prelado que, habiendo oído hablar de Gema, deseaba conocerla. Puede asegurarse que con este objeto llegó a Luca.

Figúrese el maternal cariño con que la señora Cecilia le invitaría a presentarse ante el Obispo. Gema no opuso la menor resistencia. Echando al cuello un gatazo (y esto contra lo que acostumbraba), pasó a saludar al Prelado, no cesando de acariciar al felino mientras duró la entrevista. Le hizo varias piruetas al animalito en su presencia, y luego se retiró en la misma forma.

El lector puede imaginarse la confusión que experimentaría doña Cecilia, señora seria, al ver a Gema en aquella postura, tan nueva en su persona. Fue grande el desencanto del Prelado que, al despedirse, debió exteriorizar su opinión: "Todo menos santa..."

Pero la alegría tranquila de que daba muestras Santa Gema era claro indicio de que, una vez más, había buscado con industria ser despreciada de los hombres.

Terminemos este capítulo, en el que tanto queda todavía por relatar de la virtud de Gema, con las siguientes palabras de la Madre Gema, íntima confidenta de la Santa [1].

"...Soy, por la gracia de Dios, religiosa; pero

1. Se refiere a la Madre Gema, religiosa pasionista del monasterio de Luca, hija de don Mateo Giannini.

así y todo, muy débilmente entiendo el significado de la virtud practicada en grado heroico. A la manera que yo entiendo, puedo afirmar que todas las virtudes fueron practicadas por la sierva de Dios en grado heroico, y que fue muchísima la prontitud, la facilidad y la alegría que manifestaba en su ejercicio. Por todo el tiempo que Gema pasó en nuestra casa, no descubrí en ella defecto alguno, ni contra la humildad, ni contra la caridad, ni contra la paciencia, etc., etc.

"No oí que salieran de su boca palabras superfluas, o que hablara en propia alabanza, o de su familia, o de sus cosas. En las contrariedades mantuvo siempre una grande ecuanimidad e igualdad de espíritu. En las arideces de espíritu y en los dolores que precedieron a su muerte no se le escapó un lamento. Creo, pues, tener derecho de proclamar que fue heroica en la práctica de la virtud".

LIV.

VIRGINIDAD

El alma de Gema es un límpido y terso cristal, que refleja a maravilla al divino sol, recibiendo por igual su luz y su calor.

Esta transparencia, lucidez y pureza de que se halla poseída su alma, puede denominarse en otros términos virginidad espiritual, considerada por el lado más sublime. Y ello explica el verdadero alcance de las palabras que le dirigiera el ángel al declararla que todos los favores y gracias extraordinarias de que Dios le hacía objeto eran en premio a su gran virginidad.

No se trata de sola la virginidad material. Esto es poco. Se trata de la virginidad de espíritu. De aquella luz de pureza que envuelve al alma, la invade, la penetra, y de ella mana como la luz de un nuevo foco.

Xavierina de Maistre, en el Carmelo Madre Teresa de Jesús, nos describe con mano maestra en qué consiste esa virginidad, y cuánto encierra de bello, elevado y sublime. Escribiendo a una hermana suya, se expresa en estos términos:

"Usted aspira a la pureza. La pureza es, en efecto, un camino necesario para llegar a la virginidad,

que es mucho más elevada. La pureza separa al alma del pecado, que es muerte; la virginidad la une a Dios, que es vida, y vida suya, porque lo que forma a la virgen es vivir de Dios, vivir de Jesús, de sólo El.

"Considere que en el cielo todos son puros, porque nada manchado puede penetrar allí. Pero no todos igualmente están coronados de gloria. Pero solamente los vírgenes siguen al Cordero, Cristo Jesús, doquiera que vaya, y creo que se puede suponer piadosamente que este Cordero va al Padre, como manantial, fuente y principio de vida. Y que irá allí con sus vírgenes como más capaces de vivir y participar de su vida bienaventurada, vida del Verbo y del único Hijo de Dios, que El se encarga de comunicarnos por la Encarnación.

"En el Antiguo Testamente hubo justos, pero no vírgenes. La virginidad fue el tesoro traído expresamente por Jesús al venir a la tierra. Para su ingreso en el mundo renunció de buen grado a toda pompa. Su única preparación consistió en querer formarse en las entrañas de una madre virgen. ¡Y cuánto la realzó con este acto!

"Usted sabe lo que afirma un santo: Que una virgen, habiendo de ser madre, de sólo Dios podría serlo. Esto nos revela el secreto de aquella unión especialísima que las vírgenes tienen con el Esposo de las vírgenes, Jesús. Contemple a la Humanidad Santísima de Jesús, en el seno de María, Virgen de las vírgenes. No tiene subsistencia propia, sino que subsiste en ella, de quien es inseparable.

"Cuanto en nosotras hay de vida propia, de propia voluntad, es totalmente opuesto a la virginidad. Es necesario ser vírgenes de sí mismas. Es decir, trabajar sin cesar para librarnos de todo lo que procede o hace relación al yo, para poder adherirnos

mejor a Jesús, que será nuestro yo cuando nosotras seamos perfectamente vírgenes.

"Medite frecuentemente esta elocuente expresión de San Pablo:

"La virgen piense en Dios, en las cosas de Dios y cómo podrá agradarle". Dios es el primer virgen, y su vida, eternamente bienaventurada, es modelo de la nuestra: vida solitaria, vida de conocimiento y de amor. Conocer y amar a Dios es un deber para toda criatura racional. Para la virgen es nada menos que un estado de vida.

"María Santísima, por cuanto gozaba de la plenitud del Espíritu Santo y de la gracia de una pureza absoluta y exquisita, no podía complacerse estérilmente en sí misma sino que todo lo debía referir a Dios, primeramente como criatura, y después como Virgen. Para ser enteramente virgen, el alma debe vivir unida a Dios".

"Las acciones de las vírgenes pueden asemejarse externamente a las acciones de otros cristianos, mas su vida interior es mucho más elevada. El modo con que practican la virtud, más perfecto. Jesús se lo enseñará, y no le digo más. Tenga, sí, una alta idea del estado de perfección al que usted es llamada como virgen... Virgen de cuerpo, lo sea también de espíritu, de corazón, de voluntad. No le añado más, porque solamente Jesús sabe comunicar debidamente los secretos y las gracias de la virginidad".

Estas magníficas palabras parecen salidas de la sabia pluma de un santo Padre. Aplicándolas con el ojo de la consideración a la vida de Gema, a sus íntimos sentimientos, a sus actos, sentiremos la persuasión de que, en efecto, es tal la virginidad encomiada en ella por el ángel al hacerle saber que Dios la premiaba con tan extraordinarias gracias por su elevada pureza.

Y esto mismo explica el final de aquella visión. El alma que así comprende y practica la virginidad del espíritu es, en realidad, una alma divinizada. ¡Qué extraño, pues, que el ángel se inclinase delante de Gema y con las manos juntas repitiese: Santo, santo, santo el Dios que reina en ti, y que vive en ti, que en ti se refleja, que te hizo tan pura y que obró en ti tantas maravillas de virtud!

LV.

FUEGO DIVINO

La vida de Gema se aproxima rápidamente a su término, abrasada en el horno del amor divino. Escribía a su director: "Son casi ocho días que en la región del corazón experimento la quemazón de un fuego misterioso que no lo entiendo. A los primeros días no hice caso de ello, porque poco o nada me molestaba. Pero hoy es el tercer día en que este fuego ha crecido tanto, que se me hace difícil soportarlo. Tendría necesidad de hielo para combatirlo. Créame que me produce mucha molestia. Me impide el sueño, me impide comer. Es un fuego, Padre, algo misterioso, que se comunica incluso al exterior, y llega a tostar la piel. No me atormenta, propiamente hablando. Pero termina conmigo, me consume por entero... Jesús se lo hará comprender todo..."

Otro día le escribe: "Jesús me ha repetido esta mañana por dos veces: "Un amor quiere otro amor. Un fuego busca otro fuego".

Y este fuego que consumía a Gema era de tal naturaleza, que las personas que llegaban a poner la mano sobre el corazón de la Santa sentían al ins-

tante el efecto de un fuego abrasador que latía en el interior de su pecho. Otras comprobaban este fenómeno con acercársele simplemente.

Pero, ¿y de qué procedía este fuego? —se preguntará el lector—. Hemos previsto esa curiosidad inquisitiva. Por orden del Padre Germán, su director, habían cesado los éxtasis y las participaciones cruentas de la Pasión de N. S. Jesucristo en Gema. Al cesar todos estos prodigios por expresa intimación del Padre espiritual, el fuego del amor divino que reinaba en su alma se concentró totalmente sobre el corazón.

El martirio de este fuego de amor, concentrado sobre una víscera como el corazón, superaba a todo martirio, y Gema pudo exclamar con toda verdad: "Sufro más que nunca. Este fuego me consume, me devora..." Y el corazón, no pudiendo recoger la cantidad de sangre que afluía con tanto ímpetu, lo arrojaba violentamente por la boca, produciendo vómitos de sangre, lo que constituía una satisfacción para Gema, que, de esta suerte, entregaba a Jesús la sangre de su propio corazón.

"Padre, ¡cuántas cosas quisiera decirle para que llegara a comprenderme! —le escribe de nuevo—. A veces me veo obligada a lanzar exclamaciones como éstas: ¿En dónde estoy? ¿Dónde me encuentro? ¿Quién se halla cerca de mí? Sin que haya llama alguna en mi proximidad, me siento abrasar. No llevo el peso de ninguna cadena sobre mí y, sin embargo, me siento como encadenada... Cien llamas a la vez me hacen morir y me hacen vivir. Sufro, Padre, vivo y muero con una sucesión que no tiene fin. Mas no cambiaría mi vida por nada. Quisiera volar por los aires, quisiera hablar a todas las criaturas para decirles: "Amad a Jesús, sólo a Jesús".

"Con frecuencia me encuentro sola, pero con

Jesús estoy muy bien acompañada. Cuanto más me esfuerzo en desasirme, otro tanto me siento más fuertemente ligada al nudo de Jesús. Cuantas puedo, hago actos de desprenderme de las cosas del mundo, y a todas las encuentro. Huyo de los placeres de la vida y, sin embargo, siento en mí la posesión de un contento tan grande, que produce en mí dicha completa.

"Siento abrasarme continuamente y quisiera quemarme aún más. Sufro, pero quisiera sufrir más... Deseo vivir y deseo morir... Lo que deseo y quiero, ni yo misma lo sé... Busco y no hallo. Mas no sé qué es lo que busco. Quisiera amar sin tasa ni medida a mi celestial Esposo. Siento amor, pero a quien amo, no lo entiendo. En el fondo de esta ignorancia mía diviso un bien inmenso, un bien grande. Es Jesús.

"Padre mío, si, por suerte, conociera V. R. alguna de esas almas que llevan la herida del amor de Jesús, pregúntele qué remedio hallan cuando, enfermas de amor, experimentan la intensa pena de este ardor que quema... Y luego, sepa decírmelo..."

No cabe duda. Gema se halla en posesión de aquel don tan admirable del que tan magistralmente trata San Juan de la Cruz. El corazón de este Santo fue asimismo herido del fuego del amor divino. Oigamos cómo describe los ardores y las delicias de aquella llama.

"Dice Moisés en el Deuteronomio que Dios Nuestro Señor es fuego devorador, o sea un fuego de amor.

"Ahora bien; estando este fuego divino dotado y enriquecido de una fuerza infinita, es claro y evidente que tiene poder de consumir y transformar en sí en manera incomparable, suprema y absoluta, cuanto toca con su llama omnipotente. Con todo,

el fuego no enciende y abrasa a las almas, sino en la medida y proporción de sus disposiciones. A unas, más; a otras, menos. Cuanto El quiere. En el modo y el tiempo que más le place.

"Pero cuando Dios, fuego de infinito amor, ha decidido apoderarse con fuerza de un alma, el ardor que en aquel momento desciende a ella y la abrasa, llega a ser tan intenso, que parece exceder infinitamente a todos los fuegos y a todos los ardores de este mundo.

"Al toque de este fuego llama el alma con el nombre de cauterio o abrasadura, porque los efectos que producen, en sustancia, no se diferencian, por su inefable grandeza, de aquellos que se producen en otros cuerpos en combustión.

"El alma, en efecto, transformada en este fuego divino, no sólo siente, prueba y experimenta la acción de la llama que la invade, sino que ella misma conviértese en una especie de cauterio, de fuego que da origen al ardor más intenso.

"Milagro estupendo. Este fuego divino que por su fuerza omnipotente podría destruir y derretir mil mundos con infinita mayor facilidad que el fuego terrestre reduce a ceniza una paja seca, no consume, ni aniquila los espíritus que él inflama. Por el contrario, les hace gustar y probar dulzuras tanto más delicadas cuanto más se acrecienta la potencia de su ardor. Ese fuego no consume las almas, sino que las deifica, penetrándolas con su llama".

Exactamente, lo mismo que se narra en el libre de los Hechos de los Apóstoles como sucedió a los mismos. El fuego del cielo descendió con gran violencia sobre los discípulos, quienes —al decir de San Gregorio— se sintieron en su interior quemarse en medio de una suavidad inefable. Este hecho lo ensalza la Iglesia en liturgia: *Advenit ignis divi-*

nus, non consumens sed illuminans. Bajó fuego del cielo, no para consumir, sino para iluminar.

Como, verdaderamente, el fin propuesto por el Espíritu Santo en sus comunicaciones a las almas, es solamente el de glorificarlas, no las restringe, sino que las dilata. No las fatiga, sino que las alivia y las conforta, llenándolas de riqueza y de luz.

Este es el motivo porque el alma dice que semejante cauterio es suave.

Afortunada aquella alma a quien le cabe la incomparable fortuna de recibir las impresiones de esta llama divina. Lo gusta y sabe todo. Obra lo que quiere y todo le sale a medida de sus deseos, y ninguna persona o cosa de este mundo podrá prevalecer contra ella. Posee el don de la intuición y penetra hasta las profundidades de la sabiduría de Dios, porque es propio del amor hallarse en la posesión de todos los secretos, tesoros y cosas de la persona amada.

"¡Oh, almas que habéis llegado a la dicha de experimentar en vosotras los ardores de este fuego divino...! ¡Cuán grande es vuestra gloria!... La fuerza infinita de este fuego podría consumiros, aniquilaros; pero no lo hace. Se limita a colmaros de sus bienes y de su gloria.

"Que nadie se maraville de que Dios conduzca a ciertas almas hasta esta suprema elevación. El sol produce en determinados casos efectos sorprendentes... ¿Y no podría hacer otro tanto el Eterno Sol, Dios?

"Sí, pues, este fuego y este abrasarse son tan suaves, pensemos el límite hasta donde llegará la embriaguez del alma en que esto tiene lugar... Bien quisiera expresarlo ella, pero le es imposible... Solamente logra gritar en la plenitud de su felicidad: "¡Querida llaga...!"

"El mismo que causa estas llagas es también quien las cura, y las cura y cierra en el momento mismo que las produce".

Y ¿de qué modo las cura? "Agrandando las llagas y haciéndolas siempre más vivas y profundas con nuevos golpes que descarga sobre el alma, hasta verla enteramente transformada en una llama de amor.

"En tal grado, el alma no es más que una llama, y, en tal manera llega a una curación perfecta. En nuestro caso, la salud del alma es tanto más fuerte y lozana cuanto es más profunda la herida de amor. Solamente entonces se puede afirmar y decir de ella que se encuentra en un estado de salud perfecta, cuando no es otra cosa que una llaga de amor.

"Con todo, la tal llama celestial no deja de seguir obrando sobre el alma, hiriéndola y llagándola siempre más, a medida que crece el amor, y esto hace que la llaga se convierta en fuente de infinita dulcedumbre; tan dulce y deliciosa, que llega a arrancar al alma gritos como aquel de que ya hemos hecho mención: "¡Querida llaga...!"

"Sí, tanto más placentera y querida cuanto es más ardiente y devorador el amor. Efectivamente, el Espíritu Santo la produce al objeto de colmar el alma de sus delicias. Ahora bien; cuanto mayor sea el deseo de hacerla gozar de la propia felicidad, tanto más grande, es claro, será en ella la llama del amor divino.

"Llaga dulce, producida por quien no sabe sino amar y curar... ¡Oh llaga, más apetecible que todas las cosas del mundo...! ¡Que sólo se produce para el bien, para la bienaventuranza eterna...! ¡Llaga poderosa, producida por un autor infinito cual es Dios...!

"¡Oh llaga dulce y embriagadora, tanto más divinamente embriagadora cuanto más profundo fuere el fuego del amor que abrasa al alma, abrasando en ella todo lo que sea asequible a su amor, a fin de colmar de delicias todas sus potencias...!

"Este cauterio y esta llaga constituyen, a mi modo de ver —concluye el Santo— el grado más sublime de amor a que puede llegar un alma durante la transformación que obra Dios en ella en esta vida.

"Danse, ciertamente, otros toques, todos admirables; pero el más sublime es éste, dependiente directamente de la divinidad en virtud de un contacto inmediato con la sustancia del alma, excluyendo totalmente la intervención de cualquier figura natural o imaginaria".

Gema afirmaba que este martirio y este fuego superan en intensidad a todos los demás martirios sufridos por ella. Y debía ser así. "Cuando la llaga no se manifiesta al exterior —sigue diciendo San Juan de la Cruz—, sino que permanece en lo íntimo del alma sin que la vean los de fuera, las delicias y la alegría llegan también a ser más grandes y sublimes, puesto que la carne es un obstáculo para las operaciones del espíritu.

¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!
"¡Oh cauterio suave!
¡Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado" [1].

---

1. San Juan de la Cruz, "Llama de amor viva".

LVI.

ELEVACIONES

En el ardor y la embriaguez, entre las divinales delicias de estas llagas, el alma de Gema prorrumpía en exclamaciones que eran como otras tantas saetas de amor.

"...¿Qué es lo que siento...? No puedo, ¡oh verdadero Dios mío!, abandonarme a esta dulcedumbre, a esta felicidad... ¿Qué es, Dios mío, esto que siento?...

"Gocen de Ti, ¡oh Jesús!, los santos y los humildes de corazón. No yo, ¡oh Señor!... A Ti, los espíritus y todos los moradores del cielo. No yo, Señor. Ríndante todos infinitas alabanzas y acciones de gracias...

"Mas también yo, ¡oh Jesús...! Si yo, a pesar de ser una vil e indigna criatura, deseo amarte con un amor singular. Ayúdame Tú, fortaleza mía... Envía fuego a mi corazón..., palabras a mi boca... Que de día y de noche pueda meditar tus glorias y proclamar tus grandezas... Impuros son mis labios...; impuro es todo mi cuerpo... Necesito de Ti a fin de que me limpies de toda mancha...

"Santifícame, Jesús... Tu memoria, tu dulzu-

ra conserve siempre unida a Ti mi alma. Haz que de las cosas visibles pase a las invisibles, de las cosas terrenas, a las celestiales...

"¡Oh Dios mío, oh Jesús mío...! ¿Qué me dices...? ¡Oh verdadera caridad! Tú serás mi Dios, porque hacia Ti me siento siempre movida; hacia Ti me siento arrastrada, y a Ti espero llegar. Cuando yo trato contigo, me siento confortada. Pero, cuando me abandonas, desfallezco... Me lo dice la fe que me has puesto en el corazón a fin de iluminar mis pasos. Haz, mi Dios, haz que quien te conoce conozca la verdad y la eternidad...

"¿Quién será semejante a Ti, Dios mío...? Tú eres Dios omnipotente... Jesús mío, verdadera caridad, Tú eres mi Dios...

"Jesús, mi redención, yo te alabo, te bendigo... Mi alma te da infinitas gracias, aunque ciertamente, ¡oh Jesús!, no son para compensar los beneficios que he recibido de Ti...

"Y te doy las gracias, no como debería, sino en la forma que es posible a una mezquina criatura como yo... Acéptalas, ¡oh Jesús!, en tu infinita misericordia. Te ofrezco las alabanzas y las plegarias de los bienaventurados del cielo... Acéptalas para que mi alma aparezca menos indigna del don que me has querido regalar esta mañana.

"Todo es efecto de tu gran bondad, ha sido tu bondad la que me ha criado; ha sido tu misericordia la que me ha redimido; ha sido, en fin, tu paciencia la que me ha soportado hasta aquí.

"Tú, oh Jesús, me esperas a penitencia, y yo aguardo tu divina inspiración para empezar a vivir como debo. Mi alma, ¡oh Jesús!, te quiere..., te desea..., y, para amarte de veras, tendré presentes tus penas, tus llagas, tu muerte, tu cruz, tu resurrección..., tu ascensión.

"¿Por qué no estuve también presente cuando ascendiste al cielo?... ¿Por qué no estuve también presente para ver a un Dios ofendido, conversando con los pecadores...? Tú anduviste, ¡oh mi dulce consolador!, bendiciendo a todos aquellos que estaban contigo. Pero yo no me encontraba allí... Alzaste las manos y una nube te envolvió, llevándote al cielo. Tus ángeles proclamaron que volverías; pero yo no te he visto más...

"Volverás, estoy cierta... Porque Tú eres mi vida, mi sostén, mi fuerza, la fortaleza de mis brazos... Ven, ¡oh Jesús!, a reinar en medio de mi corazón...

"Y ¿qué son, ¡oh Señor!, las consolaciones de la tierra al lado de tus consolaciones...? Ea, Jesús, hazme sentir tu voz..., una sola de aquellas palabras que me hiciste oir en los caminos de la prueba. Seas bendito, Jesús, porque casi has ordenado a las criaturas que me halle más cerca de Ti...

"Consuélame, ¡oh Jesús! ¿Qué importa que en el mundo yo no tenga consolaciones? Tú sólo me bastas. ¿Qué me importan los desprecios? En Ti hallo todo consuelo. Si Tú me hubieras hecho comprender esto antes, yo estaría abandonada en tus brazos.

"Y, si de esta suerte tratas a una pecadora, ¿cómo tratarás a las almas puras, a las almas santas?

"¡Oh Jesús!, deja que yo me una enteramente a Ti. Sé que tú eres el único bien mío, y, no obstante, me he inclinado a indignas criaturas. ¿Qué podía esperar yo de ellas? ¿Tal vez esperaba mi corazón hallar más riquezas, más atractivos fuera de Ti? Perdona tanta miseria mía, tanta iniquidad de mi parte. No permitas que yo falte a los ósculos de tu amor. Sería horroroso que, a tanto amor de parte tuya, correspondiese yo con tanta ingratitud.

"¿Qué representaría para mí la mínima consolación que hallo en este mundo, si, por un acaso, quedara privada de las consolaciones de mi Jesús?

"Tú sólo, Jesús, porque solamente Tú puedes calmar las tempestades que surgen de mi corazón... Tú sólo puedes vigorizar mi alma... Tú sólo, porque lo puedes todo".

LVII.

¡EXPIACION!

¿Por qué fecha consiguió del Señor Gema la insigne gracia de la llaga amorosa?

Para responder cabalmente preciso fuera tener a mano toda la parte documental de su conciencia. Sin género de duda, la obtuvo antes del matrimonio espiritual , grado que poseía el alma de Gema, como se descubre de sus transportes amorosos con el Señor: "¿Cómo te has olvidado, Señor, de todo lo demás? ¿Acaso no te interesa ganar más que a mí?"

En efecto —dice San Juan de la Cruz—, "siente el alma en este tiempo a Dios tan presuroso y solícito en colmarla de favores, de finezas, de alegrías, que le parece no haber fuera de ella en el mundo otro a quien dispense semejantes mercedes. Y que sólo a ella mira, cuida y ama".

Esto acontecía con Gema aproximadamente un año antes de su muerte. En la fiesta de Pentecostés de 1902, sus familiares comprendieron que Gema recibía comunicaciones del todo extraordinarias. El recogimiento habitual se había hecho más profundo. Su rostro aparecía más encendido que de ordinario. La respiración, anhelante, temiéndose por momentos una crisis del corazón.

El alma de Gema, en este estado, era invulnerable a los ataques de Satanás y de los hombres. Poseía la seguridad de ello. Sintiéndo en su corazón, llagado de amor, la sola sed de los intereses de su Esposo, Jesús, el Señor podía obrar libremente en ella, seguir aceptando todavía sus ofertas de víctima, y cargar la mano sobre aquella alma, ya suya para siempre, purificada y refinada en el crisol del sufrimiento y del amor, y capaz de las mayores expiaciones.

Dícele el Señor un día: "Tengo necesidad de una grande expiación, de modo particular por los pecados y sacrilegios con que soy ofendido por los Ministros del Santuario. Si no fuera por los ángeles que asisten a mi altar, ¡sobre cuántos de ellos no habría descargado ya mi ira!"

Terribles palabras, que dejaron a Gema sin aliento. A la pregunta formulada por Jesús de si se hallaba dispuesta a victimarse en expiación, el magnánimo corazón de Gema no pudo permanecer insensible. Con su característica sed de caridad y martirio, se ofreció generosamente en holocausto por la salvación de sus hermanos.

Dios, por su parte, aceptó la oferta, de acuerdo con las normas de su justicia, que prefiere la sangre inocente a la muerte del pecador, y que, al posibilitar la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo como víctima augusta por la redención del género humano, nos proporciona la clave y el secreto de las penas de los justos en la tierra.

Para entregarse sin trabas a la obra de expiación, Gema suspiraba por la soledad del claustro, como ya vimos. Y, al imposibilitársele la entrada por la serie de dificultades cruzadas en el camino, hizo el sacrificio de sus deseos en el altar de la expiación.

Después de la comunicación divina por la que recibió la llaga amorosa del Señor, se vio reducida a extremos de inconcebibles sufrimientos, inexplicables y misteriosos para los profanos. En cambio, el P. Germán, que todo lo sabía, no queriendo que los médicos intervinieran en lo que eminentemente era una obra divina, ordenó a Gema, por obediencia, pidiese al Señor la gracia de la salud corporal.

La Santa, siempre dócil, aunque poco antes había dicho a Jesús que jamás se saciaría de sufrir por El, obedeció a la orden. Rogó a Dios conforme se lo pedía el director espiritual, y obtuvo la curación perfecta. Su cuerpo pasó de una complexión cadavérica al extremo de una lozanía y frescura propia de la mocedad. Pero por poco tiempo. El Señor la había curado por la demostración de estas dos cosas: para saber el aprecio que hacía de la obediencia, y para evidenciar que Dios Nuestro Señor era el autor de cuanto venía sucediendo en ella.

Al cabo de veinte días, una violentísima fiebre vino a postrarla para siempre. Arrojaba de vez en cuando fuertes bocanadas de sangre que nada tenían que ver con sus anteriores transportes de amor. Algunos médicos diagnosticaron que se hallaba afectada de tuberculosis. Otros dijeron que se trataba de un mal misterioso.

Afligida materialmente, lo era también espiritualmente. Cuanto hasta entonces había sufrido su alma era poco menos que nada al lado de lo que padecía ahora. Quedóse sumergida en un mar de amargura y de abandono, alimentándose de dolores, sin ninguna clase de alivio. Era el desnudo padecer, la desnuda cruz por la que tanto suspiraba.

Por fin, se dio cuenta de todo el P. Germán, por las noticias altamente alarmantes que le trans-

mitían: "Gema está enferma de gravedad... Su cuerpo es un verdadero cadáver, reducido a piel y huesos. Le aquejan dolores acerbísimos y penas interiores que producen espanto. No puede más. Se teme que fallezca de un momento a otro. Siente con apremio la necesidad de entrevistarse con Vuestra Reverencia. Venga pronto".

El P. Germán, ante noticias tan pesimistas, se puso en camino. Avisada convenientemente de su llegada, la enferma mostró deseos de recibirle de pie. El Padre no pudo ocultar su dolorosa impresión, al verla tan extenuada, descolorida y pálida. En el fondo de su cuerpo inerte y transparente destacaba, como único signo de vida, el rayo luminoso de su mirada.

El P. Germán ordenó a la enferma que se acostara. Yendo luego a sentarse a su lado, le interrogó: "¿Qué tal seguimos, Gema?" —Que me voy con Jesús, Padre. Esta vez Jesús me ha hablado muy claro. Me voy al cielo. Padre mío, al cielo con Jesús. "Mas, ¿y los pecados? ¿Cuándo los descontaremos? Buen negocio piensas hacer". —Jesús ha pensado en eso. Me hará sufrir tanto en el poco tiempo que me resta, que habré de vivir santificando mis pobres penas con los méritos infinitos de su Pasión. Al cabo, quedará satisfecho y me llevará consigo al Paraíso.

"Pero yo no quiero que mueras ahora". —¿Y si Jesús lo quiere?

El hilo de la conversación siguió desenvolviéndose en estos o parecidos términos. Dialogaron sobre la muerte, sobre la sepultura y la custodia de su cadáver, que pertenecía al Señor, al decir de Gema, y no quería que lo tocaran manos profanas.

Aquella misma tarde se reconcilió nuevamente, queriendo que bajara la sangre purificadora del

Cordero celestial sobre lo que ella, llevada del sentimiento de humildad, denominaba "su pobre vida". Una vez más el P. Germán se sintió conmovido ante tanta inocencia.

Recibida la absolución, la santa joven se entregó a vivos transportes de alegría. Toda la noche la pasó en espera del santo Viático, y, aunque devorada por la sed que le ocasionaba la fiebre, no quiso recibir ni un sorbo de agua.

Por la mañana la colocaron sentada sobre la cama, envuelta en un cándido velo blanco. Parecía un ser transfigurado, una de aquellas vírgenes inmaculadas o de aquellas otras valerosas mártires, llenas de candor y aureoladas por el sacrificio, saliendo al encuentro del Esposo para celebrar las eternas nupcias.

Cuando el sacerdote, llegando a darle la sagrada Comunión, colocó el copón sobre el pequeño altar improvisado y comenzó a exhortarla, las palabras se le entrecortaban en la boca por la emoción. Tanto le impresionó la belleza espiritual que respiraba la persona de Gema, estatua viviente, abismada en éxtasis. El Padre Germán la animó a recibir sin temor el pan de la vida. La enferma pareció recobrarse un poco. Efectivamente, levantó los ojos, fijándolos en la hostia blanca. Al recibir la Sagrada Forma que contiene el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, volvió al éxtasis.

¡Qué momento más sublime! Gema hace el sacrificio de su vida joven por las pobres almas que viven alejadas de Dios, por las cuales sufría y moría. ¿Cómo explicar los transportes de amor que se sucederían entonces entre Dios y su alma? ¡Qué reciprocidad de castos amores en aquel sublime encuentro de la criatura con el Criador, que tenía lugar sobre el Calvario y en la desnuda cruz!

El sacerdote, vuelto a la iglesia el copón, regresó inmediatamente al lado de Gema, y, arrodillado en un ángulo de la habitación, asistió, recogido y conmovido, a la prolongada acción de gracias, uniéndose en espíritu a las maravillosas comunicaciones que tenían lugar entre Dios y el alma de Gema.

No habiéndose producido el desenlace, la enfermedad seguía su curso con continuas alternativas y frecuentes crisis. Era preciso tener siempre a mano el oxígeno, a fin de reanimar la respiración de la enferma. A todo esto, asuntos urgentes llamaban a Roma al Padre Germán. ¿Qué hacer? se lo indicó a Gema, la cual respondió: "Si Vuestra Reverencia lo juzga así, Padre, puede ir; no moriré por ahora. Moriré, ciertamente, de esta enfermedad, pero no ahora. A lo menos, así me ha dicho el Señor".

El Padre la bendijo por última vez y partió para su viaje.

LVIII.

EL ULTIMO ESLABON

La tarde del 24 de enero de 1903, Gema abandonaba la casa Giannini, siendo conducida a una habitación alquilada por su tía al efecto. Aquel cuartito fue testigo mudo de la última etapa de su duro calvario.

Sus sufrimientos eran inauditos. El estómago se negaba a retener alimento alguno, ni siquiera unos débiles sorbos de líquido. Los vómitos de sangre sacudían dolorosamente, a ratos, sus miembros, poniendo en conmoción todo su cuerpo. La dificultad de respiración y la tos ahogaban su pecho. No había parte sana en su cuerpo, ni miembro que no tuviese su particular dolor.

Atormentada de tantos males a la vez, llegó un momento en que el Señor la privó de la vista, y su voz se debilitó en forma tal, que a duras penas podía articular una palabra. Con todo, jamás pedía alivio, ni mostraba en su porte actitudes de cansancio o de entristecimiento. Conforme con cuanto se hacía con ella, no solicitaba por su propia iniciativa que la levantaran o cambiaran de postura.

"Durante su enfermedad no pedía nada. Ni siquiera un sorbo de agua" —dice la Madre Giannini.

Aconteció alguna vez que, por equivocación, la enferma se vio precisada a pasar la noche sola en los momentos en que, por su gravedad, le era im-

prescindible la compañía de alguna persona. No se quejó, sin embargo.

Para evitar estos casos se convino en que la asistiera de noche una Hermana de San Camilo de Lelis. Una de estas Hermanas testificó haber oído exclamar a Gema en lo más acerbo del sufrimiento: "Jesús mío, no puedo más..."

Habiéndole insinuado la citada Hermana que con la gracia de Dios lo podría todo, no volvió a lamentarse.

De allí en adelante dio muestras de gran entereza. A las personas que se compadecían de ella, llamándola pobrecita, o pronunciaban junto a su lecho exclamaciones que eran una descripción gráfica de su desesperado estado, tales como "ya no puede más", respondía, con gran ánimo, la enferma: "Sí aún puedo más".

En los largos insomnios nocturnos, su único alivio constituía la oración. "Roguemos Hermana —decía a la religiosa que la asistía—. No quiero ocuparme de otra cosa... Jesús sólo... Sólo Jesús". Y cuando no le fue posible orar con palabras, rogaba con el corazón, conforme el método enseñado por Monseñor Volpi.

Los sufrimientos físicos de Gema eran nada en comparación de los morales. Para inducirla a la desesperación, el demonio le llenaba la mente de fantasmas, propios para suscitar en su corazón ansiedades, tristezas, amarguras y temores.

Toda su penosa vida, las desventuras de la familia, las horas de infinita angustia, las privaciones de todo género, se las iba repasando sugestivamente por la imaginación, y, con voz llena de sarcasmo y de ironía, le repetía en lo íntimo de la conciencia: "He aquí lo que has sacado de tantos trabajos y padecimientos en el servicio de tu Dios..."

Luego, la misma voz le sugería el pensamiento de hallarse abandonada de Dios por haberse equivocado de camino. Le hacía ver el engaño e hipocresía hasta en sus más heroicas virtudes y en los más insignes favores recibidos de Dios.

Dicha tentación fue la más larga y la más terrible. El desconcierto se apoderó de Gema. Queriendo recobrar la paz, pensó en hacer una confesión general. Tomó la pluma, y con la dolorosa agitación de espíritu que es de suponer, con gran confusión de ideas, fue trazando la historia de su vida, declarándose culpable de mil infiernos por haber engañado con malicia diabólica —decía ella— a los directores, confesores y a sí misma.

Viniendo más a los casos particulares, repasó el Decálogo, los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, los pecados capitales y las obligaciones peculiares del propio estado. Y en todos se declaraba grandemente culpable.

Este escrito, que antes de ser sellado, fue leído por quien estaba autorizado para ello, se llevó, por expresa voluntad de Gema, a un sacerdote de vida santa, con el ruego de que viniese a darle la absolución de todos los pecados allí consignados. Vino, en efecto, el ministro del Señor y la tranquilizó.

El demonio la provocaba a impaciencia, pero inútilmente. Trabajaba por turbar su candor virginal, pero en vano. Esta última tentación era sin embargo, para Gema, la más penosa de todas. Sobre ella escribía a su director espiritual: "Padre, esta pena me es demasiado dolorosa. Diga a Jesús que me la cambie por otra cualquiera..."

Sucedíanse también espantosas y terroríficas apariciones y ruidos ensordecedores. Al rociar con agua la habitación, cesaba el ruido, pero para comenzar luego con mayor intensidad. El escaso ali-

mento que le servían lo veía, por arte del diablo, cubierto de repugnantes insectos, y se hacía preciso retirarlo inmediatamente de su vista, porque le provocaba a vómitos que le eran muy penosos.

Igualmente le molestaban las representaciones de otros animalillos que triscaban sobre su cama y recorrían la habitación alegremente, así como una descomunal serpiente, que trataba de sofocarla. Contra todas estas representaciones pidió exorcismos, que le fueron negados, pero los hizo ella misma.

De cuando en cuando el Señor y su buen Angel de la Guarda acudían con presteza en su ayuda, animándola con estas o parecidas voces: "¡Animo! ¡No temas! ¡Acrecienta tu esperanza! ¡Resiste siempre! ¡No te dejes vencer jamás, y si la tentación, y con ello la prueba continúa, resiste siempre, *¡siempre!;* el combate te llevará a la victoria!"

Después de estos ligeros alivios, la lucha se hacía todavía más intensa. "¿Dónde estás, mi Jesús? ¿Dónde estás? —decía ella a cada asalto... "Tú lo sabes bien... Tú ves mi corazón".

Así pasaron días, semanas y meses.

"Aprende, Eufemia, cómo quiere ser amado Jesús", dijo un día a su dulce asistenta, Eufemia Giannini, que durante una fuerte crisis de tos se hallaba a su lado, sosteniéndola. El verdadero amor se prueba con el dolor. "Jesús, soy tuya en alma y cuerpo. No me importa sufrir cualesquiera tormentos. Pero quiero ser toda tuya".

En el colmo de estos inauditos sufrimientos, la interrogaron: "Si Jesús te dejara escoger entre ir inmediatamente al paraíso, cesando en tus padecimientos, o quedarte en el mundo padeciendo, si esto habría de servir para su mayor gloria, ¿por cuál de las dos cosas te decidirías? "Mejor padecer que ir al cielo", respondió Gema.

LIX.

TODO ESTA CONSUMADO

Morir en un éxtasis de luz y de amor no hubiera sido digno coronamiento a la vida de dolor y de martirio constante sobrellevada por Gema. Jesús, a la hora de morir, sobre el Gólgota entregó su alma en las manos del Padre Eterno, bañada en un mar de amargura. Se hallaba suspendido como criminal, entre el cielo y la tierra, abandonado de Dios, despreciado de los hombres...

Con Gema debía suceder otro tanto.

En una ocasión había dicho a su tía: "He rogado a Jesús que me haga morir en una grande solemnidad. ¡Qué bella cosa morir en una solemnidad!" Y murió, efectivamente, solemnemente. Pero en una solemnidad dolorosa.

La Iglesia conmemora la muerte de Jesús y relaciona este hecho con el terremoto que sacudió la tierra y rasgó el velo del templo de Jerusalén. Y, ante el dolor que embarga a los pechos cristianos por su muerte, hace enmudecer todo instrumento músico, y cesa el tañido de las campanas.

Jesús, al ser depuesto de la Cruz, había sido colocado en un sepulcro nuevo, y precisamente el día del reposo eterno de Cristo fue escogido por Dios

para deponer la cruz de los hombros de su fiel amante Gema, uniéndola consigo indisolublemente en la gloria de la resurrección.

La Eucaristía, que había constituido siempre la verdadera vida para nuestra Santa, puede decirse que fue en el lecho del dolor el único lenitivo de sus dolores y abandonos.

Provocaba lágrimas entre los circunstantes sólo verla arrastrarse, con las rodillas vacilantes, sostenida en el brazo de su querida Eufemia, a la iglesia de la Rosa. Los familiares no se lo hubiesen permitido. Pero Monseñor Volpi decía: "Dejadla; dejadla que haga la Comunión. Es el único consuelo que le queda ya en la tierra".

Cuando, por su estado, se le hizo imposible salir a la iglesia a recibir la sagrada Comunión, inclinó su cabeza a la voluntad de Dios. Pero Monseñor Volpi procuraba que satisfaciese con cierta frecuencia sus ansias de comulgar, aun estando acostada. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido soportar tantos sufrimientos sin poseer a Jesús en su corazón?

El Sábado Santo, Sábado de Resurrección, después que sus miembros virginales hubieron recibido la última purificación con el santo óleo, su alma se abrió al AMOR, con el que, transcurridos unos instantes, debía eternizarse en una gloria sin nombre.

Ya el Miércoles Santo Dios Nuestro Señor se había dignado descorrer una partecita del velo que ocultaba estos esplendores. Santa Gema fue arrebatada en éxtasis. Al tornar en sí, la Hermana que la asistía le preguntó por lo que había visto: "Ah, Hermana —repuso—, si usted pudiera ver un tantito, nada más que una partecita de lo que Jesús me ha hecho ver a mí, cuánto gozo experimentaría!"

A continuación recibió por Viático el Cuerpo de Nuestro Señor. Volvió a comulgar al día siguiente,

permaneciendo para ello en ayunas toda la noche.

"Tenía el aspecto de una Santa", asegura un testigo. Tendida en su lecho cuan larga era, estirada y rígida, con las manos juntas, los ojos bajos y modestos, el rostro radiante, mostraba en todo momento los labios sonrientes, a pesar del grado de dolor que la consumía.

En el recogimiento extático que siguió a la Comunión del Jueves Santo por la mañana, le pareció ver una corona de espinas con esta inscripción: "¡Antes de que termine tu carrera mortal aún te resta que sufrir!"

Era el final del drama, y, por la forma en que éste se iba desarrollando, el desenlace sería también doloroso. El viernes, por la mañana, a eso de las diez, la señora Cecilia mostró deseos de retirarse, alegando que se hallaba rendida de cansancio y de insomnio. Gema le dijo: "No me deje en tanto que no me vea clavada en la cruz. Voy a ser crucificada con Jesús. Me ha dicho Jesús que sus hijos deben morir crucificados".

Poco después, entrando en profundo éxtasis, Santa Gema extiende lentamente los brazos en forma de cruz, postura que conserva hasta las doce y media. Como sobre un limpio espejo, se van reflejando sobre su rostro los afectos y sentimientos más diversos: de amor, de dolor, de desolación y de calma. Gema guarda un respetuoso silencio. Pero su actitud decía suficientemente que se hallaba en la agonía con su dulce Jesús.

Las miradas de los asistentes están fijas en ella, creyéndose que de un momento a otro pasaría los umbrales de la eternidad. Pero el hecho se prolonga. Al cesar la agonía continúa durante todo el día, la noche y la mañana siguientes sufriendo mucho. Saca fuerzas de la flaqueza para responder por

su propia boca a las hermosas oraciones que acompañan a la ceremonia de la Extremaunción.

El sacerdote ministrante se retiró en seguida y no volvió hasta la recomendación del alma. Lo propio hizo el que le administró el Viático. Asimismo, el confesor extraordinario, llamado por ella, la confesó en un cerrar y abrir de ojos. Su soledad era, pues, patente.

Hubiera deseado tener a su lado a Monseñor Volpi con el objeto de que dirigiese los exorcismos de la Iglesia al demonio, que se le aparecía bajo la forma de un horrible perro amenazador. Pero Monseñor se hallaba ocupado en las largas funciones, propias del día, y no le fue posible acudir hasta la primera hora de la tarde.

"A su llegada —dice la señora Cecilia— me retiré de la habitación que ocupaba la enferma... Gema dijo que deseaba los exorcismos. Monseñor, dándole la bendición, añadió: "¿Estás contenta?" Gema insistió en que deseaba de verdad recibir los exorcismos de la Iglesia. A esto replicó Monseñor: "Voy a dar las buenas Pascuas al excelentísimo señor Arzobispo, y luego volveré a verte". Pero ya no volvió. Gema expiraba al poco tiempo.

Oigamos la impresión de Monseñor: "Cuando la visité por última vez la encontré en grave estado, atribulada de dolores, no solamente físicos, sino también morales. A todo estaba muy resignada. Le di la santa absolución, dejándola en un estado bastante penoso, más con perfecta quietud de espíritu".

A su vez, dice la señora Cecilia: "Cuando, por la mañana, avisé a Monseñor que Gema le esperaba, me respondió: "Si es para confesarla, iré; pero si es para asistirle, me es absolutamente imposible. Para eso hay curas".

Hay que tener presente que aquellos días para Monseñor, como Obispo auxiliar, eran de excepcionales ocupaciones, por razón de las funciones que tenían lugar en la Catedral.

"Cuando le transmití las palabras de Monseñor —sigue hablando la señora Cecilia—, Gema tomó el santo Crucifijo en sus manos, y poniéndolo a la altura de sus ojos, le habló en estos términos: "¿Ves, oh, Jesús? Verdaderamente, ya no puedo más... Si es tu voluntad, llévame..."

Luego, levantó la mirada a un cuadro de la Virgen que se hallaba suspendido de la pared, y añadió: "Mamá mía, a Ti te recomiendo mi alma... Di a Jesús que tenga misericordia de mí".

Besó el santo Crucifijo, se lo puso sobre el corazón, y teniendo las manos sobre él, cerró los ojos, permaneciendo en esta postura, inmóvil. A la llegada de Monseñor los abrió y habló como se ha dicho. Al despedirse Monseñor, tomó de nuevo la posición anterior.

La señora Cecilia hizo llamar a toda prisa al señor Párroco. Abate Angeli, de los Canónigos Lateranenses, quien llegó a la casa estando la familia a la mesa. Al ver a la enferma, exclamó: "Gema se nos va; se muere..." A estas voces, todos los circunstantes, hasta los más pequeños, se levantaron rápidamente y corrieron a la habitación de Gema.

La señora Justina la levantó un poco, poniendo su brazo sobre las almohadas, de suerte que la cabeza de Gema descansase apoyada en ella. Eufemia, arrodillada a un lado del lecho, sostenía entre sus manos la diestra de la moribunda, descansándola sobre su frente. Alrededor de ambas se hallaban, asimismo, la señora Cecilia y los restantes de casa, de suerte que la habitación aparecía llena.

El Abate Angeli, que leía la recomendación del alma, interrumpió varias veces la lectura para preguntar a los circunstantes: "¿Ha muerto?" De hecho, al pronunciar el sacerdote estas palabras, estaba muerta; pero ninguno se había apercibido de ello.

Con referencia a su fallecimiento, agrega el Abate Angeli: "He asistido a muchos moribundos... No me ha tocado, sin embargo, presenciar una muerte de esta naturaleza: sin señal alguna que la delatara, sin lágrimas ni asomo de respiración anhelante... Murió dibujando una débil sonrisa, y quedó con la sonrisa suspendida en los labios, tanto, que yo no podía persuadirme de que hubiese fallecido".

El Padre Germán, su director, no pudo asistir a la agonía de Gema. Apenas el mal comenzó a tomar señales de gravedad, la señora Cecilia dijo a Gema: "Será conveniente telegrafiar al Padre Germán para que venga". Pero la enferma, habiendo comprendido en su corazón que Jesús quería de ella también este sacrificio, no hizo indicación alguna en este sentido. A quien le hablase de ello, le respondía, con dulce resignación: "He hecho a Dios el sacrificio de todo y de todos. No pido nada. El Padre Germán llegará después de Pascua".

Y, efectivamente, llegó pasadas las Pascuas.

Gema había suplicado al Señor la gracia de morir abandonada y sin consuelo, a imitación de su muerte en la Cruz. "Un sacerdote... un cristiano... me bastan", habíale dicho.

Las últimas notas del doble poema de dolor y de amor que constituyen su vida fueron de un grande sufrimiento y de grande abandono.

El sagrado Evangelio dice de Cristo: *Et inclinato capite, tradidit spiritum.* O sea, que inclinada la cabeza, entregó su espíritu.

Para que la semejanza fuese completa, Gema dobló silenciosamente la cabeza y expiró.

Luego vinieron los preparativos de su sepelio. Le vistieron el hábito pasionista, le pusieron al cuello el rosario. Sobre el pecho, la insignia de la Pasión, o sea el escudo distintivo de los Pasionistas, y sobre la cabeza una guirnalda de flores. Juntaron sus manos como las solía tener en los éxtasis. Y aseguran los testigos de vista que no parecía muerta, sino dulcemente adormecida o sumergida en un éxtasis de amor. Inmediatamente de conocerse la noticia, comenzó a afluir el público en gran cantidad. Hombres y mujeres, sacerdotes y seglares, rodeaban con emoción el cadáver de aquella jovencita, cuya vida transcurrió por entero en la oscuridad, y poseídos de ese secreto atractivo que la virtud engendra en nuestros corazones, se arrodillaban, besaban sus manos, tocábanle con rosaritos y medallas, la invocaban como a santa, pedían reliquias de ella...

Entre otros, llegó el santo sacerdote al cual Gema había entregado por escrito su confesión general cuando se vio tan terriblemente acosada por el demonio. Cayendo de rodillas, por la reverencia que le inspiraba aquel cadáver, "Gema —exclamó—, a tus pies está un gran pecador. Ruega a Jesús por mí".

Al caer de la tarde del día de Pascua, los hermanos de la Asociación llamada "La Rosa" abrían el paso del cortejo, revestidos con sus hábitos amarillos. Dos de estos hermanos y dos miembros de la familia Giannini, que se reputaron felices de prestar este último obsequio a la que por tanto tiempo fue como el ángel tutelar de su casa, llevaban el féretro sobre sus espaldas.

Las campanas de la ciudad redoblaban a fiesta, mientras los ángeles de la Pasión y de la Resurrec-

ción, revoloteando alrededor del féretro, entonaban hosannas y aleluyas a la que, habiendo seguido tan fielmente a Jesús desde el Getsemaní hasta el Calvario, seguía asociada al Esposo en el triunfo de la Resurrección.

LX.

DESDE EL CIELO

Gema está ya en el cielo. Dios Nuestro Señor se dignó manifestar bien pronto a los hombres el poder que le confería. Su gracia particular era de obtener la conversión de los pobres pecadores. Lo fue en vida y lo sigue siendo ahora, que se halla en el Paraíso.

Dos Padres pasionistas de la República Argentina llegaron a Yu-Uy, diócesis de Salto, para dar allí una misión. Siguiendo la piadosa costumbre trazada por su fundador, acudieron a visitar a los enfermos del hospital de San Roque, donde se hallaban en calidad de enfermeras, las Hermanas de Nuestra Señora del Huerto.

Entre los asilados había un veneciano que rechazaba obstinadamente los santos sacramentos, a pesar de hallarse en los umbrales de la eternidad. Ambos misioneros, uno tras otro, se acercaban a su lecho, tratando de convencerle de que se reconciliara con Dios. Vano empeño. Se burlaba de sus palabras. Refería que había recibido la primera comunión de manos de Pío X, cuando este venerable Pontífice era un simple sacerdote; pero que a los quince años perdió totalmente la fe, y que no quería saber más de la religión.

Retirábanse los misioneros tristes y cabizbajos... De pronto, uno de ellos se siente inspirado... Tiene en su poder, por fortuna, una reliquia de Gema. Se la lleva a la Superiora, rogándole que la coloque ocultamente bajo la almohada del enfermo. Así se hizo.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando el enfermo, espontáneamente, sin que nadie le indujese nuevamente a ello, llama a una Hermana, diciéndole que sentía deseos de confesarse. Acude gozoso el misionero. El presunto incrédulo, no solamente se confiesa con vivo sentimiento de dolor, sino que, para reparar el escándalo producido por sus palabras anteriores, pide que le lleven el santo Viático con toda solemnidad. Dos días después expiraba tranquilamente en el ósculo del Señor.

En la ciudad de Lyón (Francia), la enfermera de profesión, señorita Filomena Bonabannt, fue requerida para asistir a un enfermo. Al acudir, encontró suspendido a su cabecera un cartelón con estas palabras, en caracteres triangulares: "No quiero cura a mi lado".

La enfermera, creyente y piadosa, experimentó un sentimiento de horror. Se trataba de un miembro de la secta masónica que, en vida, se había comprometido a rechazar los auxilios espirituales de la religión en los últimos momentos. ¿Qué hacer?

Quiso escuchar el parecer de su confesor, quien le aconsejó que permaneciese al lado del enfermo, y, entregándole una imagen de Gema, le ordenó que la pusiese en la habitación del paciente, sin que nadie lo echara de ver. La citada enfermera disimuló la imagen de Gema tras un cuadro, y pidió de todo corazón a su querida Gema que intercediera cerca de la Santísima Virgen María para obtener el milagro de la conversión de aquella alma.

Dos días después, sin consejo de nadie, el enfermo pidió un sacerdote, recibió los santos sacramentos con verdaderas señales de piedad y, a los cinco días, murió.

Tales ejemplos son innumerables. Notable es también, entre otros, el siguiente:

Hallábase gravemente enfermo en el hospital de Luca un desgraciado, reputado no sólo como público pecador, sino como significado incrédulo, que hacía constantemente burla y chacota de la religión.

Tanto las abnegadas Hermanas del hospital como el celoso capellán pusieron en juego todos los resortes para ablandar su corazón. Pero inútilmente. No se resignaban, sin embargo, ante la amarga idea de que aquella alma debiese perderse, cuando, como un rayo de esperanza, cruzó por sus mentes el pensamiento de llamar al propio párroco del enfermo, Monseñor Benassini, dignísimo sacerdote.

Alguien quiso impedir que se acercara a la cama del enfermo, por la forma en que éste se había conducido anteriormente con los señores sacerdotes. Pero Benassini no se arredró. Se le acercó cariñosamente, y le habló del asunto de su alma. De pronto, el enfermo, ciegamente obstinado en la incredulidad, le replicó: "Jamás he creído en esos misterios... Ese Cristo de quien me habláis, no sé quién pueda ser... ¿Qué alma, qué paraíso, ni qué infierno...? ¡Déjeme en paz y no venga a fastidiarme con esas preguntas ridículas...!

Y, con las últimas palabras, hizo ademán de querer escupir en el rostro al ministro del Señor. Este se retiró enteramente desconsolado. Al llegar a casa, providencialmente púsose a leer la "Vida de Gema", que poco ha la había comprado. Impresionado por los casos prodigiosos obrados por su intercesión, se reanimó un tanto su esperanza.

Llama a su capellán particular y le ordena que vaya al hospital, acompañado de alguien que conozca al enfermo. Téngase en cuenta que eran las once de la noche. Fue muy difícil conseguir la entrada a aquella hora, pero, al fin, lo consiguió. Entró sólo la mujer acompañante, quedando fuera el sacerdote a la espera. Mientras tanto, Monseñor Benassini no cesaba de rogar en su casa.

Apenas el enfermo divisó a la mujer, le ruega llame a toda prisa a un sacerdote. Llega éste. La confesión fue acompañada de los sentimientos del más vivo dolor. El sacerdote, conmovido hasta derramar lágrimas, levantó la mano para absolverle y volverle a Cristo. Luego corrió a llevarle el Viático y la Extremaunción. Recibidos estos sacramentos, el pobrecito entró en agonía y expiró plácidamente a las cuatro de la mañana.

A pesar de que la especial prerrogativa de Gema sea la de convertir pecadores, son también numerosas las gracias temporales obtenidas por ella.

Desde la ciudad de Quebec, en el Canadá, escribe el P. Lord: "La seráfica Virgen de Luca viene obrando maravillas en el Canadá. Cuantos acuden a ella, o se curan, o experimentan alivio, o, cuando menos, se sienten consolados en su mal. Os envío el relato de una curación, escogida con preferencia por ser instantánea. Cabalmente, el agraciado es un niño de tres años y medio, que, por su corta edad, no ha podido ser sugestionado, ni sometido a esfuerzo alguno de la imaginación.

"El niño Alfonso Paliot, epiléptico desde el nacimiento, sufría además una afección bronquial, rebelde a todo tratamiento. Tosía, y su respiración iba acompañada de un silbido característico.

"La madre del niño, habiendo oído hablar de Gema, se hizo de una reliquia suya y practicó una

novena en su honor. Pero sin ningún resultado. El Viernes Santo, el niño fue acometido de un fuerte ataque de epilepsia. La madre, en un momento de viva fe, de esa fe que va acompañada de la certeza moral de que el milagro ha de producirse, coloca la imagen de Gema sobre el pecho del niño, diciendo: "¡No; tú no volverás a recaer más en estos ataques!"

"En el mismo instante, los miembros que se hallaban rígidos por los espasmos, recobran la flexibilidad. El niño abre los ojos y sonríe feliz a su madre. No resta ya ni el más mínimo síntoma de epilepsia o de otra afección morbosa. Ha quedado sanísimo, y es de notar que el niño, a la sazón de tres años y medio, venía padeciendo ataques de epilepsia diariamente, no sólo, una sino hasta seis, siete y quince veces al día".

La señora Olga Barguelini regresaba de Celle Cigliato a Pisa con la pesadumbre de haber dejado a su marido recluido en una casa de salud, loco furioso, con la agravante de que los médicos aseguraban que no se curaría. Un sacerdote que iba sentado a su lado en el tren le preguntó por la causa de su desgracia. Al escuchar la referencia, replicó aquél: "¿Por qué no se encomienda usted, señora, a Gema Galgani, que hace tantos milagros?" Y, a continuación, le refirió el caso prodigioso obrado en una jovencita de su parroquia.

La señora Barguelini, llena de esperanza, se procuró una reliquia de Gema. Pero, no sabiendo cómo aplicársela a su marido, por ser loco furioso que todo lo destruía, la cosió cuidadosamente entre dos pedacitos de tela que, luego, escondió en una almohada, llevándola a Salvi, adonde había sido trasladado el enfermo, notablemente agravado y en forma que apenas se sostenía sobre sus pies.

No le permitían verle sino a distancia y a través de una ventana protegida de fuerte red metálica. Tenía el cuerpo completamente encorvado. Caminaba a duras penas, apoyado en dos enfermeros, y cometía mil despropósitos. No reconocía autoridad alguna. Al fin, llegó a tal grado su furia, que no se permitía a nadie verle, ni siquiera desde la ventana que se hallaba protegida por la red metálica.

La afligida esposa insistía en que colocaran a su marido la almohada en cuyo interior iba, hábilmente disimulada, la reliquia de Gema. El enfermero se reía de ello, bien que ignorando el secreto. Y, a todo esto, aseguraba a la buena mujer que el enfermo no tardaría en morir.

Dos días después, por dar gusto a la esposa, pusieron al enfermo la almohada. Al día siguiente, el citado enfermero, encontrándose nuevamente con la señora Barguelini, le dice con sorpresa inenarrable: "Su marido está curado. ¿Quiere ver a su marido? Pida autorización al director".

En efecto; solicitó el permiso, que le fue concedido inmediatamente. Para celebrar la entrevista condujeron al marido a una sala de visitas. Estaba del todo sano. No se explicaba lo ocurrido, y sus primeras palabras fueron: "¿Cómo me habéis traído aquí?" Y mostró deseos de reintegrarse en seguida a su casa.

Después de algunas horas, el enfermo volvía a su casa, perfectamente curado y libre aun de los achaques ordinarios.

Una enferma, por nombre Filomena Bini, con la aplicación de una reliquia de Gema, curó instantáneamente de un cáncer al estómago. He aquí el hecho, según lo refiere el piadoso doctor Lorenzo del Prete, padre del intrépido aviador que con juvenil brío atravesó en vuelo el Atlántico en julio de 1928.

"He asistido y curado repetidas veces a Filomena Bini, enferma del estómago. Otros médicos le visitaron con anterioridad en los baños de Luca, e hicieron la diagnosis de un cáncer al estómago. También yo, mediante comprobaciones objetivas y por fenómenos que representaba, hice la misma diagnosis. Díle agua de violetas, muy recomendada por algunos, y conseguí que cesasen los vómitos. Pero ella me asegura que se ha dirigido a Gema pidiéndole la curación. A la verdad, yo no sabría explicar científicamente el hecho de la curación, que me sorprendió extraordinariamente. Además, es el único caso comprobado por mí en que la curación ha sido cierta y verdaderamente milagrosa".

Hechos de esta naturaleza podríamos multiplicar hasta el infinito. Pero el milagro mayor, al decir de muchos, es la rápida, sorprendente y fabulosa difusión de la "Vida, Cartas y Extasis de Santa Gema", que van despertando por el mundo entero corrientes de devoción y de restauración de las costumbres cristianas.

Pareció prodigiosa, en su día, la publicidad obtenida por la "Historia de un alma" y por la obra "Pensamiento de Santa Teresita del Niño Jesús". Pero convengamos en que la primera, escrita por la propia Santa Teresita, ofrece para el lector un encanto especial. Literariamente, es una joya, y, aparte de eso, respira una fragancia celestial que se difunde a través de sus páginas, penetrando en el ánimo del lector.

Humanamente hablando, Santa Teresita poseía un espíritu más cultivado. La familia, el colegio, los estudios, las lecturas, todo había contribuido a refinar su inteligencia.

En Santa Gema, la instrucción era más limitada, menos fino el ambiente donde se desenvolvió su

primera formación. Su lenguaje dista bastante de la dulce poesía, del brillo y de la deliciosísima forma de Santa Teresita.

En cambio, a través de sus palabras se percibe algo así como la acción de una llama secreta que sobrenaturalmente impresiona, despertando en el corazón sentimientos de piedad y deseos de amar a Dios. Se ve que su Maestro fue el Espíritu Santo, Espíritu que comunica la luz y el ardor celestiales.

Este fuego misterioso que impresiona el alma es el secreto poder que nos proporciona la clave de la etxraordinaria publicidad que van adquiriendo la "Vida" y los escritos de Santa Gema. A través de ellos, como por los celajes de un transparente y sutilísimo velo, se presiente a Dios, que obra e inflama los corazones, y espontáneamente brotan de nuestra boca las palabras que pronunciaron los discípulos de Emaús, al reconocer a Cristo en la fracción del pan: "¿No sentíamos que el corazón se inflamaba en nuestro pecho mientras hablaba e interpretaba El las Escrituras?"

LXI.

LA CANONIZACION DE SANTA GEMA GALGANI

Roma, 2 de mayo de 1940. Fiesta de la Ascensión del Señor. Uno de los tres tres clásicos jueves del año (Corpus Christi, Jueves Santo y el Día de la Ascensión), en que, tradicionalmente, luce más el sol. Al parecer, esta tradición sólo reza para el cielo de España. En la fecha cumbre de la canonización de Santa Gema Galgani, sobre la Roma eterna e inmortal de las glorias del catolicismo, nuestro servicio Meteorológico de las orillas del Tíber señalaba nubes y un día lluvioso en que el sol pugnaba inútilmente por imponerse.

Ha sonado la hora de la Providencia para la suprema glorificación de Gema Galgani. En la Basílica Vaticana, que ha de ser su natural escenario, los preparativos tocan a su fin. Todo se halla a punto para el solemne acto de la canonización. El templo ofrece a las miradas de los fieles una visión grandiosa. Las soberbias columnas de la primera Basílica de la cristiandad lucen colgaduras de preciosos damascos. Millares de lámparas eléctricas se hallan distribuidas convenientemente sobre la nave central, el crucero y el ábside para proyectar, en el momento álgido de la proclamación, ríos de luz cegadora.

Previamente han sido reservadas varias tribunas

para la familia de Su Santidad, la Orden de Malta, el Cuerpo Diplomático, Nobleza Romana, Postulación, autoridades y representaciones. Los religiosos pasionistas, por concesión especial, tienen acceso a la tribuna de la Postulación.

En el fondo del ábside se yergue, como una evocación de la grandeza suprema, el Trono Papal.

A ambos lados del ábside, el sitial de los Emmos. Cardenales, Arzobispos, Obispos, Abades Nullius, Generales de las Ordenes y Congregaciones y demás Prelados de Roma. Marco adecuado del bellísimo cuadro al natural que en breve admirarán los espectadores, formado por la hermosa conjunción de hábitos, uniformes, ornamentos sagrados..., doblándose ante la augusta majestad del Vicario de Cristo en la tierra, al doble conjuro del rito y del respeto y veneración que nacen de su persona.

En la galería de una de las columnas que sostienen la soberbia cúpula miguelangelesca, flota al aire el estandarte representativo de los milagros obrados por Dios, mediante la intercesión de Gema Galgani; milagros que, una vez rubricados suficientemente por la más alta magistratura de la Iglesia, han dado pie para proceder a la canonización de Gema.

Elisa Scarpelli, en el mes de septiembre de 1932, comenzó a sufrir en la mejilla izquierda una enfermedad que los médicos llamaron con la denominación de *Lupus vulgaris*. El mal se fue desarrollando hasta degenerar en peligrosa úlcera. Y, en el centro de la llaga, aparecía una gran bolsa que segregaba constantemente pus. Resultando vanos los remedios prescritos por la ciencia, la enferma decidió llamar a las puertas sobrenaturales de la gracia, poniendo por intercesora, ante Dios, a Gema Galgani.

A primeras horas de la mañana del 14 de mayo

de 1933 —fecha de beatificación de Gema— la enfermedad se hallaba en pleno apogeo. Mientras el grandioso escenario de la Basílica de San Pedro, del Vaticano, era testigo de la solemne función, el cielo, entre estremecimientos de gozo, mostró su sobrenatural agrado con un nuevo milagro: la enferma Elisa Scarpelli se sintió instantáneamente curada. Eran las once en punto de la mañana de dicho día.

Una nueva piel, tersa y sonrosada, sucedió a la hediondez de la llaga ulcerosa, abierto manantial de podredumbre hasta aquel momento. La fístula y la bolsa purulenta desaparecieron como por ensalmo, no quedando huella alguna de la enfermedad. El hecho fue dictaminado por la ciencia como sobrenatural.

El otro milagro se obró en la persona de Natalio Scarpelli, familiar, a lo que parece, de la anterior. Desde el año 1918, y más particularmente desde 1927, se hallaba afectado de varices a la pierna izquierda. En 1935, a consecuencia de un accidente, se le originó una herida que, a su vez, degeneró rápidamente en úlcera.

La tarde del 30 de mayo de dicho año, la llaga presentaba una abertura de cerca de nueve centímetros cuadrados. El enfermo, viéndose desamparado de los remedios humanos, invocó con fervor, en unión de su señora e hija, el patrocinio de Gema Galgani, que, a a la sazón, era sólo Beata. Animados de fe profunda, aplicaron sobre la temida úlcera una pequeña reliquia de Gema. Luego, le vendaron la pierna, como de costumbre.

A la mañana siguiente, una agradable sensación de bienestar, junto con la total ausencia de dolor, parecía delatar al enfermo que la curación era un hecho. Y lo era, en efecto. Soltaron la venda, que se hallaba limpísima, cual si no la hubiesen emplea-

do todavía. La úlcera aparecía completamente cerrada, y no quedaba ni rastro del mal. El milagro ansiado y buscado constituía una gozosa realidad.

Inmediatamente, Natalio volvió a sus primeras y habituales ocupaciones, sin que se le haya vuelto a reproducir la úlcera.

Hemos querido incluir, junto a la solemnidad de la canonización, estos dos milagros que tanto realzan la gloria de Gema en el cielo.

Tras de este obligado paréntesis, volvamos al hilo de nuestra narración. Son las ocho quince. El clero regular y secular de Roma, precedido de sus estandartes y distintivos, comienza a desfilar en dirección a la Basílica Vaticana, atravesando la Escala Regia y el Pórtico de Constantino, para penetrar en el interior de la Basílica por la Puerta Mayor.

Abren la marcha sendas representaciones de las Ordenes Mendicantes y Monásticas, con cirios encendidos. Solamente las Ordenes verdaderamente antiguas tienen derecho a formar parte en esta procesión, según consta en el Ceremonial impreso. Pero esta vez, por concesión especial, se han agregado a ella los pasionistas.

A continuación, desfilan los alumnos del seminario Pontificio de Roma, los Párrocos de la ciudad, los Cabildos de las Colegiatas, Basílicas Menores y Mayores: Santa María la Mayor, San Pedro del Vaticano, y, por último, cerrando la marcha, la de la Basílica Lateranense.

Inmediatamente después, siguiendo el paso, la Sagrada Congregación de Ritos; Consultores y Oficiales; el Promotor General de la Fe, Mons. Natucci; Vicepromotor, Padre Tellina. Los componentes del Tribunal del Vicariato con el Vicerregente, S. E. Monseñor Tralia. A continuación, los Hermanos de la Archicofradía de San Miguel *in Borgo*, con el es-

tandarte de Santa Gema, al que seguían, por concesión especial, veinte religiosos pasionistas. Entretanto, la cabeza del Clero, ya en el interior de la Basílica, iba situándose en doble fila en el paso central, esperando la llegada del Sumo Pontífice.

Sobre las ocho y quince, es decir, a la hora exacta en que el Clero se ponía en marcha, salía, a su vez, de sus habitaciones particulares el Santo Padre Pío XII. Le acompañaban su Noble Antecámara, Eclesiástica y Civil, presidida por S. E. Rvma. Monseñor Arborio Mella, e iba escoltado por la Guardia Noble y la Guardia Suiza.

En primer término, se dirigió a la Sala de los Ornamentos para la vestición de las sagradas vestiduras. De allí, a la Capilla Sixtina, donde, tras breve oración, entonó el himno *Ave Maris Stella.* Terminada la primera estrofa, S. Em. Rvma. Cardenal Carlos Salotti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Procurador de la Causa de Canonización de Gema Galgani, se acerca a Su Santidad, presentándole tres cirios encendidos. El Papa ha escogido el más pequeño.

Las trompetas de plata acaban de lanzar al aire por primera vez sus argentinas voces. Es el toque de atención que anuncia la presencia del augusto Vicario de Cristo en la tierra. Reina un silencio sepulcral... Los corazones comienzan a latir con violencia... Un momento... Y, sobre el fondo de aquel mar agitado de cabezas humanas, surge rodeado de misterio como una aparición, la figura llena de dignidad de Pío XII, seguido de una brillante corte de Cardenales.

El entusiasmo de la muchedumbre se desborda en manifestación de júbilo. De lo íntimo de los corazones sale espontáneo, delirante, un clamor universal de aclamación, eco fiel de los latidos de la

Cristiandad, representada por los 60,000 corazones allí presentes. *Sesenta mil antenas* que recogen y trasmiten al Santo Padre las afectuosas vibraciones de más de 300.000,000 de católicos.

El Santo Padre pasa a sentarse en el Trono. Seguidamente, se acerca hasta él S. Em. el Cardenal Salotti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, pidiéndole con insistencia, *instanter*, decida la canonización de la Beata Gema Galgani. Contesta, en nombre del Pontífice, el Secretario de Breves, Mons. Antonio Becci: "Antes de pronunciar el Sumo Pontífice su oráculo infalible, desea implorar los auxilios de toda la corte celestial". Al efecto, de rodillas, da comienzo el rezo de las Letanías de los Santos.

A su terminación, el Em. Cardenal precitado vuelve a recitar su petición con más insistencia, *instantius*. El portavoz del Pontífice replica que el Vicario de Cristo desea ahora de modo particular pedir luces del Espíritu Santo. Segundos después, resuenan, graves y patéticas, las notas del *Veni Cretor Spiritus*.

Acabadas las preces al Espíritu Santo, el prefecto de la Congregación de Ritos eleva por tercera vez la misma súplica, *instanter, instanstius, instantissime,* El momento es decisivo. El Santo Padre hace saber en seguida que se dispone a pronunciar la sentencia definitiva: que Gema Galgani brilla ya en los cielos por sus heroicas virtudes, y es voluntad de Dios que sea glorificada también en la tierra.

Los Cardenales y Obispos se ponen en pie como impulsados por una fuerza magnética... La inmensa muchedumbre de fieles que asisten al acto, se arrodilla... La atención general y todas las miradas se concentran por un momento en la persona del Vicario de Cristo quien, sentado sobre la Cátedra

de la verdad, pronuncia la siguiente fórmula de canonización que declara SANTA a Gema Galgani:

> *"En honor de la Santa e Individua Trinidad, para exaltación de la fe católica y aumento de la Religión Cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y con la Nuestra, después de muy madura reflexión, de implorar reiteradamente la divina asistencia, de consultar con Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, Arzobispos, Obispos en Roma,*
>
> *DECLARAMOS Y DEFINIMOS*
>
> *que las Beatas Gema Galgani y María Eufemia Pelletier*[1] *son Santas, y como a tales las incribimos en el Catálogo de los Santos, ordenando que la Iglesia Universal celebre cada año con piadosa devoción su memoria o fiesta, entre las vírgenes no mártires, el día de su natalicio. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".*

Gema Galgani es SANTA. Así, con mayúscula. Una oleada de admiración, de recogimiento y de misterio invade a la multitud allí congregada... Las notas del órgano rasgan el aire, cortantes, apretadas, como una explosión de júbilo... ¡Gema Galgani es SANTA!, repite la multitud por lo bajo, entre murmullos de aprobación y temblorosas lágrimas mudas que surcan algunas mejillas...

---

1. Juntamente con la Beata Gema Galgani fue canonizada la sierva de Dios María de Santa Eufemia Pelletier, vandeana, fundadora de las Religiosas del Buen Pastor.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
I.—¿Luca o Camigliano?	9
II.—El despertar	12
III.—El Crucifijo	18
IV.—La Santa Faz	23
V.—Gema, ¿quieres entregarme a mamá?	26
VI.—El Instituto de Santa Zita	32
VII.—¡Dadme a Jesús!	38
VIII.—Primeros pasos	43
IX.—¿Dónde te escondiste... amado mío?	51
X.—"Sí; he sufrido mucho..."	55
XI.—Año de dolores	59
XII.—¿Mi esposo? Cristo	64
XIII.—"Hermana mía"	68
XIV.—¿Quieres curarte?	73
XV.—Contradicciones	78
XVI.—"...Tu mamá será aquélla..."	82
XVII.—Señor, ¿qué queréis de mí?	87
XVIII.—Una mirada al alma	93
XIX.—"Te espero en el Calvario"	102
XX.—¡Estigmatizada!	106
XXI.—"Tú serás hija de la Pasión"	110
XXII.—La familia de adopción	114
XXIII.—Encuentro providencial	117
XXIV.—¡Vedlos cómo se aman!	123
XXV.—Gema, huésped envidiable	127
XXVI.—Toda para todos	134
XXVII.—Gema, enfermera	137

Págs.

XXVIII.—Nuevas cruces 141
XXIX.—En el piélago de la duda 146
XXX.—Magisterio divino 150
XXXI.—"No quieren creer" 155
XXXII.—Contrastes 164
XXXIII.—Sed divina 169
XXXIV.—Nuevos testimonios 175
XXXV.—Drama cruento 179
XXXVI.—Un guía para el cielo 185
XXXVII.—Insidias 193
XXXVIII.—Correo aéreo 200
XXXIX.—¿Vengarme? No, Jesús, con tu gracia 208
XL.—¿Será posible? 216
XLI.—Todo por Jesús 220
XLII.—Confianza 226
XLIII.—El paraíso en la tierra 232
XLIV.—La mística mariposa 240
XLV.—Noche oscura 249
XLVI.—Sublime heroísmo 255
XLVII.—Cadenas rotas 261
XLVIII.—Hacia lejanas riberas 268
XLIX.—Una queja de Jesús 278
L.—Ardua misión 283
LI.—Ultima renuncia 290
LII.—La hora de Dios 298
LIII.—En el puro amor 301
LIV.—Virginidad 317
LV.—Fuego divino 321
LVI.—Elevaciones 328
LVII.—¡Expiación! 332
LVIII.—¡El último eslabón 338
LIX.—Todo está consumado 342
LX.—Desde el cielo 350
LXI.—Canonización de Santa Gema Galgani 358

Se terminó de imprimir en los talleres de
EDICIONES PAULINAS, S. A.
Ave. Taxqueña, Nº 1792 — México, D. F.
El 6 de Nov. de 1964. Tiro, 3,000 ejem.

GLORIA DEO
PAX HOMINIBUS